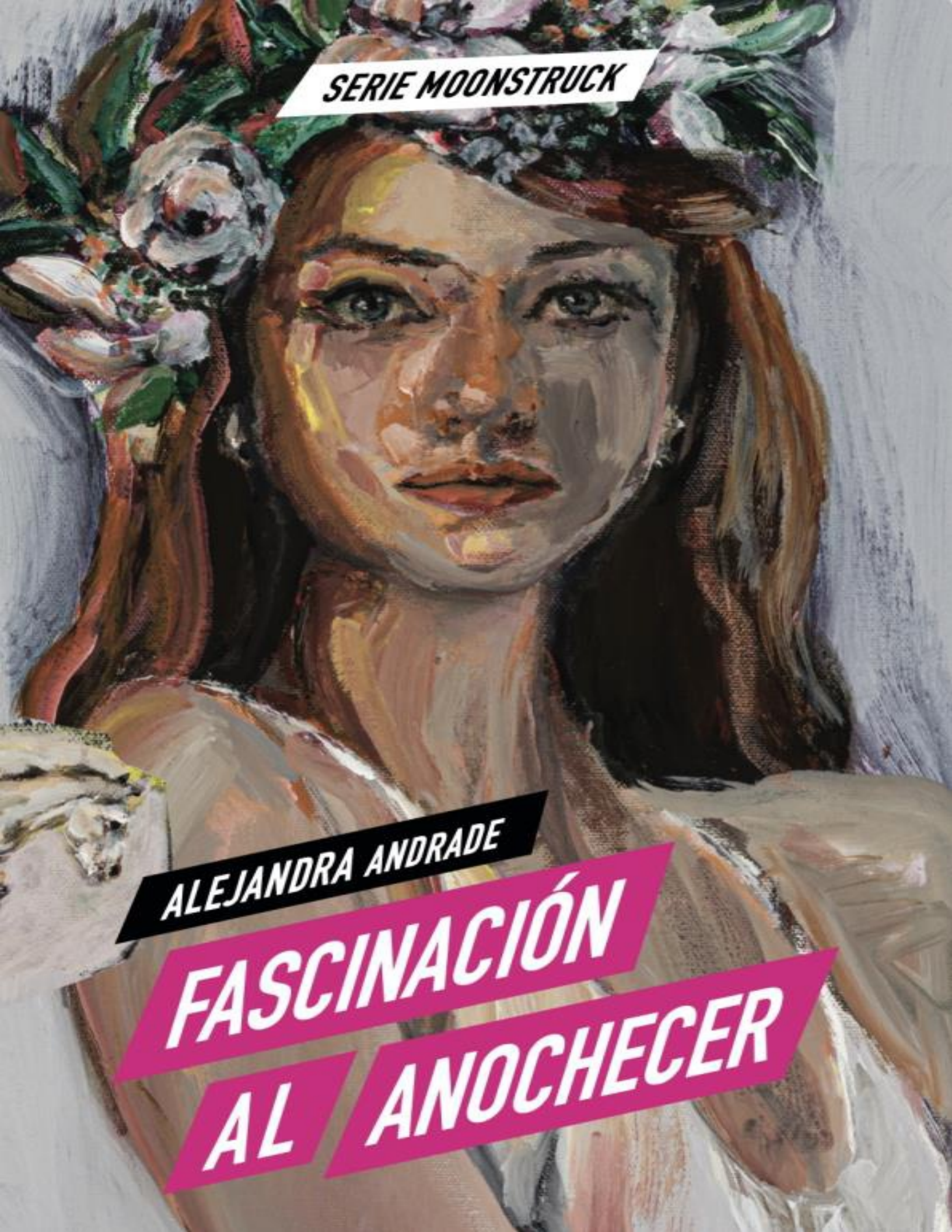




SERIE MOONSTRUCK

ALEJANDRA ANDRADE

FASCINACIÓN

AL

ANOCHECER

ALEJANDRA ANDRADE

SERIE MOONSTRUCK 3

**FASCINACIÓN
AL ANOCHECER**

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

Copyright © 2024 Alejandra Andrade

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o utilizada de ninguna manera sin el permiso por escrito del titular de los derechos de autor.

Para más información, dirigirse a: alejandra@alejandra-andrade.com

Diseño de portada e interior por David Provolo

Arte de portada por Sulamit Elizondo

ISBN (rústica): 978-607-29-6110-4

ISBN (ebook): 978-607-29-3151-0

www.alejandra-andrade.com

Sigue a la autora en Instagram y TikTok: @alejandra__andrade para conocer más sobre los próximos libros de la serie *Moonstruck*.

*Para mis lectores que esperaron este libro con tanta paciencia.
Se logró.*

CAPÍTULO 1

Pesadillas

19 de marzo de 2010

ME DESPERTÉ AL SONIDO de mis gritos en una cama que no reconocía, en un lugar que no reconocía. Las luces estaban apagadas y lo único que podía ver era una fina línea de luz que se filtraba por la puerta. No había ventanas, solo cuatro paredes a mi alrededor. Todavía tenía la mano enyesada hasta la mitad del antebrazo.

Joel entró con los ojos muy abiertos y llenos de pánico, dejando la puerta entreabierta. Levanté la mano para protegerme de la luz y cerré los ojos un segundo para que se adaptaran al repentino resplandor.

Se sentó sobre la cama y me incorporé al sentir su peso a mi lado.

William gritó a lo lejos, preguntándole a Joel si yo me encontraba bien. Joel me abrazó y respondió en sueco con un tono tranquilo que pareció sosegar la preocupación de William.

«Sigo en el hospital».

Tardé algunos segundos en darme cuenta de que estaba en una pequeña habitación de invitados dentro del cuarto de hospital de William. Lo último que recordaba era haberme quedado dormida en su cama, así que no tenía ni idea de cómo había despertado aquí.

—¿Estás bien? —preguntó Joel. Yo aún jadeaba de terror.

Era la primera vez que me despertaban mis gritos, y el ardor de mis entrañas me decía que no sería la última.

—Sí, solo tuve una pesadilla —respondí, aferrándome a él con fuerza, dejé escapar un largo suspiro cargado de alivio.

William estaba bien.

Estaba afuera, recuperándose en su cama. En mi sueño... era mejor no pensar en lo que habría podido pasar. Caleb había muerto. Me lo recordó el vacío que sentía en el pecho.

«Mierda».

Suavemente, me solté del abrazo de Joel y me llevé las manos a la cara; el puro dolor era suficiente para derrumbarme. Me tragué unas lágrimas que me quemaron la garganta. No podía permitirme quebrarme en este momento.

—¿Cómo llegué aquí? —le pregunté a Joel en un susurro. Me miró como si fuera una bomba a punto de explotar.

—Yo te traje. Me pareció que necesitabas descansar y, bueno, Nathan llamó preguntando por ti —me susurró Joel—. Está afuera, en la sala de espera, quiere verte. Pensé que sería mejor que...

«Nathan ya llegó...».

—Gracias —respondí de inmediato. Joel no necesitaba terminar la frase. La idea de que Nathan entrara en la habitación de William y me encontrara durmiendo en su cama hizo que me dieran ganas de azotar mi cabeza contra la pared. Ahora que estaba despierta no podía evitar pensar en lo estúpida que había sido al hacerlo. Gracias a Dios me había despertado aquí—. Me quedé dormida. Yo... no es lo que...

—No pasa nada. —Joel asintió rápido y con brusquedad. Luego me sonrió apretando los labios—. Las últimas doce horas han sido difíciles para ti. Para todos. Espero que te sientas mejor.

—Sí. Gracias. —No sabía si me sentía mejor. Estaba existiendo. Pero necesitaba desesperadamente ver a Nathan. Sabía que ayudaría a que todo se sintiera mejor—. ¿Qué hora es?

—Las doce y cinco. —Miró su reloj.

—¡Qué! —Eso significaba que Nathan llevaba un rato esperando a que me despertara. Necesitaba verlo. Ahora.

—¡Guille! —gritó William. Dios, no debería esforzarse tanto. Necesitaba paz y tranquilidad. Me levanté rápido y casi me caigo al suelo.

—Cuidado. —Joel me atrapó antes de que cayera—. Puede que aún estés bajo el efecto del sedante que te tomaste.

—Gracias, ya estoy bien. Solo me levanté demasiado rápido. —No era verdad. Estaba tan mareada que si no tuviera cosas que hacer y gente con quien hablar, me habría desplomado en la cama de nuevo.

Con más calma, salí de la habitación conjunta, donde había una cama pequeña y un buró, y me paré al lado de la cama de William.

—Hola. —Me obligué a sonreír.

—Hola. —La cara de William parecía tensa, tenía la mandíbula contraída; no quería verlo así—. ¿Qué pasó? ¿Estás bien?

No pretendía que se preocupara por mí cuando era yo la que estaba terriblemente preocupada por él. Aún tenía que recuperarse de la operación y no pensaba relajarme hasta que lo dieran de alta del hospital.

Podía lidiar con la culpa y las maquinaciones de mi subconsciente en la privacidad de mi cabeza.

—Sí. —Volví a sonreír, tratando de tranquilizarlo—. Solo fue una pesadilla. —Agité la mano en un movimiento despreocupado, tratando de no darle importancia—. ¿Cómo te sientes?

—Estoy bien —contestó, sus facciones relajándose.

—¿Has dormido? Deberías estar descansando.

—Mi mamá se acaba de ir. Tobias y Eric también me visitaron hace un rato, así que dormité entre visita y visita.

Oh. Mierda. «¿Me vieron durmiendo en la cama de William?».

—Eh, me vieron...

—No. —Fruunció el ceño—. Joel fue el primero en entrar después de que te quedaras dormida. Te cargó al otro cuarto antes de que alguien más entrara. No te preocupes. —Se lamió el labio inferior y desvió la mirada.

—No, no estoy preocupada. Solo quería saber. —Mala respuesta.

William respondió con un bufido y un par de movimientos lentos con la cabeza. Tal vez le molestó mi preocupación de que me vieran durmiendo a su lado, pero la situación ya era bastante complicada de por sí.

Fue entonces cuando volvieron a mí los recuerdos de hacía unas horas, de lo que él dijo y lo que le respondí. Y cómo seguía sintiendo profundamente cada una de esas palabras, incluso las que no había dicho.

Una calidez hormigueante que no lograba descifrar ocupaba mis entrañas, y aún sentía la cabeza pesada por el sedante. Y no puedo decir que no le di entrada a esa sensación, pero era mejor que reestablecer mis funciones cerebrales. No quería pensar en Caleb. En que se había ido. Me negaba a aceptar mi realidad.

—Uno de tus agentes te dejó esto —dijo Joel, interrumpiendo. Me sentí agradecida de que cambiara el tema. Me entregó una bolsita.

—Oh, gracias. —La puse sobre una silla y vi que era una sudadera negra.

Al menos el color era adecuado. Pero ahora tenía que quitarme la sudadera verde del Hammarby que me había regalado William, y era imposible que no se diera cuenta porque no podía salir de su habitación con ella puesta. Nathan estaba en algún lugar esperándome.

«Nathan».

No había manera fácil de hacerlo.

William frunció las cejas. No dejaba de verme raro con los ojos entrecerrados, examinando el desorden que se filtraba de mi cerebro, como si pudiera sentir mi incomodidad. No sabía dónde estábamos parados. Lo único que sabía era que la forma en que me miraba seguía provocándome lo mismo de siempre, pero de alguna manera, ahora era peor. ¿Cómo habían cambiado tanto las cosas en las últimas veinticuatro horas?

Lidiar con la culpa era lo más difícil. Aún no podía quitarme de la cabeza la sensación de que William estaba postrado en esa cama de hospital por mi culpa. Cada vez me costaba más trabajo mirarlo.

—Ahora vuelvo —dije, encontrando mi voz por fin. Caminé hacia la habitación donde me había despertado hacía unos minutos para quitarme la sudadera. Pero un fuerte golpe en la puerta de la habitación de William me sobresaltó antes de que pudiera llegar al cuarto de invitados.

El sonido amortiguado de voces que discutían al otro lado se hizo audible, y la puerta se abrió de par en par.

—¡Murph!

Dejé caer la bolsa al suelo y Nathan cruzó la habitación a toda prisa. Me tomó la cara y me dio un beso suave y rápido en los labios. Me besó el pelo y me abrazó con delicadeza, como si pudiera romperme en mil pedazos si no tenía suficiente cuidado.

—Perdón. Me estaba volviendo loco allá afuera. No me dejaban pasar y Joel me mandó un mensaje para decirme que te acababas de despertar —me explicó. Hablaba tan rápido que podía sentir la ansiedad goteando de cada palabra—. Dios, me alegra tanto que estés bien.

—Volvió a besarme el pelo mientras lo abrazaba por la cintura.

Ni siquiera se dio cuenta de lo que llevaba puesto ni de cómo olía.

Bien.

Nathan se apartó de mí y se acercó a la cama de William.

—¿Cómo estás, amigo? —Nathan le ofreció la mano y William la tomó, devolviéndole una sonrisa apretada y un asentimiento frío—. Quería darte las gracias —dijo Nathan, con la voz casi quebrada—. Gracias por estar ahí cuando yo no estaba. No tengo palabras para agradecerte lo que hiciste.

—No te preocupes. Fue... —William se detuvo y me miró un segundo—. Yo también me alegro de haber estado ahí.

Nathan asintió y se reunió conmigo, tomándose de la mano que no estaba lastimada. Yo me sentía paralizada. Y me pareció que Joel también.

—Déjame llevarte a casa, amor.

«A casa».

No quería poner un pie en mi departamento. Ni siquiera sabía si era posible volver después de todo lo que había pasado.

—Dame un segundo —le dije a Nathan, apretando su mano un momento antes de soltarla. Me acerqué a la cama de William—. Volveré. Solo necesito...

—Por supuesto. —Sonrió, pero sus ojos cantaban una melodía distinta, una que reconocía con facilidad.

¡Yo no quería irme! ¿Cómo iba a dejarlo en esa cama mientras yo me retiraba del hospital como si nada? No era justo, y no podía seguir haciéndome la tonta.

No.

Caleb tenía razón. Siempre tenía razón. Y al recordarme a mí misma la última conversación que tuve con él, sentí que se me abría un hueco en el pecho.

Mis sentimientos por William eran muy fuertes, y ahora no había forma de negarlos. No tenía dónde esconderme. La idea de perderlo encendió una revolución dentro de mí que exigía respuestas y resoluciones.

El único problema era que no sabía qué demonios iba a hacer.

CAPÍTULO 2

Hablemos

NATHAN AGARRÓ MI BOLSA, me tomó de la mano y me guio fuera de la habitación de William. Cuando salimos, vi a David con su traje negro habitual, fresco y arreglado, junto al agente Robbins. Mi mirada se cruzó con la suya.

Mi primer instinto fue correr hacia David y abrazarlo. En automático se me salieron las lágrimas. Era imposible contenerlas. David se aclaró la garganta en un intento, supuse, de no llorar como yo. Caleb y David no solo eran un equipo, también eran buenos amigos.

—Se ha ido, David —susurré—. Yo ni siquiera...

Dejó escapar un suspiro agudo.

—Lo siento mucho, señorita Murphy. —Sus palabras estaban llenas de dulzura y de una profunda tristeza.

—Yo también lo siento —le dije. Sabía que tal vez le estaba costando asimilar la muerte de Caleb igual que a mí. Me preguntaba dónde estaba Aaron. Tenía muchas ganas de verlo. De seguro estaba destrozado. Caleb y Aaron eran como hermanos. Y él había sido quien trajo a Caleb para este trabajo. Aaron lo recomendó cuando mi padre quiso contratar un guardaespaldas adicional tras la muerte de mi madre. Estoy segura que debe sentirse responsable, pero él no tenía la culpa de nada de esto.

Le ofrecí a David una sonrisa triste y me reuní con Nathan, quien me abrazó enseguida.

—Deberíamos llevarte a casa, amor. Déjame cuidarte —dijo en voz baja, dándome un beso en la mejilla. Nathan me tranquilizaba de inmediato.

Decidí hacer una parada rápida para ver a Mimi antes de irnos. Fue reconfortante ver que su hija April estaba ahí para hacerle compañía. Solo había visto a April una vez antes. Era difícil verla sin sentirme mal por lo que le había pasado a su madre.

Ambas insistieron en que no era culpa mía después de que me disculpara algunas veces. Todos decían lo mismo, pero, por desgracia, yo no estaba de acuerdo.

Por suerte, Mimi estaba bien. Se veía en buen estado, solo un poco adormilada. La iban a mantener internada por el resto del día como precaución.

Nathan se me acercó a mí.

—Tenemos que irnos, Murph. Tu papá nos está esperando. Quiere hablar contigo.

Nos marchamos después de despedirnos de Mimi y April.

Una vez en el coche, recosté mi cabeza en el hombro de Nathan. Él acercó su cara a la mía y olfateó dos veces.

—¿Por qué hueles a hombre? —preguntó con una risita.

«Mierda».

Pensé que no se había dado cuenta, pero el olor era fuerte y evidente.

Y delicioso.

—Es la sudadera de William —dije sin rodeos, incapaz de resistir fruncir el ceño.

Intenté que Nathan no me viera con ella, pero cuando lo hizo, probablemente pensó que era la que él me había regalado. Y no le iba a mentir, ni tenía la energía o la voluntad para hacerlo. Además, nuestra relación siempre se había basado en la confianza y la transparencia.

Nathan volteó hacia mí, inclinó la cabeza y me miró a los ojos. Frunció el ceño y esbozó una sonrisa.

Seguí explicándole en un tono indiferente, que sonara informativo.

—William me regaló su sudadera en diciembre y la roció con su colonia. Nunca la había usado, por supuesto. Había estado dentro de la caja en la que venía hasta hoy.

Iba a seguir explicando, pero Nathan intervino con una pregunta.

—¿Y por qué la traes puesta? —No parecía enojado, pero me di cuenta de que estaba confundido y tenía curiosidad por saber la respuesta.

—David le pidió a la agente Johnson que me trajera la sudadera que me regalaste porque me encanta, y me imagino que todo el mundo lo sabe porque la uso con frecuencia —susurré. Intenté reírme para liberar algo de tensión. Pero aparté la mirada y seguí hablando cuando vi que Nathan no se reía conmigo—. En fin. Mi sudadera no estaba en el clóset. Mimi la iba a lavar, y la agente Johnson encontró la caja con esta sudadera y me la trajo. —Suspiré—. Lo siento.

—¿Por qué no me habías mencionado nada de esto antes?

—preguntó Nathan. No podía identificar si estaba dolido o molesto. Pero no lo culpé. Yo de seguro me sentiría así si estuviera en su lugar.

—No quería causar más problemas —dije mientras soltaba un suspiro—. William me la dio unos días después de que fuéramos a la ópera. Así que guardé la caja en el clóset sin intenciones de ponérmela.

—De acuerdo. —Nathan me acomodó un mechón de pelo detrás de la oreja y se humedeció los labios. Me di cuenta de que la historia no le entusiasmaba, pero parecía que intentaba olvidarla.

Le acaricié la mejilla y le rocé la barba con el pulgar. De algún modo, sus ojos parecían más verdes, y no pude evitar mirarlos mientras mi mente se perdía en mis pensamientos, pensando en lo contenta que estaba de volver a verlos. En lo cerca que había estado de morirme.

Nathan me observó con una pizca de preocupación mientras me tragaba el nudo que tenía en la garganta. Me ofreció una sonrisa tensa que solo duró una fracción de segundo.

—Creo que tengo que hablar con William cuando salga del hospital. Me gustaría que nos lleváramos bien, sobre todo después de lo que pasó anoche.

El auto se detuvo, pero no estábamos en mi departamento. Estábamos en casa de mi padre, en el Upper East Side. El agente Robbins y David salieron del coche y se pararon delante de nuestra puerta, esperando a que termináramos de hablar.

Nathan me tomó de la mano y le dio un ligero apretón.

—Me gustaría saber las verdaderas intenciones de William contigo. Es mejor salir de dudas cuanto antes. —Se llevó mi mano a los labios y la besó—. Por alguna razón, siento que solo está jugando con todas sus tonterías. Y al parecer va a ser tu vecino por un rato. Bueno, por lo menos no lo será durante el próximo mes.

Nathan me estaba poniendo ansiosa. No quería que hablara con William sobre nada de nada. Porque, no, William no estaba jugando. Eso había quedado claro. Y de nuevo, ni siquiera sabía cómo lidiaría con mis sentimientos o cómo reaccionaría William ante las preguntas de Nathan. Sin embargo, su último comentario fue lo que más me llamó la atención.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué no estamos en mi apartamento?

—No es que quisiera ir ahí. No creía estar preparada para volver después de lo que había pasado. Pero ¿me iba a mudar con mi padre?

—Te vas a mudar con tu padre.

«Mierda».

—¿Qué? —Hice una mueca—. ¿Por qué? —Mi padre seguía tomando decisiones por mí, y yo siempre era la última en enterarme.

—Se reforzará la seguridad tanto en el edificio como en tu departamento. Y vas a vivir aquí hasta que terminen las modificaciones. Al menos eso me dijo tu padre cuando me llamó.

—Está bien, ¿pero un mes?

—¿Por qué no subimos para que puedas hablar con él? —Me besó la mejilla como si fuera una de esas antigüedades frágiles dentro de un museo y tocó dos veces la ventanilla. El agente Robbins nos abrió la puerta.

Entramos al edificio y el olor me trajo recuerdos de mi infancia. Recuerdos que habían quedado enterrados hacía mucho tiempo. Y esa era la razón principal por la que había estado evitando volver después de haber pasado unos días aquí cuando llegamos a Nueva York hace más de un año. Mi padre y yo siempre nos reuníamos en mi departamento.

No sabía qué era más duro: que me recordaran que mi madre ya no estaba con nosotros o volver a mi departamento a enfrentarme a los demonios que me esperaban hambrientos con sus dientes largos y afilados.

—¡Nena! —exclamó mi padre cuando nos abrió la puerta. Me abrazó y saludó a Nathan con un fuerte apretón de manos y una palmada en la espalda.

Entré a la casa como si fuera mi primera vez allí. Todo estaba igual que antes de irnos a Roma, hacía casi diecisiete años. Por lo menos, las pocas cosas que recordaba. Las fotografías enmarcadas por todas partes, el olor de los muebles de cuero, las grandes obras de arte tapizando las paredes.

—¿Por qué no nos sentamos? —sugirió mi papá—. Robbins, David, ¿nos acompañan, por favor?

Mientras caminaba hacia la sala, vi dos arreglos florales sobre la mesa de centro.

—Son tuyos —me dijo mi papá—. Los enviaron a tu departamento, pero pedí que los trajeran aquí con tus cosas.

—¿Quién los envió?

—Ese es de parte de Christopher y Nina, y el grande es de parte de los Sjöberg.

David debió contarle a CJ lo que había pasado. Ni siquiera había revisado mis mensajes, pero sabía que no estaba de humor para ver a nadie.

Arranqué las tarjetas de cada arreglo para acordarme de darles las gracias y me senté en el borde del sofá, donde enseguida busqué la mano de Nathan.

Cuando todos estuvieron sentados, mi padre tomó la palabra.

—Están sucediendo algunas cosas y creo que es justo que estés informada —dijo. Sonó su teléfono, pero lo silenció enseguida.

Vaya. Mi padre siempre atendía sus llamadas, aunque estuviéramos a mitad de la cena. Así que esto era importante.

—Quiero que te mudes conmigo durante unas semanas —continuó—. Y te voy a explicar por qué creo que es importante.

—Sí, Nathan me lo comentó —dije secamente.

—La mayoría de tus cosas ya fueron trasladadas a tu antigua habitación. Hazme saber si hay algo más que necesites que no hayan traído, y pediré que te lo traigan.

—Gracias.

—David, ¿te importaría explicarle a Billie lo que pasó ayer y por qué se le dio acceso a Thomas al edificio? —dijo mi padre con severidad. No parecía contento.

—Sí, señor Murphy —respondió David con un movimiento de cabeza. Su habitual carácter alegre había desaparecido. Todos seguíamos asimilando la muerte de Caleb. Era extraño ver a David tomar una postura de liderazgo en lugar de Aaron o Caleb. No es que David no fuera capaz de hacerlo. Deseaba conocerlo más.

—Thomas sobornó a uno de los porteros nuevos. —David continuó con la sesión informativa—. A cambio de dinero, el portero permitió que Thomas subiera al departamento de la señorita Murphy con la excusa de darle una sorpresa. Fue despedido, por supuesto. Thomas no estaba en la lista de personas autorizadas para entrar a su departamento, y él debía haber tenido conocimiento de ello. Sin embargo, afirma que Thomas le dijo que él y la señorita Murphy habían regresado y le enseñó las llaves de su departamento, lo que le hizo dudar, y bueno... está claro que necesitaba el dinero.

Nathan me apretó la mano y me frotó la espalda varias veces, mostrándome su apoyo. Lo necesitaba. No podía dejar de pensar que tenía que haber hecho algo para evitar que Thomas llegara tan lejos. Quizá si hubiera respondido sus llamadas y le hubiera explicado cómo me sentía, al final habríamos hecho las paces y Caleb seguiría vivo.

—El mismo portero lo orquestó todo para despejarle el camino a Thomas. Esperó a que Senad, que trabajaba el turno con él, fuera al baño. Fue entonces cuando Thomas entró.

—Dicho esto —interrumpió mi padre con una de sus caras aterradoras, las que pone cuando cree que las cosas no están yendo como él quiere. Solo las he visto un par de veces, pero es su forma de demostrarle a la gente que lo rodea que habla en serio. David y el agente Robbins parecieron darse cuenta, porque ambos se enderezaron mientras mi padre seguía hablando—. He convocado una reunión con la administración del edificio y el resto de los propietarios para discutir cómo podemos aumentar la seguridad en el edificio. Los Sjöberg, que básicamente son dueños de la mitad del edificio, aceptaron de inmediato. Tenemos que hablar sobre qué cambios pueden aplicarse y cuándo. Y hasta que todo eso esté resuelto, me gustaría que te quedaras aquí, nena.

Mi padre asintió una vez hacia David, indicándole que continuara con la sesión informativa. David se aclaró la garganta.

—Nicholas y el senador Hill fueron detenidos en D.C. Nicholas manejó a casa de sus padres como esperábamos que hiciera. Al principio se mostró agresivo y poco dispuesto a cooperar. Cuando se enteró de la muerte de Thomas entró en pánico. No conseguimos que se calmara.

Nicholas y Thomas eran muy cercanos. Estoy segura de que la noticia de su muerte debió ser muy difícil para él, sobre todo cuando era él quien constantemente lo alentaba y le ayudaba con sus planes. Me preguntaba si las cosas habrían podido acabar de otra manera para Thomas si hubiera recibido la ayuda profesional que necesitaba para tratar sus problemas familiares, incluyendo la muerte de su hermano, y no hubiera tenido a Nicholas cerca todo el tiempo. Esa amistad, en mi opinión, llevó a Thomas a su declive.

—Tuvieron que llamar a un médico para que lo evaluara porque no se calmaba —continuó David—. Pero al final se calmó. Después, tras una dura ronda de negociaciones, accedió a compartir gran cantidad de información a cambio de una sentencia más corta una vez que completara un programa de rehabilitación de drogas.

—¿Nicholas consumía drogas? —pregunté, no del todo sorprendida por ello.

—Cocaína y marihuana —respondió David rápido—. No solo consumía, sino que también vendía. Y Thomas era su socio.

«¿Qué?». Apreté el brazo de Nathan y me acerqué más a él. Moví la cabeza de un lado a otro mientras me mordía el labio inferior. Levanté la mirada y David asintió un par de veces, dándome tiempo para procesar la información.

—¿Pero vendía cuando estaba conmigo? —les pregunté—. ¿Y cómo es que nunca salió en la comprobación de antecedentes?

—Es culpa mía —dijo mi padre, apretando los labios. Parecía avergonzado más que decepcionado—. Cuando Thomas entró en escena fui descuidado con él. Ordené una comprobación de antecedentes sencilla porque ya conocía a su padre. Thomas estudiaba en Princeton. Tenía buenas calificaciones. Estaba en el equipo de remo. No había nada que me hiciera creer que necesitábamos ser más minuciosos con él.

—Ya veo —respondí, moviéndome inquieta en mi asiento—. ¿Qué más dijo Nicholas? ¿Thomas estaba vendiendo drogas cuando estaba conmigo? —volví a preguntar. Necesitaba saberlo. ¿Cómo se me había podido pasar algo así?

—Thomas quería dejar de vender cuando te conoció —respondió David—. A Nicholas no le hizo gracia. No quería que las cosas cambiaran. No dejaba de prometerle a Thomas que podría salirse del negocio pronto. Pero el caso es que usaban el departamento de Thomas para esconder parte del producto, así que Nicholas lo necesitaba para que la operación siguiera como siempre.

«Esa era la información que Nicholas tenía en contra de Thomas».

Y ahora entendía muchas otras cosas, como por qué Thomas siempre llevaba mucho dinero en efectivo y los encargos que hacía a horas aleatorias. Siempre encontraba la manera de evitar invitarme a su departamento. ¿Y por qué le permitía a Nicholas comportarse como una mierda de persona todo el tiempo? Todo cobraba sentido.

Estaba furiosa y en estado de shock. Con Thomas, por supuesto, pero también, y sobre todo, conmigo misma por no haber sido capaz de verlo por lo que realmente era. Era aterrador darse cuenta de que puedes tener a una persona enfrente y no conocerla cuando creías que sí. Es una locura.

¿En qué me había metido?

Caleb había olfateado que Thomas era una manzana podrida desde el primer día. Tenía el radar interno más afinado, y yo había decidido ignorarlo. Y por eso lo perdí. Thomas solo necesitó un segundo para apretar el gatillo y arrebatármelo para siempre. Para arrebatarme la vida. Nunca me lo iba a perdonar. Jamás.

Nathan me acercó a él para abrazarme, y yo se lo permití. Había sido demasiada información para procesarla. Aún intentaba evitar que mi mente divagara en lo que le había pasado a Caleb. Sabía que sería muy difícil volver a salir una vez que profundizara en ese tema.

—¿Algo más? —Murmuré con un suspiro. Era mejor que me lo contaran todo de una vez por todas.

—Bueno, está el asunto del senador Hill —continuó David—. Thomas y su madre habían estado en contacto con un detective a espaldas del senador Hill. Encontramos esa información en la carpeta que llevó anoche a su departamento.

—Nos pusimos en contacto con el detective Gomes, que había estado armando un caso en contra del senador Hill. Eso facilitó que lo detuvieran a tiempo. Había un video de vigilancia que Thomas había prometido conseguir para el detective Gomes, y finalmente lo hizo. Suponemos que eso era lo que quería decirle.

Thomas no dejaba de decir que ahora tenía pruebas, y en ese momento no entendí a qué se refería. Quería contármelo todo y mostrarme la evidencia.

—¿Y qué pasará con el senador Hill? —pregunté. Esperaba que fuera a la cárcel por mucho tiempo. No solo había asesinado a su hijo, sino que también había arruinado la vida de Thomas y de su pobre madre. Y ahora Thomas también estaba muerto, en parte por culpa de su padre y el trauma que infligió a su familia.

—Nos informaron que los abogados del senador Hill están tratando de encontrar una manera de sacarlo de este asunto, por supuesto. Así que tendremos que esperar a ver qué pasa —me explicó David.

—Gracias, David —respondió mi padre con tono seco. Ni siquiera intentó sonreír, como hacía siempre que se dirigía a los chicos—. Creo que eso lo cubre todo por ahora.

David y el agente Robbins se disculparon y mi padre los acompañó fuera del departamento. Volvió y se sentó frente a nosotros. Se echó hacia atrás y cruzó las piernas con su elegancia habitual.

—Bueno, nena. Ahora, hablemos de Caleb.

CAPÍTULO 3

Kriah

—HABLÉ CON la familia de Caleb —dijo mi papá, apartando la vista un segundo para aclararse la garganta. La muerte de Caleb debió ser brutal para mi padre, pero rara vez mostraba sus emociones. Tenía otras formas de sobrellevar el dolor, como enterrarse en el trabajo.

—Solicitan ayuda para trasladar su cuerpo a Tel Aviv lo antes posible. Quieren encargarse del servicio funerario según la tradición judía, que exige que lo llevemos ahí cuanto antes, ya que el embalsamamiento y la cremación están prohibidos en sus costumbres.

Deseaba que dejara de hablar. ¿Servicio de entierro? ¿Embalsamamiento? ¿Cremación?

—¿Puedo ir? —fue lo único que se me ocurrió preguntar.

—¿A Tel Aviv? —preguntó mi padre levantando una ceja. Sabía lo que eso significaba, una negativa. Pero tenía que preguntar. «¿Y si decía que sí?»

Asentí con los ojos bien abiertos y llenos de esperanza.

—Me temo que no, nena. No me siento cómodo con que tú...

—Necesito verlo —lo interrumpí, mi voz luchando contra el nudo territorial en mi garganta.

—A eso iba —continuó—. Podrás verlo hoy —miró su reloj—, dentro de una hora. Te sugiero que te bañes y te prepares para que podamos irnos.

—¿Te puedes quedar? —le pregunté a Nathan—. ¿O tienes que ir a la oficina? —Sabía que tenía un horario de trabajo ajetreado, pero no quería estar sola. Lo necesitaba.

—Por supuesto —respondió Nathan con un tono suave—. Hoy me tomé el día libre en el trabajo. Ya les avisé que no estaré disponible hasta el lunes. —Me besó en la sien—. Soy todo tuyo.

—Aaron ha estado custodiando el cuerpo de Caleb desde que recibió la noticia. Te vas a reunir con él en la funeraria. Él volará a Tel Aviv para asegurarse de que el transporte salga bien. También se quedará unos días para el entierro.

—¿Cuándo se va Aaron? —pregunté.

—En cuanto termines.

—De acuerdo —dije con un suspiro. Aceptaría cualquier cosa, aunque solo fueran unos minutos con Caleb.

—Estaré en mi estudio haciendo algunas llamadas para asegurarme de que todo esté listo, nena —dijo mi padre con una sonrisa tensa, apretándome el hombro con una mano temblorosa mientras pasaba junto a mí. Luego regresó y me dio un beso en la cabeza—. Nathan, por favor, siéntete como en casa. —Se disculpó y se dirigió a su estudio.

—Voy a bañarme rápido —le dije a Nathan poniéndome de pie.

Nathan se levantó y me abrazó.

—Todo va a salir bien, amor. Me aseguraré de eso.

—Lo sé. —No lo sabía. Nada me parecía bien, y parecía que iba a ser así por un tiempo. Pero esperaba que las cosas mejoraran.

Algún día.

Llegamos a Gutterman's, en Brooklyn, donde Aaron había estado custodiando el cuerpo de Caleb. Un hombre que se presentó como el Sr. Waldman nos guio hacia él después de explicarnos que había hecho una excepción, ya que habitualmente no se permiten visitas en un funeral judío.

Fue inflexible al comunicarme la urgencia con la que debía completar la visita. La familia de Caleb estaba cada vez más inquieta, así que cuanto antes partiera Aaron hacia Tel Aviv, mejor.

Cómo deseaba poder ir yo también.

El señor Waldman llamó a una puerta, que Aaron abrió rápido, y me indicó que entrara a una pequeña habitación poco iluminada. Nathan y mi padre se quedaron esperando afuera.

—¡Aaron! —Me arrojé a sus brazos y los dos rompimos a llorar.

Nos abrazamos en silencio durante un minuto. No había palabras para describir nuestro dolor. No las necesitábamos en absoluto.

Me separé con suavidad del abrazo de Aaron. Llevaba pantalones y suéter negros. Se había desgarrado el suéter del lado derecho del pecho. Podía ver la tela negra de la camisa que llevaba debajo.

—Por aquí, señorita Murphy —dijo Aaron, dirigiéndose a un sencillo ataúd de madera que permanecía cerrado—. ¿Quiere verlo? ¿Está segura de que...?

—Sí. Sí, tengo que verlo. —Me enjuagué las interminables lágrimas. Cuando murió mi madre no me permitieron verla. Fue un funeral a ataúd cerrado, y cargué el dolor de no haber podido verla una última vez durante demasiado tiempo. Nunca pude despedirme de ella.

—De acuerdo —dijo, de pie junto al ataúd. Lo abrió solo lo suficiente para dejar al descubierto la parte superior del cuerpo de Caleb y me invitó a acercarme.

Respiré hondo y di tres pasos hacia delante.

Ahí estaba: mi Caleb.

Aaron se apartó, pero lo tomé del brazo.

—Quédate. Por favor. —Asintió y se quedó a mi lado mientras yo enlazaba mi brazo con el suyo.

Aparté la mirada y cerré los ojos por unos segundos mientras se me cerraba la garganta, incapaz y reacia a aceptar el destino de Caleb. Él no se merecía esto. Debería estar vivo, siempre a mi lado... me lo había prometido. Necesitaba concentrarme en respirar lenta y profundamente o corría el riesgo de enloquecer ahí mismo. La idea de dejarme llevar, de sentir las emociones que querían salir a la superficie, me aterraba. Temía no ser capaz de recomponerme si me permitía ir por ese camino.

La expresión pacífica de Caleb parecía la de un niño dormido. Habría hecho cualquier cosa, habría renunciado a cualquier cosa por que se despertara.

«Por favor...».

—Toma —dijo Aaron, entregándome el llavero de la Estatua de la Libertad que le había regalado a Caleb en su cumpleaños. —Llevaba esto con él. Estoy seguro que te gustaría tenerlo.

—No —dije entre suaves sollozos—. Es de Caleb. —Tomé el llavero y lo puse dentro del ataúd, bajo la solapa de su saco—. Dijo que lo guardaría para siempre.

—No lo enterrarán con él —dijo Aaron—. Deberías llevártelo. Sé que él querría que lo tuvieras. —Me dirigió una mirada de dolor que casi me paralizó. Ver a Aaron así, tan afectado, no era fácil de presenciar.

Asentí, tomé el llavero y me lo metí en el bolsillo. Se sentía bien. Conservarlo era una buena idea. Sonreí un poco porque casi podía escuchar a Caleb quejarse dentro de mi cabeza por haber estado a punto de dejarlo.

Pero esa sonrisa se quebró al final cuando una repentina y abrasadora ráfaga de ira me invadió. Quería gritar, hacer un berrinche, romper algo. No era justo. «¿Por qué él?». Era tan joven, brillante y tenía un cuerpo tan poderoso. Otra vez... ¿Por qué?

Pero yo sabía la respuesta, y me ardía cuando esa vocecita dentro de mi cabeza me lo recordaba una y otra vez: «Por tu culpa, por eso».

Llamaron a la puerta. Aaron la entreabrió y le pidió al señor Waldman que nos diera unos minutos más. Me llevé las manos a la cara y me agaché en el suelo. Tenía que irme pronto, y después Aaron se llevaría a Caleb lejos de mí.

Para siempre.

Tenía pocos segundos antes de que me pidieran que me retirara, así que me levanté y me senté en una silla junto al ataúd.

Esperando.

Aaron fue hacia mí y tomó unas tijeras de una mesita que había a mi derecha.

—En la tradición judía, se acostumbra rasgarse las vestiduras para expresar dolor por la pérdida de un ser querido —me explicó Aaron—. Lo llamamos *kriah*, que significa desgarrar. —Se puso la mano en el pecho, justo donde tenía el suéter rasgado, y me dedicó la sonrisa más triste del mundo.

La idea de que Aaron se rasgara el suéter de pura pena me apachurró el corazón.

—Creo que deberías hacerlo —dijo—. Ayuda.

Asentí. Sonaba como algo que en definitiva quería hacer, necesitaba hacer. La ira y el dolor habían provocado una poderosa corriente eléctrica en mi interior que me rogaba por una salida. No sabía cómo empezar a manejar ese tipo de energía por mí misma.

—Cortaré un pequeño trozo de tu suéter, lo suficiente para que puedas rasgarlo por ti misma. Por lo general se hace por el lado derecho en el caso de los familiares que no sean los padres o familiares cercanos, pero se puede optar por rasgar el lado izquierdo cuando se experimenta un dolor profundo —siguió explicando.

—El izquierdo —murmuré en voz baja.

Aaron dio un paso adelante.

—Nos ponemos de pie para mostrar fuerza. —Lo hice casi al instante—. ¿Traes algo debajo del suéter?

—Sí.

Jaló con suavidad mi suéter y lo cortó alrededor de un centímetro. Luego colocó las tijeras sobre la mesa.

—Recitaré una bendición mientras lo haces.

—De acuerdo. —Introduje los dedos en el corte y lo agarré con firmeza. Con los ojos cerrados, tiré de él mientras las lágrimas fluían como si fueran dos grifos abiertos. La muñeca lastimada me dolió muchísimo al jalar de la tela, pero no me importó.

Aaron empezó a recitar la bendición mientras yo seguía tirando del pequeño corte, abriéndolo de un tajo y sintiendo cómo cada hilo y cada fibra tronaban bajo mis dedos. Se me trabó la mandíbula y me rechinaron los dientes.

En un momento jalé con tanta fuerza que desgarré el suéter casi por completo. Dirigí la mirada hacia Aaron y lo volví a abrazar, con la muñeca punzando de dolor. Pero aquel dolor no era nada comparado con la pena que me arrasaba.

—Gracias.

Aaron dio un paso atrás y caminó hacia el ataúd de Caleb.

—Es hora de irnos —dijo.

Lo seguí y lo ayudé a cerrar el ataúd después de ver a Caleb por última vez. Puse la mano sobre él y cerré los ojos un segundo.

—Te amo, Caleb —susurré—. Te lo prometo, ¿sí?

Prometí serle fiel a mi corazón, como él siempre lo había sido. Como él siempre me había alentado a ser. Prometí confiar en mi instinto y dejar de ignorar mis sentimientos.

Aaron me acompañó hacia afuera cuando terminé de despedirme y me abrió la puerta.

—Caleb quería... —Aaron sacó un sobre del bolsillo de su pantalón— que tuvieras esto.

Tomé el sobre y lo apreté entre mis manos.

—Me lo dio en septiembre, cuando ustedes... terminaron —me explicó—. Me dijo que si alguna vez le pasaba algo, quería que lo tuvieras. —Aaron se rio de la manera más suave posible y me entregó la carta—. No creo que pensara que alguna vez te la daría. —Hizo una pausa con los párpados entrecerrados y apretó los labios como si quisiera sellarlos. Unos segundos después, respiró hondo—. Y yo tampoco.

—Gracias. Y cuídalo por mí —le supliqué, guardando la carta en el bolsillo trasero de mis pantalones negros. Había dejado mi bolsa en el coche.

—Desde luego. —Asintió y me abrazó por última vez antes de cerrar la puerta tras de mí.

Nathan me esperaba junto a la puerta. Me tomó de la mano mientras el señor Waldman nos acompañaba. Mi padre estaba fuera, hablando por teléfono. Nathan y yo le dimos las gracias al señor Waldman y esperamos a que mi padre terminara de hablar antes de irnos.

—¿Estás bien? —me preguntó Nathan, echando un vistazo a mi suéter roto.

—Sí —dije, apartando la mirada—. Es una costumbre judía para lidiar con el duelo.

Llevaba todo el día al borde de un precipicio, cayendo una y otra vez. Y cada vez que lo hacía me levantaba y volvía a subir a la cima, mirando de nuevo hacia el abismo, a punto de lanzarme una vez más: un bucle sin fin.

Pero ¿cómo romper el ciclo?

—¿Me raptarías y me llevarías a Tel Aviv? —le pregunté a Nathan, mirando por encima de mi hombro. No quería que mi padre escuchara nuestra conversación—. Quiero conocer a la familia de Caleb y decirles cuánto lo siento por todo lo que pasó. Necesito estar ahí en su funeral.

No me importaban las consecuencias. Podía lidiar con mi padre más tarde. Y si después me encerraba de por vida en mi departamento, habría valido la pena.

Prefería pedir perdón que pedir permiso.

—Lo sé, amor. A mí también me gustaría que conocieras a la familia de Caleb —dijo con voz dulce. No pensó que estuviese hablando en serio.

—Lo digo en serio, Nathan —dije, dando unos pasos para alejarme de donde estaba parado mi padre—. Podríamos volar mañana por la mañana, quedarnos ahí un par de días y luego regresar. Son las vacaciones de primavera, así que es perfecto. No faltaría a ninguna clase. Podemos volver el martes. Seguro que puedes tomarte dos días libres y trabajar a distancia. Aaron estará ahí.

Nathan me miró inexpresivamente mientras le explicaba mi plan.

—¿Por favor?

—Por Dios, ¿de verdad me estás pidiendo que te lleve a Tel Aviv? —respondió con expresión de pánico—. No puedo, amor. Tu padre me mataría si te llevara. Jamás volvería a confiar en mí.

Derrotada, sacudí la cabeza y me miré los pies sintiéndome impotente. Era como una fría bofetada en la cara que me recordaba que me retenían contra mi voluntad con cadenas de oro rosa. A Nathan le importaba demasiado la opinión de mi padre y nunca haría nada que lo hiciera caer de su gracia.

Cuando me di cuenta, sentí pánico. Necesitaba que Nathan estuviera dispuesto a arriesgarse por mí. Que fuera mi cómplice y se rebelara conmigo. Solo un poco. Aunque sabía que lo que le había pedido era demasiado.

Pero no.

Era muy parecido a mi padre y compartía un punto de vista similar con respecto a mi seguridad. Me di cuenta enseguida de que lo desaprobaba.

—Además, todavía tienes que dar tu declaración ante la policía —añadió—. No podemos irnos así como así. Tu padre ha estado postergándolo para darte espacio hasta que estés lista para hablar con ellos.

—Por supuesto. Sí. Tienes razón —respondí, esbozando una sonrisa vacía para ofrecerle algún tipo de gesto agradable, cualquier cosa que encubriera mi completa decepción.

CAPÍTULO 4

Cuñada

2 de abril de 2010

—¡HOLA! —DIJE, entrando en la habitación de William en el hospital—. Hoy es el gran día.

Por fin iban a dar de alta a William y yo quería estar ahí cuando ocurriera. Llevaba un tiempo visitándolo casi todos los días. Me sentía responsable de lo que le había pasado, y lo menos que podía hacer era mostrarle mi apoyo.

Mis visitas eran muy amistosas. Nunca estábamos solos. Siempre había alguien más, lo cual era mejor. No me habría gustado estar a solas con William. Todavía no. Por la forma como me miraba, me daba cuenta de que tal vez tenía algo que decirme.

Pero mi vida era un desastre.

Me costaba concentrarme en la escuela. Por mucho que lo intentaba, no podía dejar de pensar en Caleb. Lo extrañaba. Y no dejaba de tener pesadillas. Me despertaba al sonido de mis gritos cada dos días.

Mi pesadilla siempre era una variante del mismo escenario: Thomas le disparaba a William. Thomas le disparaba a Caleb. A veces a ambos. Pero siempre me despertaba antes de ver el siguiente movimiento de Thomas después de dispararles.

Por suerte, mi padre nunca me oía gritar, ya que nuestras habitaciones estaban en extremos opuestos del departamento y él siempre había tenido el sueño pesado.

A Nathan no le entusiasaban mucho mis visitas al hospital, pero entendía mi necesidad. Todavía fantaseaba con la idea de que todos fuéramos amigos, y yo intentaba justo eso. No es que William fuera a corresponder a nuestra oferta de paz. Ya me había dicho varias veces que no le interesaba tener una amistad ni con Nathan ni conmigo. Pero eso era tema para otro día.

Un día a la puta vez.

Vivir en el departamento de mi padre nos dificultaba a Nathan y a mí tener la intimidad que deseábamos. La privacidad que necesitábamos.

Nos escabullimos a su departamento para tener sexo unas pocas veces, pero se sentía demasiado apresurado desde que mi padre impuso un toque de queda a las 10:00 de la noche entre semana. Y aunque quería estar con Nathan, una parte de mí estaba demasiado triste todo el tiempo como para disfrutar de verdad de esa intimidad con él.

Cumplir el toque de queda y compaginar el horario de trabajo de Nathan con el mío nos complicaba las cosas. Además, mi papá vigilaba de cerca todos mis movimientos. También asignó a la agente Johnson como sustituta de Caleb. Al fin supe que se llamaba Amena. Me caía bien.

Mi papá mencionó varias veces lo genial que era tener una agente femenina en el equipo. De ese modo ella podía seguirme al baño de la escuela o en otros lugares públicos donde Aaron y David no pudieran seguirme.

Excesivo.

No es que saliera mucho, pero al menos me permitían visitar a William.

Esta vez solo Alice, la asistente de William, y yo estábamos en su habitación. Nathalie, su madre, solía estar por ahí, lo que hacía mi visita aún más formal. Menos relajada.

Nathalie me caía bien, y por lo general acababa hablando más con ella. Sinceramente, no me importaba. Lo que quería era transmitir mi apoyo a la recuperación de William.

Estar presente.

Alice estaba sentada con las piernas cruzadas en un sillón cerca de la cama de William, con la computadora en el regazo. Parecía ocupada mientras realizaba algunas llamadas.

William estaba sentado en el borde de la cama, casi como nuevo. No lo había visto en los últimos dos días, pero el color de su cara había vuelto a la normalidad y sus ojos brillaban con su habitual intensidad.

—Estoy listo para irme, carajo —soltó una carcajada, estirando los brazos y el cuello.

Le creía.

Habían pasado dos semanas desde su operación. Si yo hubiera estado en su lugar, me habría golpeado la cabeza contra la pared.

Alice se apartó el teléfono de la oreja.

—¡Hola, Billie! —Me lanzó una rápida sonrisa y volvió a poner cara en modo trabajo mientras se dirigía a William—. Los medios de comunicación averiguaron de alguna manera que te dan de alta hoy. Hay un montón de fotógrafos de diferentes medios de comunicación y coches afuera. Todos quieren fotografiarte cuando salgas del hospital. —Volvió a ponerse el teléfono en la oreja—. Warren, cálmate. Dame un minuto.

William alzó una ceja y miró hacia otro lado.

—Ni que fuera a salir por la puerta principal —Alice continuó su conversación por teléfono—. Sí, hay un estacionamiento privado. El problema es que los fotógrafos ya vieron que Cooper entró porque así de locos están. Ya reconocen al chofer de William. —Alice soltó una carcajada furiosa—. No, Warren. ¿Cómo crees? William no va a despedir a Cooper. Cálmate. Algo se me ocurrirá. —Terminó la llamada y tiró el teléfono a un lado—. Jesús.

—Gracias a Dios que te tengo a ti. No puedo tratar con Warren

—dijo William, pellizcándose el puente de la nariz con los ojos cerrados. Warren era el publicista de William.

—Gracias a Dios que me tienes a mí. Y punto —contestó Alice con una risita.

—¿Por qué no te llevo yo? —sugerí—. Dime dónde necesitas que estacionen el coche los chicos y te llevamos. Cooper puede quedarse aquí para crear una distracción.

—Estás despedida, Alice. Encontré a tu sustituta —bromeó William.

—Ja, ja —respondió ella en tono aburrido sin alzar la vista de la pantalla, mientras tecleaba como un hámster trastornado—. Pero podría funcionar. —Me miró a los ojos—. Gracias, Billie.

William intentó levantarse.

—Ay. —Hizo una mueca de dolor y se llevó la mano al lado izquierdo del estómago, donde había recibido la bala. Por mí.

—¿Estás bien? —dijimos Alice y yo al mismo tiempo. Alice dejó caer la computadora en el sofá y se levantó enseguida.

—¿Por qué te levantas? —refunfuñó Alice. William desvió la mirada hacia el morral que había en el suelo junto a la puerta del baño—. La enfermera dijo que alguien iba a venir a ayudarte a ponerte la ropa, así que ni se te ocurra.

—Hoy me voy, y no habrá enfermeras en mi departamento. Creo que soy capaz de ponerme mi propia ropa. Gracias, Alice —respondió William en tono seco, dando unos pasos lentos hacia su bolsa.

—Oh, como si yo no fuera a ser tu enfermera, ¿verdad? —bromeó Alice—. Voy a necesitar un aumento porque William convaleciente es un dolor de huevos.

William entreabrió los labios, de seguro para discutir con Alice, cuando ella volvió a hablar:

—No te atrevas a negarlo. ¿Te acuerdas cuando hiciste una acrobacia estúpida durante un rodaje y te lastimaste el tendón de la corva una semana? —Se volvió hacia mí—. Tuve que volar a Marruecos para cuidarlo porque no podía dar dos pasos sin quejarse.

William se rio.

—Te la pasaste muy bien en Marruecos esa semana con, ¿cómo se llamaba? ¿Fátima? No lo olvidas.

—¡Shhh! —Alice se llevó el dedo a los labios—. No vuelvas a mencionar a Fátima cuando Luna esté cerca. —Me miró un segundo, en una especie de amenaza silenciosa. Pero yo jamás le diría una palabra a nadie sobre sus asuntos personales—. Es un tema delicado para nosotras.

—Relájate. Luna no está aquí. Y yo ya lo sé —dijo William, dándole a Alice una palmada en la espalda mientras daba pasos lentos pero seguros hacia el baño.

Alice puso los ojos en blanco, y yo me di la vuelta y le llevé su bolsa con la mano izquierda. Mi mano derecha iba a seguir enyesada un tiempo. No soportaba la comezón constante.

—¿Quieres cambiarte en el baño o en la habitación de invitados? —le pregunté a William—. No creo que sea buena idea que cargues peso todavía.

William se detuvo y se volvió para mirarme.

—Gracias. —Se apartó un mechón dorado de la cara—. En el baño está bien.

Alice volvió a sentarse cuando vio que tenía las cosas bajo control.

William odiaba usar su bata de hospital. Me lo había dicho todos los días que fui a visitarlo. Y estoy segura de que odiaba aún más que todos tuviéramos que verlo con ella puesta y depender de otra persona para hacer cosas básicas. Yo sé que lo odiaría también.

Quería cargar su propia bolsa y demostrar su hombría, pero, por favor, no necesitaba demostrar nada en absoluto.

Di la vuelta y dejé sus cosas sobre la elegante barra de mármol del tocador del baño.

—¿Necesitas ayuda con algo más? —ofrecí.

Se puso a mi lado y Alice gritó desde lejos:

—¡William! ¡Se te ven las nalgas! ¡Por Dios! Cúbrete o voy a tener que llamar a Luna para decirle que ya no soy gay.

«¡Alice!». Un bufido se me escapó de la nariz cuando no pude evitar reírme.

Mis ojos desobedecieron mi orden mental de apartar la mirada y eché un vistazo rápido porque es como cuando alguien te dice que no mires y simplemente tienes que hacerlo. Y sí, la bata de William estaba abierta por la espalda. Sus nalgas perfectas y tonificadas estaban a la vista de todos. Incluyéndome a mí. La atención de Alice estaba de vuelta en la pantalla de su computadora. Ya había dicho lo poco que le interesaban las nalgas de William.

«Mierda». Me di la vuelta y me tapé los ojos como la persona patética que soy.

—¡Eres un perverso! —siguió quejándose Alice, pero podíamos oír cómo tecleaba—. Y ahora has asustado a Billie con tu vergonzosa perversión exhibicionista.

Tuve que estar en desacuerdo con ella. El trasero de William era todo menos repugnante o aterrador. Pero ella tenía otras preferencias.

La puerta del baño se cerró detrás de mí, y me di la vuelta, ahogando un grito.

—¿Viste algo que te gustó? —preguntó William, con los dedos cerrándose con pereza la bata por detrás.

Sí, estaba como nuevo y de vuelta a hacerme sentir incómoda en cada oportunidad que tenía.

—No vi nada, la verdad.

—Qué mojigatos, los estadounidenses —dijo William, sacando sus cosas de la bolsa y poniéndolas sobre la barra—. Supongo que en Suecia nos sentimos más cómodos con la desnudez. Además, es solo cuestión de tiempo antes de que me veas desnudo.

—¡William! —Lo miré con los ojos muy abiertos, tomé uno de los mini jabones de la barra y se lo lancé. Se rio.

—Genial, ¿estás de acuerdo, entonces? Porque no te oí negarlo.

—Estoy de acuerdo con Alice —mentí, caminando hacia la puerta.

Pero me agarró del brazo cuando pasé a su lado y me susurró al oído:

—No, no lo estás, älskling. —Su tono cambió de jugueteón a bajo y ronco en un segundo—. Y... gracias.

—¿Por qué? —Levanté la vista para encontrarme con su mirada, tragándome un nuevo nudo en la garganta.

—Ya sabes, por estar al pendiente de mí—siguió murmurando—. Te agradezco que vengas todos los días a ver cómo estoy. —Lo dijo con una sinceridad tan cálida que pude sentir cómo me derretía en el suelo del baño.

—Sí, bueno... que estés aquí es culpa mía, así que es lo menos que podía hacer.

—¿Todo bien ahí adentro? —dijo Alice del otro lado de la puerta—. ¡Billie, golpea dos veces si estás viva!

—¡Vete! ¡Fuera! —gritó William con el más agudo dejo de enojo en su voz.

—¡Tu teléfono no deja de vibrar! ¡Es Zara! —gritó Alice de vuelta.

Zara. La hermana de Nathan. Me había olvidado de su existencia.

—¡Por Dios, Alice! Dile que le llamo en cinco minutos. —William se pasó una mano por el pelo, molesto por la interrupción. Era la primera vez que teníamos tiempo para hablar en privado en las últimas dos semanas. Y ahora no podía dejar de pensar en la naturaleza de su relación con Zara—. Tenemos que hacer que dejes de pensar eso —dijo William, retomando nuestra conversación. «Claramente»—. Nada de esto es culpa tuya. Y si tuviera que hacerlo, lo volvería a hacer.

Me mordí el interior del labio inferior mientras intentaba aplastar las mariposas que querían revolotear en mi estómago. Y después di un paso atrás.

—No lo hagas —me dijo—. No dejas de alejarte de mí. Eso también tiene que parar.

Alice llamó de nuevo.

—Zara dice que es urgente.

Por mucho que mi voz interna se opusiera a lo que estaba a punto de decir, aun así, lo dije.

—¿Por qué no atiendes esa llamada y yo voy a hablar con los chicos para que te saquen a escondidas del hospital?

Alcancé el picaporte de la puerta, pero William puso su mano sobre la mía.

—No hemos terminado esta conversación, Guille. —Me soltó la mano y me dejó abrir la puerta—. Supongo que será más fácil hablar ahora que estaré de vuelta en casa.

«Sobre eso...».

—No estoy viviendo en mi departamento —revelé, dándome la vuelta para encontrarme con su mirada—. Me estoy quedando con mi papá.

Alice le pasó el teléfono a William, pero él siguió mirándome, con la boca un poco abierta. Luego miró la pantalla de su teléfono y silenció la llamada.

—¿Indefinidamente o...?

—No —dije rápido—. No, claro que no. En principio era por un mes mientras hacían algunos cambios en la seguridad del edificio y en mi departamento. Pero ya casi terminan, o eso me han informado.

Yo pensaba volver en cuanto pudiera. Mi padre me ofreció quedarme todo el tiempo que quisiera. Pero no podría mudarme con mi padre para siempre, aunque estoy segura de que eso lo habría hecho feliz.

Lo que necesitaba era volver a mi departamento. Recuperar mi espacio.

«Que me dejen en paz».

—Iré a hablar con los chicos. Seguro que te mueres por quitarte esa bata de hospital.

—Muero de impaciencia. —De repente su mirada se volvió hambrienta. Me miró los labios un segundo, y casi me mata—. Pero puede que necesite ayuda con eso.

—Cállate y vístete —dije riendo, tratando de distraerme de sus incesantes insinuaciones—. Estoy segura de que a Alice le encantaría ayudarte.

—¡Paso! —gritó desde su asiento—. Pero te mandaré un mensaje para que me avises cuando tus chicos estén listos para sacarnos de aquí.

—Prefiero que me ayude Guille la mandona —susurró—. Esa es mi Guille favorita.

Maldita sea. Se me calentó la cara, y esa fue mi señal para irme.

William soltó una carcajada.

—Me encanta ese color durazno de tus mejillas, por cierto —dijo—. Pero no hay razón para que te pongas nerviosa. Estoy seguro de que primero querrás darle la noticia a Nathan de que vas a terminar con él antes de que pasemos a esos temas. Lo cual haremos, te lo prometo.

—William, para —dije en tono serio. Su estilo consistía en decirme las cosas en broma, pero sabía que no estaba bromeando. Y ahí fue donde tracé la línea.

Si lo decía, significaba que en verdad quería que terminara con Nathan.

Al principio, mi corazón se inclinaba más hacia Nathan, pero ahora «dos caminos se abrían en un bosque amarillo», y no sabía qué hacer con ese sentimiento abrumador.

Después de que William resultó herido, algo cambió dentro de mí, como un interruptor que se encendió, y por más que luché, no pude encontrar una manera de apagarlo.

La idea de que volvieran a hacerle daño o, peor aún, de perderlo, me cambió. Surgió una necesidad de querer tenerlo cerca, de verlo, solo para tranquilizarme. Para saber que estaba bien.

No quería complicar las cosas ni herir a nadie, pero no podía evitarlo.

Era... químico.

—No puedes hacerte la tonta para siempre —dijo.

Yo también lo sabía, pero ni siquiera había procesado la muerte de Caleb como era debido. ¿Cómo iba a mirar dentro de mi corazón y hacer las temidas preguntas que sabía que tenía que hacer?

Alguien iba a salir herido... por mi culpa. Lo comprendía. Y yo también saldría herida, en consecuencia. Pero no estaba segura de poder soportar más dolor. Así que seguí dando rodeos, apartando la vista de mis sentimientos.

Haciéndome la tonta. Es tan fácil hacerse el tonto.

—Por favor, para. —Era lo único que podía hacer, pedirle que se detuviera y me diera tiempo para procesar la vida, la muerte y todo lo intermedio. Por ahora lo único que podía ofrecerle era mi amistad, aunque sabía que no la correspondería.

—Ya no me detendré —respondió William con su voz grave—. Lo intenté, pero he hecho las paces con ello, sabiendo que no soy lo suficientemente fuerte para lograrlo. Y algo me dice que tú tampoco lo eres.

Eché un vistazo por encima de mi hombro, y vi que la atención de Alice estaba fija en la pantalla de su ordenador, por completo ajena a nuestra conversación.

Bien.

Además, la situación de Zara estaba empezando a disgustarme. Nunca había experimentado celos como con William. Era absurdamente territorial con él. Pero, de nuevo, no me correspondía preguntar, y la curiosidad era incómoda y agotadora. Y con seguridad él podía ver a través de mí.

—Mi cuñada lleva un rato esperando a que atiendas su llamada —le dije, recordándole que había una chica en la línea esperando con ansiedad hablar con él. Y esa chica era la hermana de mi novio.

—Mieeerda—. William levantó el teléfono y le quitó el silencio—. ¿Zara?

Negué con la cabeza y me alejé mientras él continuaba la conversación con ella en sueco. Necesitaba inscribirme a clases de sueco para estar más tranquila.

—¡Guille! —gritó antes de que saliera de su habitación—. No estamos ni cerca de haber terminado esta conversación.

Yo también lo sabía.

CAPÍTULO 5

1984

7 de abril de 2010

HOY FUE UN MAL DÍA, uno de esos días desgarradores y nauseabundos.

Me iba a mudar de nuevo a mi departamento. Lo estaba esperando con ansias, o eso pensé hasta que hice las maletas para regresar.

Mis pies tenían mente propia. Se sacudían y temblaban sin control mientras Aaron y Amena me llevaban hacia allá. ¿Tengo que explicar por qué mi padre no me ofreció acompañarme? No. Pensé que Nathan iría conmigo, pero ya había faltado varios días al trabajo para estar conmigo cuando lo necesité. Me parecía egoísta pedirle otro medio día de su tiempo para acompañarme a mi casa. Aaron estaba conmigo. Tendría que ser suficiente.

Vivir en casa de mi padre justo después de la muerte de Caleb me permitió escapar por un tiempo de la realidad, pero en mi casa todo me recordaba a él.

Había estado hablando por Skype con mi terapeuta de Noruega. Me había llevado de la mano durante el proceso de duelo cuando murió mi madre. Me conocía y conocía mi pasado. Era más fácil seguir hablando con ella que buscar otro terapeuta en Nueva York y volver a empezar de cero. No tenía tiempo. Necesitaba descifrar todos mis sentimientos; cuanto antes, mejor.

Me sugirió que empezara un diario y escribiera mis pensamientos al azar. Sin fechas. Debía escribir en la primera página en blanco que encontrara sin ningún orden. Así que me compré un cuaderno Moleskine y lo llevaba siempre conmigo. Y había estado haciendo justo eso.

Saqué el cuadernito de mi bolsa y tomé una pluma que apenas podía sostener entre los dedos. El maldito yeso me estorbaba. Mi letra era casi ilegible, lo que me parecía muy conveniente.

¿Quién va a acompañarme a mi departamento todos los días?

¿Quién hablará conmigo de las cosas difíciles?

¿Quién me preguntará sobre mis verdaderos sentimientos o me ayudará a confrontarme con ellos?

¿Quién va a consolarme sin decir una sola palabra?

¿Y quién me hará sentir segura con solo pensar en su nombre?

¿Quién va a ponerme en primer lugar SIEMPRE, pase lo que pase?

¿Quién me cuidará tanto como él?

Suspiré con fuerza y cerré el cuaderno. Volví a guardarlo y miré por la ventanilla del coche.

Sabía que tenía a Nathan. Aunque aún estuviera intentando averiguar el significado y el alcance de tenerlo. Pero la presencia incondicional de Caleb llenaba un espacio que yo había creado solo para él, y el vacío que había dejado amenazaba con devorarme el alma por completo. Y no estaba en condiciones de descifrar los deseos ocultos de mi corazón, que habían empezado a manifestarse en mi contra las últimas semanas.

Sin embargo, me aferraba a la carta de Caleb y evitaba leerla porque no sabía qué me esperaba una vez que la leyera ni cómo me haría sentir.

Tal vez si me entretenía durante un tiempo hasta que me sintiera más fuerte tendría el valor de leerla, porque, en cierto modo, sería como hablar con él.

Mi última conversación con Caleb.

Y mientras siguiera sin leer su carta seguiría teniendo la oportunidad de escucharlo por última vez. Y sí, podría leerla varias veces, pero la primera vez que lees una carta tiene un cierto peso, una cierta magia. Esa sensación de no saber qué palabra viene a continuación, qué pensamiento, qué emoción aflorará. Es demasiado especial.

Así que todavía no.

Me aferraba a mi última oportunidad hasta que no solo me sintiera más fuerte, sino también más merecedora. Había estado enterrando los sentimientos de culpa en un rincón oscuro de mi alma. Y me estaban consumiendo poco a poco sin que me diera cuenta.

Al menos tendría un lugar donde esconderme del mundo el día de mi cumpleaños, para el que solo faltaban cuatro días. Aislarme en mi departamento era más fácil que en casa de mi padre. Aunque él nunca estaba de todos modos.

Pero no hay lugar como el hogar. Y el mío se encontraba en Park Avenue 485 el cual formaba parte de una escena del crimen que había quedado muy grabada en mi mente.

Aaron se estacionó. Respiré hondo y salí del coche cuando Amena me abrió la puerta.

Nathan prometió pasar después del trabajo. Y cuando entré en el vestíbulo y me recibieron Senad, Bruce y un nuevo portero con grandes sonrisas, deseé que lo hiciera. Pronto. Porque los recuerdos del incidente corrían en estampida hacia mí con mi cerebro como objetivo. Y por mucho que odiara admitirlo, sabía que no podía lidiar con todo esto yo sola.

El elevador ahora requería una tarjeta para funcionar y vi al menos cuatro cámaras de vigilancia nuevas.

Aaron y Amena me ayudaron a subir mis cosas, que eran un par de maletas con mi ropa y una mochila.

—Este es tu nuevo juego de llaves —me dijo Aaron, entregándomelo mientras el elevador subía al noveno piso—. Cambiaron todas las cerraduras, incluida la de la puerta de servicio. Guardaré una copia de estas, por si acaso.

—Gracias —dije con una sonrisa tensa, mirando el llavero de la Estatua de la Libertad de Caleb que tenía en la mano. Había encontrado un nuevo hogar junto al llavero de la torre Eiffel que me había regalado él.

Las puertas del elevador se abrieron frente a nosotros y nos dirigimos hacia mi puerta. Había una cámara de vigilancia con una vista aérea de la entrada.

«Mierda».

Alcé la vista y pregunté:

—¿Quién vigila estas cámaras? —Al parecer me había convertido en un personaje de la novela *1984* de Orwell—. ¿Hay cámaras dentro de mi departamento?

Parecía razonable preguntar. No soportaría encontrar una cámara dentro. Tampoco podría prometer que no la tiraría.

Aaron miró la cámara exterior con el ceño fruncido.

—Tu padre insistió. Nadie está vigilando, en sí. La intención es tener la oportunidad de revisar si es necesario —explicó—. Habrá un agente asignado a esta cámara en concreto. Pero no estará vigilando cada segundo del día. La cámara envía alertas cuando la activan movimientos inusuales y otros parámetros que se configuraron en el sistema. Si el agente considera que merece la pena informarlo, el primer aviso me llegará a mí.

Le lancé a Aaron una mirada de reojo.

—Y no, no hay cámaras dentro de su departamento. Pero se instalaron tres botones de pánico más. Si tiene tiempo, señorita, ahora mismo le enseño dónde están.

—¿La cámara también graba audio?

—No. Solo video.

«Gracias a Dios».

Los tres entramos a mi departamento y todo estaba impecable. Habían hecho un excelente trabajo de limpieza. Pero seguro que los fantasmas estaban escondidos por ahí, listos para acecharme por la noche.

Aaron me mostró las tres nuevas ubicaciones de los botones de pánico: en la cocina, en mi baño y en el dormitorio de invitados. Así todas las habitaciones ahora tenían un botón de pánico.

—Gracias, Aaron. Nathan viene en un momento. ¿Podemos conseguirle una tarjeta para acceso rápido? ¿O vas a tener que acompañarlo cada vez que venga? —La situación se estaba poniendo muy molesta.

—Su padre no quiere que nadie suba sin avisar, así que uno de nosotros tendrá que darle acceso a Nathan a partir de ahora —respondió Aaron—. Quizá podría hablar con su padre dentro de unas semanas. Estoy seguro de que se sentirá más tranquilo cuando vea que está bien instalada.

«De acuerdo».

Les di las gracias a Aaron y a Amena y cerré la puerta.

«Bienvenida al arresto domiciliario».

William estaba en casa, y algo me decía que tenía compañía. No lo había visto desde que le había ayudado a escabullirse del hospital hacía unos días. Y aún no habíamos tenido aquella conversación pendiente. Alice había venido con nosotros, así que, por suerte, la conversación fue ligera y divertida.

Podía oír una guitarra y su piano tocando de manera simultánea, acompañados de una risa ahogada de repente.

Sonó el timbre, sobresaltándome y disparando mi ansiedad. Una mezcla de ilusión por que fuera Nathan y miedo de que no fuera él. Quizá Aaron quería decirme algo. O quizá mi padre había decidido aparecerse en el último momento. Pero yo quería que fuera Nathan. Llevaba una hora desempacando mis maletas para distraerme.

Estar sola en mi departamento era incómodo y aterrador. Sabía que la amenaza había desaparecido, pero no la sensación pesada y traumatizante de lo que había pasado.

Me asomé por la mirilla y suspiré aliviada cuando abrí la puerta.

—Hola, amor —dijo Nathan, entrando. Aaron me saludó con la cabeza y se dio la vuelta para marcharse. Nathan cerró la puerta y me besó en la mejilla—. Veo que hay una nueva cámara de vigilancia delante de tu puerta.

—Lo sé. Qué horror. Al menos no graba audio. —Me encogí de hombros, tomé a Nathan de la mano y lo jalé hacia mi dormitorio. Quería terminar de deshacer las maletas—. Pero no me sorprendería que hubiera micrófonos en mi departamento.

Se rio.

—Seguro que no, amor. Y si hay, mantendremos entretenido al agente—, dijo, cerrando la puerta de mi dormitorio y arrinconándome contra ella. —Te extraño.

—Yo también te extraño —dije, un poco sobresaltada. No me molestaba la habitual rudeza juguetona de Nathan, pero mi mente me estaba jugando una mala pasada y me había recordado cómo Thomas había abusado físicamente de mí aquel día.

Me tragué los sentimientos. Lo último que necesitaba era que también afectara mi relación con Nathan.

Y sí que teníamos vigilancia de audio, William. Ya había admitido que podía escucharnos teniendo sexo. Y no sabía cómo hablar con Nathan de lo mucho que eso me molestaba sin darle una idea equivocada o crear un drama innecesario.

Además, no me gustaría que nadie nos escuchara teniendo sexo, pero el hecho de que fuera William lo hacía aún más mortificante.

Nathan me besó el cuello y jaló el dobladillo de mi suéter hacia arriba, para deslizar su mano por mi estómago.

—Me encanta lo suave que es tu piel —susurró. Me tomó de la barbilla y acercó sus labios a los míos, besándome con hambre posesiva.

Mis brazos colgaban a mis lados, y tenía la mano izquierda cerrada en un puño.

Sus manos se posaron en la parte baja de mi espalda mientras avanzaba de espaldas hacia la cama, arrastrándome con él, su boca seguía pegada a la mía.

«Relájate».

—Siento que no hemos tenido sexo de verdad en mucho tiempo —dijo, quitándome el suéter por encima de la cabeza. Lo tiró al suelo, sonriéndome, y se quitó el saco. Esa sonrisa me dio la seguridad que necesitaba para relajarme. Era Nathan. Estaba a salvo con él.

Intenté desabrocharle la camisa, pero mi yeso me lo impedía.

—Yo me encargo —dijo desabrochándosela—. Deja que me ocupe de todo, ¿sí?

Los dedos de Nathan se dirigieron a mis pantalones. Los bajó despacio, y lo único que podía oír dentro de mi cabeza eran los segundos de mi temporizador mental. Cuando se acabaran los segundos, tendría que decirle algo a Nathan sobre mi incomodidad con respecto a la delgadez de la pared que dividía los departamentos 9A y 9B.

—No soporto apresurarme contigo. Quiero tomarme mi tiempo para hacerte el amor. —Trazó una línea de besos sobre mi estómago.

Las dos semanas anteriores habían sido difíciles para nosotros. Teníamos que inventarnos alguna excusa para ir al departamento de Nathan y apresurarnos antes de mi ridículo toque de queda de las diez de la noche. Y su trabajo cada día era más exigente. Estaba esforzándose para convertirse en socio de Chapman & Payne, lo que conllevaba más responsabilidades y más horas de trabajo.

Pero Nathan nunca se había apresurado conmigo, y me recordé a mí misma lo mucho que eso me gustaba.

Me rodeó la cintura con los brazos y me levantó del suelo, dejándome caer con suavidad sobre la cama. Me agarró de la muñeca izquierda y la puso por encima de mi cabeza mientras me besaba el cuello.

—¡No! —grité rápido, deslizándome hacia un lado, alejándome de él.

Nathan retrocedió de inmediato y se sentó en la cama, mostrándome las palmas de sus manos.

—¿Qué pasó? —preguntó, desconcertado—. ¿Te lastimé?

—No, no, claro que no. Lo... lo siento —tartamudeé, jadeando. Me arrastré por la cama hasta donde estaba y lo abracé. —Lo siento, no sé qué...

—Oye, no pasa nada —respondió, con voz suave y dulce, pasándome una mano por el pelo—. Me dejé llevar. No quería que te sintieras incómoda.

—No hiciste nada mal —insistí. No lo había hecho. Me encantaba cuando tomaba el control de esa manera—. Es que... esta habitación. Y la forma como me agarraste la mano y me levantaste el brazo... —Me quedé en silencio y cerré los ojos, respirando despacio.

No le había dado a Nathan ningún detalle explícito de cómo sucedieron las cosas con Thomas. Era difícil hablar de eso. Sentirme indefensa contra su fuerza había sido abrumador. No poder moverte sin saber lo que la persona que te retiene quiere hacerte es una sensación aterradora.

—Thomas me inmovilizó en la cama, me agarró de las muñecas y... en algún momento incluso me besó —revelé mientras sacudía la cabeza varias veces—. Tenía que hacerle creer que quería escucharlo, hacerle creer que... —Mi voz era baja, temblorosa.

—Oh, Dios, Murph. ¿Por qué no me lo habías contado? —preguntó Nathan con la mandíbula tensa. Parecía furioso por la situación—. Lo siento mucho, amor. —Me abrazó con cuidado.

—No lo sé. Han pasado muchas cosas. Y una parte de mí se sentía avergonzada de... no sé... de ser tan vulnerable. No podía moverme. No sabía hasta dónde estaba dispuesto a ir. —Me estremecí.

La respiración de Nathan era profunda pero constante. Me di cuenta de lo difícil que le resultaba mantener el control. ¿Pero qué podía hacer? Thomas estaba muerto. Todo se había acabado. Lo único que quedaba era el trauma.

—Y tampoco te lo dije, pero me liberé usando las técnicas de Krav Maga que me enseñaste —dije con una risita triste.

—¿Qué? —Correspondió con una risa perezosa—. Ay, Murph, eres increíble. —Me besó el pelo—. Entonces, ¿lo volteaste como practicamos?

Asentí con una pequeña sonrisa.

—¿Qué más? —preguntó con orgullo.

—Yo, eh... le di un puñetazo en la ingle después de voltearlo. Pero no me soltó la muñeca derecha —expliqué, mostrando mi yeso—. Le golpeé los ojos con la garra que me enseñaste y eso hizo que me soltara, pero para entonces ya tenía la muñeca rota.

—Mierda, Murph.

—Intenté escaparme, pero me atrapó, y fue entonces cuando entró William. Pero... prefiero no hablar de esa parte, si te parece bien.

—Por supuesto —respondió con suavidad—. Lo entiendo perfecto.

Lo besé en la mejilla.

—Ojalá te lo hubiera contado antes. Pero no pude.

—Lo entiendo. Puedo esperar a que te sientas lista. No tenemos que...

Puse la mano sobre la mejilla de Nathan y lo besé despacio, con ternura, y él me devolvió el beso.

—No quiero esperar —susurré.

Era reconfortante recordar cómo se sentía tener a Nathan tan cerca de mí de esta manera. Era como si no me lo hubiera permitido en las últimas semanas. Pero me sentía segura y querida, y no quería que esos sentimientos se desperdiciaran. Quería sentirlos aunque amenazaran con durar poco porque solo les concedía un breve tiempo para existir dentro de todo el caos.

Mientras nos besábamos, podíamos oír la música procedente del departamento de William del otro lado de la pared. No creía que William pudiera escucharnos. Eso significaba que tenía una cosa menos de qué preocuparme.

Por hoy.

Me acosté boca arriba y jalé a Nathan conmigo.

—Puedo ir despacio —dijo entre besos.

—Lo sé.

8 de abril de 2010

THOMAS ME TIENE *inmovilizada sobre la cama. Sus manos sujetan con fuerza mis muñecas adoloridas, que palpitan de dolor. William entra en mi habitación y, sin pensarlo dos veces, Thomas apunta su arma y le dispara dos veces.*

Bum. Corazón.

Bum. Cabeza.

William cae inerte al suelo y Thomas le apunta a la cabeza. Cierro los ojos y se oye un intenso estruendo que me despierta.

Me senté en la cama, jadeando y sudando. Enseguida me di cuenta de que el sonido intenso procedía de la pared que dividía la habitación de William de la mía, porque volvió a llamar, sobresaltándome.

Mi mente aún permanecía en ese limbo entre los sueños y la conciencia total. Pero unos segundos después sonó el timbre, seguido de unos golpes desesperados, y eso claro que me despertó.

Corrí hacia la puerta, sabiendo perfectamente que era William. Debió de oírme gritar. No quería que se preocupara. Esa carga era mía, no de él.

Después de abrir las múltiples cerraduras de la puerta con la mano izquierda, por fin conseguí abrirla. William entró corriendo sin pensarlo dos veces y me abrazó.

—Estabas gritando —me dijo, apoyando la barbilla en mi cabeza—. ¿Otra vez tuviste una pesadilla? ¿Como en el hospital?

Al sentir sus brazos a mi alrededor volví a relajarme. El calor y la dulzura con que me abrazaba me reconfortaban.

Como era temprano, no olía a su colonia sino a una brisa fresca de verano. Limpio. Jabonoso. Fresco.

—Sí, pero estoy bien —le respondí—. Todo está bien.

«Estás bien. Gracias a Dios».

Me tomó la cara con las manos y me miró a los ojos. Mis labios temblaron y pude sentir que me tragaba las lágrimas.

—Lo siento —dije, sintiendo una lágrima rebelde que rodaba por mi mejilla.

—¿Por qué? —Me secó la lágrima con el pulgar.

—Por nada. No quería asustarte —murmuré—. No sé cómo hacer que las pesadillas se acaben.

—No tienes que hacer que nada acabe —me tranquilizó. Volvió a abrazarme y me permití apoyar la cara sobre su pecho—. Lo que viviste no fue cualquier cosa. Tienes que permitirte sanar.

—Tenemos —corregí y le recordé—. Lo que tú y yo vivimos. Y para ti fue peor. Te dieron un balazo. Por mí culpa. Y no debería...

—Basta. Estoy aquí para ti. A tu lado. Siempre que me necesites.

—Me tomó la barbilla con los dedos y me miró a los ojos—. ¿De acuerdo?

Asentí, separándome lentamente del abrazo y vi el reloj de William en su muñeca. Lo agarré para ver la hora.

Eran las 8:43 de la mañana.

—Mieeerda —dije, dándome la vuelta y dirigiéndome a mi cuarto.

—¿Qué pasa? —preguntó, siguiéndome.

«¡No me sigas!».

—Nada. Se me hizo tarde. Tengo que estar en el ballet del Lincoln Center a las nueve. Vamos a fotografiar a unas bailarinas para mi clase —contesté, escogiendo algo que ponerme. Hice una pausa y miré por encima de mi hombro. Estaba apoyado en el marco de la puerta de mi clóset—. Necesito que te vayas ya.

—Lo sé —dijo riendo—. Estaba esperando a que me corrieras. Uno nunca sabe. Esperaba que empezaras a desvestirte porque tienes prisa.

Me quité uno de los calcetines y se lo lancé.

—Ahí lo tienes.

Atrapó el calcetín en el aire y se rio más fuerte.

Me devolvió el calcetín y sonrió.

—Nos vemos, 9A. Me alegro de que hayas vuelto.

9A. Hacía meses que no me llamaba así. Me recordó al día que nos conocimos.

Se alejó y le grité:

—¡Me debes una paella, 9B!

El domingo anterior había sido Pascua, y cuando compramos la paella en un restaurante español para celebrar en casa, no pude evitar recordar que William me había prometido cocinarme una. Y no esperaba que lo hiciera. Lo acababan de dar de alta del hospital. Pero me pareció divertido recordarle su promesa.

«Pase lo que pase», me había dicho. Pero sí que habían pasado muchas cosas.

William se dio la vuelta.

—¡Mierda, tienes razón! —Se pasó la mano por su espesa melena dorada y la puso en el cuello.

—Solo estoy bromeando —respondí, cerrando un cajón—. Ordenamos una paella. Se salvó la Pascua. —Salí del clóset y me dirigí hacia el baño.

—¿Estuvo buena? —preguntó mientras me lavaba la cara.

—Estuvo... más o menos —respondí, enjuagándome la cara. Me sorprendió lo cómodo y natural que se sentía tener a William ahí viéndome prepararme para ir a la escuela—. He probado mejores. —Me di unas palmaditas en la cara con una toalla y busqué mi cepillo.

—La mía será la mejor que hayas probado —dijo con su característica sonrisa. Pero ya no era tan molesta como antes—. Me aseguraré.

—¿Tu paella es tan buena? —pregunté, peinándome el pelo corto, todavía no del todo acostumbrada al cambio, y atándomelo con una liga.

—Si, también. —Volvió a sonreír. Sonriendo nerviosa, resoplé y negué con la cabeza.

—De verdad tienes que irte. —Necesitaba cambiarme y él no dejaba de entretenerme. Ya iba a llegar tarde y que William me distrajera no ayudaba.

—Pondré la paella en tu paquete de cumpleaños. —Entró al baño y me quitó la liga del pelo. La tiró sobre el lavabo con un guiño. Y se fue.

No pude evitar sonreír.

«Por favor... nada de regalos». No quería ni pensar en celebrar mi cumpleaños. Lily insistía en que cumplir veintiún años era algo muy importante y que debía celebrarlo. «Te lo debes a ti misma», me dijo.

Pero yo no me debía nada. No me parecía bien celebrarlo cuando Caleb había muerto unas semanas atrás. Me merecía estar encerrada en mi departamento, y ya. Sin embargo, tener la edad suficiente para comprarme mi propio vino sonaba como algo digno de ilusionarme.

Me vestí, tomé mis cosas y bajé corriendo al vestíbulo. David se sentó al volante.

—Lo siento. Se me hizo un poco tarde —dije, subiendo al coche. Amena me cerró la puerta y subió al asiento del copiloto junto a David—. Vamos al Lincoln Center, por favor. Y no me molestaría si quieres manejar como un maniático.

—Puedo hacer eso, señorita Murphy. —David se rio y arrancó a toda velocidad.

Llegamos a las 9:06. David no me decepcionó. Era un conductor experto. Amena me abrió la puerta y me siguió mientras corría hacia el ballet. Por suerte, mi grupo aún no había entrado. Estaban esperando a que todos llegáramos.

—Hola —le dije a Nolan, parándome a su lado—. Lo logré.

—¿Estás bien? —me preguntó con el ceño fruncido, intentando sonreír.

—Sí, todo perfecto. Solo me quedé dormida.

—Pareces más una persona que no durmió nada que una que se quedó dormida.

—Ay, gracias por el halago —bromeé—. ¿Me veo tan mal? —No había tenido tiempo de maquillarme. Y a mis ojos les habría caído bien un poco de corrector.

—No, Bee, cómo crees. No me refería a eso —dijo, avergonzado, con las ondas oscuras sobre la frente—. Estoy preocupado por ti. Eso es todo.

—Estoy bien. Te lo juro —insistí. Me agarró del brazo y me apartó del grupo—. Sabes que puedes hablar conmigo. Sé que tiendes a guardarte las cosas y que eres... reservada. Pero a veces hablar ayuda mucho.

Dejé escapar un suspiro de derrota.

—Lo sé. Es solo que todo ha sido demasiado abrumador.

—¿Sigues teniendo pesadillas?

Asentí, y apreté los labios. Le había contado a Nolan mi primera pesadilla en el hospital, y eso le preocupaba.

—Solo quiero asegurarme de que no tengas estrés postraumático o algo así. Esa mierda no desaparece sola, Bee.

El padre de Nolan era veterano de guerra. Sabía cómo detectar el estrés postraumático. Pero jamás compararía las experiencias de su padre en la guerra con lo que me pasó esa noche con Thomas. Confiaba en que podría lidiar con ello. Además, hablaba con mi terapeuta dos veces a la semana.

—Gracias. Te juro que estoy bien —seguí mintiendo. Ya había hecho sufrir demasiado a todos los que me rodeaban. No quería preocupar a Nolan con mis problemas.

—¿Por qué no tomamos un café más tarde y hablamos?

—Claro. —Sonreí—. Por qué no. —«Sí, al café. Siempre».

Nos reunimos con nuestros compañeros, y Bryce, una chica de mi clase, se nos acercó. Era la única clase que tenía con ella, y no la había visto desde antes de las vacaciones de primavera. No había asistido la semana anterior.

—¡Hola, Billie! —dijo, radiante.

—Hola, Bryce. —Nuestro profesor nos dijo que entráramos, y Bryce caminó junto a nosotros mientras seguíamos al grupo, rezagados atrás.

—Estás saliendo con William Sjöberg, ¿verdad? —me preguntó, con sus grandes ojos castaños mirándome con intensa curiosidad.

«¿Qué?».

—No. No, no estoy saliendo con él. ¿Por qué lo preguntas? —inquirí mientras una sensación de calor me hervía en el estómago. Nervios. Nolan me miró con cara de «qué rayos le pasa».

—Oh, por favor. Puedes contármelo —me dijo, descansando su mano en mi hombro—. Vi las fotos del estreno. No sabía que eras amiga de los Sjöberg. ¡Qué increíble!

—Exacto, solo somos amigos. —Seguí mirando hacia delante, intentando evitar hacer contacto visual con Bryce. Lo último que necesitaba ahora era que la gente difundiera rumores. Sabía que las fotos se habían hecho públicas. Y aún no había hablado con Nathan al respecto. Ni siquiera sabía si las había visto o no.

—También te vi en un blog en el sitio de Haute Magazine

—susurró mientras la profesora Burgess, nuestra instructora, nos explicaba algunas cosas sobre lo que se esperaba que hiciéramos adentro. Yo quería escuchar esa explicación, pero Bryce no se callaba.

—¿Haute? Seguro que me confundiste con otra persona —respondí, intentando escuchar hablar a la profesora Burgess.

—¿El traje rosa de Enzo de Luca con la luna? ¿El pelo corto y pelirrojo? Definitivamente eras tú —siguió diciendo, acomodándose el cabello castaño detrás de la oreja—. Te veías increíble, por cierto. Y con William mirándote así... ay. Por favor, dime que están saliendo en secreto y te juro que no volveré a molestarte por el resto del día. Está tan guapo.

Bryce sacó su teléfono y nos tomó una *selfie* juntas.

—Bryce, ¿qué te pasa? —susurró Nolan.

—Señorita, voy a necesitar que dé un paso atrás —le ordenó Amena a Bryce de la nada.

«Mieeerda».

Algunos de nuestros compañeros se volvieron para ver qué pasaba. Por suerte, la profesora Burgess estaba entrando en el teatro, ajena a la interacción.

Bryce parecía confundida. Mi equipo de seguridad solía mantener su distancia antes, y nunca se involucraban con los estudiantes. Pero la neurosis de mi padre los había empujado a vigilarme más de cerca, y a ser tan neuróticos como él.

Tuve que respirar hondo y forzar una sonrisa.

—Amena, no pasa nada —le dije.

—Señorita, voy a tener que pedirle que borre esa fotografía de su teléfono —le dijo a Bryce, que parecía estar a punto de llorar, ignorándome por completo. «Dios, qué dura es». Me sentí muy mal por Bryce.

Las insinuaciones de Bryce eran molestas, y la *selfie* había estado de más, pero tampoco quería que se sintiera fatal por eso. No era para tanto, y no quería hacerme daño. Solo tenía curiosidad. Creo.

—Eh, claro. Perdón, Billie. —Bryce tocó nerviosa la pantalla de su teléfono. Nolan puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza. Amena la había dejado aterrada.

—Bryce, no pasa nada. No tienes que borrarla, ¿sí? —susurré—. Solo no la publiques en ningún lado porque Nolan dice que hoy me veo terrible. —Me reí, tratando de suavizar el ambiente.

—Yo no... —empezó a decir Nolan, pero le di un codazo y le abrí los ojos de par en par. «Sígueme la corriente».

—Señorita Murphy, si me permite una sugerencia...

—Amena, está bien, de verdad —insistí. Ella asintió y retrocedió unos pasos.

Fin del drama.

Ya tenía suficiente caos en mi vida como para molestarme por una *selfie*, y lo único que quería era fotografiar a las tres hermosas bailarinas que nos esperaban en el escenario.

La Pièce de Résistance

9 de abril de 2010

—¡OH, DIOS MÍO! ¿Eres la novia de William Sjöberg?

Nolan y yo nos miramos después de que la barista de la cafetería me lo preguntara casi gritando. Se tapó la boca, con cara de asombro, mientras esperaba mi respuesta, que consistió en negarlo y mirar hacia otro lado.

Nolan y yo nos sentamos en la mesa donde nos esperaba Emily, su novia. No pude evitar pensar en Bryce cuando Nolan le contó a Emily lo que había pasado con la barista. A ella le pareció que era gracioso y sugirió no preocuparse por ello.

«Esas malditas fotografías».

Fue extraño ser reconocido así por una persona desconocida que vio las fotos del estreno. Me dieron ganas de enterrarme debajo del asiento. Pero no había salido mucho. Esperaba que no se convirtiera en un tema recurrente cada vez que saliera.

El asunto me recordó el nivel de celebridad de William, que era algo que solía olvidar constantemente. No podía, por nada del mundo, comprender cómo podían vivir bajo los reflectores de esa manera, siempre perseguidos, reconocidos y abordados.

Solo había visto un atisbo de su fama, y era una locura. Estaba convencida de que no sería capaz de soportarlo si estuviera en su lugar. Pero era otro pensamiento confuso para echar debajo la alfombra.

Llevamos a Nolan a su trabajo de camino a casa. Nathan prometió salir más temprano de la oficina, porque era viernes. Planeamos pedir algo para cenar y quedarnos en casa el resto de la noche, los dos solos.

Lily estaba fuera de la ciudad y hacía días que no la veía ni a ella ni a Joel, pero prometió volver para mi cumpleaños.

Me tomé mi tiempo en la regadera, disfrutando del agua caliente que caía sobre mi espalda, sintiéndome relajada, pero sonó el timbre.

Nathan.

Salí del baño y me envolví en una toalla para abrir la puerta, dejando un rastro de agua tras de mí.

—¡Hola! —dije, abriendo la puerta solo un poco, y mi sonrisa se derritió. «No puede ser». Le cerré la puerta en la cara a William y apoyé la frente contra ella un par de segundos mientras oía su risa.

—¡Abre, Guille!

—¡No! —grité—. ¡Vete! —No iba a salir a platicar empapada y sin más ropa que una toalla. Y encima de todo, una cámara de vigilancia grabando. No sabía quién estaba mirando, pero no quería dar un espectáculo para un agente cualquiera.

—¡Vístete! —grité—. ¡Te tengo una sorpresa!

William y su espontaneidad, como siempre.

—¿Qué clase de sorpresa? —grité. Maldita sea, tenía curiosidad.

—¡Vístete!

Me vestí y volví unos minutos después.

—¡Más vale que sea bueno, William! Me sacaste de la regadera...

Me quedé a medias cuando abrí la puerta y se me desencajó la mandíbula.

—Dave, ella es mi vecina Billie. Billie, él es mi amigo Dave.

Le ofrecí la mano, boquiabierta.

Dave Matthews estaba delante de mí.

—¡Dios mío! —dije con voz aguda cuando las puertas del elevador se cerraron detrás de Dave después de que se marchara. Me temblaban las manos de emoción—. Es tan simpático. ¡Guau! No puedo creer que lo acabo de conocer. —No podía dejar de sonreír. Solo hablamos un par de minutos, pues él estaba a punto de salir.

William se apoyó en el marco de mi puerta, sonriendo, sacudiendo la cabeza con los brazos cruzados.

—Es el tipo de reacción que esperaba cuando te conocí —admitió—. Supongo que en vez de actor, debí haber sido estrella de rock.

—Nunca es tarde para encontrar tu verdadera pasión —bromeé. Pero por alguna razón eso hizo que William frunciera el ceño. —¿Estás bien?

—¿Qué? Sí. —Volvió a sonreír—. De todas formas, no puedo decir que no me frustró que no me reconocieras. Nunca me había pasado que una chica de tu edad no supiera quién soy. Al principio no sabía cómo actuar. Fue... no sé, extraño, pero también liberador. Como si, por una vez, tuviera una oportunidad real de probarme a mí mismo si era lo suficientemente bueno.

—William —dije, inclinando la cabeza. «Por supuesto que lo eres».

—Y mierda, supongo que no te causé una buena primera impresión, ¿verdad? —dijo riendo, pasándose una mano por los labios—. Pero Joel no dejaba de jugar con mi mente. Decía: «Es imposible que no sepa quién eres», y eso me molestaba. Necesitaba saber si de verdad no sabías o si estabas jugando conmigo. Pero después del fin de semana en la casa de campo, Joel por fin te creyó.

Resoplé.

—Lily mencionó eso de Joel hace unos meses. Que al principio no lo podía creer. Pero sí... soy así de estúpida. —Me reí entre dientes.

—No, no lo eres, Guille —dijo con una ligera mueca y el ceño fruncido—. Eres una de las personas más inteligentes, cultas e interesantes que conozco. Y aunque hubieras estado fingiendo, no me habría importado, porque funcionó de maravilla. No podía dejar de pensar en eso... en ti. —William se enderezó y dio un paso adelante, cruzando el umbral—. Quería descifrarte. Saberlo todo de ti. Tenía tantas ganas de entrar a tu cabeza.

Fue inútil esperar a que la violenta cascada de emociones se calmara. Tragué con fuerza y aparté la mirada un segundo, pero no cesó. William necesitaba dar un paso atrás, o tal vez tenía que hacerlo yo, pero sabía que no podía. Y al parecer, él tampoco.

En lugar de eso, miré los ojos azul zafiro claro de William, escuchando que mis pulmones dijeran: «A la mierda, renuncio», esperando que él dijera algo para romper la parálisis. Pero estaba indefensa ante la cruda honestidad de William y su poderosa presencia. Siempre. Cada vez.

—Pero me di cuenta de que mirar dentro de tu cabeza no era tan difícil —continuó—. Esa es una de las cosas que más me gustaron de ti. Que no tienes que decir una palabra para que yo sepa lo que piensas.

Era un tema recurrente. Lo transparente que era. Caleb solía decir algo parecido, que podía leer cada uno de mis gestos.

«Dios... lo extraño».

Separé los labios para decir cualquier tontería que mi cerebro pudiera inventar, pero un sonido distante me liberó del trance inducido por William en el que me encontraba, y Nathan salió del elevador y se dirigía hacia nosotros. No... marchaba hacia nosotros.

—¡Hola, tú! —saludé a Nathan, mirando por encima del hombro de William con una sonrisa anormalmente grande. El cortisol corría por mis venas, y el estrés atacaba mi sistema nervioso.

Nathan acortó con rapidez la distancia que nos separaba, y las suelas de sus zapatos de vestir chocaban con fuerza contra el suelo con cada paso que daba.

Se inclinó hacia mí y me dio un beso rápido en los labios.

—¿Cómo va todo, amigo? —dijo con rostro inexpresivo, ofreciéndole la mano a William, que la estrechó al instante.

—Genial, gracias. —El labio superior de William estaba tenso, con la indiferencia habitual—. Me preguntaba si podríamos hablar.

«¿Qué? Por favor, di que no».

—De hecho, es una gran idea. —Nathan apartó la mirada como pensando en lo conveniente que era—. ¿Te importa, amor?

—Claro que no. Estaré adentro. —«Jalándome el pelo».

William me lanzó una de sus sonrisas falsas que tanto odiaba y salió para hablar con Nathan en el pasillo. «¿De qué demonios van a hablar?». Tenía una idea de lo que Nathan tenía en mente, pero ¿William?

Cerré la puerta, me dirigí a la cocina y abrí una botella de vino después de pelearme con el sacacorchos. Demonios, era mi fin de semana de cumpleaños, y esto me parecía la celebración perfecta: una buena copa de vino con cena en casa. Quizá más.

Nadie iba a hacerme sentir culpable por beber sola mientras esperaba a que Nathan terminara la conversación más angustiada de la historia sobre Dios sabe qué. Y por nadie, me refería a mí.

Una parte de mí no dejaba de presionarme para que me sintiera culpable por la muerte de Caleb, diciéndome que no merecía seguir adelante con mi vida.

Torturarme con esos pensamientos hacía que quisiera seguir bebiendo, así que me mantuve ocupada para engañar a mi mente y hacer que se olvidara de eso, y me dediqué a pensar en qué íbamos a ordenar de cenar. Tenía antojo de comida italiana, así que llamé al restaurante, ya que sabía lo que le gustaba a Nathan y él ya me había dicho que esta noche me tocaba elegir a mí.

Un silencio sepulcral llenó la sala cuando terminé la llamada. No se oía nada del otro lado de la puerta. Qué bien. Eso significaba que estaban modulando la voz. Pero yo tampoco oía nada. Aunque estaba convencida de que estaban hablando en sueco.

Busqué cursos de sueco en Google mientras me servía otra copa de vino. No conseguía captar ni una sola palabra cuando los oía hablar en sueco. Era muy frustrante. No podía vivir así.

Nathan y William llevaban ya un rato afuera platicando y me empecé a inquietar, haciéndome que acelerara el ritmo con el cual bebía y engullir la segunda copa de vino como si nada.

Ya podía sentir la presencia del alcohol fluyendo por mis venas. Así que, naturalmente, me serví una tercera copa. Estaba de un humor que decía: «No me dejes ver el fondo de la copa», y por suerte era yo la que servía el merlot.

Nathan entró cuando di el primer sorbo y cerró la puerta.

—¿Entonándote? —dijo riendo. Tomé otro sorbo alzando las cejas y asentí—. ¿Puedo acompañarte? —Se sentó a mi lado en el sofá.

—Claro, pero te falta mucho para ponerte al corriente.

Nathan se inclinó y se sirvió una copa. Me besó los labios con suavidad.

—Lo sé. Me doy cuenta por tu sonrisa descarada de que voy retrasado —me respondió, acercando los labios a su copa de vino y negándose a apartar la mirada de la mía. «Dios, es tan sexy».

Y sí, yo ya estaba «entonada» de la forma más relajante.

—Pero no te preocupes, te alcanzaré en un rato —añadió, dando otro trago más largo.

Seguro que sí. Nathan bebía y nunca se le notaba lo borracho que estaba. Tenía una tolerancia anormalmente alta al alcohol. Su cara nunca lo delataba.

Pero yo no.

Conmigo era todo lo contrario. Un trago y las comisuras de mis labios se movían de manera involuntaria formando una leve sonrisa.

Eso me hizo pensar en cuánto debió haber bebido ese día en el Super Bowl. Un montón, seguramente. Por suerte, Joel estaba ahí para apoyarlo.

¡Aj! La curiosidad me corroía. Quería preguntarle de qué había hablado con William. Habían estado afuera un buen rato. Pero tenía que ser sutil al respecto y tal vez dejarlo que él me lo contara.

—Ordené la cena —dije, dejando la copa de vino sobre la mesita y rodeándole el cuello con el brazo. Estaba funcionando con una mano y unos pocos dedos. Había cosas que podía hacer, pero sostener una copa de vino con un yeso no era una de ellas—. Te pedí lo de siempre en Alessandro's.

—Qué rico. —Me besó con suavidad. Una vez. Dos veces. Sus labios se quedaban más tiempo cada vez—. Tu boca sabe deliciosa.

—A vino —le respondí.

—Exacto.

Me dio uno de sus lentos y acalorados besos, y sentí que mi cara se ruborizaba por el calor del beso y del vino que me despertaba por dentro.

—Conocí a Dave Matthews antes de que llegaras —dije entre besos.

Dejó de besarme.

—Ah, ¿sí? Guau, increíble. William no lo mencionó —dijo más que nada para sí mismo.

«¿Por qué lo mencionaría?».

William hacía lo que le daba la gana y decía lo que le daba la gana cuando le daba la gana. Y no creía que Nathan estuviera en su lista de personas a quien le rindiera cuentas.

—Bueno, pues así fue. —Acerqué mis labios a los suyos—. Fue muy emocionante.

Pero Nathan retrocedió otra vez, no con dureza, pero sí un poco, haciendo parecer que algo le molestaba.

—No pude hablar con William de lo que quería —informó, colocando su copa de vino en la mesita, junto a la mía. Necesitaba mi copa de vino porque ¿de qué habían hablado entonces?—. Quería hablar de Zara. Y eso prácticamente monopolizó nuestra conversación.

Un par de toses involuntarias se me escaparon de la garganta.

—¿Estás bien, amor?

—Sí —dije rápido, tomando mi copa y bebiendo un sorbo—. Se me atoró algo en la garganta. —Estaba ahogándome con mi propia saliva. Sentía que me temblaban las manos porque ansiaba saber qué es lo que William tenía que platicar sobre Zara. «Por favor, sigue».

—Zara vuela mañana por la mañana, y se va a quedar con William porque él tiene una habitación libre.

No puede ser.

—Me explicó que ayudó a Zara a entrar en Juilliard. Habló con algunas personas, y también les gustó su material de audición. Por lo visto, los dos llevaban tiempo tramando esto —dijo Nathan, frotándose la cara—. Así que la va a llevar a Juilliard para asegurarse de que todo esté listo para cuando empiece el semestre en otoño.

«¿Qué demonios está pasando? ¿Zara se va a quedar con él?».

Ya me caía bastante mal la «hermanita» de Nathan, que por cierto tenía mi edad. Y solo la había visto en fotos. Estaba segura de que Zara era estupenda porque Nathan no paraba de decírmelo. Y saber que William seguramente estaba de acuerdo con Nathan era muy molesto.

No... en definitiva, él estaba de acuerdo.

Zara y yo no podíamos ser más diferentes. Unas largas ondas castañas con reflejos caramelo enmarcaban su rostro ovalado. Sus ojos eran azul pálido. Su gran sonrisa blanca era el centro de atención en todas las fotos que Nathan me había enseñado. Y era alta, me comentó Nathan cuando alguna vez le pregunté sobre su estatura.

Casi un metro ochenta.

Quería ser actriz, y desde luego lo parecía, era alguien que sería estupenda al lado de William.

Quizá fuera una excelente pareja para él, porque se ganaban la vida haciendo lo mismo y Zara podía entender el mundo en el que él vivía mejor que yo. Era un trago amargo y muy difícil de digerir.

«Pero mi novio es Nathan».

Sí. Pero ya había empezado a aceptar mis sentimientos por William, aunque fuera algo que no quería hacer, aunque fuera lo que más miedo me daba. Los sentimientos eran reales y estaban casi vivos, y me miraban con mucha intensidad.

Nathan dio un sorbo furioso a su vino y volvió a dejarlo en la mesa de centro.

—Por eso te hice esperar tanto. Me pasé la mayor parte de la conversación recordándole a William que más le valía no ponerle un puto dedo encima. Ya sabes, de la forma más amistosa posible.

«Ese es mi hombre».

—Y para ser honesto, después de escucharlo, de oír lo cercanos que son, no creo que sea relevante preguntarle sobre sus sentimientos por ti. Ahora, mi pregunta es: ¿qué quiere con Zara?

«Ya somos dos».

—Estaba demasiado molesto de ver a William revoloteando a tu alrededor todo el tiempo. Pero ahora sé que ha estado jugando conmigo, tal vez distrayéndome del hecho de que está tratando de intentar algo con mi hermana.

«No».

No quería creerlo. Y me dolía ver que Nathan tuviera esos pensamientos cuando yo tenía información que le estaba ocultando sobre las cosas que William me había dicho. Sobre sus sentimientos. Sin embargo, volví a dudar de mí misma porque quizá Nathan tenía razón.

William había sido más amigable conmigo, más consciente y cariñoso. Más involucrado, incluso. Tal vez después de todo había decidido ser mi amigo ahora que tenía sus queveres con Zara. Podría ser que yo lo hubiera entendido todo mal. Pero no dejaba de coquetearme y hacer insinuaciones. Y en el hospital, cuando lo vi por primera vez después de la cirugía, las cosas que dijo... parecían reales.

Y justo antes de que llegara Nathan, se estaba abriendo aún más conmigo.

Zara tenía que ser solo una buena amiga. Me negaba a creer lo contrario.

Sé que antes le había preguntado a William si podíamos ser amigos. ¡Maldita sea! Pero eso había sido antes, cuando acababa de empezar a salir con Nathan. Antes de que pensara que lo había perdido. Antes de que mis sentimientos por él crecieran y se expandieran dentro de mi pecho.

Dijimos que seríamos amigos en otra vida, no en esta... nunca.

Quizá había algo más que me faltaba para darle sentido a todo esto, una pieza de rompecabezas que me faltaba. La *pièce de résistance*.

¿Pero qué?

—Incluso le pagó todo. ¿Lo puedes creer? —añadió Nathan, mirando hacia otro lado. Derrotado—. No sé cuánto cuesta ir a Juilliard, pero no es barato.

Vaya. Sabía que William tenía mucho dinero, pero ¿pagar la colegiatura de Juilliard? ¿Ayudar a Zara a que la aceptaran? William debe haberse preocupado genuinamente por Zara. No haces eso por nadie a menos que sea alguien que te importa demasiado.

—Estoy muy celoso, ¿sabes? Soy su hermano, y sé que no tengo el dinero para pagar eso ahora mismo o un apartamento lo bastante grande para que ella se quede conmigo. Y sé que lo conseguiré con el tiempo. Pero...

—¿Por qué no se queda conmigo?

Era lo menos que podía hacer por mi cuñada.

CAPÍTULO 8

Quietud perfecta

—¿HARÍAS ESO POR MÍ? —preguntó Nathan, con los ojos brillando de gratitud.

—Haría cualquier cosa por ti. —Lo besé en la mejilla. Parecía aliviado, como si le hubiera quitado un peso de encima y lo hubiera arrojado por la ventana. Sabía que era lo que prefería, que su hermana se quedara conmigo y no con William.

Pero conocía a Nathan demasiado bien como para saber que nunca me lo pediría a menos que yo misma se lo ofreciera. Y no estaba segura de que la mejor idea fuera que Zara se quedara conmigo. Tal vez la asustarían mis pesadillas. Nathan no sabía lo graves y frecuentes que habían sido. No quería que se preocupara.

Prefería lidiar con la vergüenza que dormir a una pared de distancia de William, sabiendo que Zara también iba a estar ahí, en teoría durmiendo en la habitación de invitados, mientras se desarrollaba un millón de escenarios en los profundos pozos de mi imaginación.

—Iba a hablar con Joel al respecto. Pensé que ella podría quedarse con ellos también.

—Está bien, de verdad. Quiero conocer a Zara y que nos conozcamos mejor.

—Solo será por unos días, como máximo una semana. Te lo prometo —susurró Nathan, plantando un suave beso en la comisura de mis labios—. Hablaré con ella mañana y veré qué está tramando. Tendrá tiempo de sobra para encontrar su propio departamento antes de que empiece el semestre. No me parece nada bien que William y ella sean compañeros de departamento.

«Bien pensado».

—Puede quedarse todo el tiempo que necesite, no hay problema.

—Estoy muy enojado —añadió—. No entiendo por qué Zara me excluye de esa manera. ¿Y además tengo que enterarme por medio de William, entre todas las personas? Por el amor de Dios. —Nathan sacudió la cabeza, en apariencia desesperado—. William me dijo que Zara tenía miedo de decírmelo. Que iba a desaprobarme que viniera.

Sí lo desaprobaba. Antes, Nathan me había dicho que le parecía ridículo que Zara quisiera ser actriz. Y supongo que por eso Zara no lo mantenía al tanto de sus decisiones. Sabía que él no apoyaba su sueño.

Todo esto era demasiado enredado. Y no saber si William y Zara eran solo amigos me destruía. Necesitaba verlos interactuar, y lo único que quería era irme a la cama y que fuera mañana.

—¿Y cuál es la postura de tus padres? —Tenía curiosidad por saber por qué Nathan había asumido un papel de figura paterna con ella.

—Mi familia no es la más funcional del mundo —empezó.

¿Y la de quién sí? Debe haber familias menos complicadas por ahí, pero en esto podía identificarme con Nathan.

—Eve ya está formando una familia y está dedicada a Ollie y a su marido George. Nunca ha tenido ni tiempo ni energía para ocuparse de Zara. Charlotte, como sabes, está terminando medicina, así que está hasta el cuello con sus estudios. Todavía le quedan algunos años, y está por completo centrada en eso. Y mis padres, bueno, tienen sus propios problemas. Nunca te lo he dicho, pero crecimos escuchándonos pelear casi todas las noches. Durante el día se esforzaban mucho por actuar como si todo fuera perfecto. Nunca se peleaban delante de nosotros ni se decían una mala palabra cuando estábamos cerca. Jamás. Pero recuerdo que temía el momento de la noche en que todos nos íbamos a la cama y empezaban las peleas y los gritos.

Tomé la mano de Nathan y la apreté. Intenté buscar su mirada, pero la desvió. Estoy segura de que quería terminar de desahogarse antes de que me dejara consolarlo.

—Mi madre hacía un mejor trabajo ocultando el dolor, pero mi padre se pasaba todo el día de mal humor después de una pelea. Nos dábamos cuenta de que las cosas iban mal, y supongo que por eso desarrollé este... carácter. Siempre encontraba una excusa para pelear en la escuela, tratando de desahogarme. Las artes marciales me ayudaron. Joel también me ayudó. Me escuchaba cuando no tenía con quién hablar. Siempre sentí que tenía que ser fuerte para mis hermanas. Por eso nunca hablaba con ellas al respecto.

Finalmente giró un poco la cabeza y me miró de reojo, mordisqueándose el labio inferior.

—Zara era solo una niña y me iba a buscar en la noche, muerta de miedo por los ruidos que salían de la habitación de mis padres. Se acostaba en mi cama y yo hacía lo que podía para que se durmiera. Siempre hemos sido muy unidos, y no pasó nada malo, pero la diferencia de edad nos separó un poco. Y después, un día se despertó y decidió que William era su mejor amigo —dijo con un tono cargado de resentimiento—. Y William se metió de lleno, por supuesto. Desde su punto de vista, yo le estaba quitando a Joel, así que ahora me quitaría a Zara a mí para igualar el marcador.

»Y ahora que hablé con William, estoy convencido de que todo esto contigo no ha sido más que una continuación de esa incesante batalla pasivo-agresiva que se ha perpetuado a través de los años. Es totalmente infantil, y yo también he interpretado mi papel, por mucho que me duela admitirlo.

Sabía que hablaba desde su experiencia, asumiendo cosas que tal vez había comprobado en el pasado. Pero él no conocía los verdaderos sentimientos de William hacia mí, y ahora... yo tampoco.

No sabía nada.

—Es tan extraño. Tenemos casi treinta años, y mi dinámica con William me vuelve a convertir en un adolescente enojado e inestable —continuó, dándole el último trago a su copa de vino. Yo imité su movimiento y volví a dejar la mía sobre la mesita—. William tiene un talento especial para sacar eso de mí, para hacerme conectar con eso. Y no hemos sido capaces de desengancharnos. Pero mi miedo ahora es que Zara pueda salir lastimada. Sé cómo es. Se sumerge en las cosas de lleno. Con el corazón entero. Y tengo miedo de que pueda salir herida en el proceso porque de verdad no sé qué diablos está pasando entre ellos.

—Estoy segura de que no es nada —dije, queriendo creerlo yo misma—. Cuando hables con ella mañana te vas a sentir más tranquilo.

Sonó el timbre y Nathan se levantó para abrir la puerta. Nuestra cena había llegado. Le dio las gracias a David, le pagó al repartidor y volvió a entrar empujando la puerta con el pie.

Nos sentamos a comer y descorchamos otra botella de vino. Bueno, Nathan lo hizo. Yo me encargué de que el vino fluyera en nuestras copas como la cantinera autodesignada para la noche.

El ambiente se animó mucho durante la comida. Ambos necesitábamos cambiar de tema. Así que le hablé a Nathan de mi sesión de fotos en el ballet y de las tres hermosas bailarinas que conocimos. Las fotos salieron increíbles. Prometí enseñárselas otro día.

En cuanto terminamos de cenar algo se agitó en lo más profundo de mi ser. Sentí como si alguien se hubiera metido en mi cabeza y hubiera apagado las luces.

Me invadió una tristeza profunda y nostálgica, y la cantidad de vino que bebí no hizo más que amplificar el abatimiento.

Me levanté y recogí la mesa antes de que Nathan notara mi cambio de energía. Se levantó para ir al baño mientras yo llevaba los platos sucios a la cocina; decidí lavarlos para vaciar mi mente.

Ni siquiera sabía el motivo exacto de mi tristeza. Seguro que tenía muchos factores de donde escoger, pero no tenía algo en particular en mente que me hiciera sentir así, más que un entumecimiento general.

Sumida en mis pensamientos mientras lavaba los platos, sentí que dos brazos rodeaban mi cuerpo. Solté un grito corto pero fuerte, seguido del ruido de un plato roto.

—Mierda. Perdón —dije, arrodillándome para recoger los trozos. Nathan se disculpó y me pidió que me levantara, pero lo ignoré. No intencionalmente; su voz estaba muy lejos. Solo podía concentrarme en recoger los fragmentos de cerámica.

—Murph.

Aparté una pila de los trozos grandes y me levanté a buscar una bolsa para tirarlos y una escoba para barrer los restos más pequeños.

—Murph, déjame ayudarte.

El yeso me estorbaba y no podía agarrar bien la escoba. Nathan me tomó con suavidad del brazo y me hizo parar. Me agarró de los brazos para llamar mi atención y me miró, estudiando mi rostro.

—Yo lo hago. —Pronunció esas tres palabras despacio, como si se diera cuenta de que mi mente no estaba presente y tuviera que reclamar mi atención de nuevo de alguna manera.

Y funcionó.

Se me arrugó la cara. Bajé la mirada y se me escapó un sollozo de la garganta, seguido de gruesas lágrimas que cayeron de mis ojos al suelo sin tocarme la cara.

Nathan me tomó la barbilla con delicadeza y me abrazó. Nos quedamos así un rato hasta que me condujo a mi habitación.

Ninguno de los dos dijo una palabra.

Sabía que me estaba costando asimilar lo que había pasado hacía unas semanas. Y mi conversación con él sobre Zara y las cosas que me reveló sobre su familia también me afectaron mucho. Me dejaron atontada.

Nathan me ayudó a quitarme la ropa y me puso una de sus camisetas que guardaba en mi closet. Deshizo la cama y me metí en ella, apoyé la cabeza en mis almohadas mullidas y frescas, y lo vi desvestirse hasta quedarse solo en calzoncillos bóxer. Se acostó a mi lado y se me acurrucó.

Me besó el pelo varias veces y, sin decir una palabra, cerré los ojos y me permití llorar con él a mi lado, sentir que todo se derramaba por el suelo de mi mente. Parecía que él también lo necesitaba. La quietud. La calidez.

¿Cómo podría dejarlo ir?

CAPÍTULO 9

Silencio

10 de abril de 2010

ABRÍ LOS OJOS, jadeante, con la cabeza punzando por el inminente dolor de cabeza que surgía de la comodidad de mis perezosos neurotransmisores: cargados por completo, listos para atacar. Tenía la cara húmeda de gotas diminutas de sudor, pero la sensación era fría. Ni caliente ni pegajosa. Simplemente fría.

—¿Murph? —susurró Nathan, apartándose las rebeldes ondas color castaño de la frente. Tenía la mirada fija en mí y se veía preocupado.

«¿Grité?».

Un golpe en la pared confirmó que lo había hecho; William quería saber si estaba bien.

«Mierda».

—Ah, hola —dije, rodando de lado para mirarlo, ignorando la pared. Ignorando a William.

Parpadeé un par de veces, mientras me adaptaba a la tenue luz azulada que entraba por los lados de las persianas. Era muy temprano.

—¿Qué fue eso? —preguntó.

—¿Qué fue qué? —respondí. No sabía si se refería al golpe en la pared, a mis gritos o a ambas cosas. Pero justo entonces, William volvió a tocar.

Cerré los ojos un segundo, exhalando despacio por la nariz.

—Eso. —Nathan señaló la pared con la barbilla.

—¿Grité? —pregunté para corroborarlo. Asintió, así que me arrastré fuera de la cama, golpeé la pared dos veces, y me acosté de nuevo al lado de Nathan.

«Auch».

Hice una mueca, sintiendo que mi cuerpo se iba a romper y mi cabeza se desprendería en cualquier momento si no me mantenía en posición horizontal un rato más.

—Era William —respondí a la pregunta obvia—. Es su manera de preguntarme si estoy bien.

Nathan chasqueó la lengua, al parecer descontento por mi interacción demasiado familiar con William. Estaba a punto de responder cuando mi teléfono vibró en el buró. Lo tomé y vi las iniciales de William en la pantalla.

Miré fijamente la pantalla.

—¿No vas a contestar? —dijo. Se incorporó y me mordí el interior de la mejilla, preguntándome si quería que contestara o no. Pero no tenía energía para entrar en un estado abstracto y figurativo, así que acepté la llamada, como él sugirió.

«Bueno... No, estoy bien... No, Nathan está aquí... Sí... ¿Cómo?... ¿Eso dije?... Lo siento no era mi intención... No... Bueno... Lo sé... Bueno... Gracias, adiós».

—Perdón —le dije a Nathan, bajando las cejas y dejando caer mi teléfono en el buró.

William acababa de decirme que me había oído gritar su nombre.

La última vez que hice eso, mi vida estaba en peligro, así que por obvias razones, no era algo que él pudiera oír sin reaccionar. Y por eso no me había molestado que Nathan no se hubiera quedado a dormir hasta ahora. Estaba tratando de evitar que esto sucediera. De asustarlo mientras mi cerebro procesaba el trauma mientras dormía.

William quería venir a ver cómo estaba; por eso le dije que Nathan estaba aquí. Pero eso hizo que su voz se volviera grave y profunda. Estaba segura de que cuando Zara llegara, dentro de unas horas, su humor volvería a mejorar.

—No dejo de tener pesadillas, y no sé cómo...

—No pasa nada —respondió, besándome la mejilla—. ¿Quieres hablar?

—No —respondí rápido—. No, yo, no...

Nathan no pudo evitar resoplar con una sonrisa.

—De acuerdo, pero ¿qué tal si te hago olvidarlo? —Se inclinó hacia mí y me besó, sus manos recorrieron mis muslos, haciéndome jadear.

No tenía fuerzas para decirle que no a Nathan, pero afuera estaba tan quieto y silencioso que juro que hasta oía cantar a los pájaros. O tal vez me estaba volviendo loca.

Sin embargo, sabía que lo más probable era que William seguía en cama, descansando al otro lado de nuestra pared ridículamente delgada de tablaroca de diez centímetros.

No debería preocuparme, pero me importaba. Yo me tiraría por la ventana si oyera algo parecido procedente de su recámara. No sería capaz de soportarlo.

Jamás.

Solo habían pasado tres semanas y unos días desde que admitió que nos había escuchado a Nathan y a mí teniendo sexo, y también admitió que se había vuelto loco por ello. Entonces, ¿cómo iba a ignorarlo y a hacerle daño deliberadamente de esa manera?

Otra parte de mí, orgullosa e inmadura, se burlaba de mí con la idea de que Zara llegaría hoy. «¿Y si prefiere quedarse con él y no contigo? ¿Y si comparte su cama? ¿Y si él las quiere a las dos, así como tú los quieres a los dos?».

Se me acababa el tiempo. Los segundos se reían de mí mientras pasaban, recordándome que no podía vivir así. Era como si estuviera atrapada entre la noche y el día. Un crepúsculo eterno. Sin poder ahogarme en la oscuridad ni regodearme en la luz.

Me alejé de Nathan.

—¿Podrías traerme agua? —le dije. Parecía disgustado. Supuse que prefería terminar lo que sus dedos habían iniciado, pero tenía la boca seca y necesitaba un minuto para pensar cómo manejar la situación de la pared.

Él tenía que saber que me sentía incómoda sabiendo que William podía oírnos.

Nathan fue a la cocina. No parecía que fuera a tardar mucho en volver, así que me apresuré a ir al baño, medio tropezando; regresó cuando me estaba lavando los dientes.

—No es justo —rio—. Ahora yo también tengo que lavarme los dientes.

—No tienes que hacerlo —dije después de enjuagarme la boca.

—Ay, claro que sí. Vamos, fuera —dijo, dándome el vaso de agua. Sonreí y me fui, dando un largo sorbo mientras me sentaba en el borde de la cama. Con un suspiro, dejé el vaso en el buró.

Nathan salió del baño con una sonrisa perversa y se pasó una mano por el pelo y la nuca. Se paró delante de mí y me besó, acostándose despacio en la cama. Su lengua fresca y mentolada no estaba jugando. Nada de bromas. Reclamaba lo que era suyo.

—No te vas a contener —me dijo, casi como una orden. Era como si supiera que eso era exactamente lo que pensaba hacer. Y una parte de mí quería obedecer esa orden, ceder.

Pero ¿cómo?

—Y vas a ser una buena chica y te vas a venir cuando yo te diga. —Me bajó el pantalón del pijama y lo aventó—. Me aseguraré de que llegues unas cuantas veces.

«Mierda».

Cerré los ojos, deseando ser como esa gente a la que no le importa nada. Gente que solo vive, siente y hace. Pero yo no sabía ser así. Y no sabía si estaba mal que me preocupara tanto por William.

Y ahí seguía, atrapada de nuevo en el último segundo del anochecer.

Necesitaba liberarme.

—Espera —me atreví a decir por fin. Nathan se apartó rápido. El gris de sus ojos, más prominente que el verde, se clavó en mí, exigiendo una explicación en silencio—. Necesito hablar contigo.

Dejó caer su peso a mi lado, su erección notoria en sus bóxers. Era fácil notar la razón de su molestia después de pedirle que parara. Y en realidad no quería tener que hacerlo. Nunca lo había hecho.

«Dilo rápido, no dudes».

—William puede oírnos teniendo sexo, y no me siento cómoda con ello.

—Tendríamos que estar teniendo sexo para que él pudiera escuchar, amor —respondió con voz un poco amarga y malhumorada.

«Lo entiendo».

—Lo que estoy diciendo es que ya nos ha escuchado antes. Y eso está fuera de mi zona de confort —le expliqué—. No puedo soltarme sabiendo que está junto a nosotros. Me contengo. Y no quiero hacerlo.

Nathan resopló y se enderezó. Yo también lo hice porque quería estar a la altura de la intensidad de su mirada.

—¿Cuándo te lo mencionó?

—La noche del estreno.

—Mentira.

—Nathan, te estoy diciendo la verdad.

—¿Entonces por qué me detuviste cuando volví del Super Bowl si no fue por él? Recuerdo que pensé que estabas enojada conmigo por la orden de protección que te hicimos firmar, pero no.

—Nathan, te juro que no lo sabía. En ese momento solo lo suponía, pero no lo sabía con certeza —dije, tratando de bajar la voz—. Yo siempre puedo oírlo tocando el piano, cerrando puertas, riendo. Así que pensé que si yo podía oírlo, era obvio que él podía oírnos a nosotros.

—¿Y por qué sacó el tema? ¿Qué le importa? Estás teniendo sexo con tu novio, ¿y qué? No es como si no hubieras oído nada parecido viniendo de su habitación. Estoy seguro de que ya ha sucedido, sabiendo cómo es él.

—No lo he oído.

—¿Así que ahora es célibe? —se burló—. No puede pasar un par de días sin echar un polvo, créeme. Crecimos juntos.

Todas las maldiciones que sabía se me pegaron en el lóbulo frontal mientras las gritaba en mi mente, así que me mordí el labio inferior para contener el coctel de emociones y evitar que la transparencia de mis facciones delatara algo.

Sabía que William tenía un pasado. Un pasado del que yo no sabía nada, solo podía imaginarlo. Y no quería seguir alimentando mi imaginación, pero me temía que en cualquier momento Nathan iba a empezar a bombardearme con las estadísticas de William sobre las actividades extracurriculares de su dormitorio.

Lo que Nathan decía podía ser cierto, pero yo no había visto a una sola chica entrar o salir de su departamento aparte de Alice y Luna. Lo que fuera que Nathan afirmaba que a William le gustaba hacer y con qué frecuencia no estaba sucediendo en su departamento.

Y sabía que Nathan estaba harto de que últimamente todo tenía que ver con William. Debía ser molesto para él, sobre todo después de lo que me había contado sobre su extraña relación, si es que se podía clasificar como tal.

—También estaríamos teniendo esta misma conversación si el que viviera al lado fuera Tobias —añadí. Aquella afirmación pareció tranquilizar a Nathan. Y era la verdad. En cierto modo.

¿La intensidad de la incomodidad sería diferente? Si. ¿Hubiera preferido tener a cualquier otra persona viviendo a mi lado en lugar de William? Absolutamente. ¿Había algo que pudiera hacer al respecto? No.

—Lo único que puedo hacer es decirte lo que siento —continué exponiendo mi caso—. ¿Preferirías que te dijera alguna estúpida excusa? Quería que supieras la verdad.

Nathan se acostó boca arriba y se puso las manos en la nuca.

—Perdón —dijo mirando al techo—. Estoy nervioso por la llegada de Zara. —Sacó una mano y se frotó la cara.

—No hay nada que lamentar. Yo también lo siento, lo entiendo.

«De verdad».

Me arrastré hasta él y lo besé en la comisura de los labios. Mi mano se deslizó bajo la cintura de sus bóxers, para quitarle el mal humor.

—Que intente ser más «reservada» no significa que no lo disfrute, ¿sí?

Nathan gimió y me rodeó el cuello con la mano, acercándome a él. Su lengua separó mis labios, y pude sentir la excitación acumulándose entre mis piernas y quemando mis mejillas.

—¿Por qué no me lo muestras? —dijo con una sonrisa pícara.

—¿Mostrarte qué? —dije fingiendo inocencia.

Se puso encima de mí y se deslizó hacia abajo, agarrando mis muslos con las manos y separándolos. Pasó la lengua de manera juguetona por las costuras de mis bragas antes de responder:

—Cómo te esfuerzas por mantenerte callada mientras hago que te vengas con la boca.

CAPÍTULO 10

Vestidos

NATHAN SE FUE alrededor de las diez de la mañana. Lo necesitaban en la oficina para una conferencia telefónica rápida con un cliente. Prometió volver al mediodía. Esperaba que así fuera. Necesitaba que estuviera aquí cuando llegara Zara. Yo le había ofrecido recogerla en el aeropuerto, pero Nathan me respondió con cierta amargura que William ya se había encargado de eso. La recogería Cooper, el chofer de William.

Me bañé y me puse unos pantalones negros y una blusa verde esmeralda de manga larga.

Sonó el timbre y fui a ver quién era. Todavía era temprano, así que no podían ser ni Nathan ni Zara.

—Aló —dijo Mimi con una cálida sonrisa, dejando un par de bolsas del supermercado en el suelo y extendiendo los brazos para abrazarme. Me lancé al abrazo.

—¡Hola! No sabía que ibas a venir hoy —dije, sorprendida.

—Ou, tu papá nou quería que voviera hasta el lunes, perou ya estoy aburrida. Y te extrañaba, courazón.

—Yo también te extrañaba, Mimi —dije, separándome de sus brazos. Mi padre le dio a Mimi unas merecidas vacaciones después de lo ocurrido. Estaba muy preocupado por ella. Al principio le ofreció tiempo libre indefinido, pero ella se negó—. Pasa, pasa. ¿Ya no tienes llaves?

—Sí tengou, perou nou quería asustarte. Pensé que era mejour tocar —dijo. Tomé las bolsas con una mano y las llevé a la cocina.

Tener a Mimi cerca siempre mejoraba las cosas. Se inmediato se ofreció a cocinarme algo, y yo acepté. Me moría de hambre y no había comido nada.

El timbre volvió a sonar. Aaron estaba en la puerta con un perchero de ropa al lado.

—Hola —le dije, ofreciéndole una sonrisa triste. Era difícil ver a Aaron. Me recordaba a Caleb. Y por la expresión de su cara, creo que yo también le recordaba a Caleb. Las heridas aún estaban demasiado frescas. En carne viva.

—Llegó esto para usted, señorita —dijo, arqueando una ceja y mirando el perchero—. Venía con este sobre.

Aaron arrastró el perchero dentro y me entregó el sobre. Le di las gracias, se disculpó y se fue.

El sobre era negro con el logotipo de Enzo de Luca estampado en una lámina plateada. Lo abrí y leí la nota:

Señorita Guillermina Murphy:

Nos complace anunciarle que el atuendo de la colección De Luca Privé Primavera 2010 Couture que lució en el estreno hace unas semanas se agotó tras ser solicitado por muchas de nuestras clientas habituales y nuevas. Queremos mostrarle nuestro agradecimiento y felicitarla por su cumpleaños regalándole estas cuatro piezas exclusivas de la colección Prêt-à-Porter Otoño 2010.

Esperamos que celebre por todo lo alto.

El equipo de Enzo de Luca

Oh. Por. Dios. Estaba en shock. ¿Cómo había ocurrido esto? Devolví la nota dentro del sobre y la dejé en la mesa del recibidor. Los cuatro vestidos que me habían enviado eran preciosos. Cada uno tenía una etiqueta: 49, 50, 51 y 52. Supuse que eran los números de los atuendos cuando salían a la pasarela.

Dos vestidos eran de color sandía claro con varios estampados de cuentas. Uno tenía un tigre naranja con cuentas y toques de color azul, blanco y negro con detalles florales alrededor. El otro tenía un estampado floral de cuentas en tonos naranja y azul claro.

La silueta de los vestidos era similar: corpiño corto y entallado, escote recto con tirantes anchos de dos centímetros y medio, dobladillo ligeramente asimétrico y sutiles cortes triangulares a mitad de las costillas.

Los otros dos vestidos también eran cortos y de un brillante color sandía. Ambos tenían un diseño asimétrico de un solo hombro, pero el estampado y la textura eran un poco diferentes. Todos eran preciosos.

Lástima que no tuviera planes para celebrar mi cumpleaños.

La comida de Mimi estaba deliciosa, como siempre. Me senté a comer mientras ella se tomaba una taza de café conmigo. La cafeína estaba haciendo maravillas con mi resaca. Mimi me hizo un montón de preguntas difíciles acerca de lo que había pasado. Sobre todo quería saber cómo me sentía después de la muerte de Caleb. Sabía lo unidos que éramos. Pero hablar con ella siempre era fácil.

Me daba mucho gusto que ella estuviera bien.

Recogimos la mesa y volvió a sonar el timbre. Como era casi mediodía, supuse que era Nathan.

—¡Hola! —gritó Lily—. ¡Ya volví! —Me abrazó con fuerza y yo le devolví el abrazo. Fue genial verla—. ¡Qué es esto!

Lily se quedó boquiabierta mientras caminaba hacia el perchero de ropa. Miró con detenimiento los vestidos con los ojos muy abiertos.

—¿Quién los envió? —preguntó—. ¿Fue...? —Lily movió la cabeza hacia la izquierda, hacia el departamento de William.

—¡Oh! No, no, él no fue. —Tomé el sobre y se lo enseñé a Lily—. Adelante —dije asintiendo. Ella lo abrió y leyó la nota.

—¡Es una locura! —Metió la nota en el sobre y me la devolvió.

—Lo sé, ¿verdad? Es raro. No me lo esperaba para nada —dije. Lily volvió a mirar los vestidos—. ¿Quieres uno?

—¿Qué? No. Claro que no. Son todos tuyos.

—Lo sé, pero me has dado unas cuantas bolsas y...

—Billie, son tuyos, ¿sí? Ahora tenemos que encontrar la oportunidad para usarlos.

—Pero estos dos son tan parecidos. Por favor, llévate uno. Además, fue gracias a ti que Enzo de Luca aceptó vestirme para el estreno.

—Bueno... no fue solo gracias a mí —confesó.

—¿Qué quieres decir?

—Billy —Lily resopló y continuó—, él fue quien se lo pidió, y ya sabes cómo es. Nunca le dicen que no. ¿Estás enojada? Perdón.

—No, claro que no. —No sé por qué no lo había pensado antes. Llevaba William escrito por todas partes. Y que él estuviera casualmente ahí para la prueba... tampoco había sido un accidente.

Me acerqué al perchero y tomé los dos brillantes vestidos color sandía.

—Elige uno ahora mismo o dejamos de ser amigas —me reí.

—No voy a poner en riesgo nuestra amistad. —Lily también se rio—. Ah, este. —Tomó uno de los vestidos y me abrazó—. Es precioso, gracias. No tenías por qué. —Lo volvió a colgar en el perchero—. Ahora ¿cuál te vas a poner para celebrar tu cumpleaños? Mañana es el gran día. Tenemos que decidir a dónde vamos a ir y hacer una reservación.

—Eeem, creo que es mejor que me quede en casa este año.

—Billie, no otra vez con esto. Vas a cumplir veintiún años —refunfuñó—. Podríamos ir a un bar o a una discoteca. Seguro que Joel puede ayudarnos a encontrar un sitio con una zona privada donde podamos celebrarlo.

La miré fijamente, pensando cómo zafarme. Era muy dulce. Sabía que se preocupaba por mí y que quería celebrar mi cumpleaños, pero yo no estaba de humor para celebrar.

—¡Anda! Yo me encargo de todo. Solo tienes que elegir un vestido —insistió.

—Lo siento, Lily. —Fruncí el ceño—. ¿Por qué no vienen Joel y tú esta noche? Abrimos una botella de vino y planeamos algo informal para mañana, quizá una cena en algún lugar. Solo nosotros cuatro.

—Me parece bien. Lo que tú quieras. —Me dedicó una sonrisa reconfortante que me hizo saber que lo único que quería era hacerme sentir mejor. Y se lo agradecí. Y agradecía tenerla a ella. Pero no podía fingir que estaba en el estado mental adecuado para salir de fiesta—. Lo extrañas, ¿verdad?

«Siempre».

Suspiré.

—Sí, todo el tiempo.

—¿Por eso no quieres celebrar? —Lily siempre sabía cómo sacarme la verdad. Aparté la mirada, negándome a responder su pregunta, temiendo ponerme a llorar—. Sabes que Caleb querría que fueras feliz, ¿verdad? No tienes por qué castigarte así. Nada fue culpa tuya.

«Entonces, ¿por qué siento que lo es?».

—Lo sé, Lily. Pero no ha pasado ni siquiera un mes desde que Caleb murió. ¿Y voy a salir de fiesta? No me parece bien.

—Mira, lo entiendo perfectamente. Y respeto tu decisión. Pero no es justo que te castigues así. Todos te queremos y deseamos celebrar tu cumpleaños porque ese día podríamos haberte perdido. Pero no fue así.

—Me hace feliz saber que quieres hacerme sentir especial en mi cumpleaños, pero es demasiado pronto.

—De acuerdo —dijo con una sonrisa—. ¿Por qué no nos los probamos? —Tomó uno de los vestidos y lo puso contra su cuerpo, moviendo las cejas arriba y abajo.

—Claro. —Sonaba divertido.

El timbre sonó cuando Lily y yo empezamos a empujar el perchero hacia mi habitación. Ya era un poco más de mediodía.

—¡Ya voy!

Abrí la puerta y no era Nathan.

CAPÍTULO 11

Zara

—¡SORPRESA! —gritó Zara emocionada y me abrazó—. Estoy feliz de conocerte por fin, Billie. —Me tomó por los hombros—. Estoy obsesionada con tu pelo. —Extendió la mano y tocó uno de mis cortos mechones rojizos. Aaron estaba detrás de ella con su equipaje.

Zara se veía guapísima. Era más alta que Lily y sus largas ondas castañas bailaban alrededor de su hermoso rostro. Su amplia y luminosa sonrisa era casi cegadora. Solo con mirarla, podía notar que era diferente. Especial.

«Sonríe de vuelta».

—¿Zara? —Lily se acercó a saludarla con una sonrisa. Le di las gracias a Aaron y metí la maleta de Zara en mi departamento mientras ellas se abrazaban.

—Nathan me dijo que te tocara porque Will está en una maldita reunión. Es muy conveniente que vivan uno al lado del otro —dijo con una risita—. Pero dejaré de estorbarte en cuanto llegue, no te preocupes. Espero que no te importe que espere aquí, Billie.

«Will». Zara tenía que tener su propio apodo para él. Y ella no sabía que se iba a quedar conmigo. Todavía. Supongo que Nathan «olvidó» mencionar esa parte.

Y hablando de Nathan...

—¿Zara! —gritó al salir del elevador. Se le iluminó la cara mientras caminaba hacia nosotras. Zara acortó la distancia y le dio un cálido abrazo.

—¿Nate! Te extrañé. —Zara parecía una chica despreocupada y alegre. Su personalidad brillaba a kilómetros.

—Veo que conociste a Billie —dijo, radiante. Parecía encantado de verla.

—Así es —Zara sonrió, y le dio a Nathan un codazo en el brazo—. Ya le dije que me iré en cuanto llegue Will.

—Acerca de eso... —Nathan frunció el ceño y cerró la puerta—. Pensé que sería mejor que te quedaras aquí con Billie. Tiene una habitación libre. Así podrían conocerse mejor.

Miré a Lily, y sus ojos se abrieron de par en par por un segundo. Ojalá pudiera comunicarme con ella telepáticamente. Bueno, más o menos lo hacíamos. Yo sabía lo que ella pensaba, pero no sabía si ella sabía lo que yo pensaba. Tal vez sí.

—Ay, tonterías —respondió ella con su nítido acento británico, haciéndole un gesto con la mano—. No quisiera ser una molestia. Estaré bien con Will.

Buscó en su bolsa, sacó una cajetilla de cigarros nueva y le dio unos golpecitos en la palma de la mano.

«Oh, cigarros».

—¿Cigarrito? —Zara agitó la caja—. ¿Alguien? —Se encogió de hombros ante el silencio.

—Yo podría fumarme uno —dije, tragándome mi orgullo. Una parte de mí no quería ceder al encanto de Zara, no quería que me cayera bien. ¿Y si me encariñaba con ella? ¿Y si verla con William era doloroso? Por eso necesitaba fumar.

—¿Por qué no subimos a la azotea? —sugerí—. No podemos fumar aquí.

—Vamos, hermanita —me dijo, pasándome un brazo sobre los hombros. Que Zara me llamara «hermanita» fue como un puñetazo en el estómago. Por varias razones—. ¿Vienen?

—Sí —respondió Nathan con cara de disgusto. Tratar con Zara no iba a ser fácil. Tardé tres ridículos minutos en darme cuenta de lo fuerte que era. No aceptaba órdenes de nadie. Estaba segura de que Nathan también lo sabía, y tal vez a eso se debiera la desesperación que comenzó a dibujarse en su rostro.

—Ahora mismo tengo algunas cosas que hacer —dijo Lily—. Te llamo más tarde.

Tomó el vestido que le había regalado después de recordarle que se lo llevara. Luego, todos caminamos hacia el elevador y entramos cuando llegó.

—No voy a dejar que te duermas hasta que el reloj marque la medianoche, ¿sí? —Lily se acercó a mí para abrazarme cuando el elevador se detuvo en su piso—. Quiero ser la primera en desearte feliz cumpleaños, aunque Nate se oponga.

—A ver si logras vencerme —le siguió él el juego, sujetando la puerta.

—Qué gusto verte, Zara —le dijo Lily—. Nos estaremos viendo.

—Igualmente.

Lily se alejó después de hacer un rápido gesto de despedida con la mano, y el ascensor subió al piso catorce.

—Entonces, ¿mañana es tu cumpleaños? —preguntó Zara alzando una ceja. Asentí con una sonrisa tensa—. ¿Veintiuno?

—Ajá. Tú también tienes veintiuno, ¿verdad?

—Sí. Mi cumpleaños es en febrero —contestó.

Salimos del elevador y ella encendió un cigarro mientras subíamos las escaleras hasta la azotea. No se permitía fumar dentro del edificio, pero ella no era de las que seguían las reglas.

Nathan empujó la pesada puerta y la sostuvo mientras subíamos a la azotea. Zara me dio un cigarro y me lo encendió.

—Yo también quiero uno, por favor —dijo Nathan. Zara sonrió y le ofreció la cajetilla. Nathan sacó un cigarro y Zara le ayudó con el encendedor.

Caminé hacia el otro extremo de la azotea y ambos me siguieron. Habían pasado meses desde la última vez que había estado aquí. Los recuerdos me inundaron la mente. Habían pasado tantas cosas en ese lugar. Y entonces me di cuenta de que era la primera vez que subía con Nathan.

—¿Y tienes algún plan para hoy o mañana? Me encantaría celebrarlo contigo —dijo Zara, dando una lenta calada a su cigarro.

—Sobre eso... —intervino Nathan—. No sabía cómo decírtelo, amor, pero el señor Chapman quiere que asista esta noche a una cena importante con un cliente, porque él no podrá asistir. Es un evento bastante elegante, y como has mencionado varias veces que no quieres celebrar tu cumpleaños, me preguntaba si querías venir conmigo.

—¡Estás loco! —exclamó Zara—. Will y yo podemos llevarla a algún lugar divertido mientras tú vas a tu evento corporativo de zombis. —Zara alzó las cejas un par de veces—. Puedes alcanzarnos cuando termines. Seguro que a Lily, Joel y Tobias les gustaría venir. ¿Eric tendrá una identificación falsa? Me imagino que podemos encontrar la manera de colarlo.

Zara necesitaba sentarse a una sesión informativa. Me preocupaba lo ajena que era a todo. ¿No sabía nada de la conflictiva relación entre Nathan y William?

Nathan dio una larga y pausada calada a su cigarro, mirando fijamente a Zara.

—No creo que sea una buena idea —le respondí mientras nos envolvía la brisa primaveral—. No estoy de humor para una gran fiesta, pero gracias. De verdad.

—Oh, está bien, Billie. Lo entiendo. —Zara se lamió el labio inferior con el ceño fruncido y se llevó el cigarro a los labios.

—Entonces, ¿te gustaría venir conmigo? —volvió a preguntar Nathan, soplando una columna de humo hacia arriba.

—Sí, claro—. Besé la fría mejilla de Nathan y apoyé un segundo la cara en el calor de su pecho.

Sonó el teléfono de Zara, y atendió la llamada en sueco, pero oí el nombre de Will varias veces. «Ese apodo me va a volver loca». Volvió a guardar el teléfono en el bolsillo de su pantalón y sacó otro cigarro de la cajetilla, encendiéndolo con la última brasa del que tenía.

Me ofreció otro, pero a mí todavía me quedaba la mitad del mío.

Nathan tiró la colilla al suelo, la aplastó con el zapato y tomó otro.

—Zara, quiero que te quedes con Billie —insistió Nathan después de encenderlo. Dio una larga fumada y se apoyó en la barandilla de la azotea, cruzando los brazos.

—No me molestaría quedarme con Billie, pero quiero pasar más tiempo con William —dijo Zara con cara de «no me jodas». Y por alguna razón, me ardió más oír «William» saliendo de su boca con ese tono, como si el nombre le perteneciera—. Tenemos que hacer y hablar de un montón de cosas, y no quiero usar el departamento de Billie como hotel. Prefiero quedarme con él.

Nathan sacudió la cabeza y se mordió el labio inferior con una sonrisa irritada.

—Te quedarás con Billie —dijo en un tono glacial, señalándola con el cigarro.

Zara resopló, y en su rostro apareció una sonrisa descarada.

—Lo último que necesito es otro padre, Nate —respondió—. Además, ¿no quieren privacidad? Solo les estorbaré.

Zara me miró. ¿Esperaba que participara en la conversación? Habría preferido comerme el cigarro. Además, no creía que ella estuviera de acuerdo con mis opiniones. Así que era mejor guardármelas para mí.

—Es un departamento de dos habitaciones. Tenemos toda la privacidad que necesitamos —respondió Nathan.

«Bueno, sobre eso...».

—Me voy a quedar con él —dijo ella con naturalidad, mirando a Nathan directo a los ojos.

«Por Dios». Supongo que esa mirada zanjó el asunto. Sería una buena abogada, igual que Nathan. También podría usar esa determinación para actuar.

La puerta de la azotea se cerró con un ruido sordo, y me sobresaltó. A Zara y Nathan no les pudo haber importado menos. Estaban ocupados mirándose uno al otro, pero la mirada de Zara se había vuelto triste mientras que la de Nathan seguía ardiendo.

—¡Zara! —gritó William desde lejos con una sonrisa de mil kilovatios. Zara se dio la vuelta, tiró el cigarro a un lado y corrió hacia William, que ya casi nos había alcanzado.

—¡Will! —Él la tomó en sus brazos, abrazándola con el mismo entusiasmo con el que ella lo abrazaba a él. Le besó el pelo y volvieron a caminar en nuestra dirección, platicando en sueco.

«Qué demonios». Estaban prácticamente comprometidos.

—Hola —respondí con sequedad. Le di una última calada a mi cigarro. Casi había llegado al filtro, pero quería molestar a William. Me giré hacia un lado, expulsé la columna de humo y arrojé la colilla. Él apretó los labios y miró a Zara.

—*Har du rökt?*¹ —William se dirigió a Zara con el timbre grave y singular que solo le salía cuando hablaba sueco.

—*Ja.*²

—*Jag tycker inte om det*³ —respondió él con el ceño fruncido, mirándome durante un rápido segundo.

«¿Perdón?».

—A mí tampoco me gusta que fumes —le dijo Nathan. Oh. Sabía que a Nathan no le gustaba verme fumar, pero él sabía que no había adquirido el hábito. Era algo que reservaba para ocasiones especiales como esta. Por eso nunca me dijo nada al respecto. Además, hacía meses que no fumaba.

Por otro lado, podía arruinarle la semana a William con solo sostener un cigarro. Lo sabía.

—No puedes decirme que no fume cuando tienes un cigarro entre los dedos —resopló Zara—. Y tú tienes que relajarte, demonios. —Golpeó a William en el pecho a manera de juego, y deseé haberme inscrito en el curso de meditación para el manejo del estrés que Nina me ofreció hacía unos meses, porque solo tenía que ver que uno de los dedos de Zara tocara a William para desestabilizarme.

—¿Me das otro? —le pregunté a Zara. Por desgracia, estas eran las herramientas que tenía para lidiar con la situación.

—Claro, hermanita —dijo con voz alegre, sacando otro cigarro.

William se rio mientras Zara me encendía el cigarro.

—Me alegro mucho de que se lleven tan bien —dijo con cara de engreído.

Me hirvió la sangre por su cinismo.

—Necesito hablar con Zara en privado —dijo Nathan con seriedad—. ¿Te importaría, amor?

—No, claro que no. Para nada.

—Vamos. —Nathan movió la cabeza hacia la salida. Suspirando, ella apagó su cigarro y asintió como diciendo: «Hagamos esto de una vez».

—Ahora los veo. —No pensaba apagar un buen cigarro—. Mimi está en la casa. Solo toquen.

—Le haré compañía —dijo William, con las comisuras de los labios un poco alzadas, y las manos en los bolsillos.

Nathan resopló.

—Como quieras. —Me besó la mejilla—. Nos vemos en un momento.

Ambos se alejaron, y la puerta se cerró tras ellos con un ruido seco.

—Entonces, ella es Zara —dijo William—. Tu «hermanita».

—Volvió a reírse. Me arrebató el cigarro de los dedos y lo tiró.

—¡Oye! ¡Acabo de encenderlo!

—Odio que fumes esa porquería —dijo, respirando con fuerza por la nariz—. Eres igual que Zara. Necia, revoltosa. Se van a llevar a la perfección.

—Yo no soy rebelde.

William resopló.

—Oh, lo eres, älskling. Solo te contienes. Pero esa comezón que sientes, instándote a liberarte, solo se hará más fuerte con el tiempo. Ya te lo he dicho antes. No vivirás así para siempre. No puedes. Si sigues así, un día vas a explotar.

Olvidaba lo bien que William me conocía. Las cosas que había compartido con él en el último año eran suficientes para que entendiera los deseos ocultos de mi corazón.

Libertad.

—Bueno, me parece que estoy muy lejos de liberarme de mi padre —dije con amargura—. Después de lo que pasó —sacudí la cabeza varias veces—, nunca se va a relajar.

—Tienes miedo —dijo, dando un paso adelante.

—No.

—Sí.

Odiaba que William, con un simple paso hacia mí, pudiera alterar la composición química de mi cuerpo. Lo odiaba.

—Vamos a dar una vuelta antes de tu cumpleaños. Iré por el Porsche y saldremos a escondidas. —Hablabla muy en serio.

—Estás loco. —Pero era el tipo de locura que me llamaba la atención—. ¿Puedes manejar? Todavía te estás recuperando de la operación. —Me di la vuelta y me apoyé en la barandilla, mirando cómo cientos de coches circulaban por la ciudad.

—Tus chicos nos alcanzarán, por supuesto, en algún momento —añadió, poniéndose a mi lado—. Y el doctor Lindström no mencionó nada sobre manejar, aunque sí me pidió que me abstuviera de cualquier... actividad en el dormitorio. solo por un rato. —Sonrió, y centré mi atención en contar coches.

Estaba loco. Por varias razones. Que William no pudiera tener relaciones sexuales por instrucción médica era música para mis oídos. Esperaba que se lo comunicara a mi hermanita lo antes posible.

—Pero ¿qué pensaría Zara? ¿No se pondrá celosa? —Lo molesté. Intentando evaluar la situación—. Y Nathan... no creo que quieras meterte con él en este momento.

William se paró detrás de mí y me agarró de los hombros. Mi cuerpo se tensó, mis pulmones se paralizaron; su olor iba a ser mi fin. Se inclinó hacia mí y me susurró al oído:

—La única persona que está celosa... eres tú. Y no tienes por qué estar celosa de tu hermanita. Solo somos amigos. Confía en mí.

Me soltó y tomé una respiración profunda y entrecortada. Lo oí reírse detrás de mí.

Confianza: mi kriptonita personalizada.

Sabía por experiencia que podía confiar en él, pero él no dejaba de plantearme situaciones difíciles. Cosas que me hacían muy difícil no reaccionar. Cosas que me hacían dudar. Y el hecho de que no pudiera preguntarle de manera directa las cosas era aún más desesperante.

Además, él hablaba por sí mismo, pero yo no sabía nada sobre los sentimientos de Zara. ¿Y si estaba locamente enamorada de él? En secreto. O tal vez no era un secreto, y él ya lo sabía.

Me giré para mirarlo y él sacó su teléfono del bolsillo de sus pantalones. Hizo clic en él y se lo llevó a la oreja, mirándome.

«Cooper... Hola. ¿Podrías traerme el coche, por favor? Genial... Nos vemos abajo en diez minutos... Gracias».

Terminó la llamada y volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo.

—Última oportunidad. ¿Vienes?

Deseaba permitírmelo.

—Será lo más divertido que hayas hecho en tu vida. Te lo prometo.

Le creía. Y él tenía razón. Una parte de mí se moría por soltarse. Por subirme a ese coche y que William me llevara lo más lejos posible solo para sentir la emoción. Era cuestión de tiempo que mi mente empezara a rogarme que hiciera algo así.

—Si fuera un Mustang convertible del 65, diría que sí —lo reté.

—¿De qué color visualizas ese coche? —preguntó, divertido, sonriente... hermoso.

—Rojo, por supuesto.

—Te aviso cuando tenga uno en mis manos. —Me guiñó un ojo, se dio la vuelta y se alejó—. ¡No puedo prometerte que tarde lo suficiente como para que termines de ordenar esa mente tan necia que tienes! Así que apúrate.

—¡Estaba bromeando! —le grité riendo.

Agarró el picaporte de la puerta y se dio la vuelta con una sonrisa burlona.

—¡No es cierto!

Sí, no estaba bromeando.

CAPÍTULO 12

Hija única

ME QUEDÉ UN RATO más en la azotea, sola, disfrutando de la quietud. Sin Zara y Nathan discutiendo, sin William tentándome a escapar de mi seguridad con él... Sin drama. Solo yo y mis pensamientos. Como si no fueran una tempestuosa tormenta en el mar. Pero estaba acostumbrada al caos estructurado de mi cabeza.

Mi teléfono vibró en mi bolsillo mientras recogía las múltiples colillas que habíamos dejado en el suelo y las tiraba en el bote de la azotea; lo saqué para ver quién era.

Lily: Joel acaba de hablar con Nathan. Me contó lo de la cena aburrida que tienen esta noche. ¿Podríamos vernos mañana por lo menos? Puedo llevar pastel y algunos de esos croissants de almendra que te encantan. Una celebración acogedora en tu casa.

Yo: Lo sé, ¡perdón! Su jefe le pidió que fuera, así que es algo importante. Me gusta tu plan para mañana. Te mando un mensaje por la mañana, ¿va?

Lily: ¡Me parece bien! Diviértete esta noche.

Un fuerte rugido inundó el aire desde abajo. Me apoyé en la barandilla y bajé la mirada.

Un Porsche negro.

Una sonrisa apareció en mi cara y le di la bienvenida.

William aceleró con un chirrido de llantas y le agradecí a Odín no haber participado en el loco plan de William. Seguro que ahora estaría gritando. Quizá riendo también y queriendo llorar mientras le rogaba que redujera la velocidad, pero disfrutando de la emoción. Él me ignoraría, como siempre, y haría lo que le diera la gana. Y yo lo estaría disfrutando en secreto.

No pude evitar reírme mientras soñaba despierta con un montón de escenarios inventados.

William era un alma salvaje, y supongo que por eso me sentía tan atraída por él. Porque yo anhelaba eso para mí. Al diablo con la seguridad. Dame un camino indómito y salvaje.

Él desapareció de mi vista en segundos. Y con él, la nube de sueños y la adrenalina que corría por mis venas por pura ilusión. Ilusión sobre cómo habría sido ese paseo con él. Dónde habría planeado llevarme, cuánto tiempo habría tardado mi equipo de seguridad en darse cuenta de que me había ido y alcanzarnos.

Una fría ráfaga de viento me golpeó la cara.

«Despierta».

De repente el día se puso demasiado frío, así que volví a mi departamento, arrastrando conmigo mis pensamientos y un leve dolor de cabeza que me palpitaba en las sienes a causa del vino que había bebido la noche anterior.

Tomar ibuprofeno por la mañana habría sido una gran idea, pero no, así era yo. Siempre pensando que era lo bastante fuerte como para lidiar con las cosas por mi cuenta. A veces solo necesitas tomarte la maldita pastilla.

Me tomé mi tiempo en cada paso, para darles a Zara y a Nathan todo el tiempo posible. Sabía que necesitaban resolver algunas cosas y prefería no estar presente cuando lo hicieran. Era demasiado incómodo. Y no había mucho que pudiera hacer para ayudar.

Nathan y Zara estaban sentados en el sofá de la sala cuando entré. Seguían hablando. Nathan alzó la mano y me saludó con un movimiento rápido. Parecían tranquilos, así que me acerqué a ellos.

—Hola —dije, sentándome junto a Nathan—. ¿Terminaron o necesitan unos minutos más? Podría ir a mi habitación si...

—Ya terminamos, amor —murmuró Nathan, poniendo su mano sobre mi muslo y apretándolo un par de veces. Zara me miró y sonrió. Era una sonrisa diferente. ¿Compasiva? Me pregunté de qué habrían hablado. De lo que sea que hubiera sido, ambos parecían agotados.

El equipaje de Zara seguía en el vestíbulo, mirándome fijamente. No sabía qué significaba. ¿Iría a llevarlo a mi habitación de invitados? ¿Estaba esperando a que volviera William? ¿Debería preguntarle?

«No hace falta».

—Zara se quedará con William —me aclaró Nathan en un tono neutro. Con seguridad había agotado su molestia hablando con Zara, o cediendo ante ella, por lo que podía ver—. Iré a casa para bañarme, y nos vemos en un par de horas. ¿Te parece bien, amor?

—Ah... sí. Sí, por supuesto. —Estaba tan sumida en mis pensamientos que por un segundo me olvidé de mis planes con Nathan. No podía dejar de pensar en que Zara iba a quedarse con William.

Por mucho que él insistiera en que no había nada entre ellos, no podía soportar la idea de que estuvieran juntos todas las noches, despertándose y tomando café en pijama, o de que William le preparara el desayuno, porque, seamos realistas, en algún momento iba a cocinarle algo. Mierda. No podía lidiar con eso.

No me importaba que solo fueran amigos. Me dolía ver que lo fueran cuando yo ni siquiera podía ser su amiga. Yo no era nada. Una vecina. Y ella aprovechaba todos los beneficios.

Mi solución temporal consistía en sonreírles a Zara y Nathan. Ya podría chapotear en un charco de amargura en la comodidad de mi dormitorio. A puerta cerrada. Porque no podía permitirme mostrar ninguna emoción con respecto a la decisión, obstinación, mejor dicho, de Zara de quedarse con William durante su visita.

Nathan se levantó, me besó en la cabeza y se marchó después de despedirse de Zara y de mí.

—¡Agh! —soltó Zara con desesperación, tirándose sobre el sofá en cuanto Nathan se marchó.

—¿Qué pasa? —me obligué a preguntar. Teníamos que poder hablarnos.

—¿Nathan es tan controlador contigo como conmigo? —pre-guntó, mirándome.

—En realidad, no. Es genial —respondí. Algo se me encogió por dentro. Un recuerdo de lo genial que era Nathan. Me quería, se preocupaba por mí, me hacía sentir segura. Y yo estaba toda confundida por culpa de William. «Pero él también es genial».

Zara respiró hondo y suspiró.

—Deberías prepararte para ese aburrido evento al que Nathan te está haciendo ir. ¿Qué piensas ponerte? —Se sentó y luego se levantó—. ¿Y esos vestidos tan bonitos?

Zara se acercó al perchero y los examinó. Agarró uno y lo sostuvo contra su cuerpo, mirándose a sí misma.

—Qué bonitos. Apuesto a que en Enzo de Luca te adoran después de que les ayudes a vender un montón de esos trajes rosas. Todo lo que toca William... se convierte en oro. Pero no me malinterpretes, te veías estupenda. —Me miró con una ceja levantada.

—¿Cómo...?

—Ay, es que —se rio mientras devolvía el vestido al perchero— leí la nota. —Señaló el sobre en la mesa del recibidor con la cabeza—. Y también vi las fotos del estreno. Ojalá hubiera podido estar ahí con ustedes. Lástima que Nathan tampoco pudiera estar, pero se ve que la pasaron bien.

«Ahí lo tienes. Solo amigos, mi trasero».

Zara admitió que había visto las fotos de William conmigo en el estreno. Todavía no sabía si Nathan las había visto, pero no le iba a preguntar. Si no había mencionado nada, me imaginaba que no las había visto.

Me pregunté si Zara estaría celosa. Me costaba descifrar si estaba tratando de sacar plática, ser educada o si había alguna intención subyacente en su conversación conmigo. Averiguarlo sería mi siguiente misión, si decidía aceptarla.

«No lo hagas».

—Deberías ponerte este esta noche. —Tomó el vestido con el tigre de cuentas—. Nathan va a babear.

Me puse de pie y me acerqué a ella.

—¿Crees que algo así es apropiado para esta noche?

—Es Enzo de Luca. Es apropiado para lo que quieras. Para la aburrida cena de Nathan o cualquier día de la semana. —Se rio—. Además, a medianoche es tu cumpleaños, y puedes hacer lo que te dé la gana. Oh. Eso rimó.

No sabía si me estaba engañando, pero le tomé la palabra.

—Voy a bañarme. ¿Necesitas algo? ¿Algo de comer o beber? —Le ofrecí—. Por favor, siéntete como en casa.

—De hecho, tengo un poco de hambre. ¿Te parece bien si tomo algo de tu cocina? También podría pedir a domicilio.

—Por supuesto. Mimi está aquí. Estará encantada de ayudarte. Iré a hablar con ella.

—Gracias, Billie. —Sonrió.

Encontré a Mimi en la cocina y la llevé a conocer a Zara. Mimi me sonrió y guio a Zara hacia la cocina, donde sabía que la cuidaría bien. Luego, tomé el vestido del tigre y lo llevé a mi cuarto.

Era mi segundo baño del día, pero me pareció necesario. Quería quitarme el olor a humo y la estúpida colonia de William de las fosas nasales.

Peinarme el pelo corto era más complicado que mi larga y aburrida melena. La extrañaba. También me gustaba el pelo corto, pero me lo había cortado en un impulso. Sin embargo, fue increíble la sensación de liberación que experimenté cuando me lo cortó Frankie.

Decidí secármelo, intentando que quedara un poco ondulado. Me apliqué un poco de rubor color durazno en las mejillas y labial en tono cereza en los labios.

Tenía que ponerme un abrigo, porque si no me iba a congelar en el camino. Podía quitármelo al llegar. Este no era el tipo de vestido destinado a esconderse detrás de un abrigo.

Salí de mi habitación con mi acogedora bata hasta las rodillas porque quería cambiarme hasta que llegara Nathan. Zara estaba sentada en el comedor, con el plato vacío, las manos en el teléfono y la atención puesta en la pantalla.

—¡Guau! Te ves increíble, hermanita —dijo mirándome. Volví a ser su hermanita. Seguro que la comida le había caído bien. Habría jurado que percibí cierto filo en sus palabras cuando mencionó las fotografías del estreno.

Mientras me bañaba, pensé en dos opciones. O estaba celosa de las fotos engañosas de William conmigo o estaba protegiendo a Nathan. No la culpaba en ninguna de las dos posibilidades. Había un tercer escenario que era básicamente un enredo de los dos anteriores.

Pero estaba segura de que algo le molestaba.

Sonó el timbre y Zara se levantó de su asiento. Me dirigí hacia la puerta, pero ella pasó volando a mi lado.

—Es Will. Yo abro. ¡Voy!

Zara abrió la puerta y William me miró alzando una ceja. Me llevé las manos a las solapas de la bata para asegurarme de que todo estaba donde tenía que estar.

—Me alegra ver que volviste entero —dije. Quizá si hablaba dejaría de mirarme así—. Escuché el rugido de tu motor hasta la azotea.

Funcionó. Se rio.

—El motor se siente muy bien cuando estás sentado dentro del coche —contestó, quitándose un mechón dorado de la frente. Zara empujó su maleta con el ceño fruncido, rodándola con brusquedad hacia William. Él la detuvo con el pie y levantó el asa—. Tranquila.

—Deja que agarre mi mochila. —Zara puso los ojos en blanco y fue a la sala—. ¿Por qué te tardaste tanto? Tengo que bañarme y vestirme para llegar a tiempo —se quejó.

—¿Algún plan divertido para esta noche? —pregunté, ya molesta por el hecho evidente.

—Ah, sí. —William apartó la mirada, sus cejas se movieron arriba y abajo, parecía incómodo, como si prefiriera no responder a mi pregunta. Señaló a Zara con el pulgar—: Tengo que cansarla.

—Qué gracioso —dijo ella, sin gracia—. Vámonos. Nos vemos, Billie. Que te diviertas esta noche. —Zara se me acercó para darme un abrazo que no esperaba y se fue. Estaba claro que tenía prisa por irse.

William asintió, sujetó el picaporte y tiró de él para cerrar la puerta, pero se detuvo un segundo antes de cerrarla.

Abrió la boca, mirando al suelo. Sonrió y alzó la vista hacia mí, encontrándose con mi mirada, no, traspasándola.

—¿No vas a subirte esa bata?

Sacudí la cabeza con una sonrisa. ¿Cómo olvidarlo?

—Nunca —me reí.

—Nunca digas nunca. —Soltó el asa de la maleta un segundo, se rozó el labio y salió corriendo con el equipaje de «mi hermanita» después de que Zara gritara su nombre, dejándome con la duda de cómo diablos iba a dormir durante la siguiente semana que ella estaría por aquí. No es que estuviera durmiendo mucho de todos modos.

No entendía cómo manejar esta dinámica de hermanas. Me iba mejor como hija única. Nathan me mandó un mensaje diciendo que se le había hecho tarde, así que tomé un libro y me lo llevé al cuarto, pero no pude leer ni una sola palabra porque lo único que oía era la risa de Zara a través de la pared. Y el sonido no estaba tan lejos como me hubiera gustado. Seguro que estaba en la habitación de William.

Mil minutos después de estar mirando la misma página de mi libro oí que se cerraban unas puertas y luego... silencio.

Se fueron. Juntos. Para «cansarla», según William. Seguro que iban a alguna fiesta elegante o algo así. Y yo solo temía el momento en que llegara la noche y volvieran al departamento de William. Otra vez, juntos.

«Tal vez podría dormir en la habitación de invitados esta semana». Cualquier cosa para evitar escuchar sus interacciones a una pared de distancia.

De repente me acordé de la carta de Caleb. Estaba a mi lado, en el cajón del buró. Palpitando. Esperando a que la leyera. Mi mano se movió de manera involuntaria para abrir el cajón mientras consideraba leerla.

En mi teléfono apareció otro mensaje de Nathan, obligándome a cerrar el cajón. No era el momento de leerla. Necesitaría un fin de semana entero a solas para procesarlo, y Nathan estaba en camino. Me levanté de la cama y, mientras me quitaba la bata, deseé poder quedarme en casa.

El vestido era precioso y me quedaba perfecto. Pesaba por toda la pedrería, pero no tanto como para que resultara incómodo. Solo lo suficiente para recordarte que llevabas puesta una obra de arte.

Me puse los zapatos y me rocié perfume detrás de las orejas, el cuello y las muñecas. Entonces sonó el timbre y tomé mi bolsa, llenándola rápido con mis cosas.

Mimi saludó a Nathan cuando me dirigía al vestíbulo. Los dos se giraron para mirarme.

—Oh, Dios —dijo Nathan—. Estás impresionante. —Se acercó a mí con una sonrisa y me pasó la mano por la cintura, besándome la mejilla.

—Estoy de acuerdo —dijo Mimi con una risita. Se disculpó después de decirnos que la pasáramos bien.

Nathan llevaba un traje negro con una corbata color rojo burdeos. Se veía muy guapo y olía delicioso.

—¿Crees que este vestido está bien para la ocasión? Zara dijo que sí, pero no te pregunté sobre...

—Es perfecto.

—¿No crees que es demasiado corto?

—Sí, y me encanta. —Se rio, y le di un empujón en el hombro de manera juguetona—. Es broma. Ya te dije que es perfecto. —Me pasó la mano por el muslo—. ¿Ves? Perfecto.

—Vámonos —le supliqué. No necesitaba mucho convencimiento para dejar de ir a este evento—. Ya vamos tarde.

—Continuará —dijo con una sonrisa pícara, tomándome la mano. Tomé mi abrigo al salir, y mientras cerraba la puerta me apartó el pelo y me besó el cuello; una vez, dos, no paraba.

—Oye. —Me giré hacia él—. Recuerda que HAL9000 nos está mirando. —Señalé la cámara de vigilancia con la barbilla.

Nathan se rio.

—Es sábado por la noche —dijo, con sus labios a un suspiro de los míos—. Deja que el pobre tipo que está mirando se entretenga un poco. Debe de estar aburridísimo vigilando tu puerta todo el día.

—Solo se activa cuando hay un movimiento inusual, y me temo que esto podría clasificarse como tal. —Le di un rápido beso en los labios para animarlo—. O si quieres cambiar de opinión, estaré encantada de quedarme aquí contigo toda la noche.

—A mí también me encantaría, pero por desgracia tenemos que ir. Pero me apunto al after. —Me devolvió el beso, luego miró su reloj—. Mierda. Se nos hizo tarde. Vámonos.

Aaron, David y Amena nos esperaban abajo y tenían el motor en marcha. Ver a Amena siempre me revolvía el estómago. Era la sustituta de Caleb y un recordatorio diario de que él se había ido. Maldición, cómo lo extrañaba.

Tenía que recordarme a mí misma que tenía que respirar a un ritmo constante para evitar caer en ese lugar oscuro de mi mente que solía absorberme en los momentos más inesperados.

—¿Estás bien, amor? —preguntó Nathan cuando entramos al coche.

—Sí... —me interrumpí intencionadamente. Era la única forma de evitar llorar.

—¿Caleb? —susurró. Asentí—. Lo extrañas.

—Lo extraño. Pero... ¿por qué no me cuentas más sobre la cena a la que vamos a ir? ¿Va a ser súper aburrida? —pregunté, tratando de entrar en un espacio mental diferente.

—No tienes ni idea.

Perfecto. Justo lo que necesitaba.

Condujimos hasta el Distrito Financiero y nos estacionamos a pocos metros de Battery Park, frente a Cipriani. Nunca había estado en ese lugar.

—Bueno, hemos llegado —dijo Nathan, sin soltarme la mano. Había mucha seguridad en el lugar. Varios hombres trajeados vigilaban la entrada. Me recordó a París.

—¿Qué hace Big Mike aquí? —me pregunté.

—Oh, olvidé decírtelo. Tu padre está invitado a la cena. Eso significa que ya llegó.

Oh.

Amena y David nos siguieron de cerca mientras Aaron se acercaba a Big Mike. Uno de los chicos de la entrada nos abrió la puerta y entramos. El lugar estaba muy oscuro y parecía demasiado escalofriante.

—¿Dónde está todo el mundo? —pregunté, mirando los techos abovedados de triple altura, apenas iluminados. El débil resplandor que bañaba la obra maestra arquitectónica que estaba sobre nosotros no iluminaba mucho nuestro camino. Temía tropezar.

Y antes de que Nathan pudiera contestar, todo el lugar cobró vida a la vez y lo que me pareció un millar de personas gritaron: «¡Sorpresa!». Me tapé la boca de la impresión. Ni siquiera conocía a tanta gente.

Me volví hacia Nathan.

—Dijiste que iba a ser súper aburrido —le susurré.

—No. Dije que no tenías ni idea.

Maldita sea, era un blanco fácil.

Otra fiesta sorpresa

NATHAN ME RODEÓ con sus brazos.

—Vamos, amor. Todos te están esperando. —Él me tomó de la mano y respiré profundamente porque no sabía cómo sentirme acerca de esta fiesta. Una parte de mí estaba disgustada porque sido muy clara sobre no querer celebrar mi cumpleaños. Y tenía una razón específica.

Caleb.

No me sentaba bien celebrar, y a tan gran escala, cuando él ya no estaba por mi culpa. Su familia seguía de luto en Israel. Yo seguía lidiando con el dolor.

Otra parte de mí comprendía que Nathan solo quería animarme, que no había mala intención en la organización de la fiesta. Lo sabía, pero no por eso era menos incómodo gestionar los sentimientos que se polarizaban en mi interior.

Era demasiado para asimilar.

El lugar estaba muy bien decorado. Modernas salas *lounge* con cojines dorados a cada lado del espacio creaban un amplio pasillo en el centro, donde había mesas de coctel doradas y taburetes con asientos de cuero negro acomodados en forma de diamante.

Al fondo había una tarima baja y ancha de madera, con todos los instrumentos imaginables. Todos descansaban sobre sus respectivos atriles. También había un par de micrófonos.

A la izquierda del escenario un DJ tocaba música *house* desde su cabina iluminada.

Contra la pared de la derecha había un enorme bar donde varios camareros iban y venían. Y contra la pared de la izquierda había unas cuantas mesas rectangulares con manteles negros. Nathan me dijo que ahí se serviría la comida.

Estaba a punto de preguntar por la comida, pero Nathan me dijo que tendría que esperar ya que era una sorpresa.

Dios mío. Con facilidad podría haber sido una boda si entraran los novios.

Por todas partes aparecían caras conocidas. Vi a toda la familia Sjöberg esparcida por el lugar, incluidos los padres, Sivert y Nathalie, que estaban en lados opuestos. Sin embargo, no pude encontrar a William. Tenía que estar por ahí porque Zara también estaba, platicando con Sivert y Tobias. Pero todavía no lo había visto.

Al menos me alegraba saber que era aquí donde William había traído a Zara para «cansarla». Sin embargo, no estaba muy segura de querer presenciar cómo lo hacía.

Nolan, Emily, Ben, Heather y otros amigos de Parsons platicaban tomando algo en las salas *lounge*. Incluso Bryce estaba ahí. Iba a enloquecer al ver a los Sjöberg, o quizá ya había enloquecido. Sus ojos se veían grandes y redondos, así que tal vez ya los había visto.

CJ, Nina y Ren se sentaron juntos en una de las mesas de coctel y me saludaron cuando los vi. En la mesa de al lado Alice y Luna platicaban con bebidas en la mano.

Todo el mundo se veía muy elegante, y también había mucha gente que no reconocía, probablemente invitados para llenar el lugar porque era enorme. Pero antes de que terminara de escanear a los invitados se me acercó mi padre.

—¡Nena! —Me abrazó con fuerza—. Sé que no querías celebrar hoy, pero cumpleaños veintiún años. Teníamos que hacer algo.

¿Teníamos? Aún no estaba segura de quién se había encargado de planear la fiesta sorpresa.

—Está bien, papá. Gracias por todo —le dije, devolviéndole el abrazo—. Pero no lo intentes el año que viene. Ya perdiste el factor sorpresa. —Los dos nos reímos.

Nuestra relación había sido complicada en los últimos meses, pero me alegró verlo.

—Lo sé. Te prometo que el año que viene haremos lo que quieras en tu cumpleaños, ¿sí?

Asentí.

—Entonces ¿quién planeó la fiesta?

—Bueno, fue idea de Nathan —dijo, señalándolo con la barbilla. Le di las gracias a Nathan y le apreté la mano—. Pero luego todos quisimos participar cuando nos lo contó. Pedí un favor para alquilar este lugar con tan poca antelación. Lily ayudó a Nathan a organizarlo todo. William se encargó de la comida, el vino y la música. —«¡Qué!»—. Alice, su asistente, también ayudó mucho. Es una linda chica.

Guau.

Una camarera se nos acercó con una cámara en la mano cuando yo estaba a punto de hacer otra pregunta. Nos pidió a Nathan y a mí que le entregáramos nuestros teléfonos y nos dio un número plastificado a cambio.

—Podrán reclamar sus teléfonos a la salida con este número. Entréguenlo a cualquiera de los camareros —nos explicó—. Y esta es su cámara, señorita. Tenemos una batería extra en la parte de atrás por si la llegara a necesitar. —Le di las gracias y Nathan se ofreció a sujetarme la cámara.

—Es una fiesta sin teléfonos —explicó Nathan.

—¿Dejaste tu teléfono? —le pregunté a mi padre con escepticismo. Se rio.

—Así es. Fue idea de Lily.

—Pero no quería que no pudieras tomar fotos —añadió Nathan—. Así que robé esta cámara de tu departamento ayer cuando bajé a hablar con Zara. También alquilamos cámaras Polaroid para que los invitados puedan tomar fotos. En algún momento los camareros irán por ahí con una pequeña canasta recogiendo las fotografías que la gente quiera que te quedes.

¡Era la idea más linda del mundo!

—Guau. Gracias. Me encanta.

Sí, todo sonaba genial, pero aún tenía dudas de que fuera excesivo. Quería estar feliz y emocionada, pero me estaba resultando muy difícil lograrlo.

—Y... David volvió con tu regalo de cumpleaños, nena —dijo mi padre, mirándome por encima del hombro con una sonrisa. Sophie y Cecile estaban llegando al lugar.

—¡Qué! —grité. Nathan me dijo que me vería en un rato, y yo corrí hacia ellas tan rápido como me lo permitieron mis zapatos y las saludé con un fuerte abrazo—. ¡Hola!

Mierda, obviamente me puse a llorar. Por mil razones.

Cuando me visitaron en octubre también la estaba pasando mal, y verlas me había ayudado mucho, pero eso no era nada comparado con lo abatida que había estado las últimas semanas. Con lo mucho que las necesitaba esta vez. Apenas me sostenía en pie.

Nathan había sido un gran sistema de apoyo, pero siempre estaba ocupado. Su horario iba de agitado a demente. Quería conseguir el gran ascenso a socio y no dejaba de prometerme que cuando lo consiguiera no tendría que viajar tanto ni trabajar hasta tan tarde, pero yo tenía mis dudas. Sin embargo, nunca me quejé. Sabía que tenía que hacer lo que tuviera que hacer. Él amaba su trabajo y yo me alegraba por él.

—Lo siento mucho, Billie —dijo Cecile—. Ojalá hubiéramos venido antes, cuando Caleb...

—Lo sé. No pasa nada. —Me di unas palmaditas en la cara con cuidado para quitarme las lágrimas, intentando no estropearme el maquillaje, pero cuando me vi los dedos estaban manchados de rímel—. Maldita sea.

Cecile fue a traerme una servilleta.

—¿Cuándo llegaron? ¿Y cuánto tiempo se van a quedar? —le pregunté a Sophie.

—Anoche. Nos vamos el lunes, y ya sé que es una lástima —dijo—. Ayer dormimos en un hotel, pero nos preguntábamos si te gustaría que nos quedáramos con...

—¡Sí! —dije, casi con desesperación. —Quédense conmigo.

Sophie se rio. Tenía que aprovechar la estancia exprés de Sophie y Cecile en Nueva York. Y nunca pensé que agradecería que Zara no se hubiera quedado en mi habitación de invitados.

—¡Genial! —chilló Sophie y aplaudió dos veces, emocionada. Cecile volvió con una servilleta y me ayudó a limpiarme el rímel de los párpados inferiores.

—Creo que ya estás bien —dijo Cecile—. No llores más, ¿vale? Lloraremos todo el día mañana si quieres. Pero vamos a divertirnos esta noche. Te lo mereces. No tiene nada de malo celebrar tu cumpleaños, ¿sí? Caleb lo hubiera querido.

Por mucho que odiara admitirlo, tenía razón. Si de alguna manera pudiera hablar con Caleb ahora mismo, sabía que se enojaría de verme deprimida. Lo odiaría y en definitiva querría que me divirtiera esta noche. Tenía que salir de mi cabeza y disfrutar la fiesta.

La única forma de hacerlo era obligándome a olvidar. Y en ese momento no me había dado cuenta de lo equivocada que estaba, pero intentaba cubrir el dolor con vino. Y eso era tal cual lo que tenía en mente.

—Bueno, vamos. —Enlacé mis brazos con los suyos y caminamos al encuentro de mis invitados—. Ren te está esperando —le susurré a Sophie.

—¡Lo sé! Pasamos todo el día juntos. Lo extraño todo el tiempo. No quiero irme.

—Yo tampoco quiero que te vayas.

Ren y Sophie estaban probando una relación de larga distancia. Iba tan bien como se podía esperar. Al menos aprovechaban cuando se veían, que no era tan a menudo como deseaban.

Cecile seguía soltera. Después de terminar con Paul intentó superar el desamor saliendo de fiesta y teniendo un montón de encuentros de una noche. Eso fue lo que Sophie me dijo una vez en confianza. Estaba un poco preocupada por ella, pero a Cecile le gustaba fingir que estaba bien.

Me sentía identificada con eso de fingir.

No quería mencionarlo, pero Tobias estaba en la fiesta. Iba a ser duro para ella verlo porque le recordaría cómo estropeó las cosas con Paul. Sin embargo, algo me decía que a Cecile le gustaba Tobias pero era demasiado orgullosa para admitirlo.

También me sentía identificada con eso.

Nathan estaba platicando con Lily y Joel, y yo quería saludarlos, así que les dije a Sophie y a Cecile que volvería enseguida.

—¡Lily! —canté riendo. Ella me miró y yo negué con la cabeza juguetonamente. Llevaba el vestido de Enzo de Luca que le había regalado—. ¿Estás pensando dedicarte a la actuación? Serías una actriz estupenda.

Se rio mientras la abrazaba.

—¡Lo siento mucho! Nathan fue quien me dio el guion. No quería que sospecharas nada. ¿Valió la pena?

—Claro que valió la pena. No me esperaba nada. Pero estaré esperando los croissants de almendra que me prometiste llevar mañana —bromeé—. Por cierto, el vestido te queda increíble. —«Obviamente».

—¡Gracias! Me encanta el color. Y sí... Mañana tendrás una caja llena de croissants, ¡lo juro! Después abracé a Joel.

—Gracias por esto —les dije—. De verdad no era necesario.

—Oh, sí era necesario —respondió Lily—. De ninguna manera iba a permitir que te perdieras la celebración de tus veintiún años.

Un camarero se nos acercó con vino y mis ojos brillaron. «Sí, por favor». Esa era la solución a todos mis problemas.

Lily y yo tomamos una copa, pero Nathan y Joel rechazaron el vino y pidieron «bebidas para hombres», que en este caso era whisky en las rocas.

Alguien me tocó el hombro y me giré para ver a Tobias.

—¡Billie! —Me rodeó la cintura con los brazos y me levantó.

—¿Te importaría bajar a mi chica? —dijo Nathan riendo detrás de mí. Tobias obedeció a Nathan y respondió algo en sueco. Se rieron, se dieron la mano con un fuerte aplauso y se acercaron para recibir unas palmadas en la espalda—. Me alegro de que hayas podido venir, amigo.

—Creía que seguías de gira promocionando tu nueva película —le dije a Tobias. Me había encariñado mucho con él y estaba muy orgullosa de sus logros; su película iba muy bien en taquilla. Era como el hermano mayor que nunca tuve.

—Sigo de gira, pero ya casi terminamos. —Tomó un sorbo de su cerveza—. Volaré a Los Ángeles mañana a primera hora. De seguro alguien va a tener que arrastrarme al aeropuerto porque no me iré de aquí hasta que alguien me corra. Y tampoco dejaré que se escapen. ¡Jordan! ¡Hola, hombre! —le gritó Tobias a un tipo.

Me di la vuelta para ver quién era Jordan.

—¿Ese es...? —dije en un susurro.

—Sí —respondió Tobias antes de que terminara la pregunta—. Nathan ha estado haciendo un buen trabajo poniéndote al día con la cultura pop. —Sonrió—. Ahora vuelvo, Billie.

Sacudí la cabeza con un bufido.

Jordan Schreiber protagonizó una película con Joel. Una película que Nathan y yo habíamos visto hacía unos meses. Era buen amigo de los Sjöberg. Tenía el pelo corto y castaño oscuro, los ojos café claro y una manga de tatuaje en el brazo izquierdo que sobresalía de su camisa negra de manga corta.

Parecía grande y musculoso, pero no daba miedo. Lo confirmé después de ver la película. Su rostro clásicamente atractivo suavizaba su aspecto de chico malo, un poco.

Jordan era uno de esos tipos que destacan entre la multitud. Bryce se quedó mirándolo mientras daba un trago a su bebida. Casi se le salían los ojos. Nina y Cecile tampoco dejaban de mirarlo mientras pasaba junto a ellas para acercarse a Tobias.

Le di un sorbo a mi vino y no pude evitar reírme un poco. Estaba delicioso, por cierto. Tenía que preguntarle a William cómo se llamaba el vino, ya que, al parecer, él había sido el encargado de ese departamento.

«¿Dónde demonios se metió?». Me sorprendió que Nathan y William aceptaran colaborar. Supongo que Nathan necesitaba toda la ayuda posible, estando tan ocupado como estaba.

Nathan estaba platicando con Joel, así que pasé un rato con mis amigos de la escuela. Le confié mi cámara a Nolan y le pregunté si podía tomar algunas fotos cuando quisiera. Aceptó encantado.

Luego pasé a saludar a CJ, Nina y Ren, que estaban platicando con Sophie y Cecile.

—¡Oh, por Dios! Tu vestido es precioso, Billie. —CJ me recorrió de pies a cabeza y se levantó para darme una vuelta. Nina estuvo de acuerdo con CJ, mientras Sophie se reía de su teatralidad. CJ tomó la cámara Polaroid que había sobre la mesa y tomó una selfie de Nina, él y yo.

Nina llevaba un vestidito negro *halter*, el pelo más largo, liso y con raya en medio. Su maquillaje era natural y llevaba unos aretes dorados. Se veía impresionante. Se lo dije de inmediato.

Cuando terminamos de halagarnos, Nina dijo:

—Todo el mundo dice que va a tocar una banda de jazz. Estoy emocionada. —Eso explicaba la variedad de instrumentos que había en el escenario.

—¿En serio? —Me reí con el ceño fruncido—. No tengo ni idea de lo que va a pasar esta noche.

—¡Hola, hermanita! —dijo Zara detrás de mí.

—¡Hola... hermanita! —Respondí, volviéndome para verla. Otra belleza.

Maldita sea.

Zara llevaba una falda larga ajustada hasta la cintura en color beige y una blusa de manga corta con cuello amplio en el mismo tono. Un par de aretes de diamantes adornaban sus orejas y colgaba de su cuello una fina cadena dorada con la letra S. Sus largas ondas castañas caían alrededor de su rostro, maquillado a la perfección.

«¿S de Saunders?». Esperemos que no de Sjöberg. Tal vez de ambas. Agh.

Me abrazó.

—¿No vas a presentarme a tus amigos?

—¡Oh, claro! —Me separé del abrazo—. Chicos, ella es Zara, la hermana de Nathan. Zara, ellas son Sophie y Cecile. Son mis amigas de París. Llegaron ayer.

—He oído hablar mucho de ti, Cecile —dijo Zara con una sonrisa.

—Gusto en conocerte, Zara. —Cecile alzó una ceja. Mi «hermanita» tenía una manera de decir las cosas para que parecieran inocentes cuando siempre tenían un significado subyacente.

Había visto a Zara hablando con Tobias, así que supuse que le había hablado de Cecile y sobre lo que había pasado en octubre.

—Ellos son Ren y CJ —dije, saludándolos con la mano—. Y ella es Nina. Fueron los primeros amigos que hice cuando volví a Nueva York. —CJ me jaló de la cintura y me dio un beso en la mejilla.

—Un gusto conocerlos. —Zara les dio la mano a CJ y a Nina con una sonrisa—: Nos estamos viendo. —Y se fue. Tal vez a buscar a William.

CJ se terminó su martini y dejó la copa sobre la mesa.

—Le gustas —dijo, levantando la mano para llamar la atención de uno de los camareros.

—¿Quién le gusta a Zara? —pregunté. «Yo no».

—Le gusta Nina.

—¡Ay, cállate! —dijo Nina riendo.

—Eh, hola —dijo CJ al camarero con una sonrisa coqueta—. ¿Me traes otro martini mitad y mitad, por favor, y... quieren algo más?

—Estoy bien, gracias —Nina levantó su vaso medio lleno de whisky con soda para dejar en claro el punto.

—Otra copa de vino para mí, por favor —respondí. Le pregunté al camarero si podía traerme la botella para ver la etiqueta, ya que William no aparecía por ninguna parte. Sophie y Cecile también pidieron más vino. Ren seguía con su cerveza.

—Bueno, ¿entonces a Zara le gusta Nina? —le pregunté a CJ con incredulidad. CJ estaba mal informado. Le encantaba la idea de que todo el mundo fuera un poco gay, lo que siempre me hacía reír, pero estaba muy equivocado sobre Zara. Él no sabía lo que yo sabía y no había visto cómo veía a William. Su atención se centraba en él, en mi opinión. Pero sus teorías siempre eran entretenidas.

—Sí, nunca me equivoco en estas cosas —dijo CJ, recargándose en su silla y cruzando una pierna—. ¿Y el hermanito Sjöberg rubio platinado? Lo he visto mirarme raro. Como si quisiera mirar más de cerca, pero tuviera miedo de que le gustara lo que ve, ¿me entiendes?

—¿Eric? —pregunté con una mueca, dándome la vuelta para encontrarlo. Estaba platicando con un par de chicos. Eric estaba creciendo. Estaba en esa edad en la que cambian cada seis meses. Apenas saliendo de la fase adolescente incómoda—. Recuerdo que le gusté cuando nos conocimos. Era el más tierno.

—No todo es blanco o negro, Billie —respondió CJ—. En especial aquí en Nueva York. Creo que la mayoría somos fluidos. Ese sería mi consejo para Nina esta noche. —Le guiñó un ojo, y Nina puso los ojos en blanco, pero miró hacia donde estaba Zara mientras daba un sorbo a su bebida, tal vez preguntándose si lo que decía CJ podía ser cierto.

No me molestaría que lo fuera, en especial si Zara quería fluir hacia Nina y alejarse de William.

—Entonces, ¿estás diciendo que también te gustan las chicas? —le preguntó Cecile a CJ. Yo tenía la misma pregunta.

—Quiero decir que no me molestaría besarte, por ejemplo —le respondió a Cecile, que levantó una ceja y resopló—. Pero sí, gravito más hacia los hombres. Sobre todo si se ven como él. —CJ se rozó la nariz mientras recorría de pies a cabeza al camarero que nos traía las bebidas.

CJ le pidió al camarero que se acercara y se inclinó para susurrarle algo al oído que lo hizo reír. Se alejó de la mesa, sacudiendo la cabeza con una sonrisa.

—Señorita Murphy —oí detrás de mí. Me giré, sobresaltada, y vi a David. Tenía la cara tensa, la mandíbula desencajada y la mirada encendida.

«Oh...».

—Hola, David. ¿Todo bien? —pregunté mientras CJ se enderezaba y tomaba su copa de martini de la mesa, llevándosela a los labios.

—Quería asegurarme de que todo estuviera bien por aquí —dijo, mirando a CJ—. Y también quería informarle que Amena está esperando por si necesita ir al tocador. Tendrá que acompañarla.

Eso ya lo sabía. Amena me había estado siguiendo en todos los baños públicos desde que salí del hospital. Pero me imaginaba que David solo quería una excusa para acercarse a la mesa.

—Señor Jewel, ¿podemos hablar por favor? —dijo mirando a CJ, seguido de una pequeña sonrisa.

No me habría gustado ser CJ en ese momento. David debió haber visto a CJ coqueteando con nuestro camarero, y yo ni siquiera sabía cuál era la situación entre David y CJ, pero debía ser algo lo suficientemente importante como para que él se lanzara hacia nosotros en cuanto lo vio.

CJ tomó su martini e hizo una mueca mientras se lo bebía todo de un trago. Dejó la copa sobre la mesa y respondió con una sonrisa:

—¿Quizá más tarde, doctor Scott?

¿Doctor? Tenía que comprobarlo.

—Christopher —dijo David con voz autoritaria. CJ ladeó la cabeza con una sonrisa de satisfacción y miró fijamente a David, que insistía en hablar—. Ahora.

—No es justo. Sabes que me encanta cuando te pones brusco y enérgico. —CJ se levantó—. Ahora vuelvo, chicas.

Ren hizo una cara y yo me reí un poco.

—Ahora eres una de nosotras —se burló Nina.

—Eso veo —contestó Ren, riéndose. Luego le dio a Sophie un beso en los labios. Estaban derramando miel por todas partes. Me alegré por ellos. Cecile parecía aburridísima. Tenía que arreglarlo.

David y CJ se alejaron, y todos se quedaron en silencio en la mesa, notando la tensión entre ellos.

—Ya llegó el rey del baile —dijo Nina, rompiendo el silencio. Sophie miró de inmediato a su alrededor para ver a quién se refería. Abrió los ojos de par en par cuando vio a William. Sophie siempre se quedaría deslumbrada en presencia de William. Y maldita sea... yo también estaba maravillada con él.

Salió de uno de los pasillos con una copa de vino tinto y dirigiendo a tres camareros que llevaban una cacerola grande de paella cada uno.

Me tapé la boca de asombro mientras veía que les daba instrucciones sobre qué hacer y cómo colocar las cosas de manera correcta en la mesa. Quizá se estaba asegurando de que todo estuviera perfecto. Bajé la mano de mi cara, intentando parecer normal de nuevo.

—¿Todo bien? —Nina soltó una risita mientras otro camarero salía corriendo de la cocina cargado con dos enormes canastas de pan. William palmeó la espalda de uno de los camareros y me miró con la sonrisa más cálida que jamás había visto en su rostro.

Me quedé boquiabierta y me di la vuelta para dar un largo trago al vino.

—Ah, sí. ¿Por qué? —le respondí a Nina un siglo después.

—Mmm —tarareó haciendo un puchero—. Te pusiste pálida por un segundo. Debe ser el vino, ¿no? Te diría que te lo tomaras con calma, pero es tu cumpleaños, así que sigue bebiendo.

—Sí, debe ser eso —dije, tomando otro sorbo, tratando de demostrar que la teoría de Nina era correcta. Pero sabía que ella me estaba tomando el pelo con lo de William. Mierda, mierda, mierda.

—Sorpresa —dijo la profunda voz de William detrás de mí.

CAPÍTULO 14

Nemorino's

—¡HOLA! —DIJE, dándome la vuelta, casi tirando mi copa de vino—. ¡Ay!

William besó mis mejillas, y ese pequeño fuego que tenía dentro de mí, que normalmente mantenía bajo control, se volvió en mi contra, quemándome con su rebelión.

William se veía impactante. Llevaba pantalones negros con un suéter negro de manga larga y cuello redondo que le ceñía la parte superior del cuerpo en todos los lugares adecuados. Llevaba la cara bien afeitada y ni un solo mechón dorado fuera de lugar.

—Zara me contó de los vestidos que te envió Enzo de Luca. Este parece hecho para ti —dijo, y su mirada se desvió un segundo hacia mi vestido.

—Gracias. Pero ¿tuviste algo que ver con esto? —No me habría sorprendido en absoluto.

—Juro que no. Esta vez no. —William levantó un poco la mano derecha—. Les encantaste.

—Lo que le encantó fue que se agotara el traje rosa —dije riendo.

—Porque te lo pusiste tú.

«Porque me lo puse y me paré a tu lado, y la gente pensó que estaba saliendo contigo».

Era mejor cambiar de tema.

—¿Puedes beber? —le pregunté mientras daba un largo trago a su vino. Hacía solo tres semanas que había salido de la operación. No creía que fuera conveniente que lo hiciera.

—No —respondió con indiferencia—. Pero es un tipo de vino especial. Tenía que tomar una copa, por lo menos. Si pudiera, me tomaría una caja entera.

Un camarero se me acercó.

—¿Pidió la botella, señorita? —Me mostró la etiqueta del vino, «Nemorino's». William me dirigió una sonrisa torcida.

—¿Puedo quedármela? —le pregunté al camarero. Quería inspeccionar la etiqueta. «¿Nemorino's?». Nunca había oído hablar de él. No sabía que este vino existiera, pero era de lo más delicioso. El camarero asintió y se fue después de preguntarme si necesitaba algo más.



—¿«Poción potenciadora de amor de Nemorino»? —le pregunté a William con curiosidad—. ¿Dónde diablos encontraste este vino?

—Este... —tomó la botella de mis manos— es el vino que bebiste en la casa de campo el verano pasado. Recuerdo que te gustó. Mucho. —Se rio—. Así que le pedí a Alice que contratara a un diseñador para que hiciera esta etiqueta, y luego las pegamos a las botellas. Bueno, Alice lo hizo. Me mataría si oye que me atribuyo el mérito.

—William. —Me impresionó su atención al detalle. Fue un gesto muy considerado—. Gracias. Me encanta. ¿Pero no debería ser Poción de amor de Dulcamara? —bromeé.

—No. Estaba prestando atención a la ópera, ¿sabes? La poción de Dulcamara era un engaño, pero Nemorino fue el que creyó en ella y se la bebió. Además —dijo, inclinándose para susurrar las siguientes palabras—, cuando bebiste este vino, me besaste unas cuantas veces. Así que yo diría que funciona.

La atención de William se dirigió a mis labios y permaneció ahí más tiempo del que podía soportar sin tener un sofoco.

—Eh... —dudé antes de responder. Miré al suelo un segundo y sonreí. Era inevitable recordar aquella noche. Lo perfecta que había sido. Y los besos mencionados.

—Es difícil de olvidar, ¿verdad? —dijo William, sorbiendo su vino mientras disfrutaba leyendo mi mente, como de costumbre.

Hora de tomar otro sorbo, más largo, de vino.

Me aclaré la garganta porque las palabras se me hacían un nudo mientras demoraba la respuesta.

—Bueno, el vino está delicioso y la marca es increíble. Deberías plantearte venderlo de verdad.

—Podríamos ser socios —dijo William con seriedad, con la mirada clavada en la mía—. No bromeo. —Aclaró, probablemente ante mi cara de incredulidad—. Podríamos hacerlo. Se vendería.

—Quizá en otra vida, cuando los dos seamos hombres y podamos ser amigos —me reí. El vino había surtido bastante efecto. Pero él me había dicho algo parecido cuando le pregunté en noviembre si podíamos ser amigos. No creía que ser socios fuera menos complicado.

En aquel entonces pensé que ser amigos era la respuesta, pero ahora me daba cuenta de que lo único que quería era tenerlo cerca de mí. Me aterrorizaba perderlo y, en mi desesperación, estaba dispuesta a tenerlo de cualquier forma disponible, aunque solo fuera como amigo. Incluso aunque fuera la última opción que imaginaba para nosotros.

—Sería gay por ti, créeme —se rio—. Nunca seremos amigos. Ni aunque fuéramos perros o gatos. O espera... tal vez sería un labrador o un *golden retriever*, y esos perros son amigos de todo el mundo, pero con seguridad sería un gato malvado.

—Te das cuenta de que estás siendo super amigable ahora mismo, ¿verdad?

—Claro que sí. Sé exactamente lo que estoy haciendo.

Por supuesto que lo sabía. Y por eso era momento de cambiar de tema... Otra vez. Porque no podía decir lo que pensaba cuando mi corazón me susurraba al oído cosas engañosas.

—Mi padre me contó que le ayudaste a Nathan con la fiesta —le dije—. Gracias. Y veo que tu deuda está saldada. —Señalé la paella con una sonrisa.

—Espera a probar el socarrat —dijo, haciendo rodar a la perfección las erres, como hacía siempre, dando unos pasos hacia atrás.

«¿Adónde vas?».

—Te haré suplicar por más. —«¡William!». Negué con la cabeza sintiendo cómo se me calentaban las mejillas. Lo que me atrapaba cada vez era la forma como decía las cosas, con esa mirada—. Y me aseguraré de guardar unas cuantas —levantó la botella de vino— para que te lleves a casa. Diviértete esta noche, Guille. Nos vemos.

Y sin más, me dejó. Ahí de pie. Sola. Aturdida.

Vací mi copa de vino mientras él se acercaba a su madre y le besaba la mejilla. Luego se acercó a un grupo de chicos. No tenía ni idea de quiénes eran.

—Hola, Bee —dijo Nolan, con mi cámara colgando de su cuello.

—¡Hola! —respondí mientras un camarero caminaba a nuestro lado, ofreciéndonos más vino. De inmediato cambié mi copa. Nolan rechazó el vino—. ¿Se están divirtiendo? —Emily estaba platicando con el resto de nuestros amigos de Parsons a la distancia.

—Emily y Bryce no dejan de hablar de Jordan Schreiber —dijo apartándose el pelo de la frente. Parecía un poco tomado. Supongo que estaba a punto de unirme a él en cualquier momento—. Están obsesionadas con él. Pero cuando dije algo sobre Lily y ese grupito de modelos que están ahí —señaló con un dedo perezoso—, Emily me pellizcó.

Me reí.

—Bueno, Jordan no es mi tipo, pero, míralo, es obvio que les guste, ¿verdad? —Jordan no era el tipo de chico que pasaba desapercibido, sobre todo si te gusta ese aspecto de chico malo recién salido de la cárcel con una fianza de un millón de dólares.

—Sí, ya sé cuál es tu tipo —bromeó Nolan—. Alto, rubio y nórdico.

—¡Nolan!

Se rio.

—¿Estoy mintiendo, Bee? —La pregunta iba muy en serio. Fruncí los labios a un lado, pensando cómo manejar esta conversación.

—Bueno, en Parsons te decimos Nolan el mentiroso, ¿lo sabías? —me reí.

—Ja, ja. Por favor, Bee. Veo cómo lo miras.

Mierda.

—Nolan, no creo que debamos —miré por encima de mis hombros— tener esta conversación ahora mismo. No es el lugar ni el momento.

—Solo intento ayudar. Sé que eres «feliz» con Nathan —dijo, entrecomillando en el aire la palabra *feliz*. Eso me desconcertó—. Mira. —Se pasó la correa sobre la cabeza y encendió la pantalla de la cámara—. Mira esta. Esta. Espera... Esta. —Hizo zoom en mi cara. Estaba mirando a William con una estúpida sonrisa en la cara. Y sí, mis ojos se veían raros. Vidriosos. Brillantes.

—Deberías borrarlas —sugerí—. ¿Por favor?

—No, deberías conservarlas. Me lo agradecerás después.

—No me gustaría que Nathan las viera.

—¿Por qué? —preguntó, colocándose de nuevo la cámara alrededor del cuello.

—Nolan, por favor. —Me reí con una risa nerviosa e incómoda.

—Solo quiero verte feliz, Bee.

—¡Lo soy!

—Más feliz. No, ¿lo más feliz? —Se rio. Sí, estaba bebido y era divertido.

—¿Lo más feliz?

—Lo más feliz que puedas ser.

Eché un vistazo por encima del hombro de Nolan y vi a Nathan riendo, bebiendo y divirtiéndose con Joel y su amigo Aiden del trabajo. Era como si sintiera que lo estaba viendo porque dirigió la mirada hacia mí y me guiñó un ojo con una de sus sonrisas descaradas. Mierda. Lo amaba.

Pero...

—¿Nolan?

—¿Bee? —Hizo una señal a uno de los camareros que pasaban para que se acercara.

—Siento algo por William.

—Mierda —dijo Nolan cuando llegó el camarero—. ¿Nos podrás traer dos *shots* de tequila?

Listo. Lo había dicho.

El mejor comportamiento

EL CAMARERO VOLVIÓ corriendo con una bandeja que contenía dos *shots* de tequila, unos cuantos limones y un platito con sal mientras Nolan y yo nos mirábamos en silencio.

Por eso es difícil decir la verdad. Uno rara vez sabe qué hacer con ella una vez que te mira con fijación, acechando. Esperando.

Nolan intentaba sacármelo, y ahora que por fin lo había conseguido no sabía qué más decir porque, sí, mi situación no podía estar más de la mierda.

Dejé mi copa de vino sobre la bandeja para hacer el cambio.

—Bueno, hagámoslo —dijo Nolan. Me lamí el dorso de la mano donde antes había echado una pizca de sal, me bebí el *shot* y chupé el limón. Me recordó a mi cita de Halloween con Nathan—. Mierda, Bee. Iba a decir a la de tres, pero te echaste un clavado, ¿no?

Siguió mi ejemplo, y yo me habría reído de su comentario, pero estaba ocupada estremeciéndome y haciendo caras mientras el tequila me quemaba la garganta. Nunca me acostumbraría a ese fuego.

El camarero asintió con una sonrisa y se marchó con los vasos vacíos después de que volviera a tomar mi copa de vino.

—Yo que tú no seguiría bebiendo vino —dijo Nolan—. Espera un poco. A ver qué efecto hace el tequila. No hay prisa.

Tal vez tenía razón, pero no quería que el vino se desperdiciara. Menos aún después de que William me explicara con qué intención lo había seleccionado y diseñado la etiqueta. Guardaría la copa y me la bebería más tarde, como dijo Nolan... después de esperar a que pasara el tiempo.

—¿Entonces? —le dije, como diciendo: «Acabo de confesar algo enorme. ¿Tienes algo que decir al respecto?».

—No es que sea información nueva. —Nolan se rio—. Pero diablos, no esperaba que lo admitieras tan rápido. ¿Qué piensas hacer al respecto?

Me encogí de hombros y sacudí la cabeza un par de veces, me mordí la comisura del labio inferior por un segundo.

—No lo sé. Es raro decirlo. He intentado alejar los sentimientos, pero ahora no puedo. Siento como si me partieran por la mitad. Y sí, es tan doloroso como suena.

Dos brazos muy familiares me rodearon la cintura por detrás.

—¿Qué es doloroso, amor? —preguntó Nathan, besándome la mejilla. Sus ojos parecían un poco vidriosos, y era todo sonrisas. «Eso fue doloroso». Verlo tan interesado en nosotros, en mí, sabiendo que no me sentía del todo plena a su lado. Y deseaba poder estarlo. De verdad que lo deseaba, pero, por millonésima vez, ¿cómo?

Mis sentimientos por Nathan no estaban disminuyendo, pero estaban cambiando. Y no sabía lo que eso significaba. Me aterraba tratar de entenderlo. Tal vez estaban ocurriendo demasiadas cosas a la vez, y se me estaba haciendo difícil seguir mi propio ritmo. Pero una cosa sabía: esos sentimientos ya no estaban solos. Otros nuevos habían aparecido de último minuto. Bueno, no estaba segura de qué tan nuevos eran. Pero reconocerlos por fin era algo nuevo. Ni siquiera pensaba que fuera posible sentir tanto. Pero, al parecer, sí lo era.

Nathan se fue a Londres el día del estreno, y cuando volvió al día siguiente yo ya no era la misma. Y que él pensara que sí... Eso también era doloroso.

Con Nathan tenía una increíble sensación de seguridad, respeto mutuo y amor. ¿Qué más podía pedir? Me daba todo lo que cualquier chica podía soñar. Y allí estaba yo, confundida por alguien más de quien ni siquiera estaba segura de que las probabilidades estuvieran a nuestro favor, de si podríamos funcionar. Pero la posibilidad me daba muchísima curiosidad.

William era como el sol. Aparecía todos los días, pero era impredecible y único cada vez. Nunca aburrido. Como una puesta de sol perfecta que no puedes dejar de contemplar con asombro, aunque la hayas visto mil veces... hasta que te absorben las primeras sombras del crepúsculo. Y la luna brilla en lo alto mientras me quedo ahí, deseando más, anhelando que vuelva a salir el sol al amanecer, y también me recuerda a él. Siempre.

Mi sol y mi luna.

Pero Nathan era mis estrellas. Confiable, familiar, estructurado. Infalible. Brillante y reconfortante.

—Me estaba hablando de su muñeca —respondió Nolan por mí. Y se lo agradecí. Estaba tan atrapada en mi cabeza que no había tenido oportunidad de salir de mis pensamientos. De inventar una mentira.

No podía. Nunca pude.

—Oh, claro —respondió Nathan—. Nolan, ¿podrías tomarnos unas fotos?

—Claro. —Nolan tomó la cámara y Nathan me acercó hacia él.

—Gracias —le dije a Nathan—. Por todo esto. Pensé que no quería celebrar, pero me estoy divirtiendo. —Nolan no paraba de tomarnos fotos mientras hablábamos y yo me envolvía en el abrazo de Nathan.

—Solo quiero que seas feliz... siempre. Porque te lo mereces —respondió Nathan—. Te amo.

—Yo también te amo —«¡Y es verdad! Juro que sí». No lo amaba menos. El amor simplemente es. No tiene medida. O amamos o no amamos. ¿Verdad? Todavía estaba tratando de descifrar si existía algo como amar un poco o amar mucho.

Lo que sí sabía era que el corazón tiene una extraña capacidad de expansión, como cuando una madre tiene un segundo hijo. No amaría menos al primero.

«Pero no son tus hijos, Guillermina».

Sabía que no podía vivir así, tan dividida. Pero no podía terminar con Nathan, en especial cuando no sabía qué esperar de William. Y que Zara entrara en la ecuación complicaba aún más las cosas.

Una vez más, yo no era el tipo de persona dispuesta a asumir riesgos de esta magnitud. Un riesgo que William quería que tomara. Por él.

La verdad es que tenía miedo de quedarme sin nada. Tan feo y egoísta como suena.

—Siento lo de la paella —dijo Nathan. «¿Qué?». Él sabía que era mi comida favorita. Nolan se disculpó para darnos privacidad.

—¿Por qué? —Lo miré a los ojos con sonrisa de desconcierto.

—Comimos paella la semana pasada. No pensé que quisieras repetir hoy —me explicó Nathan—. Le dije a William que cocinara lo que quisiera, menos paella. —resopló—. No quisiera arruinar tu plato favorito por comerlo tan a menudo.

Era obvio que él no sabía que William me debía una paella y que había prometido cocinar una para la Pascua de este año, pero entendía la frustración de Nathan. Le pidió una sola cosa y William lo ignoró como siempre.

—No me molesta en absoluto. Te lo juro. Sabes cuánto me gusta.

—Lo sé. Es que es molesto. William insistió en ayudar, en que tenía su agenda libre, y yo necesitaba la ayuda, así que acepté.

—No pasa nada. Todo está perfecto. —Lo besé. Ahí mismo. Con todo lo que tenía. Y seguí dándome con un látigo mental mientras me preguntaba por qué no podía ser suficiente.

—Sabes a tequila —dijo con una risa débil—. No mezcles, amor. Si vas a cambiar de licor, quédate ahí.

—Lo sé, pero estoy bien. Lo juro. —Estaba bien, pero podía sentir que el efecto embriagante del vino y el tequila se acumulaban en mi cabeza. Y no estaba pensando en Caleb, lo cual ya era demasiado conveniente.

—Voy al baño. —Nathan me besó el pelo—. Ese vestido...

—Sacudió la cabeza—. Ahora vuelvo.

Asentí y le sonreí. Nolan estaba de pie a unos metros de mí, mirando las imágenes en la pantalla de la cámara.

—Gracias —le dije.

—Claro, Bee, no hay problema. Seguiré cuidando tu cámara.

—Quería decir... —«Por mentir por mí». Nolan lo captó con rapidez.

—Oh. Sí... bueno. Trata de no torturarte con eso ahora. Disfruta tu cumpleaños. Sabes que podemos hablar de eso en cualquier otro momento. —Apagó la cámara y la dejó colgando de su cuello—. Además, eh... Emily y Bryce quieren saber si está bien pedirle una fotografía a William. Les avergüenza preguntar. Entiendo si...

—No, no. No pasa nada. Se lo diré cuando lo vuelva a ver. Estoy segura de que no le molestará.

—Gracias, Bee. —Nolan se dio la vuelta y volvió a sentarse con mis amigos de la escuela.

Cecile parecía aburrida mientras platicaba con Nina, Sophie y Ren. Y yo no quería verla así. Quería que se divirtiera. CJ seguía hablando con David. Podía verlos cerca de la entrada principal, discutiendo, al parecer.

Cuando volví para animar a Cecile, oí una voz grave detrás de mí:

—¿Billie Murphy?

Me di la vuelta y era Jordan Schreiber.

—¡Oh, hola! Sí, soy Billie.

—Hola, Billie. Soy Jordan —dijo con voz grave. «Sí sé quién eres»—.

Gusto en conocerte. —Estaba guapísimo.

—Encantada. —No podía darle la mano por mi muñeca enyesada, pero vi que la miraba, así que nos quitamos eso de encima rápidamente evitando los apretones de manos.

—Quería presentarme ya que algunos de nosotros nos colamos en tu fiesta. Pero estamos emocionados por ver a la banda tocar.

—¿Ah, te gusta el jazz? —le pregunté.

—Eh, sí. Además, Tobias no deja de hablar de lo genial que eres. Quería conocer a la hermana menor que nunca tuvo. —Se rio. «¡Tob!». Era el más dulce del mundo—. Estás con William, ¿verdad?

—Ah, no. No, yo...

—Mierda, lo siento. Lo supuse, ya sabes, por las fotos del estreno de Tobias hace unas semanas. Los vi juntos y... sí, mejor me callo.

—Volvió a reírse. Intenté reírme con él, pero no fue la risa más genuina del mundo.

—En fin —dijo, mirando su bebida—. ¿Ella es tu amiga? —Jordan señaló la mesa de mis amigos con la barbilla.

—Ah, sí. Las dos. ¿A cuál te refieres? —Necesitaba que especificara cuál amiga. Nina y Cecile estaban en la misma mesa. Y sabía que no estaba preguntando por Sophie, que estaba sentada en el regazo de Ren.

—La francesa guapa con actitud —dijo, dando un sorbo a su whisky y mirando a Cecile—. La oí hablar con la chica rubia cuando pasé, y es tan guapa.

La ceja izquierda de Cecile estaba alzada como dando a entender «no se metan conmigo». Así que entendí lo que Jordan quiso decir con el comentario sobre la actitud de Cecile. Pero sí, se veía clásicamente hermosa como siempre.

—Me dan ganas de preguntarle cuál es su problema y que quizá me regañe por preguntar. —Volvió a soltar una profunda carcajada, esta vez más fuerte. No pude evitar reírme.

—Lo más probable es que te regañe —bromeé—. Se llama Cecile. Te la presento, pero más te vale que te comportes. Y sí, es una advertencia, es una de mis mejores amigas.

No me pareció mala idea presentarlos. Quería que Cecile se divirtiera, y este tipo parecía el indicado para encargarse de eso. Y algo me decía que a Cecile no le molestaría conocerlo.

—Te juro que me comportaré de la mejor manera. —dijo Jordan, levantando la mano—. ¿Y ella?

—Para nada —dije para bromear con él.

—Así me gusta.

—Sígueme, entonces.

Varias introducciones

—¿CECILE? —Se dio la vuelta y miró a Jordan de arriba abajo con su característica ceja alzada —. Él es Jordan Schreiber. Jordan, ella es mi amiga Cecile Dubois. —Cecile se levantó y le dio un beso doble. Jordan parecía no saber qué lo había golpeado. Vacío su whisky y dejó el vaso sobre la mesa con una sonrisa traviesa.

Nina se movió en su asiento. Y aunque Jordan había dejado muy claro su interés, los presenté para ser amable. Se estrecharon la mano, pero Jordan volvió a centrar con rapidez su atención en Cecile.

—¿Puedo sentarme contigo? —le preguntó. Uf. Sus modales de caballero contrastaban de manera interesante con su exterior rudo. Con seguridad Cecile se mantendría ocupada el resto de la noche tratando de descifrarlo. La conocía bien.

Nathan volvió del baño y se reunió conmigo. Nos sentamos con Nina porque no quería dejarla sola después de presentarle a Jordan a Cecile, quien le había estado haciendo compañía. CJ aún no había regresado. Seguía hablando con el doctor Scott. Estaba impaciente por preguntarle a David si era médico.

—Jordan se presentó conmigo y me pidió que le presentara a Cecile —le susurré a Nathan para ponerlo al corriente de lo sucedido mientras él no estaba.

—Tobias va a estar devastado —dijo riendo.

—Mierda. —Me había olvidado por completo de Tobias. Todavía no se había acercado a saludar Cecile, y yo no había hablado mucho con él—. Me va a matar.

—Cómo crees. Podría haber venido a hablar con ella, y no lo ha hecho. No hiciste nada malo, amor.

Esperaba que Nathan tuviera razón.

—Entonces, ¿cómo van las cosas con Juan Pablo? —le preguntó Nathan a Nina—. ¿Vendrá esta noche?

Maldición. No le había dicho a Nathan que habían terminado para siempre. Habían estado cortando y volviendo durante meses. Supongo que había sido difícil para Nathan seguirles el ritmo.

—Es un imbécil mentiroso, holístico, yogui —dijo Nina con un tono seco, pero el lado derecho de su boca se curvó un poco hacia arriba mientras echaba su largo cabello castaño oscuro detrás de sus hombros.

Nathan me miró con los ojos muy abiertos y dio un sorbo a su whisky, tal vez arrepentido de haber preguntado por Juan Pablo.

—Voy cayendo en la cuenta de que no te he platicado lo que pasó, lo que averigüé sobre él. Pero estas últimas semanas... bueno, no parecía un buen momento para hablar de eso.

—¿Qué pasó? ¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí, estoy mucho mejor sin él —dijo, dejando el vaso—. Algunas de sus alumnas del estudio de yoga se pusieron en contacto conmigo. Sabía que se acostaba con cualquiera mientras salíamos, pero siempre tenía una excusa *new age* perfecta. Algo parecido a lo que oíste en tu casa. Solo que no sabía que había tantas mujeres.

—Bastardo —dijo Nathan.

—Espera a oír esto —respondió Nina—. En realidad está casado con una millonaria cincuentona. Lleva años manteniéndolo. Tienen una especie de acuerdo donde ella paga todo, el estudio de yoga, su departamento, comida, ropa, todo, a cambio de, bueno, ya sabes, que la mantenga feliz en la cama cuando ella quiera.

—¿Qué? —dijimos Nathan y yo al mismo tiempo.

—¿Es broma? —le dije.

—Ojalá. —Soltó una carcajada triste, casi irónica—. Fui una idiota por involucrarme con él. No sé. Me dejé llevar por sus palabras. Me tragué todas las mentiras que me dijo. Y es muy triste porque siento que si tiene un don. Lo he visto. Pero desafortunadamente eligió usarlo para manipular a las mujeres. ¡Uf! No quiero juzgarlo, pero está muy jodido.

—Lo siento, Nina. —En cierto modo me sentía identificada. Cuando estaba con Thomas no sabía en realidad quién era. Siempre me ocultó su otra faceta. Eso solo hace que saber la verdad, al final, sea un poco más impactante.

—Pero sí, estoy de acuerdo contigo. Estás mejor sin él, y encontrarás a alguien mejor que él —continué—. No creo que sea muy difícil.

Nathan se levantó y se disculpó por un segundo sin decirme a dónde iba. Nina respiró hondo y suspiró.

—Me enteré hace poco de un montón de cosas sobre Thomas, también —le dije—. Cosas que han sido difíciles de procesar.

—Billie, sé que no hemos hablado de lo que pasó, pero espero que sepas que siempre que necesites hablar con alguien, aquí estaré. Y Caleb... —Nina apartó la mirada y sacudió la cabeza. Sabía que le caía bien. Llegó a conocerlo un poco. Me di cuenta de que le había costado asimilar la noticia. Pero no quería hablar de Caleb. No ahora.

—Está bien. Si te soy sincera, no he tenido ganas de recordar nada de eso, pero hablaremos de ello en otro momento, te lo prometo.

Nathan volvió con Aiden. Lo saludé y Nathan le presentó a Nina.

—Nina, él es Aiden Hall. Trabajamos juntos. Aiden, ella es Nina Lewis. —Ambos se sonrieron mientras se daban la mano—. ¿No tienes hambre, amor? —preguntó Nathan.

—Ay, sí. Me muero de hambre. Vamos. —Le guiñé un ojo a Nina y ella se rio con discreción.

Nathan y yo nos alejamos para que pudieran conocerse en paz. Aiden era un tipo agradable y sano. Lo opuesto a Juan Pablo en todos los sentidos. Era alto, elegante y un caballero, como Nathan.

Nos acercamos a la zona donde se servía la cena. Algunas personas ya estaban comiendo y olía delicioso. Sabía que la paella no era el plato favorito de Nathan, pero no tenía muchas otras opciones.

Nos formamos en la fila, y William apareció de la nada y caminó alrededor de la mesa para hablar con uno de los cocineros que servían la cena. No paraba de señalar la paella mientras el cocinero rascaba la parte inferior de la cazuela de hierro. William tomó el plato y arrojó un trozo de pan sobre él mientras caminaba hacia mí.

Aparté la mirada.

—Pase lo que pase —dijo ofreciéndome el plato. Abrí mucho los ojos y le di a Nathan mi copa de vino para poder agarrar el plato.

Nathan me miró, perplejo, tal vez preguntándose qué significaba eso. Pensaba explicárselo más tarde. Si me preguntaba...

—Will, ¿puedes traerme un plato a mi también? —dijo Zara detrás de mí. Había tres personas delante de nosotros. No iba a ser una larga espera, pero ella quería la atención de William. Él levantó la mano e hizo una señal a uno de los cocineros para que trajera otro plato.

El rostro de Nathan era inexpresivo. No podía leerlo. Zara se paró entre él y William y los abrazó a ambos, apoyando la cabeza en el hombro de William mientras esperábamos su paella.

Al ver aquello casi se me cae el plato. Y estaba segura de que Nathan estaba de acuerdo conmigo. Su actitud inexpresiva empezó a destilar fastidio.

Y le creí a William, para variar, cuando me dijo que no pasaba nada con Zara. Había aprendido por experiencia que William nunca me había mentido sobre nada. Pero sentía que Zara de seguro estaba enamorada de él en secreto. O tal vez no era un secreto y él ya lo sabía.

No parecía que Zara tratara de ocultar su afecto por él, ni siquiera en presencia de Nathan, que había manifestado su desacuerdo con que estuvieran juntos.

Y no la culpaba, sobre todo con lo espléndido que podía ser William. Le había conseguido entrar a Juilliard y le había pagado la colegiatura... ¿Cómo no se iba a hacer una idea equivocada? O a tener una pizca de esperanza, por lo menos.

—Te toca, Nate —dijo Zara, jalándolo del brazo.

—No, no tengo hambre. —En su lugar, dio un trago a su whisky—. Comeré más tarde.

—Aquí tiene, chef —le dijo uno de los cocineros a William, dándole el plato de Zara. Él asintió y se lo pasó a Zara, que tuvo que despegarse de ellos para agarrarlo. Era muy raro oír que llamaran chef a William. En cierto modo me gustaba. Le sentaba bien. También me recordaba los tiempos más sencillos cuando lo conocí y pensaba que se ganaba la vida así.

Pero por alguna extraña razón la cara de William denotaba incomodidad tras el comentario del cocinero.

Miré a mi alrededor y vi a mi padre sentado en una de las salas, junto al bar, con el jefe de Nathan, el señor Chapman. Ambos estaban comiendo y hablando.

—¿Nos sentamos con ellos? —le pregunté a Nathan.

—Claro, vamos —respondió.

—Gracias —le susurré a William, levantando mi plato.

Nathan le hizo una señal a uno de los camareros y, cuando se acercó a nosotros, pidió más whisky. Todavía tenía la copa de vino que Nathan me sostuvo, así que estaba bien.

—Buenas noches, señor Chapman —dije sonriendo. No había tenido oportunidad de saludarlo antes. Había demasiada gente. Me devolvió el saludo y le pregunté si podíamos sentarnos con ellos.

—Por supuesto, nena —contestó mi padre. Nos sentamos frente a ellos y apoyé el plato sobre mi regaño. Comer con la mano izquierda seguía siendo un reto para mí.

Nathan empezó a platicar con ellos y se me escaparon unos cuantos «mmm» involuntarios mientras probaba por primera vez la paella de William. Nathan se volvió para mirarme con un bufido.

—¿Está buena? —preguntó. Asentí y seguí comiendo. Estaba deliciosa, como William había prometido. Cien veces mejor que la que habíamos pedido en el restaurante unos días antes. La paella de William era diferente a la de mi madre, un poco más gourmet, pero las dos eran de diez.

Y sí... El socarrat de William era el mejor que había probado en mi vida, pero tendría que encontrar otra forma de decírselo, claro.

Seguimos comiendo y la conversación se convirtió con rapidez en una reunión de negocios. Nathan y su jefe discutían el caso de un cliente, y mi padre intervenía alegremente. Pero el señor Chapman cambió de tema después de unos minutos de exposición jurídica.

—Sé que te hemos mantenido ocupado en la oficina, Nate, pero intenta relajarte esta noche. Seguiremos hablando del caso el lunes de camino a Londres.

Oh.

No sabía que Nathan viajaría a Londres el lunes. No lo había mencionado. Y por la expresión de su cara, él tampoco lo sabía. Zara seguiría en Nueva York toda la semana, y pensé que Nathan querría estar aquí.

Yo también quería que Nathan estuviera aquí.

—Oh, por supuesto. No sabía que estaba programado este viaje a Londres —le respondió Nathan al señor Chapman—. Estoy seguro de que resolveremos las cosas de camino.

—Bueno, ¿de qué otra manera firmarías los documentos para tu nuevo puesto de socio? Te necesitamos en Londres al menos tres días la semana que viene —respondió el señor Chapman con una sonrisa.

Nathan sacudió la cabeza una vez, rápido, y se lamió los labios. Dejó el vaso sobre la mesa y nos miró a mi padre y a mí como si quisiera asegurarse de que todos habíamos escuchado lo mismo.

—¡Felicidades! —dijo el señor Chapman, poniéndose de pie. Se acercó a Nathan, que se levantó de su asiento y lo abrazó dándole unas palmadas en la espalda—. Tengo que decirte, James, que tienes un futuro yerno brillante. Nunca lo dejaremos escapar. —Se rio. Nathan soltó una carcajada y mi padre coincidió de inmediato con el señor Chapman y se levantó para felicitar a Nathan.

Nathan estaba en estado de shock. Sabía que lo iban a promover, pero no creo que esperara que fuera sino hasta dentro de unos meses. Dejé mi plato en la mesa y me levanté. Estaba a punto de abrazar a Nathan cuando el señor Chapman se dirigió a mí.

—Te alegrará saber que Nathan tendrá una residencia permanente aquí en Nueva York. Con seguridad aún tendrá que ir y venir cuando sea necesario, pero puedes contar con que estará aquí a largo plazo.

Nathan había dicho que cuando fuera nombrado socio los viajes disminuirían, pero por lo que me contaba su jefe no era el caso. Sin embargo, me alegró saber que no le pedirían que volviera a Londres pronto.

¡Aaah! Quería taclear a Nathan para felicitarlo, pero intentaba mantener la calma en presencia de su jefe.

Mi padre parecía muy orgulloso de Nathan. No podía dejar de sonreírle.

Después de soltar la gran noticia, el señor Chapman se disculpó para ir al baño y mi padre fue a servirse una segunda ronda de paella. Por fin, sola, pude saltar de emoción.

—¡Felicidades! —Lo abracé con fuerza—. Estás en shock, ¿verdad?

—¡Gracias! Sí —Se rio—. Sabía que iba a suceder, pero no pensé que pasaría hoy. Supongo que el señor Chapman se la está pasando bien. Fue una gran idea invitarlo.

—Estoy muy orgullosa de ti. —Lo besé en la mejilla—. Te amo.

—Yo también te amo. —Me devolvió el beso y apoyó la mejilla sobre su pecho un segundo.

«¡Dios mío!». Jalé a Nathan del brazo y le susurré:

—Mira.

Jordan y Cecile se estaban besando. Seguían sentados en las sillas donde los había dejado. Solos. Nina y Aiden estaban en el otro extremo, comiendo algo.

Jordan mantenía a Cecile agarrada por el cuello y por la cintura. Ella tenía las manos en el rostro de Jordan.

Tuve que apartar la mirada. Era un beso increíble.

—Te estás sonrojando —dijo Nathan riendo.

—¡No es cierto!

—Claro que sí. —Se inclinó para tomar su whisky—. Puedo besarte así si quieres.

Solté una carcajada nerviosa y tomé mi copa de vino de la mesa.

—Sé que puedes. Siempre lo haces. —Le di un sorbo a mi vino y después Nathan juntó sus labios con los míos. Me rodeó la cintura con el brazo y me atrajo hacia él. Su lengua, que sabía a whisky, rozó lentamente la mía.

—¿Te gusta? —dijo, separándose un momento y mirándome la boca. Me humedecí los labios y asentí. Estaba a punto de besarme de nuevo cuando alguien se aclaró la garganta para llamar nuestra atención.

Si no te importa

—SIENTO INTERRUMPIR —dijo Tobias, muy alterado y algo borracho—. Liam me dijo que le presentaste a Jordan a Cecile. ¿Qué carajos, Billie? Sabes cuánto me gusta.

«¿Quién diablos es Liam?»

—Tranquilo. —Nathan le dio dos golpecitos a Tobias en el hombro—. Tienes que calmarte, amigo. —Levantó una ceja hacia Tobias a modo de advertencia.

—Lo siento, Tob. Yo no... es decir, sé lo que pasó entre ustedes, pero no sabía a qué atenerme, y ni siquiera te habías acercado a ella en toda la noche. ¿Cómo iba a...?

—Estaba esperando el momento adecuado para hacerlo —in-terrumpió—. Sé lo que hago. No iba a lanzarme sobre ella en cuanto llegara. Pero ahora... —Cerró los ojos y respiró hondo—. Ahora Jordan le metió la puta lengua hasta la garganta, y ella... —se interrumpió, se pasó una mano por el pelo y se agarró el cuello.

Nathan le dijo algo en sueco con voz ronca, pero Tobias no respondió. En lugar de eso, frunció el ceño hacia Jordan y Cecile antes de encontrarse de nuevo con mi mirada.

—Ya sabes cuánto me gusta.

—¡Eso me lo dijiste en octubre, Tob! Desde entonces no me has vuelto a hablar de ella. Por lo que sé, podrías estar saliendo con otra persona. Nunca me hablas de estas cosas. ¿Cómo iba a saberlo?

—Nos hemos mantenido en contacto —añadió—. Eres la mejor amiga de Cecile. Seguro que te ha dicho algo.

No lo había hecho, pero no pensé que Tobias me creería. Estaba enojado y quería culpar a alguien.

A mí.

—Jordan se me acercó y me pidió que los presentara, Tob. ¿Qué querías que le dijera? No, no puedes conocerla porque se acostó con Tobias hace seis meses. —Me estaba alterando porque no sabía nada de lo que estaba pasando entre ellos. Nathan me tocó el hombro, tratando de calmarme, pero no funcionaba.

—Más bien hace dos semanas —respondió Tobias con brusquedad.

—¿Qué? —No podía creer que Cecile no me hubiera dicho nada. Y estaba segura de que Sophie tampoco lo sabía, me lo habría dicho si lo supiera. Y sí, Tobias había estado en Europa para promocionar su película justo después de que le dispararan a William. Recuerdo que quería quedarse en Nueva York, pero estaba obligado a ir. Supongo que fue a París y la buscó.

—Deja de actuar como si no lo supieras, Billie. —Se dio la vuelta y se fue, dando un sorbo furioso a su cerveza.

Maldita sea.

—¡Tob! —grité, pero no se dio la vuelta—. ¡Tobias!

—Déjalo, está borracho —dijo Nathan, poniéndose detrás de mí y besándome el hombro—. No hiciste nada malo. Mañana se arrepentirá. Y si no, lo obligaré.

Suspiré. Nunca había discutido con Tobias. Y no me gustó para nada.

—Te juro que Cecile no me ha dicho nada. Por cierto, ¿quién es Liam? —le pregunté a Nathan con tono molesto—. ¿Lo conoces? —Me parecía absurdo que Tobias estuviera enojado conmigo por culpa de un tipo al que ni siquiera conocía.

—Ah, sí. Liam Kelly. Actor. Australiano. Es buen amigo de los Sjöberg. De hecho, estuvo en el Super Bowl con nosotros.

—Mierda —dije, mirando por encima del hombro de Nathan. Tobias se acercó a la mesa de Cecile y Jordan.

—¿Qué pasa? —preguntó Nathan, dándose la vuelta—. Mierda, en efecto.

Tobias se interpuso entre ellos y les dijo algo, pero por obvias razones no pudimos escuchar nada. Estaban demasiado lejos. No dejaba de dar palmaditas en la espalda de Jordan. La falta de preocupación en la cara de Cecile era inspiradora.

«Cuando crezca quiero ser como ella».

No parecía importarle. Al menos eso era lo que dejaba entrever. Pero aun así, guau. Yo me desmayaría si estuviera en su lugar.

Nina y Aiden se sentaron en otra mesa. Sophie se sentó con Ren junto a Cecile, observando sus interacciones con sus grandes ojos de cierva.

«Prefiero no ver».

—Ahora vuelvo. —Besé a Nathan en la mejilla—. Voy al baño

—dije con un acento británico terrible.

—Oh, Dios. —Se rio y me devolvió el beso—. ¿Por qué me excita eso?

—Oliva —dije a unos centímetros de sus labios, de nuevo con el mejor acento que pude imitar—. ¿Te acuerdas?

—Siempre. Ahora vete, por favor, jovencita, antes de que decida seguirte al baño y cerrar la puerta con seguro.

Me reí, pero podía sentir un fuego encendiéndose en mi vientre.

—Me voy a enfriar asegurándome de que Tobias no haga ninguna estupidez —dijo Nathan, alejándose. Me tranquilizó oír que Nathan estaría cerca, por si acaso. No quería que Cecile se viera envuelta en una situación extraña o incómoda.

Mi reloj marcaba las 21:55. Faltaban al menos dos horas para mi cumpleaños. Sabía que la fiesta no terminaría antes de medianoche. Y según Tobias, no me permitiría irme hasta el amanecer, pero eso había sido antes de nuestra discusión. Probablemente no le importaría que me fuera.

En fin.

Vací mi copa, lo que me llevó unos segundos, y la dejé sobre una de las mesas mientras caminaba hacia el baño, sintiéndome un poco agitada después de la discusión con Tobias.

El brazo de Amena apareció de la nada, abriendo la puerta del baño de mujeres antes de que yo pudiera hacerlo.

—Mierda, Amena. Me asustaste.

—Disculpe, señorita Murphy —dijo con una sonrisa que sentí como un cubo de agua helada: un recordatorio sofocante de que ni siquiera podía orinar por mi cuenta. No fuera a ser que me tragara el excusado.

Amena abrió la puerta de madera del baño y echó un vistazo rápido para asegurarse de que no había nadie esperándome adentro para verme hacer mis necesidades, enseguida asintió, como siempre hacía. Luego procedimos a lo de siempre, «yo orino y finjo que Amena no está escuchando».

Salí y me lavé las manos con cuidado. Amena también me ayudó, ya que no quería mojarme el yeso. Eso era lo bueno de tenerla en el baño conmigo esos días.

Un par de chicas entraron cuando me estaba retocando los labios.

—¡Hola! Eres Billie, ¿verdad? Yo soy Lana, y ella es Poppy. Somos amigas de Lily.

Estaba claro que eran amigas de Lily. Ambas tenían toda la pinta de modelos. Esbeltas, piernas largas, cuellos largos, piel impecable.

—¡Hola! Sí, soy Billie. Gusto en conocerlas. —Ambas se acercaron para abrazarme, tomándome desprevenida, lo que hizo que Amena diera un paso adelante. «Tranquila», le dije con la mirada. Por Dios.

—Feliz cumpleaños —dijo Poppy con una dulce sonrisa—. ¿Te la estás pasando bien?

—Sí, gracias. —Le devolví la sonrisa.

—No podemos esperar a que salga la banda —dijo Lana, acomodándose el pelo corto oscuro detrás de la oreja. Al parecer a todo el mundo le gustaba mucho el jazz últimamente. Poppy asintió mientras se miraba en el espejo y se despeinaba los rizos rubios.

Ambas fueron hacia los baños.

—Espero que sigas divirtiéndote, Billie. Saluda a Nathan de mi parte —dijo Lana por encima del hombro con una sonrisa.

Tal vez no le habría dado tanta importancia a su comentario de no haber sido porque Poppy movió la cabeza con desaprobación mientras jalaba a Lana.

—Ah, claro. Nos vemos luego.

¡Aaaj! Ahora mi mente solo pensaba en por qué y cómo se conocían. ¿Por qué no podía ser como Cecile y desechar la mierda de mi alrededor alzando una ceja?

Amena me abrió la puerta, y mientras volvía a la fiesta por el largo pasillo, empezó a sonar *What Difference Does It Make* de The Smiths. Y eso me derrumbó. Estaba segura de que mi padre la había pedido. O quizá Nathan, porque sabían que me gustaba. Pero mis piernas se pararon en seco, negándose a seguir caminando, cuando invadió mi mente el recuerdo de Caleb y yo bailando y cantando esa canción en mi departamento hacía unos meses.

La voz de Caleb cantando con su encantador acento era lo único que podía oír dentro de mi cabeza. Y un aspecto en verdad fastidioso de la muerte del que nadie habla es que, una vez que mueres, ya no puedes volver a escuchar tu música favorita. Y la idea de que él se viera privado de eso —de la vida— me rompió el corazón otra vez.

«Mierda». Apoyé la mano izquierda contra la pared y apoyé la frente en ella. «Que alguien me saque de aquí». Este era el tipo de cosas que merecerían un SOS, y pensar en eso empeoraba las cosas. Sí, aún podía usarlo, pero era la cosa favorita de Caleb, y ahora que se había ido nunca podría ver su cara de emoción después de que mandara un SOS.

Así es como funciona mi mente. Empiezo a tirar de un hilo delgado hasta que un edificio entero se derrumba encima de mí. No había forma de impedir que el tren bala de pensamientos me arrollara.

—Señorita Murphy, ¿está todo bien?

«No».

—Sí. —Respiré hondo y me di la vuelta—. Por favor, pídele a David que venga. Rápido, por favor.

Amena conectó de inmediato su auricular e hizo lo que le pedí. Apoyé la espalda contra la pared y miré al techo. Quizá si miraba hacia arriba mis ojos se tragarían las lágrimas por gravedad.

La silueta de David apareció al fondo del pasillo. Vino hacia nosotros y nos alcanzó en unos cuantos pasos largos y veloces.

—Señorita Murphy —dijo con un movimiento brusco de cabeza.

—Gracias, Amena. ¿Podrías darnos un poco de privacidad, por favor? —le pregunté—. ¿Y podrías cuidar mi bolsa un momento?

—Tomó mi bolsa, se dio la media vuelta y se fue.

Miré a David.

—¿Tienes mis cigarros?

—Sí.

—Llévame a la cocina, y no finjas que no sabes dónde está porque sé que estudiaste toda la distribución de este lugar.

—Sígame —dijo ajustándose las solapas del saco.

David era el agente al que recurría cuando necesitaba discreción. Me compraba cigarros y los llevaba consigo para situaciones como esta. Yo me negaba a llevar mi propia cajetilla, temiendo consumirlos en una sentada. Se suponía que eran solo para emergencias.

Caminamos en la dirección contraria a la fiesta por el mismo largo pasillo y giramos a la izquierda. Tras unos pasos, apareció una puerta doble y blanca en el extremo opuesto. La cocina.

—Señorita Murphy —dijo David antes de que entrara—. Necesito saber qué está tramando.

—Siempre hay una puerta trasera en las cocinas. Necesito respirar. Y no puedo salir por la puerta principal. Necesito fumar para despejarme.

—De acuerdo. Vamos.

Entramos y evité el contacto visual con cualquier miembro del personal de cocina mientras David guiaba el camino. Pensé que si fingía seguridad en mi misma nadie me haría preguntas ni me pediría que me retirara.

Atravesamos la enorme cocina sin problemas y encontramos la puerta trasera abierta. Un par de cocineros estaban fumando afuera, los saludé y me devolvieron el saludo, retomando rápido su conversación.

David metió la mano en el bolsillo interior del saco y sacó la cajetilla de cigarros y un encendedor. Me ofreció un cigarro mentolado y me lo llevé a los labios. Me lo encendió porque mi mano temblaba un poco.

—Lo siento —dije, dando una fumada larga y lenta—. Necesitaba respirar un segundo. —Expulsé el humo, me apoyé en la pared y crucé el brazo izquierdo sobre mi abdomen, sosteniendo el cigarro entre los dedos de mi mano derecha. Era una de las pocas cosas que podía hacer sin que me estorbara el yeso. Sostener un maldito cigarro.

—¿Quieres hablar? —me preguntó. Sabía cuál era mi problema. No hacía falta ser demasiado listo para darse cuenta, pero David era astuto y me conocía mejor de lo que me imaginaba. Con seguridad sabía que se trataba de Caleb.

—No hay mucho que decir. Solo que lo extraño. —Sacudí la cabeza despacio y me quedé mirando a la nada—. Demasiado. No sé si alguna vez dejará de dolerme. Bueno, sí lo sé. Y la respuesta es no. —Solté una risa corta e irónica.

La muerte de mi madre era prueba suficiente para saberlo. El dolor siempre estaría ahí. Sin embargo, el dolor cambia con el tiempo. Le gusta jugar. A veces se esconde. A veces acecha detrás de ti. Y a veces se pone delante de ti y exige atención como un niño haciendo un berrinche sin razón aparente.

Pero siempre hay una razón.

Y más vale que la descubras o que esperes que pase porque nunca se irá de tu lado.

Sabía hacia dónde me dirigía con la muerte de Caleb. Pero necesitaba tiempo. Y al tiempo normalmente le gusta que lo dejen en paz. Al menos en eso somos parecidos, pero no somos amigos. Se burlaba de mí casi siempre, sobre todo por la noche.

David no respondía. Por eso me gustaba. Siempre iba un paso por delante, observando, leyendo el espacio y a todos los que estaban en él.

—¿Así que eres médico? —Parecía el momento perfecto para preguntarle. Necesitaba salir de mi cabeza. Como si fuera posible.

Resopló.

—Sí, así es. Me alisté en la Infantería de Marina cuando tenía diecisiete años. Después de un par de años allí, decidí estudiar medicina en el ejército, que fue la razón principal por la que me alisté en primer lugar. Y lo conseguí.

—¿Tienes alguna especialidad?

—Soy oficial médico general. Pensé en hacer una especialidad, pero una cosa llevó a la otra y acabé aquí. Y ahora mismo no podría ser más feliz.

—¿Pero por qué te saliste? ¿No era lo que esperabas o...?

—El ejército es duro para un tipo como yo. Negro. Gay. Tuve suerte de terminar la carrera de medicina —dijo, con la mandíbula tensa. Cerró los párpados—. Sí.

Fruncí el ceño.

Debía de haber una historia, y no la conocía, pero me hacía enojar de cualquier modo porque la expresión de la cara de David me decía que no era agradable. Y por mucho que me hubiera gustado escucharla, no era ni el momento ni el lugar.

—Sabes que el padre de CJ es un reputado cirujano pediátrico, ¿verdad? El famoso doctor Jewel —dije, haciendo un arcoíris invisible con las manos—. Mi papá me dijo que ha salvado muchas vidas. Incluyendo el hijo de un expresidente de Estados Unidos cuando tenía nueve años. Pero no quiso decirme quién.

—Sí. Lo sé. —Se rio en voz baja—. Una de mis primeras opciones de especialidad fue pediatría, de hecho, pero me sugirieron que no estaría bien que un gay tratara a niños —dijo con un bufido. Es la cosa más estúpida que he oído—. Tengo dos sobrinas y cuatro sobrinos. Soy bueno con los niños. Me adoran.

Se me dibujó una sonrisa en la cara, y pude sentir cómo entrecerraba los ojos por la calidez con la que lo dijo. Le creí. David era un tipo noble y digno de confianza. Y nunca lo había visto interactuar con niños, pero si él decía que era bueno con los niños, entonces era bueno con los niños. Punto.

—De todos modos, ahora mismo, estoy bien. Nunca he estado más en paz —añadió.

—¿Y CJ? ¿Te está volviendo loco o qué? —me reí entre dientes.

David me miró de reojo un segundo y apartó la mirada. Se frotó la cara con ambas manos.

—Sí, así es.

—¿Una locura buena? ¿O mala? —Dejé caer el cigarro y lo aplasté con la suela del zapato. Después lo recogí y lo tiré en un contenedor de basura que había a unos pasos de donde estábamos.

—Un poco de las dos cosas, me imagino, pero metí la pata hace unos días. Por eso está actuando así. Coqueteando con los camareros, etcétera.

La especialidad de CJ. No podía evitarlo. Lo hacía en automático. Desde el primer día que lo conocí había tenido la misión de coquetear con todos y cada uno de los camareros que se cruzaban en su camino. Pero no iba a decirle eso a David.

—Le gustas de verdad —le dije mejor. Era la verdad—. Le gustaste desde el primer día. ¿Recuerdas tu primer día conmigo? Los conocí a los dos el mismo día, en realidad. Y cuando te vio afuera del restaurante... de inmediato se sintió atraído por ti.

David se rio.

—Sí, bueno, babeó por Caleb durante semanas.

—Eso no cuenta —respondí con una sonrisa—. Todo el mundo babeaba por Caleb. Yo también. Durante años. Las chicas de la escuela se desmayaban cuando él pasaba. Era una leyenda. —Esbocé una sonrisa tonta que rápido se me borró de la cara.

Una mano invisible me acuchilló la tripa como si fuera mantequilla. La sensación de ardor se instaló ahí y no pensaba marcharse. Me llevé las manos al estómago casi por reflejo, como si intentara detener de algún modo el dolor. Pero, de nuevo, era algo invisible. No podía hacer nada para defenderme.

Me vino a la mente el día que conocí a Caleb. Tenía veintidós años y una belleza fuera de este mundo, diferente a la de cualquiera que hubiera visto antes. Fue el primer chico que me hizo sentir mariposas. Y había sido tan tierno cuando nos conocimos. Hablaba y se movía a mi alrededor como si temiera que me rompiera. Y sí, yo era muy frágil entonces.

Por dentro y por fuera.

Pero me he endurecido desde entonces. Aunque me temo que no lo suficiente; sigo trabajando en ello. Mi nuevo objetivo era estar en el nivel de Cecile en la escala de «Endurecerse de una puta vez».

David me tendió la mano y me ofreció una servilleta; entonces me di cuenta de que estaba llorando. Ni siquiera me di cuenta de que se había apartado de mi lado para buscarla.

Le pedí otro cigarro mientras me daba suaves palmaditas en la cara para secármela, pero las lágrimas no paraban. Así que tiré la servilleta a la basura y las dejé ser.

«Un cigarro más», me dije, y luego volvería.

David volvió a encendérmelo, y le di una larga y perezosa calada.

Después de decidir dejar de luchar contra las lágrimas, cerré los ojos y aspiré el humo hacia arriba.

Una voz baja y ronca que habría reconocido incluso después de una lobotomía entró en escena y dijo:

—David, si no te importa, yo me encargo.

CAPÍTULO 18

Anda

MI CUERPO SE TENSÓ al sentir detrás de mí la imponente presencia de William. Me sequé las lágrimas con rapidez, insegura de querer darme la vuelta, pero tenía que hacerlo en algún momento, aunque fuera para escapar de él. Y William no se iba a ir a ningún lado ni me iba a permitir escaparme. Eso lo sabía.

Haberle confesado a Nolan mis sentimientos por William me hizo entrar en pánico. Casi temía que fuera capaz de notarlo en mi rostro si le permitía verme. Ahora más que nunca tenía que ocultárselos, porque aún no sabía qué haría con ellos. Ni siquiera quería pensar en eso. Menos cuando estaba tan cerca de mí.

Tal vez estuvo mal de mi parte confesarle mis sentimientos a Nolan, porque al poner mis pensamientos en palabras les había dado vida. Los hice reales. Oficiales. Y mi miedo era que conspiraran y se volvieran en mi contra o me engañaran de alguna manera.

—¿Podrías pedirle a alguien que le diga a Nathan que estoy bien? —le pregunté a David—. ¿Que volveré en unos minutos?

—Unos minutos —se burló William. Tenía toda la razón. Con William nunca podían ser solo unos minutos, pero al menos planeaba que la conversación fuera lo más breve posible.

«No estamos ni cerca de haber terminado esta conversación»; me lo había dicho en el hospital después de decir que no se detendría más. No sabía cuándo esperar que me echara más verdades a la cara, pero lo hacía cada vez que podía. Y estaba segura de que ahora no sería la excepción.

—Sí, señorita Murphy —respondió David—. Estaré justo afuera de la cocina. —David nos dejó, haciendo clic en su auricular. Los cocineros que fumaban a nuestro lado también se habían ido. Estábamos los dos solos en aquella noche fresca.

—Oye —dijo, caminando a mi alrededor, arrancando el cigarro de mis dedos y tirándolo lejos, luciendo impecable de pies a cabeza—. Tienes que dejar esta porquería.

«Lo sé».

—Y tienes que volver a la fiesta.

«Lo sé».

—Ahora mismo —dijo con tono serio y sexy, y de nuevo... arruinando un poco el estado miserable en el que me encontraba.

Mis manos se sentían vacías. No tenía un cigarro o una copa de vino a los que aferrarme como una frazada de seguridad. Tendría que usar palabras para llenar el silencio. Es fácil ponerse un cigarro en los labios o beber un sorbo de vino en lugar de responder a la pregunta de alguien. Esas dos simples acciones son respuestas por sí solas.

Pero de nuevo no tenía otra opción que las palabras para afrontar este intercambio con William.

—Aún no estoy lista para volver.

—¿Qué pasa? —preguntó, dando un paso adelante—. Lloraste.

Una afirmación.

Me llevé las manos a la cara porque dijo «lloraste», y al parecer esa había sido la señal de mis ojos para tratar de amortiguar el dolor derramando lágrimas. Y sí, así es como funciona, químicamente hablando.

Lo siguiente que supe fue que William me estrechaba contra su cuerpo y me rodeaba los hombros con sus brazos. El abrazo me resultaba demasiado familiar y reconfortante como para apartarme de él.

Mi mano izquierda y mi frente se acercaron a su pecho, donde, como siempre, me entregué a él. A su cálido consuelo.

—Por eso no quería salir esta noche —le dije, sintiendo cómo su pecho se elevaba con cada respiración. No quería ser débil, pero tampoco sabía ser fuerte. Al menos no todo el tiempo. Era agotador.

Estaba cansada de sentirme como si fuera una cosa frágil a la que había que tratar con delicadeza. Por eso era más fácil quedarme en casa. No me importaba sentirme patética en la comodidad de mi cama, pero exponerme así y parecer vulnerable... no podía soportarlo. Empecé a sentirme como un disco rayado.

—¿Caleb? —preguntó William. Asentí mientras respiraba despacio, con el latido de su corazón contra mi cara.

Las manos de William viajaron por mi cintura, inmovilizándome después de que intenté apartarme de él. Levanté la vista para encontrarme con su mirada, y la abrumadora atención fijada en mí.

—Tienes que dejarme ir —dije en un suspiro. Sabía que no podía luchar contra él ni apartarlo, porque no quería. Y necesitaba que se encontrara conmigo a mitad de camino—. Por favor.

—Te juro que lo haré si tu cuerpo no me suplicara que lo abrace.

Dejé que mi frente reposara contra él de nuevo y dije:

—Necesito desahogarme ahora mismo, y no puedo si tú...

Las manos de William soltaron mi cintura, callándome. Su cálido cuerpo estaba pegado al mío. «Es la mitad del camino». Todo lo que tenía que hacer ahora era dar un paso atrás. Así lo hice, ignorando el quejido de mi cuerpo.

Y no había fingido que el tiempo se había detenido, porque no era así. Me demoraba porque anhelaba su cercanía, igual que él la mía.

Me froté el brazo derecho para compensar el repentino cambio de temperatura. William se dio cuenta, pero no llevaba saco. Sabía que, de ser así, ya me lo habría puesto sobre los hombros. Parecía molesto por no poder ayudarme con eso.

Aparté la mirada y sacudí la cabeza dos veces, rápido, intentando sacudir las distracciones. Necesitaba sacar mis pensamientos y sentimientos sobre Caleb de inmediato para regresar a la fiesta.

—No sé cómo podré recuperarme de esto. Nadie me conocía como Caleb, nadie se preocupaba por mí como él. Y a veces me pregunto... —No quería comparar ni darle a William una idea equivocada. Tenía a Nathan, me quería y me hacía feliz. Pero mi relación con Caleb era única. Incondicional. Eterna. Y la perdí.

—¿Qué te preguntas? ¿Si alguien te conocerá más, se preocupará más por ti... te amará más que él? —preguntó William, pero yo sabía que era retórico. Y no me dio espacio para responder porque continuó—. Ese no es tu caso. O si lo es, ¿por qué sigues con Nathan? ¿Acaso él no...?

—Yo no dije eso. —Lo paré en seco. Ese era mi miedo, que él pensara que estaba insinuando que tenía algo que ver con Nathan cuando no era así—. Pero si quieres hablar de ello, no tengo ningún problema en desentrañar este lío de sentimientos. Podría intentar explicártelo —le ofrecí.

Su silencio, seguido de un suave encogimiento de hombros y un movimiento de la cabeza, indicaba que quería que continuara. Sería incómodo, pero no podía permitirme mezclar las cosas y confundirlo.

—Nathan es mi novio, y me ama, y es genial, sí. Pero es mi novio. Y Caleb me ofreció una amistad incondicional, un sentimiento de protección que iba más allá de todo lo que he conocido. Curiosamente, complementando mi relación con Nathan.

William me observaba en silencio. Su rostro era indescifrable.

—¡Ah! Es difícil entender este sentimiento y aún más difícil explicarlo —dije, esperando no estar jodiendo las cosas—. Siento que hay un vacío dentro de mi pecho que Nathan, como mi novio, no puede llenar porque le pertenecía a Caleb. Y tengo miedo de ver qué pasa si ese vacío se queda así. Así que quiero reconocerlo porque sé lo que se siente cuando no lo haces. Solo se hace más grande, más doloroso. Y a veces uno intenta llenarlo con las cosas equivocadas. ¿Tiene sentido lo que digo?

—Sí —dijo al instante—. Sé que tu relación con Caleb era especial. Y lo conocías desde hace mucho tiempo. Pero con el tiempo llenarás ese vacío con nuevos sentimientos, y no pasa nada si lo haces. No lo estarás reemplazando.

—Ese es el punto. Nathan me da lo que al final no pude hacer que pasara con Caleb, y Caleb y yo habíamos llegado por fin al punto perfecto de nuestra amistad. Un tipo de amistad que necesito. Y temo que no volveré a encontrar.

—Piensas eso porque no me has permitido ser eso para ti. Puedo ser ambas cosas —dijo con resolución. Me quedé mirándolo unos segundos, asimilando sus palabras.

—William, has dicho en repetidas ocasiones que no te interesa ser mi amigo.

—Solo un amigo. Eso es diferente. No me interesa ser solo tu amigo. Y sé que siempre amarás a Caleb y apreciarás lo que tuvieron, pero puedo darte mucho más que eso. Nunca lo he hecho antes, pero sé que quiero hacerlo. Sé que puedo.

Separé los labios para hablar, pero solté un suspiro cuando mi mente no encontró ninguna palabra adecuada para responder. Aún lo estaba procesando.

—Y tú... —Se lamió el labio inferior, sonrió con un dejo de exasperación y sacudió la cabeza varias veces, como si en el último momento cambiara de opinión sobre lo que iba a decir—. Siempre amarás a Caleb. Eso nunca cambiará. Pero con el tiempo tu corazón sanará. Es demasiado pronto, y está bien que te sientas así. Y por alguna razón crees que si eres vulnerable significa que eres débil, pero te equivocas.

Tal vez. Sobre eso y muchas otras cosas, porque no tenía ni idea de todo lo que William podía significar para mí. De lo que me estaba ofreciendo. Solo podía imaginármelo, por mucho que intentara constantemente no hacerlo, pero aun así eran solo ilusiones.

—¿Y qué pasa con Zara? Sé que no me corresponde preguntar, pero te juro que veo algo en sus ojos cuando te mira.

William apartó la mirada un segundo.

—Sé que es la peor respuesta del mundo, pero no es lo que tú crees —dijo, con las cejas juntas; su tono sugería que el tema podía estar fuera de los límites de la conversación.

—No puedo evitar preguntarme si eres demasiado ingenuo para darte cuenta de que ella podría... —«Estar enamorada de ti». Ni siquiera pude terminar la frase.

—¿Podrías vivir sabiendo que quizá no pueda explicarte mi relación con ella durante un tiempo? ¿Y que ella siempre estará cerca?

«No».

«No lo sé».

«Podría intentarlo».

Tal vez ella era para William lo que Caleb era para mí. Pero con William siempre me clavaba las garras un sentimiento crudo, primario y territorial. Si algo pasara entre nosotros no querría compartirlo así con nadie. Y hablar de ese «si» no era algo que pudiera discutir con él.

—No hace falta que me expliques nada —dije, retrocediendo. No debía haber sacado el tema. Solo complicaría más las cosas. No podía demostrarle a William lo mucho que me importaba.

—Pero aun así desearías que te lo explicara, ¿verdad?

—No, yo...

—Estás celosa. Lo entiendo. Créeme. Pero es mejor que no entremos en eso. Podríamos estar aquí toda la noche.

De acuerdo.

—No estoy celosa. Tengo... curiosidad.

Se rio y se cruzó de brazos, detectando la mentira.

«Sí, ¡key! Estoy celosa. Estoy tan desgarradoramente celosa que me dan ganas de morirme dos veces».

—Tienes suerte de que no tenga nada a la mano para lanzarte —le dije.

—Quédate donde estás —dijo, aún desconcentrado por la risa. Entró corriendo a la cocina y salió con una copa de vino. Me la ofreció y la tomé sin pensarlo dos veces—. Bebe, porque esta porquería de Nemorino's no está funcionando. Temo que te hayas vuelto inmune. —Sonrió, pasándose una mano por el suave pelo dorado.

Oh, pero estaba funcionando. Y yo no era inmune. Nunca.

La cabeza me daba vueltas, pero bebí un sorbo de vino.

—Tobias me odia, por cierto.

—Tobias te adora —dijo con una sonrisa leve pero amable—. ¿Qué pasó? —William dejó que su cuerpo descansara contra la pared y un pie cruzado delante del otro. Sus manos se deslizaron dentro de los bolsillos de sus pantalones confeccionados a la perfección.

Me encantaba la facilidad con la que podíamos interrumpir aquellas pesadas conversaciones y pasar a algo tan poco relacionado pero útil para equilibrar la complejidad.

—Le presenté a Jordan a Cecile y empezaron a besarse. Tobias los estaba viendo. Y ahora quiere quemarme viva.

—Mierda. —Se rio.

—No es gracioso, William. No sabía que Tobias y Cecile estaban, ya sabes, en contacto.

—¿Cogiendo?

—¡William!

—Qué interesante. —La comisura derecha de su boca se curvó un poco.

—¿Qué es interesante? —Le di un sorbo al vino y miré hacia otro lado. Y por eso es bueno tener algo que usar como distracción.

—Que tus mejillas reaccionen cuando digo «coger» en ese contexto —dijo, fijando su mirada en la mía.

—Es el vino. —Estaba atrapada, inmovilizada. Nunca tuve una oportunidad contra el hipnotizante azul mar de sus ojos.

—¿Entonces el Nemorino's sí funciona?

«Obviamente».

—¡No me estás ayudando a resolver esto!

—De acuerdo. —Sonrió—. Entonces Tobias te odia porque está borracho, caliente y celoso, que parece ser el tema de la noche, pero volverá a quererte mañana cuando esté sobrio —dijo—. ¿Eso te soluciona las cosas?

—Supongo.

William apartó la mirada y sonrió.

—Tenías que presentarle a Jordan a Cecile, entre todas las personas.

—¿Qué tiene de malo Jordan?

—Nada. Ese es el punto. Jordan es un gran tipo. Me cae bien. A todos nos cae bien —admitió.

—Sí, seguro lo es. —Me reí entre dientes.

—¿Te parece atractivo? —Williamladeó la cabeza con curiosidad.

—Bueno, no sé. Supongo que es guapo.

William se rio más fuerte esta vez.

—Tengo curiosidad por saber si un tipo como Jordan te llama la atención. —Jordan y William eran como el agua y el aceite. Diferentes en todos los sentidos, físicamente hablando.

—Él debe llamar la atención de cualquier chica, ¿no es eso lo que quieres decir? Pero digamos que si fuera Cecile, tal vez me inclinaría más por Tobias. —Con suerte, eso le aclararía las cosas.

—Si sabes quién es, ¿verdad? —preguntó, de seguro pensando que no sabía a qué se dedicaba.

—Claro que lo sé. Vi la película que protagonizó con Joel hace unos meses. —Volví a dar un sorbo a mi vino. Jordan había participado en algunas escenas candentes. Cecile estaba en buenas manos si quería seguir esa línea de acción. A mí me pareció que sí.

—¡Ah! Así que estás familiarizada con las nalgas de Jordan.

Así era.

—¿No usan dobles de nalgas y esas cosas? —Reí nerviosa.

—Algunos no los necesitamos.

—Entonces, ¿tus nalgas están por ahí para que todo el mundo las vea?

—Sí. ¿Te molesta?

—¿Por qué habría de molestarme? Son tus nalgas. Puedes hacer lo que quieras con ellas. —Me parecía horrible que alguien pudiera verlo desnudo. Solo había visto su trasero perfecto en el hospital, y sí, no necesitaba un doble.

Qué molesto.

Pero no debería ser una preocupación mía, no era asunto mío.

—¿Puedo? ¿Hacer lo que quiera con mis nalgas? —Volvió a inclinar la cabeza y me dirigió una sonrisa burlona, de esas que me ponían nerviosa. Todavía me afectaba, pero ahora era diferente.

—Tus nalgas, tu decisión —dije riendo, tardando unos segundos más de lo debido en contestar.

—Aunque me gusta que me digas lo que puedo o no puedo hacer. —Se enderezó, mostrando la poderosa longitud de su cuerpo.

—¿Cómo hemos acabado hablando de nalgas? —pregunté, incapaz de contener una sonrisa.

—Necesitaba sacarte de tu cabeza. Para cambiar de vibra —dijo, dando un paso adelante—. Para que volvieras adentro.

Oí un zumbido y William sacó el teléfono del bolsillo.

—¡Tramposo! —dije mientras tomaba la llamada con una sonrisa. Los teléfonos no estaban permitidos en la fiesta, pero, de nuevo, ¿cuándo seguía William las reglas?

«Hola... Lo sé —dijo, barriéndome con la mirada—. Gracias, sí ... Estaremos ahí en un minuto... No un minuto literal, no... ¿Qué tal si te llamo de nuevo y que esa sea tu señal?... Gracias de nuevo».

William terminó la llamada.

—Tengo beneficios de organizador. —Metió el teléfono de nuevo en su bolsillo.

—Tengo miedo de volver a entrar. ¿Qué estás tramando? —dije, con una sensación cálida y relajante por mis venas.

Estaba oficialmente operando en modo presente, sin pensar en Caleb ni preocuparme por cosas que nunca llegan a suceder. Este era el objetivo final de la noche, y lo había conseguido. Gracias a William.

—Estoy lista —le dije.

—Eso dices ahora. —Soltó una divertida carcajada malvada y me condujo de vuelta a la cocina—. Espera —dijo antes de que entráramos—. Mira hacia arriba.

—La luna. Pero no puedo decir de qué tipo. ¿Es...?

—Cuarto menguante. —William se mordió el labio inferior con una sonrisa y volvió a llevarme hacia adentro.

—Mierda —dije, mirando mi reloj mientras caminábamos por la cocina—. Llevo una hora aquí afuera.

—A eso me refiero —dijo, apresurándose—. Tenemos tres minutos antes de las once, tenemos que volver.

—Espera. —Podía sentir los músculos de sus brazos tensándose, así que lo solté.

Me miró y sus ojos se abrieron por un segundo.

—¿Sí?

—¿Dónde está la botella de vino de la que me serviste?

Resopló.

—Creo que ya has bebido suficiente.

Tal vez. Pero quería mantenerme en ese punto: en el eterno presente. Temía que si dejaba de beber esa sensación se desvanecería.

¿Pero ves cómo a veces estás parado frente a esa delgada y borrosa línea, y sabes que si tomas una gota más de alcohol la cruzarás, y se acabó el juego?

Bueno, no lo hice.

—Servirás más vino en mi copa —le dije, haciéndole un gesto Jedi con la mano.

—No. —Su negativa parecía un muro de ladrillo.

—¿Estoy baja en mi recuento de Midiclorianos?

—Nunca. —Se rio—. Solo aceptaría servirte más vino si yo fuera el encargado de cuidarte.

—Siempre me cuidas. —«¡Dios! Que alguien me calle».

—En eso podemos estar de acuerdo —dijo, caminando hacia el personal de cocina. William pidió dos vasos tequileros y una botella de vino y colocó todo en la mesa de acero inoxidable que teníamos enfrente—. Pero ¿qué tal si tomamos un *shot* de vino y ya dejás de tomar por esta noche?

—¿Un *shot* de vino?

—No te voy a dar ningún licor después de todo el vino que ya ingeriste. Además te vi tomando un *shot* de tequila antes con Nolan. No sé cómo sigues en pie.

Sinceramente, yo tampoco lo sabía. Pero estaba llegando a mi límite. Y no me había dado cuenta de que William me observaba mientras hablaba con Nolan. Sobre él.

—Ah, ya. Que no debo mezclar licores, ¿verdad? —dije, agitando una mano hacia la nada—. Pero tú no deberías beber.

Levantó una ceja.

—Tú tampoco. Así que —dijo, sirviendo el vino en los vasos— o te bebes esto conmigo, o te vas de aquí con las manos vacías.

—Podría pedir otra copa de vino allá adentro, y lo sabes.

—Podrías. Pero una vez que pongas un pie en esa fiesta, el vino va a ser lo último en lo que vas a pensar. Así que última oportunidad. Sí o no.

«¿Qué demonios significa eso?». No tenía tiempo ni mente para averiguarlo.

—Sírvelo.

William esbozó una molesta sonrisa triunfal y sirvió los *shots*.

—Aquí tienes.

Tomé mi *shot*.

—Gracias por... ya sabes.

—No lo sé. Sé específica. —Sostenía su vaso delante de mí.

—Por animarme. Por ayudar a organizar la fiesta. Por la paella y el vino Nemorino's, por todo.

—Bueno, estaba aburrido y tenía la agenda despejada —se burló. Me lanzó una sonrisa que casi me hizo tropezar, pero le devolví una sonrisa estúpida y me aclaré la garganta—. Hablaremos de la paella en otro momento, porque tenemos que volver, pero dime cuánto te gustó.

—Es la mejor que he probado. El socarrat me tenía rogando por más —dije riéndome para burlarme de él, recordando que me había prometido que esa sería mi reacción después de probarla.

—Ja, ja —respondió.

—¡Es verdad!

—Concéntrate. ¿Un brindis? —sugirió, acercando su *shot* al mío.

—Creía que teníamos prisa.

—Sí, así que será mejor que pienses en algo rápido. —Levantó las cejas e inclinó la barbilla hacia mi vaso.

Lo acerqué al suyo.

—Que nuestras peores noches sean como esta.

—Maldita sea, Guille. —William sacudió lentamente la cabeza con una de sus sonrisitas perversas y chocó su vaso contra el mío—. *Skål*.

—*Skål*.

Vaciamos nuestros *shots* y el teléfono de William volvió a zumbiar. Se quedó mirando la pantalla.

—Mierda. Tenemos que movernos —dijo, guardándose el teléfono en el bolsillo. Me tomó de la mano y me sacó de la cocina. ¡Ey!

David estaba afuera, tal como había dicho, y nos siguió mientras volvíamos por el pasillo. Me costaba seguir las zancadas largas y rápidas de William, pero ya casi habíamos llegado, abriéndonos paso por el largo corredor que conducía al baño.

La música del DJ dejó de sonar en seco y se apagaron las luces. Todo el mundo vitoreó, gritó y silbó.

—¿Puedes correr? —preguntó William sin mirar atrás, arrastrándome tras él.

—¡Ya estoy corriendo! —Era la única forma que tenía de seguirle el ritmo—. ¡Y tú no deberías correr!

Pude oír una guitarra eléctrica, y diez segundos después se unió la batería, y compusieron una canción que reconocí al instante.

—¡William! —Aumenté el ritmo todo lo que pude.

Por fin llegamos al salón de fiestas, y William se detuvo, me soltó la mano y se volvió para mirarme. Era Dave Matthews Band tocando «*Bartender*». Gritamos las tres primeras palabras de la canción al mismo tiempo: «¡IF I GO!».

—¿Esta es la banda de jazz? —Estaba jadeando.

—Me temo que sí. —Se rio. Eso explicaba el entusiasmo de todos por «la banda de jazz». Ya hacía sentido.

—Tu primer concierto. —Su boca esbozó una sonrisa.

—Lo es —respondí, sin importarme que quisiera palomear otra primera vez. William no dejaba de sorprenderme. Y no podía creer lo que estaba pasando.

Todo el mundo se arremolinó frente al escenario. Nathan me vio y caminó hacia mí. Me giré para mirar a William y se me encogió el estómago.

—William, tengo que...

—Anda.

CAPÍTULO 19

Primer concierto

WILLIAM SE ALEJÓ hacia la multitud, con las cejas fruncidas. Y yo me quedé ahí con un nudo en el estómago.

—¿Estás bien, amor? Estuviste desaparecida un rato. —Miró a William por encima de mi hombro—. ¿Dónde estabas? —preguntó Nathan con cierto tono, pero sus ojos parecían raros. ¿Estaría borracho? Creo que era la primera vez que lo veía así.

Y la carrerita de regreso desde la cocina había hecho que la cabeza me diera muchas vueltas. Así que supongo que los dos estábamos entonados, como le gustaba decir a Nathan.

—Estaba fumando. Con David. William vino a buscarme para traerme de vuelta para el concierto.

—Amena me dijo que necesitabas un poco de espacio —dijo, acomodándose un mechón detrás de la oreja con una mano lenta—. ¿Qué pasa? No, espera... Vamos. Luego hablamos. Te vas a perder el concierto.

Entrelazó sus dedos con los míos y me llevó hacia la multitud, donde las caras de mis amigos empezaron a aparecer por todas partes. Una vez que nos pusimos delante y en medio, Nathan me rodeó la cintura con sus brazos por detrás, con nuestras manos aún juntas.

Nathan me abrazó así durante el resto de la canción mientras yo cantaba «*Bartender*» a todo pulmón. Me encantaba esa canción.

Cecile se puso a mi lado cuando terminó la canción.

—¡Hola! —Nos abrazamos.

—¿Estás bien? —me preguntó en francés.

—Ya mejor, gracias —respondí también en francés—. Me has estado ocultando algo.

Levantó una ceja y Jordan apareció detrás de ella con bebidas mientras la banda tocaba «#41». Levanté los brazos y lancé un sonoro «¡wuu!» como muchos otros en la multitud. Cecile se rio y Nathan me besó la mejilla.

La música no era precisamente del gusto de Cecile, pero parecía divertirse con Jordan, que también le besó la mejilla mientras le entregaba una copa de vino.

Esto me recordó que Tobias estaba furioso conmigo. Con justa razón. Jordan no parecía que fuera a dejar que Cecile se le separara por el resto de la noche.

—Tenemos mucho de qué hablar mañana —le dije. Ella asintió y chilló después de que Jordan me la arrebatara. Jordan articuló «gracias» y me guiñó un ojo. Yo le devolví el gesto con la cabeza, sonriendo. «De nada», pensé, pero ¿a qué costo?

En aquel momento no podía preocuparme por Tobias porque me estaba divirtiendo demasiado, pero la preocupación se guardó en la parte posterior de mi cabeza.

La banda tocó *Satellite* y *Crazy* a continuación. Vi a mi padre de pie junto al jefe de Nathan con una gran sonrisa, observando desde la distancia. Nolan y Emily se unieron y cantaron *Crazy* con Nathan y conmigo. Nina, Aiden y CJ se acercaron y cantaron el último minuto de la canción con nosotros.

A continuación sonó *Where Are You Going*, y la lenta melodía me hizo ponerme sentimental. La noche había sido una montaña rusa de emociones y aún no había terminado. Nathan se puso detrás de mí y volvió a abrazarme, apoyando la barbilla en mi hombro.

—Te amo —me susurró al oído.

Lo miré.

—Yo también te amo —le susurré.

Me besó con suavidad los labios y extrajo del bolsillo interior de su saco una caja de joyería de terciopelo negra, era larga pero estrecha.

—Iba a esperar hasta mañana —dijo, entregándomela—. Debí habértelo dado hoy mismo. Creo que te quedará muy bien con lo que llevas puesto.

—Nathan —dije, girándome hacia él y tomando la caja—. Pero la fiesta... ya debes haber gastado mucho en ella y...

—Para nada. Por favor, ábrela, amor.

—Dios mío, Nathan —dije con un suspiro. Era un dije de rubí con una fina cadena de oro rosa. Era precioso—. Me encanta. —Pasé el dedo por la cadena y alrededor de la piedra.

—¿Quieres ponértelo?

—Sí. Sí, ¿podrías...?

—Por supuesto.

Sacó el collar de la caja y me hizo girar de nuevo. Me abrochó la cadena en el cuello, levanté la vista y vi a William de pie junto al escenario. Zara estaba abrazada a él, balanceándose de un lado a otro al ritmo de la lenta melodía.

No podía apartar la mirada de ellos. Por mucho que intentara recordar a William diciéndome que era algo que nunca podría explicar, que no era nada, no sirvió.

Deseaba no sentir nada.

—Parecen cómodos —le susurré a Nathan mientras metía la caja de terciopelo en el bolsillo de su saco. Y sé que no debería haberlo dicho, pero sí, estaba borracha, celosa y confundida. Probablemente lo más borracha que había estado en mi vida. Pero seguía en pie y podía hablar con la gente, así que pensé que estaba bien.

Nathan los miró, pero no dijo nada, y eso me inquietaba. Quería que dijera algo, pero no lo hizo, y ahora no había forma de saber lo que estaba pensando.

Tobías se unió a ellos y Zara también lo rodeó con el brazo. Y por alguna razón, ver eso también dolió. Ver lo genial que era su relación con todos ellos, me provocaron muchísimos celos.

Aparté la mirada.

La banda había terminado de tocar *Where Are You Going*, pero seguía sonando una suave flauta, y fue entonces cuando Dave se dirigió a los invitados. Todos reaccionaron gritando, silbando y aplaudiendo. Me deseó un feliz cumpleaños y mencionó que no podían irse sin tocar la siguiente canción. Y yo sabía cuál sería esa canción.

La banda empezó a tocar *Crash Into Me* mientras todos seguían haciendo ruido, y sentí que un fuego ardía en mi interior. Mi mirada se desvió hacia William, y lo sorprendí mirándome también. Esa era nuestra canción. Y él lo había hecho posible, había traído a Dave Matthews Band para mi cumpleaños porque sabía cuánto me gustaba. Intenté apartar la mirada, pero una resistencia tiraba de mí.

William cantaba con el brazo alrededor del hombro de Zara, pero su mirada se dirigía hacia mí. Sentí que me la cantaba a mí.

Lily apareció a mi lado y me abrazó. Joel se puso al lado de Nathan, le pasó la mano por el hombro y le dijo algo en sueco. Los dos se rieron y bromearon: el *bromance*.

Lily y yo cantábamos una al lado de la otra con mi brazo alrededor de su cintura y el suyo alrededor de mi hombro.

—Tu canción favorita —susurró Lily. La vi mirar a William, y él estaba cantando el estribillo, no... gritándolo a todo pulmón con tanta emoción que podía sentir cómo reaccionaba mi piel. Lily sabía a la perfección que era nuestra canción y el significado que tenía.

La canción terminó, y tuve que soltar un suspiro lento por la boca para tranquilizarme de una puta vez.

—No hemos podido hablar, solo tú y yo. Ya sabes, después de todo lo que pasó —me dijo Lily—. Estaré en Nueva York el resto de la semana. Deberíamos tener una de nuestras sesiones. ¿Qué te parece?

«Sí, por favor».

Asentí, y mis ojos muy abiertos hicieron reír a Lily. Estaba desesperada por exponer las cosas.

La banda siguió tocando todo tipo de instrumentos de percusión como tambores, bombos y otros que ni siquiera sabía cómo se llamaban. Los chicos improvisaban sobre la marcha al parecer. No se sabía qué canción iba a ser la siguiente. Entonces se unió una flauta.

Dave salió del centro de atención mientras la banda seguía improvisando. Se acercó a William, que seguía de pie a la izquierda del escenario con Zara, Tobias y mi nuevo mejor amigo, alias «delator»: Liam Kelly.

Agh. Aunque era guapo.

William seguía asintiendo mientras Dave se inclinaba para hablar con él. Dave entonces volvió al escenario, tomó su guitarra y el micrófono para decir que no podían despedirse sin *Say Goodbye*. El público volvió a aplaudirle mientras invitaba a William a unirse a él.

William saltó al escenario y le dieron una guitarra.

—¡Dios mío! —gritó Lily, riendo.

Joel gritó como un vikingo detrás de mí. Lily y yo nos reímos. Cuando William hizo un gesto con la cabeza a Dave, la canción explotó, y el público también.

Tobias y Eric vinieron a buscar a Joel, ya que estábamos en primera fila. No paraban de vitorear y silbar la interpretación de William.

Miré por encima del hombro y Nathan parecía todo menos feliz, pero aun así me sonrió. Le di la mano y la tomó. Lo acerqué hacia mí.

—¡Hermanita! —gritó Zara.

Nos abrazó a Nathan y a mí.

—¿Se la están pasando bien?

—Sí, gracias. —Grité a través del ruido.

—¡Es increíble! Míralo —gritó, mirando a William en el escenario, con los ojos llenos de estrellas. Cantaba entre Nathan y yo. Y yo no tenía más remedio que mirar a William mientras cantaba y tocaba aquella maldita canción.

Yo también quería gritar y animar, pero no podía. Canté y agradecí a los dioses nórdicos que William no mirara ni una sola vez hacia mí.

El espectáculo terminó y la banda se bajó del escenario después de dar las gracias al público varias veces. William se quedó hablando con Dave. Zara acarició la mejilla de Nathan.

—¿Estás bien, Nate? Tienes la mirada perdida.

—Si —respondió con una sonrisa.

—Bien. Bueno, nos vemos luego —Zara sonrió y se alejó.

—Gracias. Por organizar todo esto —dije, poniendo los brazos alrededor del cuello de Nathan mientras la multitud se dispersaba—. El collar también está precioso. Me encantó.

Un puñado de valientes se atrevió a subir al escenario y pedir una fotografía con Dave, y él accedió. Bryce obvio fue una de ellas. Todavía le debía una foto con William. Pero ella misma se encargó de pedírselo directamente. Nolan tomó a Emily de la cintura y la ayudó a subir al escenario. Se reunió con Bryce para tomarse una *selfie* con William.

Me reí.

—Bueno, como puedes imaginar, el espectáculo fue idea de William —dijo Nathan con un dejo de amargura.

—Pero tú lo organizaste todo, así que nada de esto habría sucedido si no se te hubiera ocurrido a ti en primer lugar —le recordé.

—Supongo. —Forzó una sonrisa y miró el reloj—. Mierda. Las doce y dos. Feliz cumpleaños, amor. —Me rodeó la cintura con los brazos y me levantó mientras yo me aferraba con fuerza a su cuello—. Te amo. —Atacó mis labios a besos.

—¡Billie! —gritó Lily mientras se apresuraba hacia nosotros. Joel la seguía de cerca. Nathan me puso de pie.

—¡Feliz cumpleaños! —Me abrazó fuerte y me balanceó de un lado a otro de una forma brusca pero llena de amor. Joel me abrazó después, y luego vino Eric. Y luego todos mis conocidos se me acercaron para desearme un feliz cumpleaños. Uno a uno, los abracé a todos.

Todo esto era nuevo para mí. Nunca había tenido tantos amigos. Me resultaba extraño. En la fiesta sorpresa del año pasado había mucha gente, pero la mayoría eran empleados de la embajada. Había hecho muchos grandes amigos en Nueva York, y me sentí muy bien al darme cuenta de ello.

—Nena —oí decir a mi padre. Nina me estaba abrazando. Sonrió y se apartó—. Feliz cumpleaños. No puedo creer que ya tengas veintiuno. El espectáculo estuvo genial. ¿Lo disfrutaste?

Y no sé si fue por los abrazos o solo era cuestión de tiempo, pero sentí un horrible escalofrío que me recorrió la columna vertebral y terminó por instalarse en la boca del estómago. Mi frente se humedeció con pequeñas gotas de sudor frío y me agarré al brazo de mi padre con una mano. Sabía lo que estaba a punto de ocurrir, lo que tenía que ocurrir para que el malestar encontrara una salida.

—¿Nena? —Mi padre buscó mi mirada, pero no pude obligarme a mirarlo—. ¡Amena! —gritó. Me di la vuelta y me aferré a Nina.

—Al baño. Ahora —le supliqué. Ella enlazó su brazo con el mío y Nathan me tomó del otro. Oía hablar a la gente a mi alrededor, pero ya no registraba lo que decían.

Amena abrió la puerta del baño y entramos Nina, Amena y yo. No pude aguantar más. Nina me ayudó a ponerme de rodillas y me sujetó el pelo. Nunca me había sentido tan asquerosa y avergonzada en toda mi vida como cuando vomité en ese maldito baño público.

CAPÍTULO 20

Detrás de ti

11 de abril de 2010

APRETÉ CON FUERZA el colgante de rubí contra mi pecho. No quería que se ensuciara con mi vómito. Nina no dejaba de pasarme una mano por la espalda, intentando consolarme. Por fin sentí que había terminado e intenté ponerme de pie, pero Nina tuvo que ayudarme.

Amena estaba afuera del baño con un vaso de agua en la mano. Me lo ofreció y casi se lo arrebaté de las manos.

Bebí hondo, tratando de alejar el horrible sabor ácido de mis papilas gustativas.

—Por favor, no dejes que nadie entre al baño —le supliqué a Amena. Puse el vaso sobre el largo lavabo de mármol y apoyé la mano izquierda en él mientras dejaba caer la cabeza. Mi plan era encontrar un lugar acogedor en el baño donde pudiera pasar la noche. No tenía el valor para salir.

—El baño está cerrado con llave, señorita Murphy —dijo Amena con su postura de guardaespaldas firme—. Ahora mismo somos las únicas que estamos dentro.

Perfecto.

—¿Quién tiene mi bolsa? —pregunté.

—David. Un momento. —Presionó el auricular, asintió un par de veces y se dirigió hacia la puerta. Le quitó el candado y la abrió un poco, lo suficiente para que David me entregara la bolsa. Me lavé las manos con ayuda de Nina—. Aquí tiene su bolsa, señorita Murphy.

Tomé una liga de mi bolsa y me recogí el pelo en una cola baja. Era la única forma como podía amarrarlo, pues era demasiado corto. Me eché agua a la cara varias veces, sintiendo cómo se disolvían las gotas de sudor pegadas a mi frente. Finalmente me enjuagué la boca con agua y me bebí de un trago el resto del vaso que me había llevado Amena.

—Gracias a Dios —dije, mirando el dispensador de enjuague bucal que había en el extremo opuesto de la barra. Llené un vasito de papel y me lo eché a la boca, escupiéndolo después de hacer buchec durante casi medio minuto. Tiré el vaso de papel a la papelería y tomé un caramelo de menta de una pequeña cesta para asegurarme de tener un aliento fresco.

Maldición, estaba mareada. El temido sudor helado quería volver a invadirme, pero estaba dispuesta a vender mi alma dos veces para evitar volver a vomitar en ese baño, por muy lujoso que fuera.

Vi dos sillones a mi derecha, junto a la puerta, y me apresuré a tirarme en uno de ellos. Eso ahuyentó los escalofríos.

—Mierda, Billie —dijo Nina, poniéndose en cuclillas frente a mí—. ¿Necesitas volver al baño? Tal vez todavía...

—No, no. Ya estoy bien. Me ayudó haber vomitado. Solo necesito un segundo.

Llamaron a la puerta.

Amena se acercó y la abrió un poco. Era mi padre, y entró enseguida.

—Estaré afuera —dijo Nina, abandonándome con mi padre. No quería esperar a que le pidiera que se fuera porque tal vez eso era lo que iba a pasar después si se quedaba.

—Amena, ¿podrías traerle más agua a mi hija, por favor? —dijo mi padre con su voz de mando, esa que solo aparecía en contadas ocasiones. Amena asintió y salió. Me pregunté si en realidad iba a traer agua o no. Quizá era la forma educada que tenía mi padre de pedirle que se marchara.

Mi padre se paseaba delante de mí como si estuviera reflexionando. Intenté sentarme lo más derecha posible a pesar de mi malestar, pero me concentré en respirar de manera lenta y constante por la nariz.

Por fin se detuvo, pero no me atreví a mirarlo.

—Nos vamos ahora mismo. Te llevarán directamente a casa. Nathan puede acompañarte, pero después lo llevarán a su departamento —me dijo—. Ya se lo hice saber. Él tampoco está en condiciones de cuidarte en este momento. Está demasiado ebrio para mi gusto. Una cosa es tomarse unas copas y otra muy distinta es...

Se detuvo a la mitad de la frase y sacudió la cabeza varias veces.

—Lo siento —murmuré—. Me emocioné un poco con el vino, y te juro que es la primera vez que me pasa. Nathan tampoco bebe así.

—También fumaste. Apestas a cigarro —respondió mi padre—. Me llevó un tiempo enderezar a tu madre de sus... placeres. La bebida. El tabaco. Por cierto, fue ella la que pidió ayuda. A veces se dejaba llevar demasiado. Siempre bebía sola. Nunca en público. Encontraba ser la esposa del embajador demasiado estresante. Nunca quiso esa vida, y yo era demasiado egoísta para complacer sus deseos.

«¿Qué?». Era la primera vez que oía algo así.

—Eres igual a ella, ¿sabes? —continuó. Planeé dejarlo hablar—. Puede que te parezcas a mí, pero eres toda ella. En todos los sentidos posibles. Es doloroso verlo. —Cerró los ojos y miró ligeramente hacia otro lado, con la boca apretada.

«Un recordatorio constante de que ella no está». Y tal vez pensaba que era culpa suya.

Respiró hondo y volvió a dirigirse a mí.

—Sé que te he contenido y que debes de sentir un impulso constante de separarte de mí. Sé que tu madre así se sentía. Pero tienes que saber que ha sido necesario. Intenté darle a tu madre cierta sensación de normalidad teniendo una seguridad discreta a su alrededor y mira lo que pasó. No puedo... no lo permitiré de nuevo.

—¿Qué pasó? —Me atreví a preguntar—. Soy lo bastante mayor para saberlo. —Esta parecía la mejor oportunidad para preguntar. Estaba divagando. Nunca lo hacía. Quizá por fin me dijera la verdad, o quizá encontrara la forma de sacársela.

—Sabes todo lo que hay que saber —dijo.

—¿No quieres decir todo lo que quieres que sepa? ¿Es tan malo que no puedes decírmelo? Ya no soy una niña. No lo soporto. solo dilo.

Volvió a pasearse de un lado a otro, esta vez más despacio. No sabía si se estaba armando de valor para hablarme por fin o si estaba decepcionado conmigo por querer saber tanto. La frustración se dibujaba en su rostro.

—Es hora de volver a casa, Guillermina —respondió—. Siento que tu celebración tenga que terminar de esta manera, pero no estás en condiciones de salir así.

—¡Dímelo! —grité. Abrió los ojos de par en par y sus facciones se encendieron rápido de ira. Nunca le había hablado así a mi padre. Nunca había levantado la voz así. Pero mi paciencia se agotó, igual que la suya. Habíamos estado reprimiendo las cosas todos estos años. Lo sabía. Y solo empeoraba con el tiempo porque nada tenía sentido para mí.

Mi padre no disfrutaba que le gritara, ni yo. Estaba escrito en su cara con claridad, pero aun así no dijo nada. Lo dejó pasar porque, por alguna razón, pensó que me lo merecía. Yo también lo creía.

—¿Van a venir por mí, como lo hicieron con mamá? —pregunté en un tono bajo y controlado.

—No tienes nada de qué preocuparte. Estás a salvo. Eso es lo que intento decirte. No pude mantener a salvo a tu madre, pero no volveré a cometer el mismo error contigo. Mira lo que pasó con Thomas en cuanto bajé la guardia.

Quería decir tantas cosas. Que Thomas había sido una cosa horrible que pasó, pero por completo ajena a cualquier «peligro» en el que él creyera que estaba mi vida. Y sí, habían sido poco estrictos con la comprobación de sus antecedentes porque mi padre quería cambiar, volver a confiar. O tal vez estaba demasiado ocupado para pensar en eso.

Y una vez más, todo desembocó en una desafortunada serie de acontecimientos que me llevaron de nuevo a una jaula, pero temía que fuera permanente. Porque ahí estaba yo, en los albores de mi vigésimo primer cumpleaños, sintiéndome todavía como una niña indefensa en presencia de mi padre.

Sabía que era inútil decirle esas cosas, y no sabía cuánto tiempo más resistiría sentada en esta silla. Necesitaba acostarme y dormir un poco.

Mi padre suspiró.

—Dictaron sentencia: el senador Hill pasará mucho tiempo en prisión por el asesinato de su hijo.

Me llevé las manos a la cara y me tapé los ojos durante unos latidos.

«Justicia, después de todo».

—Vamos —dijo mi padre, ofreciéndome la mano.

—Nunca me lo vas a decir, ¿verdad? —pregunté con una leve mueca en el rostro.

—No hay nada que saber. Solo que estás a salvo. —Su mano seguía extendida hacia mí. Finalmente la tomé.

¿Tenía elección?

Y cuando estábamos a punto de salir del baño, añadió:

—Y el hecho de que vivas sola no significa que seas independiente. Sigues viviendo bajo mi techo, lo que significa que a partir de ahora no se permitirá nada de alcohol en ese departamento. Y ni siquiera necesito decirte que tampoco puedes fumar. No me importa si tienes veintiún años. Esas son las normas y debes cumplirlas si quieres seguir ahí, ¿sí?

Asentí. Sabía cuál era la opción B si me negaba a cumplirlas: volver a su departamento.

Nunca.

—Con el tiempo comprenderás que es por tu bien. Estás tratando de beber y fumar para alejar el dolor. Igual que tu madre, y sé que aún la extrañas a ella y a Caleb...

«¡Detente!».

—Por favor —dije, levantando una mano delante de mi pecho—. No quiero hablar de él. —Ni siquiera quería pronunciar su nombre. Llevaba poco tiempo siendo capaz de hablar de mi madre sin llorar. Pero Caleb... No podía prometer nada. La noche ya había sido bastante humillante. Me negaba a salir por esa puerta llorando y haciendo el ridículo.

Abrió la puerta, y Nathan, Nina, Aiden, Zara, Lily y Joel se quedaron ahí esperando a que saliéramos. David y Amena flanqueaban el acceso al baño. Amena nunca fue por el vaso de agua. Yo tampoco lo habría hecho de ser ella. Mi padre podía ser muy intimidante cuando quería.

Por suerte, William no estaba. Al menos fue considerado como para evitarme la humillación, porque era imposible que no supiera lo que había pasado. La información que se pasaba entre los Sjöberg era como una estrecha enredadera. Ya lo sabía.

La fiesta parecía continuar. Bien... porque el espectáculo debe continuar y toda esa mierda. Era más fácil para mí escabullirme si la gente estaba distraída y divirtiéndose.

Sophie y Cecile estaban justo afuera del pasillo que llevaba al baño. Debían haber oído que me sentía mal, pero no han de haber querido amontonarse frente a la puerta del baño.

Me acerqué rápido a ellas.

—Me siento de la mierda y mi papá me ha puesto un alto. Me está obligando a volver al departamento. —Miré detrás de ellas, y Jordan hablaba y reía con Ren, seguro esperando a que Sophie y Cecile volvieran—. Deberían quedarse.

—No, claro que no. Nos iremos contigo —dijo Sophie.

—No. Por favor, quédense. Nunca ves a Ren y parece que te estás divirtiendo. Tú también —le dije a Cecile. Saqué las llaves de mi bolsa y se las di.

—¿Estás segura, Billie? Me parece mal quedarme —respondió Cecile.

—Por favor, háganlo por mí. Mañana pasaremos todo el día juntas.

Las dos me abrazaron y me despedí.

Nathan me tomó de la mano para llevarme afuera. A cada paso que daba sentía como si mis pies fueran dos trozos de plomo que intentaban fundirse con el suelo. Había sido un día agotador.

Los camareros tomaron con rapidez nuestros números plastificados para que recuperáramos nuestros teléfonos. Una vez afuera, me di cuenta de que Lily, Joel, Nina, Aiden y Zara iban detrás de nosotros.

—¿Qué están haciendo? Quédense —dije, alejándolos con un gesto débil de la mano.

—¿Quieres que te acompañe a tu casa? —preguntó Nina. Parecía algo preocupada—. Ya sabes, para hacerte compañía y asegurarme de que alguien te lleve a la cama. —Se rio, y no pude evitar reírme también porque, sí, no me caería mal la compañía. Y Nathan no podía venir conmigo. Mi padre ya me lo había advertido.

—Yo también puedo ayudar —dijo Zara.

Nathan les devolvió una sonrisa tensa. Estaba agradecido de que se ofrecieran a ayudar cuando él no podía.

—Quédense —les dije a Lily y Joel.

—Pero... —empezó a decir Lily.

La abracé para evitar que pusiera una excusa para irse cuando no tenía por qué hacerlo.

—Sus amigos siguen ahí. No pueden irse.

El teléfono de Zara sonó mientras caminábamos hacia el auto. Dijo que sí varias veces y colgó. William apareció en su Porsche unos segundos después y se estacionó detrás de nosotros. Aparté rápidamente la mirada. Estaba hecha un desastre. No quería que me viera en ese estado.

—Nos vemos en el departamento —dijo Zara, corriendo hacia William—. Iremos justo detrás de ti.

Me reí con amargura por dentro. Zara podría estar bañada y en pijama para cuando llegáramos. Sabía que a William le gustaba conducir su coche así de rápido.

Zara apenas estaba cerrando la puerta cuando el motor de William rugió para adentrarse en la noche.

«Detrás de ti, cómo no».

CAPÍTULO 21

Ven aquí

DAVID SE SENTÓ en la tercera fila del auto, y Nina, Nathan y yo nos sentamos juntos en la segunda fila. Aaron, a quien no había visto desde que llegué, conducía el coche junto a Amena. Había permanecido afuera todo el tiempo, en la entrada.

—¿Dónde está CJ? —le pregunté a Nina, tratando de bajar la voz.

—Se fue. Justo después del concierto —respondió, abriendo mucho los ojos hacia mí. Sí, era mejor hablar de eso más tarde. David estaba sentado justo detrás de nosotras, y algo me decía que tenía que ver con él.

—Ojalá pudieras pasar la noche en mi casa —le susurré a Nathan, apoyando la cabeza en su hombro.

—Planeo quedarme, amor —dijo con seguridad—. De ninguna manera te dejaré esta noche. Gracias por ofrecerte a venir, Nina, pero me quedo yo.

—Señor Saunders, tenemos que cumplir con la petición del señor Murphy —dijo Aaron con severidad—. No podemos permitirle el acceso al departamento de la señorita Murphy esta noche. Le pido disculpas.

—Aaron, por favor. Aquí todos somos adultos. Y Billie no es una niña. Por el amor de Dios, tiene veintiún años.

—Nathan, creo que... —empecé a decir.

—Qué estupidez —Respiró hondo, tratando de contener su humor, o eso parecía. Tenía que tranquilizarlo.

—Nathan, voy a estar bien. Nina y Zara estarán conmigo —dije, arrastrando las palabras—. Solo necesito dormir. Nos vemos mañana.

Nathan respondió con un bufido y encendió su teléfono. Una tonelada de notificaciones llenó su pantalla. Lo dejé en paz, esperando que se distrajera. Era evidente que estaba borracho y de mal humor.

Cerré los ojos, incapaz de mantenerme despierta por más tiempo, pero Nathan me despertó unos segundos después.

—¿Qué demonios es esto, Murph?

Me sobresaltó, tal vez sin darse cuenta de que había cerrado los ojos.

—¿Qué cosa?

Nathan se desplazó por unas fotos que le habían enviado por iMessage. Me concentré en la pantalla y vi que Lana era el remitente. Le había enviado un montón de fotos del estreno de Tobias. Bueno, en las que salíamos William y yo.

Arrugué la nariz y me pasé la mano por la frente. Su reacción dejó claro que era la primera vez que las veía.

Volvió a guardar el teléfono en el bolsillo de su saco y apartó la mirada.

Estaba más dormida que despierta. Tal vez ya estaba durmiendo en mi cama y las pesadillas habían elegido otra dirección esta vez, pero no era el caso.

—Nathan, no es nada. Son solo fotografías del estreno de Tobias. Nos fotografiaron a todos. Nathan se rio, sin dejar de mirar por la ventana.

—Lana tenía razón.

—¿Ahora recibes consejos de Lana?

Sí, estábamos peleando en el coche delante de todos. Al principio pensé que podríamos esperar a llegar y discutir en privado en la acera, ya que él no podía subir a mi apartamento. Pero una vez que dijo «Lana» perdí el control. No podía dejar de ver esa sonrisita que se había dibujado en su cara cuando me dio a entender que conocía a Nathan.

El coche se detuvo y Aaron y Amena salieron disparados de sus asientos, abriendo las puertas de ambos lados del auto. Nathan salió por su lado y yo seguí a Nina.

—Voy a buscar a Zara —dijo Nina, entrando en el edificio. David la acompañó.

Nathan y yo nos alejamos de la entrada principal. Me apoyé en la pared.

—¿Y qué pasa con Lana? ¿Me estoy perdiendo de algo?

—Te vi, ¿sabes?

—Me viste... ¿dónde?

Nathan echó el cuello hacia atrás con una risa triste y se aflojó la corbata.

—¿Pensaste que no iba a irte a buscar cuando desapareciste durante la fiesta?

Todavía tenía que aclarar qué había visto exactamente, y no diría ni una palabra hasta que lo hiciera.

—Amena me dijo que estabas bien y que necesitabas un minuto, así que te esperé. Pero un minuto se convirtió en diez, veinte, treinta minutos. Por fin me dijo dónde estabas y, para mi sorpresa, no estabas sola. —Tenía los párpados pesados, y la forma en que se mordía el labio con decepción me destrozaba.

Nathan no se merecía que yo estuviera así de confundida. Y verlo así me hizo entrar en pánico. La idea de perderlo era insoportable.

—Solo estábamos hablando —respondí. Era la verdad—. Estaba teniendo un mal momento con lo de Caleb, y William fue a buscarme porque el concierto estaba a punto de empezar.

—Ya sé que solo estaban hablando, oí que hablaban de Jordan, por eso me regresé a la fiesta. —Suspiró—. He tratado de ser paciente contigo. Desde que le dispararon a William todo cambió. Puedo ver la forma en que lo miras, y no sé si lo que sientes es culpa. Si de alguna manera te sientes responsable de que lo hirieran o si eso los unió, pero no soy idiota.

—Me siento culpable por lo que pasó, por supuesto. Le dispararon por mi culpa, pero estoy contigo. No es como que...

—Su relación con Zara también te pone celosa —añadió. Me quedé mirándolo porque no sabía qué decir. Me sentía como una hoja de cristal. Traslúcida. Y por alguna estúpida e ingenua razón, pensé que Nathan era el único que no podía notar mi transparencia.

Pero no lo era. Supongo que todo el mundo podía ver a través de mí todo el tiempo.

—¿Por qué pareces tan sorprendida, Murph?

—No estoy celosa de Zara —mentí, tan rápido que casi me quema la lengua. Tuve que hacerlo—. Ella es tu hermana, y William es solo mi vecino.

—El vecino del año —dijo Nathan con un bufido, mirándome, analizando cada uno de mis gestos—. Estoy harto de él. Todo gira en torno a él. Todo el mundo. Es como si nadie pudiera evitarlo. Intento averiguar qué significa esta fascinación platónica. E intento decirme a mí mismo que no es nada porque sé que me amas. Puedo sentirlo. Es solo que nunca me había sentido tan inseguro. No es propio de mí sentirme así, y lo odio.

—Te amo, Nathan. Lo sabes. Te adoro. —«Muchísimo». Y seguía deseando que no me preguntara si sentía algo por William, porque lo amaba demasiado como para mentirle al respecto.

Mi respuesta pareció tranquilizarlo. Aún tenía los ojos desorbitados, como Zara había notado antes, y eso no cambiaría hasta que se le pasara la borrachera.

Volvió a fruncir el ceño.

—¿Y esas fotografías?

—Estaba furiosa cuando ocurrió. No tienes idea. Me ves sonriendo, pero entre dientes le pedía a William que me soltara. Me preocupaba mucho lo que fueras a pensar. Incluso lo hablé con Caleb después.

Parecía que había pasado un millón de años desde entonces, pero solo habían sido unas semanas. Cuando Caleb murió, fue como el fin de una era. Todo lo anterior parecía lejano. Sin embargo, el dolor seguía siendo crudo.

—Lana se me acercó cuando regresé después de ir a buscarte. Estaba en el bar pidiendo una bebida, esperando dejar de pensar en tonterías. Me preguntó por ti y me dijo que todo el mundo creía que William y tú salían en secreto. Y dijo que tenía pruebas, pero sé que le gusta jugar ese tipo de juegos, así que la ignoré.

—¿Y ustedes estaban juntos o...?

—No. No, nunca estuvimos juntos.

—Entonces, ¿solo sexo? —pregunté. Esa mirada en el rostro de Lana significaba algo. Y pensar en ellos juntos me hizo un hueco en el estómago. La idea de que estuviera maquinando regresar con Nathan me hizo querer vomitar de nuevo.

—Sí. —Me hizo una mueca suave—. ¿Pero qué tiene que ver?

—¡Tiene todo que ver! Me sorprende que no puedas verlo si sabes lo mucho que le gustan los juegos. Me parece que la conoces muy bien, así que dímelo tú. ¿Qué gana ella haciéndote creer que salgo en secreto con William? La conocí, por cierto. Esta noche. Te manda saludos, pero me alegro de no tener que transmitírte el mensaje, puesto que ya se reencontraron.

—Estás celosa —dijo, sin una pizca de duda en su comentario.

—Locamente celosa.

—Ven aquí. —Nathan tomó mi cara y me besó como nunca lo había hecho. Como si estuviera hambriento. Cada golpe de su lengua contra la mía estaba lleno de una posesividad primitiva. Me había inmovilizado contra la pared detrás de nosotros, y lo único que quería era que subiera a mi departamento. No me importaba desmayarme de cansancio al día siguiente.

Necesitaba convencerme de que Nathan era todo para mí. Que William era y siempre sería objeto de fascinación platónica, como había dicho Nathan. Para mí y para todos los demás así lo parecía. No estaba tan loca como para sentir eso por él. Al parecer todo el mundo lo sentía también: Zara, a mis amigas del colegio y a la mitad de la población femenina mundial.

Dondequiera que William fuera, la gente lo amaba. Él siempre sería el sol que sale cada día y se desvanece en el crepúsculo. Acércate demasiado y te quemarás. Yo ya lo sabía. Tenía que despertar. William siempre había sido más de lo que yo podía manejar. Lo que sentía por él era tan ridículamente desproporcionado que no podía ser real.

Nathan era real, y estaba delante de mí, besándome con todo lo que tenía. Y yo también lo hice, después de días sintiendo que no podía volver a entregarme por completo a él.

Nathan dejó de besarme con brusquedad.

—Debo tenerte esta noche. Te quiero acostada en tu cama sin nada más que ese collar.

Escucharlo decir eso me hizo arder y anhelarlo de una forma que nunca había sentido. Como si me diera cuenta por primera vez de que tal vez no podría vivir sin él. La forma como seguía hablándome, con deseo indomable, encendía cosas dentro de mí que me hacían pensar que mis sentimientos por él tenían que ser suficientes.

Volvió a romper el beso.

—Dime qué tengo que hacer para subir y lo haré.

Me volví hacia el toldo verde de la entrada del edificio, y vi que Amena se había ido. Sin embargo, Aaron y David permanecían ahí, sin darnos del todo la espalda, pero en un ángulo oblicuo, ofreciéndonos la mayor intimidad que podían.

—Ven. Hablaré con Aaron. —Tomé la mano de Nathan y lo jalé.

—Hola. —Aaron y David me saludaron, ignorando la presencia de Nathan. Eso no era bueno. Aaron debía de querer mantener su distancia con él, y solo podía imaginar por qué.

—¿Listo para irnos, señor Saunders? —le dijo Aaron, mirándome. Por eso. Me estaba costando ponerme a la altura del intenso color índigo de su imponente mirada.

—Nathan me va a acompañar —dije despreocupada, ignorando su autoridad. Una autoridad que le había otorgado mi padre y que yo debía acatar.

Aaron levantó una ceja en respuesta, y por la mirada de David, supe que en definitiva iba a permanecer fuera de la conversación.

—Señorita Murphy, ya hemos hablado de esto. No se le otorgará acceso al señor Saunders esta noche, y usted debe ir directamente a su departamento.

No me quedaba más remedio que suplicar, pero la idea de hacerlo me parecía fuera de lugar y humillante. Supongo que Nathan se dio cuenta, o el abogado que llevaba dentro estaba fuera de servicio porque no argumentó como yo pensé que lo haría.

—Nos vemos mañana, amor.

Aaron fue hacia el auto y se subió en el asiento del conductor. David le abrió la puerta a Nathan y yo lo acompañé hasta el coche para despedirme. Nathan sacó su teléfono, lo desbloqueó y borró los mensajes que Lana le había enviado; después bloqueó su número.

—No acepto consejos de esa chica —dijo—. Pero puedo desbloquearla de vez en cuando para sacarte de quicio y luego hacer que lo olvides de un millón de maneras diferentes.

Jalé a Nathan del saco y me acerqué a él con una sonrisa de entusiasmo.

—Eso me servirá de lección.

—Desde luego que sí. —Me dio un beso suave en los labios y se subió de un salto—. Feliz cumpleaños, amor.

CAPÍTULO 22

Una elección

—HOLA, BRUCE —le dije a nuestro portero, que parecía de muy buen humor a pesar de la hora.

—Feliz cumpleaños, señorita Murphy —respondió, abriéndonos la puerta a David y a mí. Sonreí y le di las gracias mientras me dirigía al elevador.

—David, subiré sola. Estoy bien —le dije. Levantó una ceja como respuesta, tal vez no creía que estuviera bien. Y sé que debía verme fatal, pero ya no sentía náuseas, solo estaba agotada—. Lo juro.

—De acuerdo. —Agitó su tarjeta para darme acceso al elevador—. Feliz cumpleaños, señorita Murphy.

—Gracias, David. Y... Gracias de nuevo. Por todo.

Hablar con él antes me había ayudado. Me escuchó, y también pude conocerlo mejor. Esperaba que él y CJ pudieran arreglar las cosas.

—Cuando quiera, señorita Murphy. Que pase una buena noche.

—Usted también, doctor Scott.

Las puertas del elevador se cerraron mientras David se reía. A continuación le envié un mensaje a Nina para avisarle que iba a subir. Era mejor no llamar a la puerta de William. Respondió con rapidez, diciendo que se reuniría conmigo en un segundo.

El sonido del piano de William llenaba el vestíbulo cuando salí del elevador a mi departamento. Nina abrió la puerta y salió. Zara la siguió. Aunque todavía llevaba el pelo y la cara arreglados, se había puesto ropa cómoda.

—Hola, hermanita. ¿Te sientes mejor?

El piano de William se detuvo.

—Sí, gracias. Y no te preocupes. Me daré un baño y me iré a la cama —respondí—. Siento que hayas tenido que venir conmigo, Nina. Solo te hice perder el tiempo.

—No seas tonta. Venga. Vamos. —Me llevó hacia la puerta—. Me aseguraré de que estés bien antes de irte a la cama, y luego me iré.

William estaba apoyado en el marco de la puerta, con su penetrante mirada azul dirigida hacia mí, poniendo a prueba mi determinación. Juro que también percibí algo de fastidio en su hermosa cara.

—Puedes quedarte si quieres —le dije a Nina, intentando no mirar a William a los ojos. Sabía lo fácil que era perderse en ellos. Él seguía observando a la distancia sin emitir sonido alguno—. O puedo pedirles a los chicos te lleven a tu casa —ofrecí, buscando mis llaves—. Mieeeerda. —Apoyé la frente en la puerta, sintiéndome derrotada.

—¿Qué pasa? —preguntó Zara mientras se acercaba a mí.

—Le di mis llaves a Cecile —respondí con frustración—. Aaron tiene una copia, pero fue a dejar a Nathan a su casa. Así que tendremos que esperar a que vuelva.

William desapareció en su departamento mientras Zara decía:

—¿No vive Nate a unas cuadras de aquí? Seguro que Aaron volverá en unos minutos. ¿Por qué no vienes con nosotros y esperas a que llegue?

Separé los labios para contestar cuando William salió de su departamento con un juego de llaves en la mano. Se acercó a mi puerta y la abrió, luego la empujó como para ayudarme a entender y procesar que en efecto había abierto mi departamento.

—Tu padre me dio este juego de llaves para emergencias —explicó William, alejándose. No le había pedido explicaciones, pero iba a hacerlo, por supuesto, y él lo sabía.

Estaba en estado de shock y era incapaz de creer que mi padre confiara a alguien las llaves de mi departamento después de lo ocurrido.

—Sí, puse la misma cara cuando lo sugirió por primera vez —dijo William, deslizando las llaves dentro de su bolsillo—. Me hizo firmar una biblia de documentos, como puedes imaginar.

—¿Qué clase de documentos? —pregunté. Nina y Zara permanecieron quietas y atentas.

—¿Podrían darnos un par de minutos? —les dijo William.

—Claro —dijo Nina rápido, caminando hacia mi departamento. Zara cruzó los brazos, desafiante, y le lanzó una mirada de reojo a William, pero acabó siguiendo a Nina a mi departamento, cerrando la puerta tras de sí.

Era lo último que necesitaba: otra conversación con William. Después de que Nathan se marchara, había subido a mi casa esperanzada y con muchas cosas decididas. Pero era imposible seguir adelante con mis decisiones si William no dejaba de aparecer delante de mí con esa mirada.

Me escabullí del alcance de la cámara de vigilancia. No necesitaba que esta interacción quedara registrada.

William abrió la boca para hablar, pero yo tomé la palabra.

—Quería decirte que me ha encantado el concierto. Estuvo increíble. Gracias. —No sabía cómo iba a terminar la conversación, pero quería asegurarme de que supiera lo mucho que significaba lo que había hecho por mí—. Estuviste genial en el escenario, por cierto.

—Me alegro de que lo disfrutaras —dijo con una sonrisa relajada.

Aparté la mirada y sacudí la cabeza dos veces para quitarme el mal humor y le pregunté por los documentos que mi padre le había hecho firmar.

—Firmé un contrato de confidencialidad, que ya he incumplido al contarte esto. —Soltó una risa baja y perezosa—. Y otro contrato, que dice que puedo conservar las llaves durante doce meses a menos que se renueve el contrato. Con normas y demás. No quiero aburrirte con los detalles.

—¿Y cuáles son las consecuencias de haber incumplido el contrato de confidencialidad? —Estaba preocupada. No es que yo fuera a delatarlo, pero Zara y Nina también lo sabían. ¿Y si Zara se lo mencionaba a Nathan, el mejor amigo de mi padre? Sin embargo, mi papá había dejado claro que, aunque apreciara a Nathan, había una línea de autoridad que nadie podía pisar. Ni siquiera Nathan.

—¿Aparte de perder el respeto de tu padre? Una sanción económica —dijo, sin una pizca de preocupación.

—¿Qué? ¿De cuánto dinero estamos hablando? —«Qué demonios».

—Nada que no pueda pagar cómodamente —dijo frunciendo el ceño—. No es que esté deseando pagarla, desde luego.

Mi padre nunca dejaba de sorprenderme. Me preguntaba qué cosas habían sucedido entre él y Nathan a mis espaldas, porque estaba convencida de que al menos tenía que haber algo ahí, un contrato, un acuerdo, un pacto o algo así. Como buen abogado, Nathan nunca me lo habría admitido, aunque yo le hubiera rogado que me lo contara.

A William, como siempre, le importaba un pepino.

Y no voy a mentir. Era tranquilizador saber que William tenía una llave de repuesto. Sabía que era imposible que volviera a ocurrir algo como lo de Thomas, pero si William hubiera tenido acceso a mi departamento aquel día, quizá las cosas habrían sido diferentes. Quizá Caleb no habría muerto.

—¿Por qué me lo cuentas?

—Porque es ridículo —escupió las palabras. Casi furioso—. Es solo una llave de repuesto. Y el hecho de que tu padre me la haya dado significa que confía en mí, si no, ni siquiera me la habría ofrecido.

William parecía molesto, y no lo culpaba.

—Literalmente me dieron un balazo por protegerte —me recordó, como si fuera capaz de olvidarlo—. Eso debería ser suficiente para él. Pero no lo fue. Necesitaba papeles. —William volvió a reír y se tocó la cara—. Esto me hizo darme cuenta de lo arraigados que están sus miedos cuando se trata de ti. Y no me gusta.

—No pasa nada. Estoy acostumbrada a ese tipo de cosas. —O mejor dicho me estaba acostumbrando.

—No deberías.

«¡Ya lo sé!». ¿Pero qué iba a hacer? Dependía económicamente de mi padre. Todavía estaba estudiando, y ni siquiera tenía que preguntarle para saber que no me permitiría trabajar mientras obtenía mi título. Ni siquiera sabía si me permitiría trabajar después de graduarme.

Estaba atrapada y había hecho las paces con ello. Vivir aquí sola, bajo sus condiciones, era la mejor opción disponible para mí hasta que me graduara y encontrara una forma de independizarme económicamente.

Pero no compartí mis pensamientos con William.

—No le diré ni una palabra a mi padre sobre esto. Ni a nadie. Hablaré con Nina, y tal vez tú deberías hablar con Zara.

—Zara no se atrevería a decirle a nadie.

Claro.

—Bueno, entonces estás a salvo, supongo. —Eso esperaba—. Gracias por abrir la puerta. Te enviaré a Zara en un minuto. —Me di la vuelta y me alejé.

—¿Te sientes mejor? —preguntó—. Escuché que te sentiste mal.

—Sí —dije, mirando por encima del hombro—. solo bebí demasiado.

—Me encabrona no poderte cuidar. —Se acercó unos pasos a mí. Aparté la mirada, pero me quedé inmóvil, evitando entrar en el área de detección de la cámara de vigilancia.

—Estoy bien. No necesito que me cuiden.

—¿Por qué no está Nathan aquí?

Me di la vuelta porque estaba segura de que se pondría delante de mí de todos modos.

—¿Por qué se fue cuando te sientes mal? No entiendo a ese tipo. ¿Y en tu cumpleaños?

—No se le permitió el acceso esta noche, por eso —dije, sin querer darle una explicación extensa, solo la información suficiente para que dejara de acribillarme a preguntas. Tampoco necesitaba que William hablara mal de Nathan, porque Nathan quería estar aquí.

—¿No se le permitió el acceso? ¿Por qué? ¿Qué hizo?

—William... para.

—Entonces, ¿qué pasó? —Su mirada se movió de mi cara a mi collar, viéndolo por primera vez.

—Nathan está borracho y mi padre no quería que subiera. Eso es todo.

Mis pensamientos hervían y me estaba poniendo de mal humor.

—Me habría importado una mierda si tu papá no me hubiera dado acceso. No te habría dejado sola en tu cumpleaños. Punto. Habría...

—Eso dices tú —lo corté en seco—. Pero me gustaría verte ir contra Aaron algún día. No es tan fácil.

—Nathan no deja de hacer eso. Se marcha cuando no debe. ¿O debería recordarte cuando se fue al Super Bowl y te dejó llorando?

—¡Eso fue hace dos meses! Y fue una situación diferente. Yo le pedí que se fuera. Y si fuera por mí, querría que estuviera aquí ahora mismo.

Lo dije.

William necesitaba saber cuál era mi situación con Nathan. Necesitaba saber que lo amaba y quería estar con él, pero seguía jugando con mi mente. Tenía que ponerle fin, por muy doloroso y desafiante que fuera.

—Entonces... ¿qué? ¿Eliges a Nathan? —William volvió a mirar el collar de rubí con tal fiereza que pensé que se haría añicos. Bajé la mirada y pasé un dedo por la piedra roja casi por instinto.

Abrí los ojos de par en par por la brusquedad de su pregunta.

«¿Por qué me acorralas así?».

—No lo entiendes, es...

—Estás bromeando, ¿verdad?

—William...

—Ahórratelo. —Resopló y me lanzó una sonrisa burlona, de esas que me vuelven loca. Loca de remate. Apretó los labios y asintió un par de veces.

Se dio la vuelta y se fue.

—Yo habría elegido una esmeralda... tu color favorito. A juego con tus ojos. Lástima que el tipo ni siquiera sepa lo que te gusta. Buena suerte con eso.

—William. Espera...

—Hasta aquí llegué. —Cerró la puerta tras de sí y yo cerré los ojos mientras procesaba lo que había pasado. La mitad de mi cuerpo quería ir tras él, decirle que aún no sabía lo que quería, rogarle que me diera tiempo. Pero la otra mitad me contuvo. Era hora de madurar, de despertar y de empezar a ser dueña de mis decisiones.

Entré en mi departamento y encontré a Nina y a Zara platicando en la sala. La habitación se quedó en silencio cuando me acerqué a ellas. Las dos me miraron.

—Hola, chicas —les dije, obligándome a sonreír. Zara se levantó y apartó la mirada.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Nina. Vaya pregunta, ¿y cómo empezar a responderla?

—Agotada, pero bien. Gracias. Podría pedirles a los chicos que te lleven a casa, o si quieres quedarte, eres bienvenida.

—Yo también estoy bastante cansada. Es mejor que me vaya a casa. —Ella también se levantó.

—Se lo haré saber a Aaron, ¿sí?

—Gracias, Billie. —Me abrazó—. Feliz cumpleaños. Me divertí mucho. El concierto estuvo increíble.

—Sí. Y tienes que contarme todo sobre Aiden en otro momento. Es guapo, ¿verdad?

Nina soltó una risa nerviosa.

—Claro, y sí, es genial.

—¡Muy bien, entonces! —dijo Zara, acercándose a mí—. Nos vemos mañana, cumpleaños. Descansa esa bonita cabeza. Will y yo estaremos al lado si necesitas algo, hermanita.

«Will».

—Gracias... hermanita —respondí. Todavía no podía hacer que sonara genuino cuando la llamaba así. Era ridículo.

Las dos se fueron y por fin me quedé sola, así que me bañé con agua hirviendo para evitar que mi mente divagara y me desplomé en la cama. Pero una sed persistente me invadió mientras dormía. Tenía la garganta seca y necesitaba un vaso de agua.

Con los ojos cerrados, me senté en la cama y tomé el teléfono. La cabeza me amenazaba con un monstruoso dolor de cabeza, que con seguridad explotaría por la mañana. Miré la pantalla a través de los párpados entrecerrados. Eran las 3:45 de la madrugada.

Me acosté de espaldas en la cama para reunir el valor necesario para salir de mi cuarto y tomar el agua que necesitaba con desesperación. Y en esa quietud oí una leve risa al otro lado de la pared. La risa se convirtió en un gemido. Y en otro. Y otro más.

No. «Esto no está pasando».

¿No le había pedido el médico a William que se abstuviera de hacer esfuerzos físicos? Pero ¿cuándo ha hecho él lo que le dicen?

Tomé una almohada y me la puse sobre la cara intentando ahogar los gemidos de placer que se filtraban en mi habitación, pero no podía hacer nada para dejar de escuchar. Y recordé lo que dijo William sobre querer luchar contra la pared cuando me oyó teniendo sexo con Nathan.

Quería demolerla.

Tal vez Sophie y Cecile ya habían llegado. Necesitaba refuerzos, así que salí corriendo de mi habitación y abrí la puerta de la habitación de invitados, pero estaba vacía, y la sed seguía esperando a ser saciada.

Después de beberme dos vasos grandes de agua en la cocina me arrastré hasta la sala y me desplomé en el sofá, sin valor para volver a mi cuarto y seguir escuchando que William también había tomado su decisión.

Me sorprendió que el shock no me invadió. Era como si me lo esperara. Sospechaba que algo pasaba entre ellos, así que ¿por qué iba a tomarme por sorpresa? Estaba furiosa, decepcionada, destrozada. ¿Pero aturdida? ¿Desprevenida?

Nunca.

Estaba un poco en negación, tal vez. No es que me costara fingir que esa mierda no me molestaba.

Sí, la negación no era mala idea la mayoría de las veces. Así que empecé cerrando los ojos y dando la bienvenida a las pesadillas. Al menos no eran reales. Desaparecerían en cuanto abriera los ojos.

CAPÍTULO 23

Un acuerdo

MIS PÁRPADOS revolotearon mientras mi cabeza descansaba sobre una almohada. Una manta ligera me cubría la parte inferior del cuerpo. En la mesita había un vaso de agua fresca. Fuera de mi ventana el día era engañoso, algo gris. No podía saber la hora, pero debía ser temprano porque todo parecía demasiado quieto.

Esta vez no volvería a cometer el mismo error. Planeé desayunar un café negro y una pastilla de ibuprofeno. No había mucho más en mi agenda aparte de endurecerme de una puta vez, olvidarme de los gemidos del otro lado de la pared y lobotomizar a William. Por enésima vez. «Para siempre», me prometí.

Tres tareas simples, pero esenciales.

Ah, sí, y era mi cumpleaños. Esperaba que Lily cumpliera su promesa de traer los croissants de almendra; me atiborraría de ellos todo el día. Ese era el cuarto asunto en mi lista de tareas.

Era hora de levantarme del sofá, que se había convertido en mi nuevo mejor amigo tras los innumbrables sucesos de la madrugada. Ahora era mi sofá de la buena suerte porque ninguna pesadilla ocupó mis sueños mientras dormía ahí. Incluso mi subconsciente estaba demasiado harto y agotado para confeccionar terror.

Me permití un último tren de pensamiento fastidiosamente impuntual que consistía en una tortura mental autoinfligida. No sabía cómo demonios iba a ser capaz de volver a mirar a Zara, sabiendo que había compartido la cama de William, escuchándola reaccionar a él.

Y ahora necesitaba un gran pastel de cumpleaños porque sabía cuál sería mi deseo cuando soplara las velas: Ctrl + alt + suprimir a William. Después de todo, no tenía ni idea de cuál sería mi reacción cuando volviera a verlo.

Mi miedo era que si William y Zara formalizaran algo, ¿entonces qué? ¿Nos convertiríamos todos en familia política? ¿Asistiríamos a las bodas de los demás? ¿Sufriríamos en silencio por toda la eternidad? Sería como hurgar de manera constante en una herida y negarse a que cicatrice. Y tal vez, con el tiempo, lo haría. Pero con seguridad quedaría una horrible cicatriz, un recordatorio constante de lo que pudo haber sido, pero nunca fue y nunca será.

¿Y mi padre quería que dejara de beber? Pfff. Sacudí la cabeza ante la escandalosa desconsideración de su petición. No es que quisiera beber pronto, pero no podía prometer que no quisiera hacerlo otro día. Había aprendido que olvidar una desagradable resaca suele llevar unos días.

Mi mente no dejaba de parlotear. Y otra parte más orgullosa de mí me lanzó una mirada de desaprobación: «¿Cómo te atreves a lamentarte por William cuando se dio la vuelta y se cogió a Zara a unos centímetros de distancia de ti, cuando te había prometido que no pasaba nada entre ellos? Cuando sabía que podías escuchar. Cuando dijo que no dejaría de luchar por ti nunca más».

Esa última afirmación no envejeció bien, ¿verdad?

Por mucho que me hirviera la sangre, me temblara la cabeza y se me cerraran los puños de impotencia, no podía culpar a William. Lo empujé a los brazos de Zara, se lo entregué en bandeja de plata. Pero aún así fue desgarrador y doloroso ver con qué facilidad se dejó llevar para superarlo y llevarla a su cama.

Tal vez había sido la decisión correcta, entonces.

Esa realización le mostró a mi corazón una bondad a la que me aferré como a un salvavidas que necesitaba desesperadamente. Pero mi sed me devolvió al reino físico, sacándome de mis pensamientos, exigiendo atención.

Después de vaciar el vaso de agua que Sophie o Cecile me habían puesto en la mesa de centro en algún momento de la noche, decidí prepararme una deliciosa cafetera. Y mientras esperaba a que estuviera lista me acerqué a la habitación de invitados para ver cómo estaban Sophie y Cecile. Quería asegurarme de que ambas habían llegado con bien.

Con cuidado, giré el picaporte y abrí un poco la puerta.

«Hola, nalgas de Jordan. Nos volvemos a encontrar».

Cerré la puerta tan lenta y cautelosamente como pude y volví corriendo a la cocina para ver cómo caía cada gota de café en la cafetera, aunque solo fuera para borrar la imagen del cuerpo desnudo de Jordan tendido en la cama junto a Cecile, con sus tatuajes en el brazo desvaneciéndose en el omóplato. Otro tatuaje largo, negro y geométrico le recorría la columna vertebral.

Tobias me iba a matar, no si se enteraba, sino cuando se enterara. Era cuestión de tiempo que Jordan le contara algo a Tobias. Eran amigos, pero supuse que no le había dicho nada a Jordan de que le gustara Cecile o de que se hubiera acostado con ella en el pasado. Y no sabía si Cecile se lo había mencionado a Jordan.

El café seguía preparándose a un ritmo glacial, así que fui a mi habitación y me puse unos pantalones y una camiseta negra enorme, metiéndola ligeramente por delante. Tomé el teléfono del buró y dos ibuprofenos del armario del vestíbulo de camino a la cocina y me los metí en el bolsillo trasero.

Eran las 8:15 de la mañana y el café por fin estaba listo. Tomé una taza y la llené mientras su rico aroma invadía mis fosas nasales. Tomé el primer sorbo, y de repente creí que todo iba a salir bien, que había hecho lo correcto al elegir a Nathan. Tenía que dejar que las cosas se acomodaran en su lugar, como un océano que se asienta tras una tormenta de nivel cinco.

Unos débiles golpes en la puerta me impidieron seguir bebiendo mi estimulante de preferencia. Podían quitarme el vino y los cigarros, pero nunca el café.

Tomé mi taza y la llevé conmigo para abrir la puerta. Cuando me asomé por la mirilla vi a la última persona en la tierra que quería ver: Tobias.

—Hola, Billie —dijo, moviendo los labios hacia un lado—. Feliz cumpleaños. —Sus ojos parecían cansados y arrepentidos.

«No puede ser».

Tomé las pastillas y me las pasé con un largo trago que me abrasó el esófago. «Más vale que hagan efecto rápido». Luego salí para hablar con Tobias en el pasillo. «Que haya testigos», pensé, mirando a la cámara.

No iba a ser un domingo tranquilo.

—Gracias, Tob. —Sonreí, preguntándome si ocultaría el miniataque de pánico que estaba a punto de aflorar.

—Siento mucho lo de ayer. Estaba borracho y metí la pata —dijo, frotándose la cara—. Sé que no te he hablado de Cecile, pero sinceramente pensé que sabías lo que pasaba entre nosotros. Es tu mejor amiga. Quiero decir, ¿cómo es que no te ha...? —se interrumpió, llevándose las manos a la cara otra vez y frotándosela con desesperación.

—No te preocupes por eso —le dije en un tono tranquilizador—. Me siento fatal porque sabes que no los habría presentado si hubiera sabido que había algo entre ustedes. Y no sé por qué prefirió no contármelo. Después de su ruptura con Paul, ella... Bueno, Sophie dice que no ha superado lo que pasó. Y cómo sucedió. No ha sido capaz de perdonarse por eso.

—Lo sé. Hemos hablado mucho. Y ha sido clara conmigo desde el principio. Es solo sexo y nada más, pero no dejo de esperar que se acerque a mí, ¿sabes? —Se pasó una mano por el pelo castaño claro—. Las conversaciones que hemos tenido no se parecen a nada que haya experimentado antes con otra persona, Billie. Es como si no pudiera evitar abrirme con ella. Como si quisiera desnudar mi alma ante ella. Y cuando estamos juntos siento que estamos en la misma página. Como si quisiéramos las mismas cosas, pero en el momento en que sale por la puerta... desaparece.

Los quería mucho a los dos, y nada me habría hecho más feliz que verlos felices juntos. Pero también conocía a Cecile y entendía de qué hablaba Tobias. Ella podía levantar gruesos muros cuando quería, el tipo de muros que son imposibles de derribar.

—Tengo un poco de prisa. Mi vuelo sale a las diez y cinco, pero supuse que ella estaba aquí, y solo quiero hablar con ella antes de irme. No sé cuándo volveré a verla.

Miré por encima del hombro y me mordí el labio inferior, pensando qué decir que no delatara el hecho de que Cecile estaba indispuesta en ese momento.

—Está durmiendo, Tob. No creo que sea...

—Por favor, Billie —me suplicó. Sus ojos de cachorro iban a ser mi fin—. Sé que la cagué ayer. Despiértala y dile que estoy aquí, y si no quiere hablar conmigo, entonces bien. Me iré.

—Dame un segundo. —Volví a entrar, sin saber cómo arreglar este lío. No quería mentirle a Tobias. No se lo merecía. Pero también quería proteger a Cecile. No sabía qué hacer.

Tobias empujó la puerta y me sorprendió dando vueltas en el vestíbulo.

—¿Por qué no la despiertas?

—Sí, eso es lo que iba a hacer.

Tobias fijó su mirada en la mía e inclinó la cabeza.

—Él está ahí, ¿verdad?

Tragué saliva.

—Sí.

—Lo voy a matar, carajo —dijo Tobias entre dientes, apuntando a la habitación de invitados. La piel cremosa de su cara y su cuello estaba tomando color, y tenía los puños tan apretados que sus nudillos estaban blancos.

Dejé la taza en la mesa del recibidor y corrí tras él, tirando de su brazo con la única mano que me funcionaba.

—¡Tob! Tob, mírame. Por favor, espera.

No me miró y no me esperó. Me arrastraba con él a cada paso que daba. Y entonces la puerta de la habitación de invitados se abrió de golpe.

Jordan saltó de la cama como un guerrero dispuesto a atacar y se cubrió con las manos. Pero supongo que sus manos no eran lo bastante grandes para ocultar sus partes. Y él también se dio cuenta porque agarró una almohada y se cubrió con ella. Sí, iba a ofrecerle esa almohada como souvenir. Sin lugar a dudas iba a ser un acontecimiento memorable.

—Hola, amigo —le dijo a Tobias, con el rostro inexpresivo. Luego se volvió para mirar a Cecile, que permanecía en su sitio, con medio cuerpo bajo las sábanas y los brazos abrazados a una almohada. No hizo más que abrir los ojos y contemplar la escena. Me miró y le pedí perdón con la mirada.

Levantó una ceja y se incorporó, tirando de la sábana. La enrolló con descuido alrededor de su cuerpo mientras se levantaba de la cama y se dirigía al baño. Jordan y Tobias siguieron los movimientos de Cecile con mirada depredadora. Ella cerró la puerta con un fuerte ruido tras de sí.

Me aparté de la escena y me apoyé en la pared junto a la puerta de la habitación de invitados.

—¿Qué puedo hacer por ti? —le dijo Jordan a Tobias. Solo podía ver el perfil de Tobias desde donde estaba, pero casi le estaba enseñando los dientes a Jordan, como un sabueso voraz.

—¿Qué tal si te largas de una puta vez y me dejas hablar con ella? —le respondió a Jordan—. Me parece que ya terminaste aquí.

—No exactamente —le oí decir, seguido de una risa profunda y corta—. Pero qué tal si sales y me dejas ponerme algo de ropa para que me digas cuál es tu puto problema.

Tobias parecía dispuesto a abalanzarse sobre Jordan. Y aunque eran de la misma altura, Jordan era macizo, ancho, poderoso. Mientras que Tobias también era todo músculo, pero delgado y largo.

—Vístete —le ordenó Tobias, lanzándole una camisa que recogió del suelo—. Y no, no voy a irme.

—Como quieras —respondió Jordan. Corrí a la cocina para buscar mi teléfono. Necesitaba refuerzos. No podía permitir que se agarraran a golpes. No cuando Cecile quedaría atrapada en medio de ella.

La solución más fácil y rápida habría sido llamar a William para que los tranquilizara. Pero no podía mirarlo. Y no quería involucrar a Aaron, que podía encargarse él solo de la situación antes de que pudieran percatarse de qué había sucedido.

No podía permitir que se reportara este episodio. Ya tenía bastante con mi padre. Lo último que necesitaba era poner a Cecile y Tobias en la lista negra.

Imaginé que Lily y Joel se habían desvelado anoche porque así eran ellos, y Lily siempre se quejaba de que Joel tenía el sueño muy pesado y se levantaba tarde. Pero él era mi única esperanza.

Por suerte, Lily tomó la llamada con voz ronca tras un par de tonos.

—Lily. Necesito a Joel aquí abajo. Ahora.

—¿Qué pasa? —Su voz sonaba más alerta.

—Tobias vino buscando a Cecile, y Jordan está aquí así que...

—Mierda. Amor. Corazón, despierta. ¡Joel! —Oí un gemido a través del teléfono—. Lo enviaré para allá. —Terminó la llamada y volví para ver qué pasaba.

Jordan estaba vestido, gracias a Dios. Y Cecile aún no había salido del baño. Me quedé a una distancia segura. Y habría escapado a mi dormitorio para buscar refugio, pero no lo hice porque Cecile seguía ahí.

—¿Cómo pudiste? —le dijo Tobias a Jordan con gesto de decepción—. Ayer te lo conté todo. Dijiste que encontrarías la manera de zafarte de ella. ¿Qué demonios?

—Pues ni modo, porque a mí también me gusta. Y mucho. Le pregunté por ti, y me dijo que no eran exclusivos y que había sido clara contigo al respecto. ¿Qué más querías que hiciera?

—Que mostraras un poco de respeto.

—¿Respeto? —se burló Jordan—. Te conozco desde hace años, Tobias. No me vengas con esa mierda de que eres un chico bueno. Tú habrías hecho lo mismo si se invirtieran los papeles. ¿No fue así como terminaste acostándote con ella en primer lugar? Tú, no respetando el hecho de que era la chica de otro tipo. Eso es peor que esto porque ahora mismo, Cecile está soltera, y tiene derecho a elegir con quién comparte su cama. No puedes reclamarla porque sientes que te gusta más que a mí.

—Ese tipo —dijo Tobias, señalando la puerta del baño donde estaba Cecile— no era mi amigo, idiota.

Jordan se quedó mirando a Tobias mientras se pasaba la lengua por los dientes.

Tobias tenía algo de razón, y supongo que Jordan también lo entendía, pero parecía el tipo de hombre orgulloso que no inclinaría la barbilla ni se cruzaría de brazos.

—Estás tratando de voltear las cosas y hacer que esto se trate de mí cuando tú eres la mierda de amigo que no puede mantener su pito en los pantalones —continuó Tobias.

Joel apareció y examinó la situación. Tobias lo miró y sacudió la cabeza. Luego le dirigió unas duras palabras a Joel, que respondió en un tono similar. Todo en sueco, por supuesto.

Tobias apartó la mirada y volvió a fijar la mirada en Jordan. Joel asintió una vez en mi dirección, y de inmediato me sentí más tranquila. Pero estaba estresada por el vuelo de Tobias. ¿Conoces esa horrible sensación que tienes cuando llegas tarde al aeropuerto? No podía evitar sentir esa ansiedad en mis entrañas, aunque a Tobias no parecía importarle la hora.

Oí que Cecile salía del baño, así que me puse detrás de Tobias y vi que ella tenía el pelo mojado sobre su hombro y una toalla bien envuelta alrededor de su esbelta silueta. Se puso en cuclillas delante de su maleta, tomó algunas prendas y volvió al baño. Todos éramos fantasmas, espectros, inexistentes. Ella vivía en una dimensión distinta a la nuestra.

El departamento quedó tan callado que se podía escuchar la respiración profunda y pesada de Jordan y como Tobias tragaba saliva, con la mirada fija en la puerta del baño.

—Tengo que hablar con ella. A solas —dijo Tobias, gruñendo—. Así que será mejor que te vayas, Jordan, o por Dios que te sacaré de aquí a rastras yo mismo.

Jordan se rio.

—Por mucho que me gustaría verte intentarlo, hermano, lo mejor para ti es que no lo hagas. No querría estropear esa cara tan bonita que tienes para la rueda de prensa de Sudamérica. —Las facciones de Jordan volvieron a endurecerse mientras miraba a Joel por encima del hombro de Tobias. Quizá había olvidado que Tobias no estaba solo, pero ahora no parecía ajeno a ello.

Cecile salió del baño vestida y bañada. Se había metido a bañar porque le importaba un bledo que esos tipos se agarraran a golpes mientras ella se enjabonaba, se enjuagaba y repetía.

—¿Ya terminaron? —Su nítido y melódico acento francés cortó el silencio. Se sentó en el borde de la cama, cruzó las piernas y apoyó las manos con elegancia sobre ellas. Estaba pálida y tal vez necesitaba una buena taza de café y unas horas más de sueño. Demonios, yo también lo necesitaba.

—¿Podemos hablar? —contestó Tobias, con rasgos indefinidos, como si prefiriera parecer un robot sin corazón en lugar de mostrar una pizca de desaliento. Estos tipos sabían cómo cambiar de actitud con rapidez. Actores, al fin y al cabo.

—Sí —dijo ella con frialdad.

—Cecile, pensé que... —Jordan comenzó a hablar.

—Tenemos un acuerdo, ¿no? —lo interrumpió con tanta suavidad que uno no se imaginaría que lo estaba rechazando—. Y tengo un asunto pendiente con Tobias.

Maldita sea. Tenía que arrodillarme y rogarle que me convirtiera en su aprendiz.

Jordan resopló y tomó su teléfono del buró.

—Nosotros también tenemos asuntos pendientes —dijo mientras se marchaba. Jordan chocó con el hombro de Tobias, que le cerraba un poco el paso.

Tobias giró y siguió a Jordan con la clara intención de llegar a las manos. Su mirada imploraba una liberación, como si se alegrara de que Jordan lo hubiera empujado al salir para que tuviera una excusa para corresponder el gesto.

Pero Joel se dio cuenta y lo agarró del brazo antes de que pudiera alcanzar a Jordan, que se disculpó conmigo sin volverse antes de salir por mi puerta.

La simple acción de que Joel agarrara a Tobias del brazo había hecho que valiera la pena que estuviera aquí. Impidió que Tobias hiciera algo que con seguridad se le habría salido de las manos, y ni Cecile ni yo habríamos sido capaces de detener.

Tobias se liberó de Joel con un fuerte bufido. Le dijo algo en sueco y desapareció en la habitación de invitados donde lo esperaba Cecile, cerrando la puerta tras de sí.

Tobias perdió su vuelo.

CAPÍTULO 24

Tono

JOEL SE MARCHÓ en cuanto Tobias se reunió con Cecile en la habitación de invitados. Dijo que dormiría unas horas más. No me sorprendió, y sentí mucha envidia, de la mala. Mi mente no me permitía una siesta matutina. Tenía demasiadas cosas en la cabeza. Pero agradecí que Joel hubiera venido a ayudarme. Se merecía volver a la cama.

En lugar de eso, me serví una segunda taza de café y les envié mensajes a Sophie y Nathan. Supuse que Sophie se había quedado en casa de Ren y acerté. Nathan seguía durmiendo, o eso parecía, porque no me respondía.

Acababa de acomodarme en mi sofá de la buena suerte con un libro en el regazo cuando sonó el timbre.

Aaron.

—Buenos días, señorita Murphy —me dijo—. Feliz cumpleaños. —Me dio un abrazo que me hizo sentir un nudo en la garganta. Había mantenido cierta distancia con Aaron desde que volvió del funeral de Caleb.

Me costaba mirarlo, y algo me decía que era mutuo. Su rostro daba más miedo que nunca, no a mí, claro. Sabía lo que se escondía detrás de ese duro exterior. Pero estaba segura de que era una mirada amenazadora para cualquier otra persona que no lo conociera como yo.

Tuve que respirar lenta y pausadamente por la nariz para no caer en aquel pozo oscuro y sin fondo que no dejaba de atraerme.

—La cámara de vigilancia registró movimientos inusuales hace una hora. Así que revisé las grabaciones y vi a Cecile entrando con un tipo alto alrededor de las cuatro de la mañana —explicó Aaron—. No estaba autorizado a subir. Bruce nos dijo que se dirigía al departamento de Tobias, y como su nombre está en la lista de los Sjöberg, se le permitió el acceso.

—Ah, sí, lo siento. Estaba durmiendo cuando sucedió, y no me di cuenta de que Jordan estaba aquí hasta esta mañana. ¿Se informará de esto a mi papá?

—Depende —dijo Aaron, cruzando los brazos—. El video muestra a Tobias irrumpiendo en su departamento detrás de usted, y luego Joel entró minutos después sin llamar ni tocar el timbre. Luego el grandulón salió con cara de pocos amigos. ¿Qué pasó, señorita Murphy?

Maldita sea.

—Aaron, no tuvo nada que ver conmigo. Sí, por desgracia ocurrió dentro de mi departamento, pero estoy bien. Cecile está bien. Tobias sigue adentro hablando con ella.

Aaron levantó una ceja y me miró mientras analizaba la situación.

—No quiero aburrirte con el drama. Tengo miedo de que mi padre haga que Cecile se vaya o algo así. Por favor, no lo reportes. Todos estamos bien. Joel estuvo aquí para asegurarse de que las cosas entre Tobias y Jordan no fueran demasiado lejos.

Aaron no parecía muy contento con mi petición, pero accedió.

—Gracias. Te prometo que no volverá a pasar. —Eso esperaba—. Ah, y acabo de hablar con Sophie. Está en casa de Ren. ¿Podrían ir a recogerla?

—Por supuesto. Iré a buscarla yo mismo. —Asintió y se dio la vuelta, dirigiéndose hacia el elevador.

—¿Aaron?

—Sí, señorita Murphy —dijo por encima del hombro.

Quería preguntarle cómo estaba. Si se la estaba pasando tan mal como yo para de cierta forma compartir el dolor con la esperanza de hacerlo desaparecer. Juntos. Pero no podía convencerme de hacer una pregunta tan obvia cuando ya sabía la respuesta. Y no sabía si él quería hablar de ello, así que me arrepentí.

—No, nada. Nos vemos luego. —Huí a mi departamento, corrí a mi dormitorio y tomé la carta de Caleb de mi buró. Me senté en el borde de la cama y me quedé mirándola, con dos dedos rozando las letras escritas en el sencillo sobre blanco.

ROJITA

Cerré los ojos, me llevé la carta al pecho y la apreté con fuerza, como si de algún modo pudiera succionar el remanente de la esencia de Caleb que aún quedaban en el papel. Pero no pude hacerlo. No podía obligarme a abrirla, y mucho menos a leerla. Y lo único que quería era escucharlo por última vez. Poder decirle lo mucho que lo quise. Lo mucho que todavía lo quería.

Le quería agradecer todo lo que hizo por mí. Por haber existido. Y poder decirle lo infinitamente agradecida que estaba de que nuestros caminos se hubieran cruzado. Y por quedarse todo el tiempo que pudo. Hasta el final.

Que nunca habría tenido suficiente de su hermosa alma y que era egoísta al desear haberme ido yo en vez de él, solo para evitar el dolor insoportable de perderlo.

Cómo deseaba que pudiera seguir viviendo.

Ese pensamiento me quemaba el pecho como ácido goteando tortuosamente sobre mi corazón. Pensar en la vida que tenía por delante y a la que había renunciado por mi culpa. Por mis errores.

Lo que habría dado por un último abrazo, una última mirada a los sinceros y cariñosos ojos avellana de Caleb.

Mi mente se rindió a un sueño profundo mientras me acurrucaba en la cama y apoyaba la cabeza en las almohadas con la carta de Caleb aún apretada contra mi pecho.

Abrí los ojos y vi a Cecile durmiendo a mi lado, con mi mano aún aferrada a la carta de Caleb. Abrió los ojos de golpe cuando me incorporé.

—Hola—, susurré. Parpadeó varias veces y estiró los brazos por encima de su cabeza bostezando.

Se acercó a mí y me abrazó.

—*Joyeux anniversaire.*⁴ —Le devolví el abrazo y guardé rápido la carta de Caleb en el cajón de mi buró. Nathan me había mandado unos mensajes, así que le llamé. Dijo que vendría en una hora y sugirió que fuéramos todos a almorzar.

Perfecto.

Siempre y cuando mi «hermanita» no apareciera. Pero sabía que no había forma de evitarla. Nathan se iba a Londres el resto de la semana y estaba segura de que querría pasar el mayor tiempo posible con ella.

Si Nathan supiera lo que pasó entre William y Zara anoche estaría prendiendo fuego a todo el edificio.

Era extraño saber que tenía el poder de sabotear lo que fuera que se estuviera gestando entre ellos. Pero nunca lo haría. Si eso era lo que William quería, si eso lo hiciera feliz, tenía que respetarlo. Aunque sintiera como si mil agujas se me clavaran en el pecho.

Le conté a Cecile el plan del almuerzo y se apuntó. Luego me dijo que Sophie había llegado y se había bañado. Ahora estaba tomando una siesta en el sofá.

—Nunca me había echado una siesta por la mañana —le dije a Cecile riendo.

—Son las mejores. —Ella también se rio, pero su sonrisa se desintegró con rapidez.

—¿Estás bien? —le pregunté—. ¿Quieres hablar de lo que pasó?

—Sí. Estoy bien —dijo, jugando distraídamente con sus uñas—.

Pensé que había sido clara con Tobias. Pensé que sería más fácil ser honesta desde el principio. Pero ahora veo que fue un error.

—Me siento fatal, Cecile. No quería causar problemas cuando te presenté a Jordan. Y Tobias me tomó por sorpresa. No imaginé que fuera a venir aquí, y no supe cómo evitar que entrara a tu habitación. Lo intenté. Pero cuando se dio cuenta de que Jordan estaba aquí se volvió loco. De verdad le gustas. Nunca lo había visto así, tan afectado por alguien.

Cecile suspiró.

—Me gusta Tobias. Tanto que me preocupa. No sé. Me hace querer huir. Pero cuando lo veo, simplemente... me derrito. Y es difícil mirarlo porque me recuerda lo que pasó con Paul. Me hace sentir que algo anda mal conmigo y con lo que hice.

»Y me pregunto, si lo hice una vez, ¿lo volveré a hacer? No quiero ser esa persona. La infiel que va por ahí haciendo daño a la gente. Y tengo tanto miedo de lastimar a Tobias. Siento que no es la forma ideal para empezar algo con alguien nuevo, engañando a alguien más.

»Por eso le dije que no sería nada más que sexo, porque pensé que lo estaría protegiendo. Esperaba que de alguna manera pensara que no significaba nada y que lo mantuviera alejado. Pero sigue volviendo, y yo sigo queriendo que vuelva. —Cecile cerró los ojos y se pasó los dedos por las sienes—. Tengo una resaca tremenda.

—Espérame aquí. —Corrí a la cocina y le serví una taza de café. Sophie seguía dormida en el sofá. Todavía quedaba algo del café que preparé por la mañana, y se había estado manteniendo caliente en la base. Tomé el frasco de ibuprofeno del armario del vestíbulo de camino a mi dormitorio.

—Tu desayuno —dije, colocando la taza de café y las pastillas en el buró junto a ella.

—¡Ah! *Merci beaucoup*⁵ —Se llevó la taza a los labios y gimió al primer sorbo—. Qué bueno está —dijo, levantando ligeramente la taza en una especie de gesto de agradecimiento—. Justo lo que necesitaba.

Un ligero escalofrío me recorrió la espalda. Lo último que necesitaba ahora era oír gemidos. Seguía sintiéndome disgustada por las reacciones de Zara ante lo que fuera que William hubiera hecho para provocarlas.

—¿Estás bien? —preguntó Cecile, tomando otro sorbo de café, con el ceño fruncido, analizando.

—No. —Estaba cansada de decir siempre que sí, que estaba bien. No estaba bien, y quería poder decirlo—. Pero aún no hemos terminado contigo. Hablaremos de mí más tarde. ¿Qué hay de Jordan, entonces? Si tanto te gusta Tobias, ¿por qué no te permites explorar una relación con él?

Cecile resopló y sacudió la cabeza como si tampoco se le ocurriera una respuesta.

—Pensé que sería divertido provocar un poco a Tobias. Había estado distante conmigo los últimos días antes de la fiesta. Nos vimos en París hace unas semanas, y apenas salimos de mi departamento. Él... —Cecile sonrió, y juro que vi que sus mejillas se sonrojaron un poco— se portó muy bien conmigo, Billie, y yo... bueno, fui una perra descorazonada, como era de esperar. Y no le dije que venía a Nueva York, así que se enfadó conmigo. Y me ignoró ayer en la fiesta cuando llegué. Así que cuando me presentaste a Jordan pensé que podría usarlo para poner celoso a Tobias. Para atraerlo de nuevo.

—Bueno, funcionó, ¿no?

—No funcionó. Quiero decir, funcionó porque, sí, Tobias vino a buscarme de inmediato, pero no esperaba que me gustara Jordan. Y me gustó. Mucho. —Cecile exhaló un suspiro por la boca y dio otro sorbo a su café.

Dejó con cuidado la taza en el buró, se llevó dos pastillas a la boca, volvió a tomar la taza y se las tragó con un largo sorbo de café.

—Obviamente le dije lo mismo que a Tobias. Que solo era sexo, que ahora mismo no buscaba nada formal, que solo quería divertirme. Rápido aceptó, así que lo traje aquí. Le hablé de Tobias y le pregunté si le parecería bien, y no le importó.

Cecile frunció los labios y apartó la mirada. «¿Está avergonzada?». No quería que lo estuviera.

—Lo siento, Billie. Sé que no debería haberlo hecho, pero...

—No me importa. Solo me sorprendí cuando abrí la puerta esta mañana buscándote y encontré a Jordan durmiendo a tu lado. —Me tapé la cara sintiéndome turbada, y la risa de Cecile rugió en el dormitorio.

—Es guapísimo, ¿verdad? —dijo mordiendo el labio.

—Bueno, tiene un cuerpo estupendo. —No podía negarlo. Aunque el aspecto de chico malo tatuado no era lo mío—. Pero es tan diferente a Tobias.

—Sí, pero los dos son geniales, y después de hoy no sé si alguno de los dos me seguirá queriendo. —Cecile no parecía triste, sino decepcionada de sí misma. Y yo odiaba esa expresión en su cara. Ella era la mejor, y yo necesitaba que ella pudiera verlo.

—No seas ridícula. Los dos están enojados porque les gustas. Y los dos te quieren para ellos solos. Tú eres la que tiene que averiguar lo que quieres. —Me sentí como una hipócrita sugiriéndole eso como si yo fuera una experta en elegir y averiguar una mierda.

—Pero ¿qué pasa si no quiero averiguarlo todavía?

Vaya. En eso, Cecile y yo éramos tan diferentes. Ella era tan... libre. ¿Por qué tendría que apresurarse a tomar una decisión? Si es que tenía que tomar alguna. Por otro lado, yo estaba constantemente preocupada y luchando contra mí misma, apresurándome a tomar decisiones que ni siquiera estaba segura de si eran correctas para mí o no.

Y quería seguir diciéndome a mí misma que había hecho lo correcto al elegir a Nathan, pero seguía sintiendo que había sido una decisión apresurada. La verdad era que no estaba preparada para dejar ir a William, pero lo hice por miedo a perder a Nathan, y ahora, después de lo ocurrido con Zara, ya no había vuelta atrás. Estaba demasiado dolida para admitir que me había molestado escucharlos teniendo sexo. Espera... ¿dolida? Prueba: devastada.

—¿Cuál es tu secreto? —le pregunté a Cecile. Me miró con cara de interrogación—. Ya sabes, ¿cómo los manejas tan bien? —Me reí después de hacer la segunda pregunta, recordando cómo ella no había expresado ni una pizca de preocupación o estrés cuando Tobias apareció queriendo matar a Jordan.

Soltó una risita muy linda, negando con la cabeza. Nunca imaginaría la fiereza que había debajo de su dulce sonrisa.

—Puedes decir lo que piensas y salirte con la tuya si cuidas tu tono.

Apartó la mirada, se terminó su café y dejó la taza sobre el buró.

—Bueno, al menos eso me ha funcionado en el pasado. Pero ahora me siento un poco perdida. Tal vez tendré que reevaluarte porque no estoy segura de poder manejar a Jordan y a Tobias. No después de lo de hoy.

—Bueno, creo que deberías seguir siendo sincera —sugerí—. Con ellos, por supuesto, pero también contigo misma. No todo el mundo sabe sentirse cómodo haciendo eso, y si tú lo eres, deberías seguir así.

—A veces temo que la sinceridad sea demasiado cruda. Siento que le hago daño a Tobias cada vez que tenemos una de estas conversaciones. Pero después de lo que pasó con Paul no quiero arriesgarme. No quiero dejar nada a la obviaidad.

—Entonces, ¿de qué hablaron? —Tenía mucha curiosidad por saberlo—. Ya sabes, aparte del hecho de que Tobias me odiará para siempre. Estoy segura de que lo mencionó en algún momento.

—Tobias te adora, créeme —dijo Cecile, levantando una ceja—. Es obvio que está molesto porque conocí a Jordan, pero incluso si no me lo hubieras presentado, Jordan me dijo que se habría presentado él mismo. Así que era inevitable, supongo. Y le dejé claro a Tobias que no te había dicho nada, y por alguna razón también estaba dolido por eso. Pensó que habría significado algo si te hubiera hablado de él. La única razón por la que no te dije nada fue precisamente porque tengo miedo de admitir lo mucho que me gusta. Así que le dije que necesitaba tiempo.

Las palabras de Cecile resonaron en lo más profundo de mi ser. Nuestras situaciones eran diferentes, pero ella estaba dividida entre dos chicos que le gustaban. Y yo podía identificarme con eso, por supuesto. Aunque en mi caso iba mucho más allá de «gustarme».

Envidiaba que aún tuviera tiempo para tomar una decisión cuidadosa sobre lo que quería, tiempo que yo no tenía. Y estaba tan comprometida con Nathan que perderlo no solo habría sido trágico, sino también desgarrador. Se me rompería el corazón de una manera que no sabía si sería lo bastante fuerte para recuperarme.

No tenía nada a mi favor, solo un sentimiento constante que me jalaba y exigía ser reconocido por mucho que intentara ignorarlo, enterrarlo, sofocarlo. Era inútil.

Como siempre, Cecile captó las emociones que no lograba ocultar mientras mis pensamientos me carcomían.

—Te toca, cumpleaños —dijo, señalándome con la barbilla—. Cuéntamelo todo.

Y se lo conté. Se lo conté todo.

CAPÍTULO 25

Tómate tu tiempo

A CECILE NO le sorprendió en absoluto mi enredo con William. Y estaba de acuerdo conmigo con respecto a Zara.

—No dejaba de abrazar a Tobias —dijo con un gruñido—. Estuve a un abrazo de saltar sobre ella. No puedo creer que se acostara con William. ¿Por qué está tan obsesionada con ellos? ¿Crees que podría haberse acostado con Tobias en el pasado?

Cecile también estaba celosa de Zara. Y a mí me parecía trágicamente divertido que Zara tuviera el ingenio de hacernos enloquecer a las dos sin siquiera saberlo. Aunque a Cecile le gustaba pensar que Zara estaba consciente de ello y que de alguna manera se divertía haciéndonos sufrir en silencio.

Una parte de mí quería pensar que Zara no era tan mala. Sin embargo, mi conclusión era que a quien en realidad quería era a William. El amor que mostraba por el resto de los hermanos Sjöberg era el resultado de conocerlos de años y admirarlos, ya que habían triunfado en algo que ella también quería hacer. Actuar.

—No la soporto —dijo Cecile con una risita entrañablemente malvada. Sabía que no lo decía en un sentido literal, sino más bien como «me molesta». Pero es guapísima.

Sí, en eso estaba de acuerdo con Cecile.

Sonó el timbre y supuse que era Nathan. Cecile me siguió hasta la sala, donde Sophie dormitaba. Seguro que no había dormido mucho la noche anterior, igual que Cecile. Y por la misma razón.

—¡Hola, tú! —Estaba emocionada de ver a Nathan. Necesitaba verlo para reafirmarme en mi decisión de elegirlo. Y por la expresión de su cara, sabía que quería continuar donde nos habíamos quedado anoche.

Verlo siempre me hacía sentir bien. Por eso era tan difícil no querer elegirlo. Era reconfortante, familiar, seguro.

Entró, cerró la puerta y me besó. Retrocedí mientras me llevaba a mi dormitorio, con las manos en la cintura y los labios pegados a los míos, sin dejarme explicarle que mis amigas estaban en la sala, y de seguro mirándonos.

—Nathan —susurré, rompiendo el beso. Miré por encima de su hombro y él se giró para ver lo que yo estaba mirando. Cecile nos hizo un gesto con la mano.

—Si me disculpan, señoritas. Tendré que robársela unos minutos —dijo con una sonrisa encantadora.

—¿Unos minutos? —me burlé.

—Puedo hacer que esto dure tantos minutos como quieras, amor —dijo, tomando mis mejillas—. Ya desperdicié toda la noche durmiendo solo en mi cama, así que tendré que recuperar el tiempo perdido en algún momento del día.

—¡Morimos de hambre! —gritó Sophie riendo, molestándonos.

—¡Sí! ¡Háganlo rápido! —dijo Cecile.

—¡Nathan será tan rápido como Jordan! —grité mientras Nathan seguía dando pasos lentos hacia mi cuarto. Cecile había compartido algunos detalles sobre lo bueno que había sido el sexo con Jordan, cómo se había tomado su tiempo con ella y lo mucho que lo había disfrutado.

—¡Entonces iremos a fumar a la azotea! —Cecile levantó a Sophie del sofá. Oí que Sophie le preguntaba a Cecile a qué me refería con el comentario de Jordan, cuando Nathan por fin me llevó a mi habitación y cerró la puerta. Al menos se entretendrían hablando de eso mientras tanto.

—¿Dónde está el collar? —preguntó Nathan con un tono grave y exigente. Moví la barbilla hacia el buró y él se acercó para agarrar el collar de rubí que me regaló la noche anterior.

Lo tomó y se puso detrás de mí, sacándome la camiseta por la cabeza con un movimiento rápido. Sus manos me rozaron la mandíbula y las clavículas mientras me ponía el collar alrededor del cuello.

—No puedo quitarme de la cabeza esa imagen tuya usando solo esto —me dijo, besándome el cuello con suavidad—. Es lo único en lo que pude pensar anoche.

Me dio la vuelta para que me pusiera frente a él, me quitó los pantalones y se arrodilló ante mí.

—¿Tú también pensaste en mí? ¿Como yo? —Me besó la cara interna de los muslos mientras yo me agarraba a su cabeza para mantener el equilibrio.

—Sí —mentí. No lo había hecho, pero no iba a arruinar el momento diciendo que no. No solo no ayudó el drama de William, sino que además me había desmayado de cansancio. Y luego tuve que lidiar con los gemidos de su hermana, lo cual se sintió como un balde de agua fría.

Así que no es que no pensara en él porque no quisiera, sino porque no tenía energía para entrar en ese espacio mental.

—Bien —respondió, poniéndose de pie y desabrochándose la camisa. Mis manos se dirigieron a sus pantalones, sintiendo su erección—. Entonces, ¿cómo va a ser? ¿Rápido y duro? ¿O debería tomarme mi tiempo?

Me sonrojé, pero saboreé la exigente necesidad de su voz. Y admitirlo me hizo sonrojar aún más. Esbozó una sonrisa triunfante y orgullosa al notar mi reacción.

—¿Qué tal una mezcla de ambos y no ponemos temporizador?

—sugerí, recostándome para concederle la imagen que tan desesperadamente deseaba: yo, en mi cama, con nada más que el collar de rubí.

—Pues que esperen.

Si William estaba en casa o no, no podría haberme importado menos. No después de lo de la noche anterior. Él había marcado la pauta y, por fin, me había librado de la ansiedad de que escuchara desde el otro lado de la pared.

Nathan y yo nos bañamos. Mientras nos vestíamos y nos preparábamos para salir, le pregunté dónde íbamos a almorzar y si Zara nos acompañaría.

—No me contesta, lo cual es extraño —dijo Nathan—. Y no pienso llamar a William, pero lo haré si no contesta en las próximas horas. Quizá debería tocar y ver si está ahí. Aunque puede que esté durmiendo.

Era posible que hubieran estado juntos toda la noche y estuvieran durmiendo juntos en la cama de William.

—Seguro que está bien —le dije—. Deberíamos irnos. Me muero de hambre. Si te llama, invítala a reunirse con nosotros. —Prefería que Nathan no tocara la puerta.

Esperaba que no viniera, y finalmente nos fuimos a almorzar.

Lily y Joel se reunieron con nosotros también, y casi habíamos terminado cuando Zara llamó a Nathan.

«Hola... Bueno, estamos almorzando y quería que vinieras con nosotros, pero ya terminamos. ¿Por qué no contestabas el teléfono? ¿Estás bien?... ¿Vas a dónde?... ¿Sagaponack?... Zara... Sé que no soy papá, y créeme cuando te digo que no quiero serlo, pero sigo siendo tu hermano y... No... Tienes reuniones en la ciudad... Pero... No es práctico ir y venir casi todos los días... Podrías quedarte conmigo, con Billie, o con Lily y Joel... Bueno, adiós... Como quieras... Adiós... No... Adiós».

Nathan dejó caer el teléfono sobre la mesa con un ruido sordo. Joel se dirigió a él en sueco y él le respondió con un tono enojado y exasperado. Lily me miró con los ojos muy abiertos un segundo y luego apartó la mirada, por fortuna.

No pude evitar recordar que William me había dicho que nunca llevaba chicas a Sagaponack, que yo había sido la única chica que había entrado en su habitación y dormido en su cama. Y eso me gustaba. No solo haber sido la primera, sino la única que había estado ahí.

Y ahora había llevado a Zara también. A su santuario. Para seguir haciendo allí lo que al fin y al cabo había decidido hacer con ella. En la misma cama en la que había dormido hacía casi un año.

Esperaba que hubiera quitado la fotografía mía que guardaba en su buró. No quería que se convirtiera en un problema con Nathan. No quería saber qué pasaría si Zara la veía, en caso de que William aún la mantuviera ahí.

—¿Qué dijo? —le pregunté a Nathan, poniendo mi mano en su nuca, masajeándola con suavidad con los dedos, esperando que le ayudara a relajarse. Sabía que estaba furioso.

—Bueno, William decidió mudarse a Sagaponack indefinidamente, y Zara se quedará ahí con él.

«¿William se mudó a Sagaponack? ¿Indefinidamente?».

Estaba segura de que le resultaba más fácil esconderse allí en lugar de confrontarme cuando yo estaba cien por ciento segura de que él era consciente de lo que estaba haciendo con Zara. De que los había escuchado y ahora estaba al corriente de las decisiones que él había tomado. Que con sus acciones invalidaba cada gran gesto que había dicho y hecho antes porque ¿cómo iba a creer que William quería algo en serio conmigo cuando podía cambiar con tanta facilidad?

Prefería irse antes que arriesgarse a volver a verme.

Cobarde. «Escóndete en Sagaponack».

CAPÍTULO 26

Estar presente

12 de mayo de 2010

Yo: ¡Hola, tú! ¿Ya estás en el avión? El evento empieza a las 7:00 p.m. en punto, así que si vienes directamente del aeropuerto, deberías llegar a Parsons alrededor de las 6:30 p.m. Nos vemos ahí, ¿sí?

Nathan: No alcanzo a llegar, amor. Lo siento mucho.

¿Puedo llamarte en 15 minutos?

Yo: ¿Perdiste el vuelo?

Nathan: Estoy atorado en una reunión. Estamos batallando para que los clientes nos firmen los documentos que les trajimos. Quieren hacer cambios de último minuto. No puedo irme hasta

que los papeles estén firmados y todo el mundo esté contento.

Yo: Pero si llegas para el día 14, ¿verdad? Te necesito aquí.

Era el aniversario de la muerte de mi madre, pero de alguna manera este año se sentía más pesado con la ausencia de Caleb. Sabía que sería un día difícil, y no estaba en los mejores términos con mi padre.

Caleb era quien solía consolarme ese día. Venía a la iglesia y se sentaba a mi lado porque mi padre nunca podía. Nunca quiso, supuse. Lo achacaba a su apretada agenda. Y cada persona vive el duelo de forma diferente, así que he intentado ser respetuosa.

Este año mi sistema de apoyo se redujo a Nathan. Sabía que tenía amigos que habrían venido encantados a la iglesia si se los hubiera pedido, pero era una parte muy íntima y vulnerable de mí y de mi pasado. Y aunque todos sabían que mi madre había muerto, no me había sincerado con todos sobre los detalles de mi experiencia.

Por eso necesitaba a Nathan. La única persona viva con la que me había sincerado sobre mi madre, aparte de él, era William. Y no solo estaba fuera de discusión, sino que se había ido. Estaba desaparecido.

No lo había visto ni sabía nada de él desde mi cumpleaños. Y mentiría si dijera que el noveno piso no se sentía vacío sin él. Aunque ambos vivíamos vidas separadas, su presencia siempre se sentía y se oía.

En cierto modo, me había hecho un favor marchándose. Pero lo extrañaba, sabiendo a la perfección que no debería extrañarlo. Por eso recé para que no volviera. Incluso cuando una parte de mí, por pequeña que fuera, esperaba que lo hiciera.

Algún día.

Ya se había ido por largos períodos cuando trabajaba en algún rodaje, pero siempre regresaba, al menos yo sabía que lo haría. Pero ahora no había forma de saber si regresaría o no, o cuándo, si es que alguna vez planeaba hacerlo.

Una vez me dijo que le gustaría pasar más tiempo en su casa de campo y bajarle el ritmo al trabajo. Y como aún se estaba recuperando de la operación y se estaba tomando las cosas con calma, supongo que era la mejor oportunidad para hacerlo.

Yo también estaría ahí la mayor parte del tiempo si fuera él. Ese lugar era increíble.

Nathan: Lo sé, amor. Ahí estaré. Te lo prometo. Te llamaré en 15 minutos. Lo siento muchísimo. Me siento como un verdadero idiota. Te lo compensaré.

Yo: Está bien, no te preocupes. Llámame cuando puedas.

Era una exposición de fotografía organizada por el comité de profesores quienes habían seleccionado algunas obras de estudiantes de todos los niveles del programa de fotografía. Una de mis fotos fue elegida. Era un retrato que le hice a una de las bailarinas cuando fuimos al Ballet de Nueva York unas semanas antes.

Ese día todos tuvimos tiempo para fotografiar a cada una de las bailarinas. Una de ellas fue la que más me llamó la atención: Vivienne. Llevaba el pelo castaño claro recogido en un chongo muy apretado y perfecto. Sus ojos parecían ámbar fundido, se veían casi naranjas. Y eran unos de los ojos más tristes que había visto en mucho tiempo, aparte de los míos.

¿Quieres revelar la esencia de alguien? Fotografíalo.

Podía ver que la artista que había en ella hacía un magnífico trabajo ocultando lo que le preocupaba, pero el dolor reconoce el dolor. Con bastante facilidad. Y cada movimiento, cada mirada, cada posición de su esbelta figura era irónicamente frágil y poderosa al mismo tiempo. Muy revelador.

Cuando fotografié a Vivienne habían pasado veinte días desde la muerte de Caleb. Y mirarla a los ojos era como mirarme en un espejo, con una tristeza tan profunda en ellos. Me habría encantado decirle que podía ver su dolor y que yo también sufría, pero me concentré en fotografiarla, y el retrato quedó impresionante. Mis profesores estuvieron de acuerdo.

La revelé en blanco y negro; aun así, se veía el fuego en sus ojos.

Nathan aún no había visto la fotografía y me hacía ilusión enseñársela. Pero ya era oficialmente socio de Chapman & Payne, y la promesa que me había hecho el señor Chapman de que Nathan no viajaría tanto tras su nuevo ascenso había sido, después de todo, una mentira. Se marchó al día siguiente de mi cumpleaños y se quedó en Londres cinco días.

Pero no me sorprendió que Nathan ahora viajaba aún más entre Londres, Nueva York y Washington, D.C.

Intenté ser comprensiva y centrarme en los estudios, lo que siempre era de ayuda. Pero la verdad era que nuestra situación era una mierda. Sentía que cuanto más crecía en el bufete menos lo veía. Yo quería que fuera feliz haciendo lo que le gustaba, pero por desgracia me recordaba a mi padre y su adicción al trabajo.

Quince minutos después Nathan me llamó, como había dicho. Me dijo que la reunión no había ido bien y que tenía que quedarse otro día en D.C. Pero prometió tomar el primer vuelo de vuelta a Nueva York el día 14 y acompañarme a la iglesia. Dijo que estaba orgulloso de que mi fotografía fuera seleccionada para la exposición.

Yo no le pedía mucho. Solo quería que estuviera presente cuando fuera importante. Cuando lo necesitara. Como siempre hice por él.

Mis amigos llegaron puntuales a la exposición para mostrarme su apoyo. Mi padre prometió estar ahí, pero yo sabía muy bien lo que eso significaba. Tal vez aparecería cinco minutos antes de que terminara y me felicitaría con los ojos entornados y la sonrisa más grande y cálida que normalmente me desarmaba y me derretía. Yo lo perdonaría pensando: «Bueno, ya está aquí, ¿no?».

Esta vez tampoco me defraudó porque eran las 8:30 p.m., el evento terminaba a las 9:00 p.m. y él aún no había llegado.

Nolan preguntó por la ausencia de Nathan, y yo respondí a la pregunta con un tono frío. Frunció el ceño y me disculpé rápido. Pero estaba enojada y, como siempre, me costaba disimularlo.

Me molestaba que Nathan no estuviera y que mi padre me decepcionara, porque así de sensible era yo cuando se acercaba el aniversario de la muerte de mi madre.

Me apartó.

—¿Estás bien, Bee?

—No —respondí en un tono neutro.

Mi conversación con Cecile había sido muy esclarecedora. Estaba aprendiendo a decir las cosas que quería decir, a admitir mis sentimientos y a utilizar el tono adecuado al hacerlo.

Necesitaba algo de práctica, pero al menos ahora era consciente de cómo solía querer fingir que todo estaba bien cuando no lo estaba. Era agotador. Ya había terminado con eso. No ayudaba a resolver nada ni a mejorar las cosas.

Lo extraño de esa práctica era observar cómo reaccionaba la gente ante tu sinceridad. No todo el mundo la quiere o sabe qué hacer con ella.

La mayoría de la gente te pregunta cómo estás, esperando un: «Bien, ¿y tú?». Y entonces la otra persona dice: «Bien, gracias». Pero eso no es una conversación real. Es protocolo social, y me pregunté si no debería intentar cambiar las cosas, pero fue un experimento interesante.

Nolan no huía tan rápido de una respuesta sincera. Y era uno de mis amigos más cercanos. Uno de los pocos que me conocía bien.

—Siento que no hayamos podido hablar desde tu cumpleaños. Hemos estado tan ocupados con los finales que no volví a preguntarte por eso que me contaste de ya sabes quién.

Ah. William. Mis sentimientos por William, para ser exactos.

Nolan y yo estábamos en la misma página. Ambos estábamos perdidos porque, como él, yo tampoco sabía cómo me sentía. Y con el entrenamiento que había tenido durante años para guardar las cosas con candado y tirar la llave, no era fácil reunir el valor para abrir el baúl y ver qué sensaciones sobrevivían dentro, sobre todo después de que William desapareció.

—Creo que ambos hemos decidido dejar atrás lo que sea que eso fue —respondí.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, inclinando la cabeza con curiosidad, frunciendo el ceño de manera sutil.

—Hablamos aquella noche. Me di cuenta de que la idea de perder a Nathan era demasiado dolorosa para considerarla siquiera, y William me preguntó directamente si había elegido a Nathan. —Hice una pausa por un segundo, el recuerdo de aquella escena me mordisqueaba la mente—. Dije que sí.

Nolan asintió mientras se inclinaba para escuchar. Mantuve la voz baja, por supuesto.

—Bueno, pero estamos hablando de William. Nunca te cree cuando le dices ese tipo de cosas. Se ríe, te enojas muchísimo y al día siguiente todo vuelve a la normalidad, que consiste en que a William no le importa un carajo y hace locuras para conquistarte —dijo Nolan, con una sonrisita en la cara. De verdad se sabía todas las historias—. ¿Cuál es la diferencia esta vez? Aparte de que ya admitiste que sientes algo por él. No que esté muy sorprendido que digamos.

—Bueno, se acostó con Zara esa noche, y lo oí a través de la pared. Así que supongo que llegó a su límite.

Nolan se aclaró la garganta.

—¿Qué? —Bajó la barbilla—. ¿Zara, la hermana de Nathan?

—Por desgracia, es la única Zara que conozco.

—¿Y estás segura de que sucedió? —preguntó Nolan, frunciendo las cejas, con cara de confusión.

Resoplé y negué con la cabeza. «Sé lo que oí».

—¿Por qué es tan difícil de creer? Vi lo territorial que era y cómo lo persiguió como un cachorro toda la noche. Y tengo la sensación de que así ha sido durante años.

Nolan se frotó la mandíbula. Su mirada se desvió, mirando a nada en particular.

—No sé. Debía de estar destrozado para haber hecho eso. Yo solo... mierda, qué horror.

Levanté las cejas y me encogí de hombros. ¿Qué esperaba? Yo me acostaba con Nathan, así que ¿por qué no iba él a hacer lo mismo con quien le apeteciera llevarse a la cama? ¡Es William Sjöberg! Podía tener a quien quisiera. No iba a esperar a que me decidiera.

«Tuvo suficiente».

Y yo no era idiota. Era tonto creer que no había tenido sexo con nadie en los últimos meses, pero al menos no traía chicas a su departamento. Estaba agradecida por eso, pero había hecho una declaración en mi cumpleaños. «Ya no voy a cuidar tu corazón».

—Y no creo que esté saliendo con Zara porque lo busqué en Google y... mierda, sé que no debería haberlo hecho, pero lo he estado haciendo últimamente. Tengo tanta curiosidad por saber qué ha estado haciendo, y ha estado saliendo mucho. Hay un montón de fotografías de él entrando o saliendo de diferentes bares, con diferentes chicas cada vez. Los titulares no son nada alentadores. Y sé que no debería importarme, pero...

—Sí te importa —terminó Nolan la frase. No estoy segura de que fuera eso lo que iba a decir, pero sí, básicamente. Era enloquecedor verlo, pero no podía dejar de googlearlo—. No deberías ver esas noticias. Siento que la mayoría son mentiras. Te estás volviendo loca sin razón.

—Bueno, encontré un estúpido sitio web que publica fotografías de paparazis con la fecha, el lugar y todo. Y parecen recientes —dije con un suspiro lleno de exasperación—. Sé que no puedo quejarme. Pero es frustrante verlo con una chica diferente cada vez que escribo su nombre. No puedo evitar sentir celos, pero estoy segura de que el sentimiento se desvanecerá con el tiempo. Al menos, no las está llevando a su departamento. —«Todavía...».

Nolan alzó una ceja.

—Sí, ya sabes, siempre y cuando no lo vuelvas a ver en persona, lo cual es muy improbable ya que es tu vecino de al lado.

—Se mudó —aclaré—. Ahora vive en Sagaponack.

—Mmm. Supongo que será útil para los dos. La distancia crítica.

—Supongo. Ay, este maldito yeso. —Me rasqué alrededor de los bordes del material áspero que me envolvía el antebrazo. Pero la comezón venía de más adentro, y me estaba volviendo loca.

Por fortuna el viernes por fin me iban a quitar el yeso. Iba a ser un día lleno de acontecimientos, el 14 de mayo. Era el aniversario de la muerte de mi madre, me iban a quitar el yeso de la muñeca y, no lo olvidemos... también era el cumpleaños de William.

—Espera —dijo Nolan, riendo. Se apartó y fue con Emily, que sacó una pluma de su bolsa y se la entregó con una sonrisa. Nolan volvió y me la dio—. Para que te rasques.

—¡Por Dios! Gracias. —Introduje la pluma entre el yeso y la piel que me picaba y me rasqué como Nolan había sugerido—. Oooh, sí.

Nolan volvió a reírse.

—Quizá quieras bajar la voz, Bee. Suena raro.

Me reí con él e hice una ligera mueca.

—Lo siento. —Mi sonrisa se desintegró—. Eso fue básicamente lo que oí ese día del otro lado de la pared. Pero más alto. Así que, ¿tú qué opinas? —Le devolví la pluma a Nolan.

Entrecerró los ojos, obviamente de acuerdo con mi hipótesis.

—Nah, puedes quedártela —dijo, agitando una mano despreocupada—. Deberías llamar a Nathan y rascarte el brazo con esa pluma. Verás lo rápido que se sube a un avión y vuela de vuelta a Nueva York.

—¡Nolan! —Lo empujé juguetona.

—¡Solo lo digo! —Se echó a reír—. Entonces, ¿Nathan ha estado muy ocupado o qué?

—Sí. Creo que su trabajo es cada vez más intenso. Me alegro de que lo hayan ascendido, pero pensé que delegaría parte del trabajo y no ha sido así.

—Bueno, Nathan es un abogado adulto, ¿qué esperabas? Eso te pasa por andar con un viejo como él.

—¡Oye! Solo tiene veintiocho años, y me gustaría ver que se lo digas a Nathan a la cara. —Le alcé una ceja. Nolan estaba de un humor muy juguetón. O tal vez estaba tratando de animarme; estaba funcionando.

—Paso. —Soltó una carcajada baja y ligera—. Solo no dejes que esa vibra adulta y seria te afecte. No olvides que tienes veintiuno. El tipo tiene casi treinta. A menos que eso sea lo que quieres. —Nolan se apartó una de sus ondas castañas de la frente. Ahora eran más largas.

—Le he dicho a Emily varias veces que siento que un día vas a entrar a la escuela con un gran anillo en el dedo.

—Oh, no. No, no, no. —Abrí los ojos de pánico. Nolan se dio cuenta de mi reacción.

—¿Ves a lo que me refiero? Digo «anillo» y entras en pánico.

—¡No, no es cierto! —chillé.

—Te lo juro por Dios que no va a llegar a finales de año sin proponerte matrimonio —dijo Nolan, cruzando los brazos, con los dedos tamborileando en los bíceps, mientras me miraba entrecerrando los ojos, estudiándome.

—Nolan, tienes que parar o necesitaré un somnífero esta noche.

—Solté una risita nerviosa y entrecortada.

—Mira, lo siento, pero no puedo superar nuestra conversación de tu fiesta. Cómo se te pusieron los ojos vidriosos cuando hablaste de... —miró por encima de ambos hombros— William. De que sentías algo por él. Así que me cuesta creer que hayan desaparecido. Y sé que tal vez estés herida después de oírlo con Zara. No puedes negarlo.

Nolan ahora me estaba ayudando a rascarme otro tipo de comezón, como diciendo: «Oye, encontré esta llave. ¿Por qué no abres ese cofre y ves qué pasa?».

—Y oye, está bien no saber lo que quieres a nuestra edad. Como dije antes, tienes veintiuno. Y por alguna razón, tengo la sensación de que sientes que necesitas tener toda tu vida resuelta, pero no es así. Así que me pregunto si Nathan te hace la gran pregunta en los próximos meses, o digamos dentro de un año si exageramos, ¿estarías preparada para algo así?

No.

Me sentía como si quisiera hacer y experimentar un millón de cosas, y no es que sintiera que Nathan me lo impidiera, pero no estaba segura de que estuviera dispuesto al tipo de aventura que mi alma me estaba exigiendo. Y ni siquiera sabía si sería capaz de salirme con la mía en alguna de las numerosas cosas que se me pasaban por la cabeza: las posibilidades, pero al menos tenía que intentarlo.

Sabía que quería viajar después de graduarme, tomar mi cámara y viajar. Y de nuevo, ni siquiera sabía si tal cosa era posible con mi padre tal como era, pero ¿y si un día accedía?

Nathan no podía dejarlo todo y acompañarme. Y no me importaría irme sola de viaje de vez en cuando. ¿Pero cómo funcionaría con Nathan? Nunca había estado en una relación a distancia y no sabía si funcionaría para nosotros.

Por eso, escuchar a Nolan especular sobre anillos y propuestas de matrimonio era un nivel cinco de cinco en la escala de ansiedad.

—Me contaste que no para de hacer bromas sobre el matrimonio y eso —continuó Nolan—. Sabes que te está midiendo, ¿verdad? Quiere ver si te ríes o si te asustas.

—Bueno, por lo general me río, pero es más que nada por los nervios, así que no sé qué puede estar deduciendo.

—Mierda, Bee —dijo Nolan, sacudiendo la cabeza un par de veces—. Por tu cara de «cómo me bajo de esta atracción», algo me dice que no estás preparada para nada de eso. Y te juro que no estoy intentando jugar con tu mente o algo así. Sé que Nathan no se lo pensaría dos veces en hacerme alguna llave de Krav Maga por esto, pero creo que a veces eres demasiado dura contigo misma.

Eso era lo que Juan Pablo me había dicho la última vez que lo vi, que tenía que dejar de ser demasiado dura conmigo misma. Y en ese momento no me di cuenta de lo que quería decir. Entendía el significado de la frase, pero no sabía en qué contexto o en qué casos se aplicaba a mí.

Seguía debatiéndome entre si Juan Pablo era un mentiroso o no, pero, rayos, siempre daba en el clavo en la mayoría de las cosas que decía. Me hubiera gustado encontrarme con él para darle una paliza por lo que le había hecho a Nina. Era muy injusto que ella tuviera que soportar todas sus tonterías mientras salía con él.

—Creo que tú y Nathan hacen una gran pareja. Sabes que me cae bien, y sé que él te ama y que tú lo amas. Así que lo que digo es... Trata de ser honesta con él sobre dónde estás con todo. Acerca de tus planes después de la graduación, cuál es tu postura sobre el matrimonio y toda esa mierda aterradora, ¿de acuerdo?

Nolan tenía razón.

Nunca había hablado con Nathan sobre nada de eso. Una conversación real sobre mis planes o ser honesta con respecto a lo que sentía sobre el matrimonio. Y no es que no me viera casándome con él. Me veía. De hecho, pensaba que era un hecho. Algo que inevitablemente iba a suceder en algún momento. Pero tenía que estar de acuerdo con Nolan en que tal vez Nathan y yo teníamos una línea de tiempo muy diferente.

—Tienes razón. —Le ofrecí una pequeña sonrisa—. Uf, me gustaría que Nathan pudiera estar aquí y ver la exposición. Me preocupa que no pueda venir el viernes.

—Es el día de tu mamá, ¿verdad? —Inclinó la cabeza. Asentí—. Sabes que Emily y yo podemos...

—Lo sé. Gracias. Nathan ya prometió estar aquí, así que no creo que sea necesario. Solo estoy estresada, ya sabes. Siempre me pasa en esta época del año.

Nolan separó los labios para hablar, pero se detuvo cuando oímos una voz que se acercaba; mi padre.

—¡Nena!

8:55 p.m. Justo a tiempo...

Estar presente parte 2

14 de mayo de 2010

NATHAN LLEGÓ A Nueva York a las ocho de la mañana y sentí que podía respirar con más tranquilidad. Solo tenía que ir a la escuela para entregar un proyecto final por la mañana, y ya habría terminado el semestre. Sin embargo, me había matriculado en dos programas intensivos de verano. Uno empezaba el 31 de mayo y el otro el 5 de julio. Ambos duraban tres semanas, como el que había cursado el verano pasado.

Por mucho que le rogué a Nolan que se inscribiera conmigo, solo aceptó cursar uno de los dos programas. Descansaría en junio y volvería en julio. Mantenerme ocupada era importante, sobre todo con Nathan tan absorto en el trabajo todo el tiempo.

La necesidad constante de mantenerme ocupada para evitar pensar demasiado me asustaba. Me preguntaba si mi padre lo haría por eso y si había un gen latente dentro de mí con tendencia a la adicción al trabajo. Nunca querría caer en ese tipo de obsesión.

—¡Terminamos, Bee! —dijo Nolan, caminando a mi lado y dándome un abrazo. Acabábamos de entregar nuestro último proyecto del semestre y nos dirigíamos a la salida.

—Lo sé. Definitivamente disfrutaré estas semanas libres.

—Qué suerte tienes —dijo, separándose del abrazo—. Yo voy a tomar un turno adicional en el restaurante hasta que empiece el curso intensivo. Necesito ganar más dinero para pagarme el curso, ya que una amiguita no deja de acosarme con la idea.

Mierda. No había pensado que pagar el curso exigiría un esfuerzo extra por parte de Nolan, y quizá me había pasado.

—Lo siento —dije con una mueca tonta—. No quise ser insistente, pero sabes que eres mi frazada de seguridad en la escuela. —Me reí. Me encantaba tomar clases con Nolan.

—Sí, sí, sí —dijo, revolviéndome la cola de caballo—. Como eres una de las pocas amigas que puedo tener, tengo que conservarte.

—¿Es broma? —Lo miré entrecerrando los ojos, con la cabeza ligeramente ladeada—. ¿Emily es muy celosa o...?

—No, la verdad es que no. Supongo que estaba un poco celosa de ti cuando nos conocimos. Cuando empezábamos me preguntó si tú y yo habíamos salido alguna vez y esas cosas. Pero sabe que hemos sido amigos desde antes de que la conociera y conoce a Nathan, así que me imagino que por eso no le importa.

—Bueno, me alegro de que estemos autorizados a ser amigos —bromeé, pero era la verdad. Me alegraba que Emily no le hubiera prohibido hablar conmigo porque me habría quedado destrozada. Ella también me caía muy bien. Era muy dulce.

—Hablando del rey de Roma —dijo, moviendo la barbilla hacia delante. Miré hacia allá y vi a Emily cerca de la entrada sosteniendo un pequeño ramo de flores blancas.

—Le pedí que te las trajera.

—¡Ay, Nolan! No tenías que hacerlo. —Pensaba comprar más flores blancas en algún momento del día para ponerlas en el departamento, como hacía habitualmente.

Emily saludó desde lejos y caminó hacia nosotros.

—¡Hola, Billie! —dijo Emily con un abrazo—. Estas son para ti.

—Gracias, chicos. Son preciosas. —Pude ver a Aaron y David a lo lejos. Algo me decía que hoy también iba a ser un día difícil para Aaron. Él estuvo conmigo cuando mi madre murió. Pasamos por eso juntos, como lo hicimos cuando murió Caleb.

Habían pasado casi dos meses desde su muerte, pero no se sentía mejor, y todo seguía sintiéndose como un nudo grande, gordo y feo en mi pecho.

Algo me decía que Aaron sentía lo mismo, pero nunca dejaba traslucir una gota de emoción en su rostro afeitado e inexpresivo. Ni siquiera en un día como este.

—Nolan me contó que Nathan estaba fuera de la ciudad y que a ti te gusta ir a la iglesia en este día todos los años. Así que, si quieres, nos encantaría hacerte compañía —ofreció Emily.

—Gracias. Son los mejores —le dije—. Pero Nathan llegó hoy temprano, así que vendrá conmigo.

—Oh, genial, Bee. Me alegro de que haya podido venir. —Nolan sonrió.

—En fin —dije, mirando mi reloj—, tengo una cita con el doctor para quitarme esta cosa. —Levanté la mano—. ¿Por qué no vamos a cenar mañana?

Nolan y Emily aceptaron el plan de la cena. Los abracé a los dos, y cuando estaba a punto de alejarme, Emily me preguntó:

—Hoy es el cumpleaños de William, ¿verdad?

—Eh, sí. Así es. —Emily parecía ajena a la historia de William y yo. No habría preguntado por él si supiera algo. Eso significaba que Nolan había cumplido su promesa de mantener lo que habíamos discutido en secreto. No podía arriesgarme a que algo así se filtrara, sobre todo con lo obsesionados que estaban los tabloides con cualquier cosa relacionada con la vida personal de William.

—Si lo ves, dile feliz cumpleaños de mi parte. Sé que no se acordará de mí, pero quizá sí —dijo con una sonrisa.

—Es broma, ¿verdad? —dijo Nolan, poniendo los ojos en blanco—. Es obvio que no se va a acordar de ti.

Me reí. Era el efecto William. Como dije antes, todo el mundo lo adoraba.

—William sabe quién eres. —Me reí—. Sabe que Nolan es mi amigo y que tú eres su novia. Es bueno recordando los nombres y las caras de la gente. —Fruncí el ceño y aparté un poco la mirada, recordando el montón de veces que me había preguntado por mis amigos, la escuela y las cosas que me gustaban. Siempre tenía curiosidad por saberlo todo—. Pero hace tiempo que no lo veo. Creo que debe estar filmando o algo así. Ha estado fuera.

No quería dar detalles sobre su paradero actual. Además, ni siquiera estaba segura de que siguiera en Sagaponack. Nunca me atreví a preguntar por él, y Lily nunca mencionó nada.

Tal vez Tobias me hubiera dado detalles jugosos sobre William sin que le preguntara, pero tampoco lo había visto mucho, y sentía que seguía enojado conmigo, probablemente estuviera evitándome.

—Pero se lo diré si lo veo —dije, dando unos pasos hacia atrás. Tenía que irme a mi cita con el doctor—. Les llamo para fijar hora y lugar para cenar. Nos vemos mañana.

—¡Gracias, Billie! —gritó Emily mientras me alejaba.

Eran las 5:50 p.m. cuando subí el corto tramo de escaleras hasta la catedral de San Patricio. Estaba cerca de mi departamento, y era una pena que no me había tomado el tiempo de visitar esta hermosa obra maestra arquitectónica hasta ese día.

La misa empezaba a las seis de la tarde y Nathan dijo que me acompañaría, ya que estaba a unas calles de su oficina. Después cenaríamos con mi padre. Lo había invitado a la iglesia, pero declinó la invitación con una respuesta elegante y diplomática.

Mientras esperaba a Nathan me quité la férula de la muñeca e hice algunos movimientos que me recomendó el doctor. Sentía la muñeca rígida y débil, era una sensación muy incómoda. Era como si me la hubieran unido con pegamento.

No quería utilizar mucho la mano derecha, pero el doctor me dijo que cuanto menos la utilizara, más tiempo tardaría en volver a fortalecer los músculos de la muñeca. Además, podría inflamarse si la mantenía quieta todo el tiempo. De todos modos me sugirió que fuera a fisioterapia tres veces a la semana durante un par de meses.

El órgano empezó a sonar y todos los asistentes de la misa se pusieron de pie mientras el sacerdote avanzaba por el pasillo. Revisé mi teléfono antes de levantarme y no tenía notificaciones. Volví a meter el teléfono en mi bolsa y sacudí la cabeza mientras me levantaba.

Fue lo único que le pedí. Que viniera.

Respiré hondo. Eran las 6:00 p.m. en punto. Tal vez llegara unos minutos tarde, y no me importaría. Pero no fue así.

A las 6:45 p.m. el sacerdote dio la bendición, y aún no había señales de Nathan. Ni siquiera pudo enviarme un mensaje para decirme que no iba a venir. Tragué saliva con dificultad y me concentré en respirar porque me sentía pequeña y sola en esa enorme catedral. Y no me merecía sentirme así. No cuando Caleb habría estado sentado a mi lado, sin duda alguna.

«¿Estoy por mi cuenta ahora?»

Así me sentí mientras permanecía sentada en silencio, observando que la gente saliera en orden.

A las 6:50 p.m. me fui.

Aaron me abrió la puerta de la camioneta. David, que iba al volante, miró por encima del hombro y asintió una vez con cara de simpatía. Aaron rodeó el coche y se sentó a mi lado.

—Vamos —le dijo Aaron a David con voz grave. Me miró con solemnidad, sus ojos azul índigo se veían casi grises y apagados, llenos de un dolor evidente. Levantó las manos y movió los dedos para que me acercara. Apoyé mi rostro sobre su pecho y dejé que me rodeara con sus brazos.

Lloré con todas mis fuerzas hasta llegar al restaurante.

MI PADRE ESPERABA en nuestra mesa con una copa en la mano cuando llegué para reunirme con él. No me molesté en disimular ni en tratar de ocultar que había estado llorando. Dejé que sintiera la incomodidad. Me había cansado de ocultar mis emociones para que los demás se sintieran bien consigo mismos.

No solo estaba furiosa porque Nathan no se presentó ni se puso en contacto conmigo para explicarme por qué. Sino que también estaba harta de la falta de empatía de mi padre.

Nathan tenía una asistente. ¿No podía haberle pedido que me llamara, como hacía mi padre cuando estaba demasiado ocupado? Como hija de mi padre, había soportado ese comportamiento durante años, y por fin me estaba cansando. ¿Qué tan difícil podía ser como padre apartar cuarenta y cinco minutos de todo un año para sentarte con tu hija en la iglesia a conmemorar la muerte de tu esposa?

Increíble, carajo.

Me habría encantado que me dijera, oye, no quiero ir porque me hace sentir de cierta manera. Pero nunca me habló de mamá ni me dijo cómo se sentía por su muerte ni nada por el estilo.

Supuse que debía ser devastador para él.

Deseaba que me dijera algo. Cualquier cosa.

Los únicos sentimientos que me transmitía eran de aprensión por mi seguridad. Y ya. La conversación que habíamos tenido en el baño de mujeres el día de mi cumpleaños fue una de las más esclarecedoras que había tenido con él, y todos sabemos cómo fue. ¿Qué tenía que pasar para que empezara a hablar?

Me acerqué a él, lo saludé con un beso y tomé asiento frente a él.

—¿Nena? —Se inclinó con las cejas bajas, tal vez preguntándose qué pasaba mientras analizaba mi cara, que ya era demasiado reveladora—. ¿Dónde está Nathan?

Ejerciendo más presión de la necesaria, me mordí el labio inferior para evitar llorar de nuevo en medio del abarrotado restaurante de carnes.

Mi teléfono vibró sobre la mesa antes de que pudiera responder la pregunta.

Eran las 7:15 p.m. cuando Nathan me llamó por fin.

—Bueno —dije, mirando a mi padre a los ojos. «Trata de seguir el hilo de la conversación porque esto es parte de la razón por la que he estado llorando».

—¿Dónde estás? —susurró Nathan—. No te veo. Dijiste Catedral de San Patricio, ¿verdad?

—La misa fue a las seis de la tarde. Me fui hace veinte minutos.

Nathan maldijo por el teléfono y le recordé que estaba dentro de una iglesia. Me dijo que esperara mientras salía.

—Murph, perdón. Te juro que pensé que habías dicho a las 7:00 p.m. Llegué a las 7:05 p.m., pero me pareció raro que no hubieras llegado. Está prácticamente vacío. Hay turistas y eso, pero... mierda, amor, lo siento muchísimo. ¿Estás en Sparks?

—Aquí estamos. —Apoyé el codo en la mesa y me sostuve la frente con la mano.

—Voy para allá.

—No te molestes.

—Dije que voy para allá.

Terminé la llamada y metí el teléfono en la bolsa.

—Seguro que se ocupó en el trabajo —empezó a excusarlo mi padre.

—Por favor... no te pongas de su parte. —Mi voz era más una advertencia que una petición.

—Nathan te quiere, nena —dijo, extendiendo la mano para tomar la mía. La apreté durante unos segundos y la soltó—. Estoy seguro de que será más fácil cuando Nathan y yo abramos nuestra firma. Lo hemos hablado estos últimos dos meses. Te habrá mencionado algo al respecto, ¿verdad?

—¿Su firma? —Lo fulminé con la mirada—. ¿Qué firma?

—Creo que Nathan es un joven brillante. Lleno de potencial. Veo mucho de mí en él. Hemos estado hablando de que debería mantener su puesto durante el resto del año en Chapman & Payne antes de asociarnos en una nueva firma.

»Tengo bastantes contactos. Contactos que me encantaría cederle. A nuestra firma, claro. Creo que podemos hacer un gran equipo, y además ambos tendrán un futuro asegurado, económicamente hablando.

Hice una señal a uno de los camareros para que se acercara y le pedí una Coca-Cola. Me sentía a punto de desmayarme. Mi padre estaba intentando convertir a Nathan en un mini él renovado. Y al hacerlo, lo estaba alejando de mí, porque si ahora no tenía tiempo, imagínate dirigiendo una empresa propia. ¿Cómo facilitaría eso las cosas para Nathan?

En su mente, mi padre nos estaba apoyando —a nuestro futuro— al conceder a Nathan la oportunidad de tener un bufete de abogados con él como socio.

Mi padre no paraba de decir que era una gran idea y que Nathan era como el hijo que nunca tuvo, entre otras cosas que no registré mientras pensaba cómo podría desarrollarse todo esto en el futuro. En parte porque estaba concentrada en conseguir que mi nivel de glucosa en la sangre alcanzara un nivel adecuado que me permitiera permanecer sentada en lugar de disolverme en el suelo del restaurante. Y lo más importante, porque no quería escucharlo.

Saber por mi padre que querían involucrarse en un negocio, y no enterarme por Nathan se sintió justo como cuando se aliaron en mi contra para que firmara la orden de restricción contra Thomas. Insistieron en mantenerme al margen. No me sorprendió viniendo de mi padre, pero no me lo esperaba de Nathan.

Estaba segura de que se disculparía diciendo algo como: «Bueno, ocurrió el tiroteo, Caleb murió y no queríamos estropear tu cumpleaños, y luego se interpuso el aniversario de la muerte de tu madre, así que no encontramos el momento adecuado para decírtelo».

Me alegraba que mi padre tuviera a Nathan en tan alta estima. Que lo aprobara y pensara que era un gran partido para mí. Pero sentí que, una vez más, mi padre estaba haciendo una jugada sospechosa de titiritero para convertir a Nathan en alguien «digno» de su hija en todos los sentidos posibles.

Para seguir controlando todo lo relacionado conmigo.

Para seguir controlándome.

¿Y quién dijo que yo quería estar con alguien como mi padre? Quería que Nathan fuera Nathan. No quería que fuera moldeado o preparado por nadie, y mucho menos por James Murphy.

Se convirtió en una situación delicada en la que creía que Nathan estaba acorralado en una posición en la que no podía decirle que no. Sabía que lo respetaba y admiraba, ¿y si, en el fondo, lo que mi padre le ofrecía no era lo que él quería?

Quizá Nathan imaginaba algo diferente para sí mismo en el futuro y se sentía obligado a aceptar la propuesta de mi padre. O quizá era todo lo que siempre había soñado. No sabía cuál de las dos opciones me asustaba más.

Lo único que sabía era que no quería estar siempre sola, esperando la llegada de Nathan y sintiéndome decepcionada para siempre. Ya había empezado a mostrar descuido a la hora de prestarme atención o, simplemente, a no presentarse a las cosas que yo consideraba importantes.

Siempre había una excusa, una explicación a la medida para cada ausencia, tardanza u omisión.

Al principio, cuando Nathan insinuó el matrimonio y empezó a bromear sobre ello, pensé que ese camino podría ser una solución a mi sensación de estar atrapada. A pesar de lo aterradora que era la idea del matrimonio, pensé que, bueno, si nos casábamos, podría liberarme de las garras de mi padre. Esa fue la única razón por la que consideré que casarse joven no sería tan mala idea.

Pero estaba muy equivocada. No quería que esa fuera la motivación.

Nathan era el recipiente perfecto para que mi padre mantuviera las cosas como siempre y mantenerme dentro de una jaula perpetua. Todo lo que quería era entregarle la llave a Nathan.

Volví a prestar atención a la voz de mi padre después de perderme en mi cabeza durante un tiempo indeterminado. Lo único que hice fue asentir para que siguiera hablando mientras digería la mierda de información que me había hecho llegar.

Entonces llegó Nathan con un gran ramo de rosas blancas.

—Buenas noches. —Nathan me besó en la mejilla y susurró—: Lo siento mucho, amor. —Me dio las flores con una sonrisa impregnada de arrepentimiento—. James. —Estrechó la mano de mi padre con una sonrisa y tomó asiento, indicando al camarero que se acercara a la mesa.

—Le estaba contando a Billie nuestros planes para Saunders & Murphy —dijo mi padre, dando un sorbo a su bebida. Por supuesto, ya tenían nombre y todo. El nombre era obvio, pero aun así...

Puse las flores en la silla vacía a mi lado cuando el camarero se acercó a nuestra mesa.

—Buenas noches, señor. Bienvenido a Sparks. ¿Puedo ofrecerle algo de beber?

A Nathan se le escurrió la sangre de la cara.

—Ah, sí. Laphroaig. Derecho. —le dijo al camarero con las cejas fruncidas. No podía mirarme, ni siquiera cuando mi mirada le hacía un agujero en la cara.

—Esto podría ser el comienzo de muchas cosas grandes —continuó mi padre—. Le he dicho a Nathan en numerosas ocasiones que creo que sería un gran embajador algún día. Conozco gente en la esfera diplomática de Gran Bretaña y estoy seguro de que les encantaría tener a alguien como Nathan. Podría valer la pena en unos años, una vez que tengamos la firma en marcha. Ya sabes, como hice con los negocios de mi padre. Prácticamente marchan solos.

Seguí negando con la cabeza mientras mi padre hablaba. No. Esto se había convertido en una pesadilla. ¿En realidad estaba sugiriendo que Nathan se sumergiera en el mundo diplomático? Es algo difícil de decir, pero preferiría estar muerta. Así que no... Gracias, pero no, gracias.

Nathan se quedó sin palabras, lo cual me pareció extraño, ya que al parecer hablaban mucho cuando salían sin mí.

—Estoy... —Nathan soltó un fuerte suspiro por la nariz con lo que parecía una sonrisa inducida por los nervios, con la mirada fija en el plato vacío que tenía delante—. Gracias, James, por el halago, pero creo que podrían pensar que soy demasiado joven para un puesto tan importante como ese.

—Podría ser dentro de unos años. No hay prisa —respondió mi padre—. Ya sabes que yo empecé joven como diplomático. Todo depende de a quién conozcas.

Me di cuenta de que Nathan se sentía incómodo con la conversación. O mejor dicho, con que la conversación tuviera lugar en mi presencia. Estaba muy decepcionada. No con mi padre, por supuesto. Decir que no me impresionaba era quedarse corto. Lo que no entendía era cómo se sentía Nathan al respecto. Necesitaba saberlo, preguntarle.

Era desgarrador sentir, de nuevo, que le convenía tenerme cerca. Igual que cuando Thomas se benefició de mi relación con él para que su padre estuviera «orgullosa». Quizá Nathan encontraba estar conmigo ventajoso para su carrera. Y no quería pensar eso, pero mi padre hacía que las cosas parecieran así.

Imagina un escenario en el que Nathan se cansara de mí y me mantuviera cerca por las propuestas de mi padre. Ni siquiera quería jugar con la posibilidad de que eso ocurriera. Jamás. Por eso odiaba que mi padre se involucrara tanto con Nathan.

De nuevo me encantaba lo bien que se llevaban y que mi padre quisiera apoyarlo. Pero nunca hacía las cosas sin un propósito. La mayoría de las veces siempre había una razón oculta.

El camarero le trajo a Nathan su whisky y nos preguntó si necesitábamos algo más.

—Una copa de vino tinto, por favor. —Mi padre alzó una ceja—. El vino es más barato que la terapia —le dije con una sonrisa controlada—. ¿No es eso un dicho?

—Nunca lo había oído. —Mi padre se quedó mirándome mientras el camarero me pedía mi identificación, que saqué de mi cartera. Asintió tras echarle un rápido vistazo y preguntó si estábamos listos para ordenar. Mi padre apartó la mirada con gesto inexpresivo. No haría un escándalo por una copa de vino, y menos delante de Nathan.

Nuestro camarero tomó la orden y se retiró de la mesa.

—¡James! —Un hombre dio dos golpecitos a mi padre en la espalda. Él se levantó de su asiento al ver que era alguien conocido. Nos presentó a Nathan y a mí a su conocido y habló con él durante unos minutos, dándonos un pequeño margen para hablar en privado.

Nathan me tomó la mano de inmediato.

—Te quitaron el yeso —me dijo, dándose cuenta al tomar mi mano—. ¿Te duele?

No me atrevía a mirarlo.

—No. Pero la siento un poco chunga.

Nathan soltó una suave carcajada.

—Me gusta cuando usas mis palabras. —No le devolví la risa. No podía fingir que estaba bien con todo. Ojalá pudiera, pero era algo que no podía controlar. Todo formaba parte de un trauma profundamente arraigado.

No quería que me privaran de Nathan del mismo modo que me habían robado el tiempo de mi padre a causa del trabajo. Me negaba a aceptar una realidad en la que el trabajo siempre iba primero.

—Sé que estás enfadada conmigo por no haber ido a misa contigo. Sé que prometí estar ahí y te juro que me confundí de hora. No quiero nada más que estar ahí para ti cuando me necesites. Igual que tú siempre estás ahí para mí. Tienes que creerme.

—Te creo. No es eso —le susurré—. Me preocupa ver que eres incapaz de compaginar tu vida personal con el trabajo. Y sé lo importante que es tu trabajo. Lo mucho que te gusta hacerlo. Por eso nunca te digo nada al respecto.

»Pero no pudiste venir a cenar hace dos semanas, y está bien si no puedes venir siempre, pero me cancelaste cuando la comida ya estaba en camino. También te perdiste el cumpleaños de Nina la semana pasada. Fui sola cuando ya habíamos confirmado nuestra asistencia. Todo el mundo me preguntaba por ti. Incluso Aiden estaba ahí.

»Tampoco pudiste venir a mi exposición, y era importante para mí. Y hoy... —Aparté la mirada un segundo y suspiré, intentando no emocionarme. Era un día duro para mí y por lo general no sería tan susceptible con este tipo de conversaciones. Pero no pude evitar sentirme sola por completo.

El camarero me trajo el vino, así que bebí un sorbo y continué.

—Ha pasado un mes desde tu ascenso, y sabes lo orgullosa y feliz que estoy por ti, pero te has perdido algunas cosas. Y me pregunto si a partir de ahora va a ser así. Y el hecho de que esté acostumbrada no significa que sea lo que quiero para nosotros.

Volví a dar un sorbo a mi vino y de nuevo dejé la copa sobre la mesa, mirándola fijamente.

—Murph, mírame. —Me tomó la barbilla y giró con suavidad mi cara hacia él—. Lo siento mucho. Por todo. Sé que he estado consumido por el trabajo, y quiero dejar de poner excusas, pero me estoy adaptando a este nuevo ritmo. Estoy seguro de que mejorará con el tiempo.

Ahí era donde no estábamos de acuerdo. No mejoraría. ¿Por qué iba a mejorar? No con todos los planes que mi padre tenía preparados para él. Y no es que quisiera que estuviera holgazaneando todo el día. Estaba orgullosa de Nathan, de lo que había logrado. Solo quería que fuera más consciente de cómo su trabajo podría acabar afectando su vida personal porque, a este ritmo, no estaba segura de poder seguirle el paso.

—¿Y me entero por mi padre de que quieres asociarte con él? ¿Por qué no me dijiste nada al respecto?

Todo parecía demasiado formal y demasiado pronto. Y debo admitir que la idea de que se involucraran tanto me hizo entrar en pánico. Un millón de «y si...» invadieron mi mente.

—No quería decírtelo hasta que se convirtiera en algo más que conversación de copas. Y aún siento que lo que me ofrece es demasiado bueno para ser cierto, si te soy sincero. Supongo que yo mismo no podía creerlo. Estaba esperando a que fuera real para decírtelo.

Separé los labios para responder, pero mi padre habló:

—Mis disculpas —dijo tomando asiento.

Durante el resto de la cena no me molesté en sonreír ni en fingir una risa. Lo único que quería era irme. Pero no podía levantarme e irme, aunque esa idea me pasó por la cabeza varias veces.

Mi padre no dejaba de mirarme raro mientras cenábamos. Sabía que estaba enojada con Nathan, pero estaba segura de que no entendía por qué me molestaba tanto que no hubiera llegado a la misa. Tal vez si estuviera de acuerdo conmigo, si entendiera mi punto de vista, admitiría en automático que él también estaba mal por culpar a su trabajo todo el tiempo.

Incluso me hizo dudar de si yo estaba equivocada por preocuparme demasiado. Y me negué a ser víctima de mis circunstancias porque la idea de llevar este tipo de vida para siempre me parecía lo más aburrido del mundo.

Siempre me había prometido liberarme de ella algún día.

Tenía que hacerle saber a Nathan lo que anhelaba para mí. Las aventuras en las que quería embarcarme, la sensación de libertad que llevaba esperando encontrar toda mi vida, sabiendo a la perfección que había una alta probabilidad de que él no quisiera lo mismo también, sino que quizá ya hubiera vivido así mientras crecía. Y yo no lo había hecho. Él estaba preparado para ser adulto, para ir en serio.

Yo... no.

La opción segura

—¿QUIERES QUE me quede esta noche? —preguntó Nathan, dándome un suave beso en mi cuello. Acabábamos de salir del restaurante—. Quiero compensártelo.

—No sé. Estoy cansada. Ha sido un día muy largo. —No lo dije por orgullo, pero era la verdad. Había sido un día muy largo, y lo único que quería era desplomarme en mi cama. Y no me vendría mal dormir para superar el malestar de lo que había pasado. Todavía estaba procesándolo.

Y estaba segura de que Nathan no planeaba irse directamente a dormir.

—¿Es eso lo que en realidad quieres? ¿Asociarte con mi padre? —le susurré a Nathan. Sentía que no podíamos hablar con libertad en el restaurante. Todavía había algunas cosas que quería preguntarle. Cosas que quería saber—. No quiero que te sientas presionado a nada de eso solo porque es él quien lo propone.

—Bueno, siempre he soñado con tener mi propio bufete. Y respeto a tu padre y su trayectoria, así que siento que si me asocio con él, cumplir esa meta sería algo que podría suceder más pronto que tarde. Pero sí, es un sueño para mí, y para ser honesto, no sé si podría hacerlo por mi cuenta. Hay demasiada competencia, pero con los contactos de tu padre...

Pude ver la chispa en los ojos de Nathan. Lo emocionado que estaba. Era la oportunidad de su vida: tener un bufete de abogados en Nueva York. Y no iba a ser yo quien acabara con sus sueños. Pero ¿por qué siempre se me hacía más fácil aplastar los míos?

Y no es que no quisiera estar con alguien trabajador y exitoso, sino que temía que se viera abortado por su trabajo de manera tal que no dejara espacio para nada más. Quizá algo que permitiera cierto equilibrio.

Nunca me había ido de vacaciones con mi padre. Habíamos tenido la oportunidad de viajar y conocer muchos lugares, pero siempre por trabajo. Nunca se desconectaba del todo. Y era desalentador saber que Nathan podía seguir el mismo camino, sin tener nunca tiempo para otra cosa que no fuera el trabajo.

No sabía con exactitud qué quería hacer, pero sabía que quería intentar vivir una vida diferente a la que había estado viviendo, tener la libertad de fluir, hacer planes de improviso, ser más espontánea. Todo había sido meticulosamente planeado, programado y observado. Eso era con lo que quería romper.

—No entiendo si te molesta —dijo Nathan—. Así que voy a necesitar que me lo digas.

La mirada en el rostro de Nathan me destruyó. Yo tenía el poder de hacer realidad sus sueños o de hacerlos añicos. No podía hacerlo. Pero podía transmitirle mis preocupaciones.

—No, no me molesta. —Me dolía tanto mentir, pero al menos era una mentira que estaba dispuesta a decir para hacerlo feliz. Por su bien. En otro momento encontraría la manera de darle prioridad a mis planes—. Quiero asegurarme de que no es algo que aceptarías por las razones equivocadas —le dije.

Llegamos a casa, y Nathan levantó una ceja e hizo un gesto con la barbilla hacia el edificio, tal vez preguntando si podía subir conmigo o no.

—¿Nos dejan unos minutos? —les dije a Aaron y David, que salieron de inmediato del coche para darnos un poco de privacidad. Estaba acostumbrada a que escucharan mis conversaciones todo el tiempo, pero lo que estaba a punto de decirle a Nathan no era algo que quisiera que nadie oyera.

—No quiero que me mantengas cerca por miedo a perder la oportunidad de hacer negocios con mi padre. Estoy segura de que él querría asociarse contigo de cualquier manera. Él te quiere. También te respeta. Pero odio que te haya puesto en esa situación.

No estaba segura de si crear el bufete era un objetivo a corto o mediano plazo, pero suponía que tomaría algún tiempo planificarlo, lo que significaba que a Nathan le convenía que su relación conmigo estuviera bien para alcanzar su objetivo.

Y lo odiaba. Odiaba ser una pieza tan necesaria del «rompecabezas para hacer realidad los sueños de Nathan».

—Supongo que lo que te pido es tu honestidad. Si alguna vez te cansas de mí...

—Estás loca —me interrumpió con un bufido antes de que pudiera terminar la frase. Sacudió la cabeza—. Pero es adorable que lo pienses. Eso es imposible, amor. Estoy en esto contigo, para siempre. Sabes cuánto te amo.

—Yo también te amo. —Sonreí mientras la ansiedad se apoderaba de mí como un millón de bichos invisibles y diminutos que subían desde mis pies, intentando abrirse camino hacia arriba.

No es que la respuesta de Nathan me hubiera decepcionado. Al contrario. Me alegraba que confirmara su interés, saber que me amaba y que estaba conmigo por mí. Y que, sí, se le presentaba una oportunidad increíble que no podía rechazar, pero que era una ventaja inesperada. Me aferraría a ese pensamiento.

Lamentablemente, sabía lo que significaba.

Significaba que tendría que ceder y dejar de lado mis esperanzas y sueños. Sin embargo, otra parte de mí seguía susurrándome al oído que de todos modos no iba a ser muy fácil hacerlos realidad. Que esa era la vida que estaba destinada a vivir y que no debía ser desagradecida por el privilegio de vivir como vivía, de tener las cosas que tenía y de estar a salvo de todos los males invisibles.

Lo que nunca le había dicho a nadie era lo dispuesta que estaba a dejarlo todo para ser... libre.

—¿Qué pasa por tu cabeza? —preguntó Nathan—. Pareces triste. ¿No me crees?

—No. No, claro que sí. Es solo un día difícil para mí. Siempre lo es. Y fue más duro este año sin Caleb. Parece que no avanzo. Lo extraño tanto que... —Me llevé las manos a la cara y respiré hondo—. A veces no puedo evitar sentirme sola. Siempre venía a misa conmigo este día. Ha sido difícil aceptar que en verdad se ha ido.

Nathan me rodeó con sus brazos. La cantidad perfecta de fuerza y suavidad.

—Me tienes a mí, amor. Siempre. Todo de mí —dijo Nathan contra mi pelo—. Te lo juro. Sé que hoy no pude estar ahí para ti, y no dejaré de sentirme una mierda por ello. Pero te prometo que no volverá a pasar. Jamás. Y estoy aquí ahora mismo.

No estaba segura de que Nathan pudiera cumplir su palabra, pero aun así necesitaba oírlo. Necesitaba creerle, y me aferraría a esa promesa, aunque solo fuera para mantener la esperanza viva. La esperanza de que encontraríamos la forma de seguir juntos, siempre, como él decía.

—¿Te importa si damos la noche por terminada? Quiero irme a dormir, pero si estás libre mañana, podemos ir a correr por la mañana, y también hice planes para cenar con Nolan y Emily.

—Perfecto —respondió—. Tengo que echar un vistazo a unos papeles a mediodía, pero solo me llevará una hora como mucho. Así que podemos correr por la mañana, y luego te veré de nuevo cuando salga de la oficina. Y cenar con Nolan y Emily suena genial.

Nathan pasó sus dedos por mi cabello y bajó por mi cuello.

—¿Estás segura de que no puedo ayudarte a cambiar de opinión? ¿Sobre quedarme? —Los labios de Nathan se encontraron con los míos. Me dejé perder en el beso que se sentía como una disculpa sin esfuerzo, haciendo que las cosas se sintieran mejor. Más ligeras.

Y aunque resistirme a él no era cosa fácil, no estaba de humor para nada de eso. No esta noche. Y una parte de mí pensaba que no le haría ningún daño extrañarme un poco.

—Estás haciendo trampa —dije, separándome de sus labios.

—Lo sé. —Volvió a besarme, pero supongo que supuso que si no le había dicho ya que subiera, no iba a ocurrir. Y siempre era un caballero—. Duerme un poco, amor, porque mañana no podrás correrme de tu cuarto.

—Eso suena... interesante —dije riendo.

—Lo haré tan interesante como tú quieras. —Me dio un último beso en los labios y dijo—: Anda, por favor. —Se pasó una mano por el pelo castaño ondulado y se inclinó sobre mí para tocar la ventana dos veces. David me abrió la puerta—. Te amo.

—Yo también te amo. Aaron te llevará a casa. Nos vemos mañana. —Le sonreí y él me devolvió una de sus encantadoras sonrisas.

Entré en el edificio y David se ofreció a acompañarme.

—¿Tienes planes para esta noche? —le pregunté mientras el elevador subía al noveno piso. Después de todo era viernes.

—La verdad no. Estoy de servicio, señorita Murphy —respondió David—. Hasta el amanecer.

—Pero yo me voy a quedar en casa. Deberías salir o algo. Por favor, tómate el resto del turno libre. —Aaron vivía abajo, así que me parecía excesivo que David se quedara toda la noche sin hacer nada—. Hablaré con Aaron.

—Bueno, hay una fiesta a la que Christopher quería que fuera, pero le dije que tenía trabajo esta noche, así que...

—Tienes que ir. No quiero que CJ me guarde rencor. —Me reí. CJ nunca me había pedido que cambiara de turno para acomodar sus planes con David ni nada por el estilo. Él respetaba el trabajo de David, pero me hizo pensar en cuántas veces podría haber arruinado sus planes.

—Lo entiende, pero sí, a veces se enfada. Ya sabe cómo es. —David levantó una ceja. Sabía lo que quería decir.

—¿Puedes sostenerme esto? —Le entregué el ramo de flores que Nathan me había dado y le envié un mensaje de texto a Aaron, haciéndole saber que me quedaría en casa el resto de la noche y que David terminaría su turno ahora mismo, sin saber si le gustaba o no, pero no me importaba. Quería que David fuera a esa fiesta con CJ.

—Ya se lo dije a Aaron, así que eres libre de irte —le dije mientras volvía a guardar el teléfono en mi bolsa y sacaba las llaves.

David me devolvió el ramo con una sonrisa.

—Gracias, señorita Murphy. Que pase una buena noche.

Se marchó y yo abrí la puerta de mi departamento ahogando un grito.

«¿Qué demonios es esto?».

El vestíbulo estaba lleno de diferentes tipos de flores blancas. Macetas y jarrones de todas las formas y tamaños se apoyaban en todas las paredes, formando un rastro blanco de flores hacia la sala y hacia mi dormitorio. Era impresionante. Un delicioso aroma llenaba mis fosas nasales mientras caminaba por el departamento.

La mesa también estaba repleta de flores blancas. No sabría decir cuáles había traído antes, pero la persona que lo hizo utilizó los pocos jarrones que había colocado por la casa para complementar este elaborado diseño.

Desenvolví el ramo de Nathan y coloqué las flores en diferentes jarrones por el vestíbulo.

Este gesto llevaba el nombre de William escrito por todos lados. Pero no pude encontrar una tarjeta por ninguna parte, y ¿por qué lo haría? No solo no me merecía nada de él después de decirle que había elegido a Nathan, sino que había dejado claro con su silencio y sus acciones que él también había hecho su elección.

Pero no se me ocurría nadie más que fuera capaz de algo así. Sabía que no había sido Nathan y que mi padre nunca había hecho algo similar por mí en este día.

Abrí la puerta de mi habitación y encontré una única orquídea blanca en una pequeña maceta plateada sobre mi buró.

Para: Srta. Guillermina Murphy

De: Lily y la familia Sjöberg.

«Cuando lo mejor se ha ido, sé que otras cosas carecen de importancia».

—Maldita sea —dije en voz baja. William tuvo que ser quien orquestara esto. En nuestra conversación en la casa de campo el verano pasado, le había dicho que me encantaba poner flores blancas por todo mi departamento en este día. Y, por supuesto, debió recordarlo y lo llevó al siguiente nivel. Y añadió esa cita... maldita sea. Era difícil no recordar y conectar con un montón de cosas que habían pasado entre nosotros.

Pero seguía sin entender por qué lo hacía. También era su cumpleaños, y ni siquiera lo había felicitado. Llevaba todo el día dándole vueltas a la idea, pero nunca me había decidido... hasta ahora. Al menos tenía que darle las gracias por las flores.

Envié un mensaje a Eric, Joel y Tobias para agradecerles el gesto. No estaba segura de si sabían que los había añadido a la tarjeta, pero se los agradecí de todas formas. Eric me contestó bastante rápido, diciendo que se alegraba de que me gustaran, lo que significaba que sí lo sabían. Le envié a Lily un video rápido enseñándole las flores y también le di las gracias.

Me temblaban las manos cuando decidí enviarle un mensaje a William. Estaba nerviosa. Una parte de mí no sabía si me contestaría y aún no estaba segura de si quería que lo hiciera o no. Pero tenía que darle las gracias.

Borré y reescribí el mensaje varias veces antes de enviarlo.

Yo: Hola, William. Feliz cumpleaños. Acabo de llegar a casa y encontré las flores. Son preciosas. Muchas gracias. Me encantaron. Emily también quería desearte un feliz cumpleaños. Espero que te la estés pasando muy bien.

Lily contestó cuando estaba a punto de meterme a bañar, así que cerré la llave y me puse la bata. No le había contado nada a Lily sobre mi última conversación con William ni que los oí a él y a Zara teniendo sexo después. No podía arriesgarme a que se lo contara a Joel, y si Nathan se enteraba de que le había ocultado esa información... Era mejor no pensar en ello.

Lily: ¡No puede ser! No tenía ni idea de que eso era lo que íbamos a enviarte. Billy nos dijo que Alice se encargaría de ello. ¡Son taaan bonitas! Me hubiera encantado bajar a tu departamento y verlas, pero estoy en Los Ángeles. No pude ir a la casa de campo. Están celebrando el cumpleaños de Billy ahí.

Yo: Lo sé, ¿verdad? Mi departamento huele delicioso. Gracias de nuevo. Te veré cuando vuelvas. Seguro que se lo están pasando muy bien ahí.

Lily: ¿Has hablado con Billy? ¿Recientemente?

Yo: No. Solo le envié un mensaje para darle las gracias y desearle un feliz cumpleaños. Pero no he hablado con él desde mi cumpleaños. Ni siquiera sabía si estaba en Estados Unidos o no. Simplemente desapareció.

Lily: ¿Lo extrañas?

Yo: ¡Lily!

Lily: Billie, por favor. Sabes que puedes confiar en mí. Siento que algo pasó, y Joel no me dice mucho. Pero quiero saber si estás bien. Sé que Billy se preocupa mucho por ti, pero me pareció raro que se fuera así. Le mencionó algo a Joel de que quiere vender el departamento, pero Joel lo convenció de que no lo hiciera porque era una locura.

«¿Qué?». ¿Vender el departamento? Saber que quería venderlo para no volver a verme era frustrante. Y toda su familia vivía aquí. No debería tener que vender su departamento por mi culpa.

Yo: Estoy bien. Y estoy segura de que él también.

Lily: No creo que lo esté cuando está considerando vender su departamento. Sabes que no le diré nada a Joel. Nunca lo he hecho. Borraré estos mensajes cuando acabemos de hablar, ¿sí?

Maldita sea.

Le conté lo que había pasado en mi cumpleaños. De mis conversaciones con William durante la fiesta. Sobre el vino Nemorino's y cómo discutí con Nathan cuando su amiga Lana le envió las fotos de William y yo. El miedo que me dio perderlo. Y que le dije a William que había elegido a Nathan. Aunque omití la parte de Zara y William teniendo sexo.

Lily: Voy a MATAR a Lana.

Yo: No lo hagas. No quiero darle mucha importancia. Nathan y yo estamos bien. Ya la bloqueó, así que da igual.

Lily: Bueno, está bien. Y si Billy se fue, significa que debe estar pasándosela mal.

Yo: No lo creo. Créeme.

Lily: ¿Cómo puedes estar tan segura? A menos que haya algo que no me estés contando.

Recordar que William y Zara habían tenido sexo me revolvió el estómago. Deseaba desesperadamente compartirlo con Lily para que me diera su opinión. Me había demostrado que podía confiar en ella.

Lily: ¿Billie?

Yo: Estoy 99.9999% segura de que William se acostó con Zara.

Lily: ¡¡¡¡¡QUÉ!!!!!! ¿Quién te lo dijo? ¿Cómo te enteraste? Siempre han sido muy unidos, pero insisten en que solo son amigos. O sea, Zara los quiere mucho a todos. La conocen desde que era bebé. Me tomó un buen tiempo confiar en ella cuando empecé a salir con Joel. De alguna manera ella siempre ha estado en el panorama.

Yo: Bueno, supongo que va a estar en el panorama por un tiempo más.

Lily: ¿Cómo te enteraste? ¿Nathan sabe?

Yo: Los oí, Lily. Bueno, los oí a través de la pared. Justo después de hablar con William, me bañé y me fui a la cama. Me desperté unas horas después y los oí. Estaban teniendo sexo. No hay ninguna duda.

Yo: Y no. Nathan no lo sabe, y me corroe no habérselo dicho. No sé cómo reaccionaría si se enterara. Pero también tengo miedo de que se enfade conmigo si más tarde se entera de que lo sabía y decidí no decírselo.

Lily: No puede saberlo. Tengo miedo de qué pasaría si Nathan se entera. Estoy de acuerdo en que es mejor no decírselo, por lo pronto. Especialmente cuando no estamos seguras de si tienen una relación o no.

Yo: De acuerdo. Por favor, no le digas ni una palabra a Joel sobre esto. No quiero que Nathan se entere. Y no creo que tengan una relación seria porque he visto un montón de fotos de paparazis de él con chicas diferentes cada vez que sale, que es muy a menudo.

Lily: Yo tampoco quiero que Nathan se entere, así que no tienes de qué preocuparte. Y supongo que tienes razón. Joel mencionó que Billy ha estado de fiesta y bebiendo mucho últimamente, y está un poco preocupado. Siento que Billy podría estar actuando así porque está dolido por lo que pasó entre ustedes.

Yo: Bueno, ahora yo también estoy preocupada. Sé que han pasado casi dos meses desde su operación, pero no sé cómo le va ni si le dieron permiso de beber y salir de fiesta un día sí y otro también.

Lily: ¿Fue duro para ti? ¿Escucharlos teniendo sexo?

Yo: Quería tumbar ese muro. Tuve que dormir en el sofá. Fue HORRIBLE. Pero ahora que se ha ido me ha sido más fácil bloquearlo de mi mente. Pero las flores que me mandó hoy me están dando vueltas en la cabeza. Significa mucho para mí que se acordara, pero no entiendo por qué lo hizo. Tengo miedo de que una vez que Zara regrese reaviven su relación o algo así. Y sería incómodo porque tendría que verla todo el tiempo. O sea, es la hermana de Nathan.

Lily: Siento que solo fue cosa de una noche. Para Billy, al menos. Podría ser que él estaba tratando de sacarte de su cabeza, y Zara estaba ahí. Pero ella podría pensar de otra manera.

Yo: Puede ser. Pero de todas formas no importa.

Lily: Sí importa cuando sé lo que sientes por él.

Yo: William se fue. Quiere vender su departamento. No quiere verme. Está saliendo con todas esas otras chicas. Es muy sencillo. Y yo estoy con Nathan.

Lily: ¿Por qué crees que es eso? Está loco por ti. NUNCA en mi vida he visto a Billy hacer una fracción de las cosas que ha hecho por ti por otra persona. Y yo también quiero a Nate. Pero, aaah... Odio esto.

Yo: Debo ser realista y enfocarme en mi relación con Nathan. Eso es lo que he estado intentando hacer estas últimas semanas. No puedo arriesgar lo que tengo con él. ¿Y si Zara está enamorada de William? Qué raro sería. Yo también odio esto.

Lily: Lo entiendo. Nathan es la opción segura.

«La opción segura».

Supongo que Lily tenía razón, pero su comentario había dado en el clavo y, desde luego, no me facilitó las cosas. Fue un completo desastre mental, para ser exactos.

«¿Entonces soy una cobarde?».

Yo: Nunca sé qué esperar de William.

Lily: Y esa es la razón por la que sigues sintiendo curiosidad por él.

La respuesta de William apareció en mi pantalla.

Yo: William me acaba de contestar.

Lily: Mierda, okey. Bueno, te dejo con eso. Voy tarde para cenar con unos amigos. Nos vemos en NY en unos días. Te quiero, Billie.

Yo: Yo también te quiero. Nos vemos pronto. Gracias por todo.

Hice clic para salir de la conversación de Lily y abrí el mensaje de William.

W.S.: Me alegro de que te hayan gustado. Gracias por la felicitación. Emily es la chica de Nolan, ¿verdad? Dale las gracias de mi parte.

Eso no me lo esperaba. Ninguna respuesta ingeniosa, ningún comentario sarcástico, ninguna burla que me hiciera querer darle una bofetada hasta Sagaponack. No estaba acostumbrada a que William fuera tan... educado conmigo. Frío, casi. Y me dolió más de lo que hubiera imaginado.

Pero me hizo un favor... supongo.

No le respondí. Aventé el teléfono sobre la cama y me metí a la ducha. Así es como se siente ser dueño de tus decisiones. Y se siente de la mierda.

18 de junio de 2010

ERA EL ÚLTIMO DÍA de mi programa intensivo de verano. Tomé un curso de diseño gráfico como optativa para mi plan de estudios. Era un curso algo exigente, y me mantuvo ocupada durante las últimas semanas.

Mi mano se estaba curando con rapidez. Cada día estaba mejor, gracias a las sesiones de fisioterapia a las que había estado asistiendo. Ya no la tenía rígida y la hinchazón había desaparecido por completo.

Nathan no paraba de viajar, de trabajar hasta tarde incluyendo los fines de semana. Estaba agotado. Me preocupaba verlo tan estresado. Insistía en que la carga de trabajo volvería a un ritmo más aceptable en cuanto acabaran con una negociación difícil. Pero siempre iba a haber un nuevo cliente. «Nunca se acaba».

Seguía teniendo días buenos y malos con respecto a Caleb. Y las pesadillas no habían desaparecido. No eran tan frecuentes como antes, pero seguían muy presentes, crudas y vívidas.

Nathan se esforzaba por venir cuando tenía que hacerlo y quedarse a dormir cuando podía.

De estar ahí para mí.

Por fin puso a trabajar a su asistente. Ella le ayudaba con su agenda, despejándola para cosas importantes como este fin de semana.

Los Sjöberg nos habían invitado a pasar el solsticio de verano en Sagaponack. Nathan y yo planeábamos irnos a las 4:00 p.m. y volver el domingo a última hora de la tarde. Mi padre aceptó que fuera porque Nathan lo convenció. Mi equipo de seguridad se turnaría para descansar en una posada cercana a la casa de campo.

Sé lo que estás pensando: ¿Y William?

Cuando Lily llamó para invitarnos me negué de inmediato. De ninguna manera pasaría el fin de semana en casa de William. En especial cuando sabía que Zara también asistiría. Y ni siquiera tuve que preguntarle a Nathan para saber que él tampoco querría ir.

Ver a William y Zara juntos no era algo que quisiera intentar pronto. Ella se había mudado a Nueva York hacía tres días, y se quedaría en el departamento vacío de William, por supuesto, hasta que encontrara un departamento para ella. Seguro que no tenía prisa por conseguirlo.

Zara no me había pedido quedarse conmigo, y Nathan estaba demasiado ocupado para acordarse de ofrecerle mi casa. Lily me dijo que William estaba filmando en Sudáfrica. Y esa fue la razón por la que acepté ir a los Hamptons.

William no iba a estar ahí.

Salir con Nathan significaba que tendría que aprender a convivir con Zara. Había venido a mi departamento a saludarme cuando llegó, pero no habíamos convivido. Yo estaba ocupada con el proyecto final que había entregado ese día, y Nathan había llegado de D.C. a primera hora de la mañana, así que no la había visto.

Pero ambos la veríamos y pasaríamos tiempo con ella todo el fin de semana cuando llegáramos a Sagaponack. No había forma de evitarlo, y no me hacía ni pizca de ilusión. Ella se fue temprano por la mañana con Lily y Joel. Eric y Tobias llegaron el día anterior, y yo no sabía si Sivert y Nathalie, sus padres, estarían ahí, ya que las cosas se habían complicado tras el divorcio. Lily me dijo que no se llevaban muy bien.

Si alguno de ellos aparecía, la única habitación disponible para Zara sería la de William. Y la idea de que ella durmiera en su cama me molestaba. Pero ¿a quién queremos engañar? De cualquier manera ella pondría su linda cabeza sobre las almohadas de William.

Me obligué a hacer las paces con ese pensamiento mientras cerraba la pequeña maleta que llevaba para el fin de semana cuando Nathan me llamó.

—¡Hola, tú! Voy a recogerte en unos cinco minutos. ¿Estás listo?

—No. Por eso te llamo —dijo Nathan, con un tono bajo y estresado—. Todavía no he terminado, pero puedo llegar mañana al mediodía.

—Está bien. Puedo esperarte si quieres, y nos vamos mañana juntos.

—No, no, no. Ya están todos allá. Ya estás de vacaciones. Deberías irte hoy. Te veré ahí mañana. Te lo prometo.

Nathan había estado cumpliendo sus promesas últimamente. No me preocupaba que no fuera a llegar; sabía que lo haría. Así que acepté. Tenía ganas de estar con Lily, y tenía una conversación pendiente con Tobias. No habíamos podido hablar después de lo que pasó en mi cumpleaños con Jordan y Cecile. Quería aclarar las cosas de una vez por todas.

Quería recuperar a mi amigo.

—De acuerdo —dije con un suspiro—. Te veo mañana entonces. Te voy a extrañar.

—Yo también te voy a extrañar. Ya quiero verte. Te amo.

—Yo también te amo.

—¡Hola, Billie! —dijo Eric, acercándose a mí. Nos abrazamos, y luego se asomó al interior del coche—. ¿Dónde está Nate?

—Llegará mañana.

—¡Aw! ¿Por qué? —gritó Lily desde lejos, yendo hacia nosotros.

Eric tomó mi pequeña maleta de las manos de David y le dijo que la llevaría adentro.

Volver a pisar este lugar me ponía nerviosa por un millón de razones, empezando por el doloroso hecho de que Caleb estaba conmigo la última vez que vine. Extrañaba su cara, sus ojos, su voz.

A él.

Y no hacía falta que William estuviera aquí para que me acordara de él en cualquier lugar en el que fijara la vista. Como la maldita piscina, por ejemplo. Ojalá se hubiera vaciado, pero ahí estaba, mirándome como diciendo: «Hola, nos volvemos a encontrar. ¿Te acuerdas de mí?».

Ignoré la piscina y seguí caminando.

—¡Hola! —abracé a Lily—. Nathan no pudo salir de la oficina hoy, pero prometió estar aquí mañana al mediodía.

—Qué lástima. Enviaré a Joel para que lo arrastre hasta aquí si no aparece a las doce en punto —dijo Lily, caminando de regreso a la casa. Yo la seguí.

—Hazlo, por favor. —Me reí. No era mala idea.

—¡Hola, hermanita! —gritó Zara mientras bajaba corriendo las escaleras.

«Y así comienza el festival de hermanitas».

Zara estaba tan guapa como siempre. Sus piernas largas y bronceadas se lucían en unos shorts blancos deshilachados. Su sedoso cabello castaño recogido en un chongo desordenado y sus ojos del azul más brillante resplandecían desde lejos.

¿Cómo no querría William acostarse con ella?

—Hola... hermanita. —Me había hecho a la idea de que nunca me sentiría cómoda llamándola hermanita, pero ya no tenía más remedio que seguir haciéndolo. Estaba segura de que con el tiempo conseguiría que sonara más natural. No sabía hasta qué punto era sincera con el apodo. Sin duda iba a ser una gran actriz.

—¿Dónde está Nate? —preguntó frunciendo el ceño—. Se ha estado escondiendo de mí.

—Nathan también se ha estado escondiendo de mí estos últimos días. No te preocupes, ha estado muy ocupado. Pero vendrá mañana.

—Aj. Maldito adicto al trabajo —refunfuñó Zara, caminando alrededor de la barra de la cocina—. ¿Quieres una taza de té? —Miró su reloj y puso una taza sobre la barra—. Llegas justo a la hora del té. Lily, ¿y tú?

—Claro, gracias. No podía dejar de mirarla mientras se movía por la cocina. La cocina de William. Parecía conocerla muy bien, como si fuera de ella. Con vibra de «soy la mujer de la casa».

Lily rechazó el té y en su lugar tomó una copa y una botella de vino.

«¿Es Nemorino's?».

—¿Lo tomas con leche? —preguntó Zara.

—Solo un chorrito.

—Puntos por eso, hermanita. —Zara me guiñó un ojo y me puso la taza delante.

Le di un sorbo a mi té. Estaba delicioso y era oficialmente mi bebida preferida para el resto de la noche. Hoy no me apetecía beber alcohol porque pensaba tomar un somnífero suave por la noche. Había descubierto que era menos probable que tuviera pesadillas si dormía más profundo.

Las tres llevamos nuestras bebidas a la terraza. Zara nos contó que aún estaba indecisa con un par de departamentos estupendos que había encontrado, mientras Lily descorchaba la botella de vino, que era de Nemorino's. Supongo que quedaban algunas cajas de la fiesta. William nunca me envió las que dijo que me enviaría. Por obvias razones. Quizá eran mis cajas.

Como sea.

—¿En qué barrio quieres vivir? —le preguntó Lily a Zara mientras se servía una copa de vino.

—Pues, quiero estar cerca de Juilliard, y también quiero estar cerca de ustedes —explicó Zara, moviendo la boca a un lado—. Encontré un estudio en Lincoln Square, que supongo que es muy conveniente en cuanto a la ubicación. Pero también hay un departamento impresionante de un dormitorio en la Torre Ritz. Y tiene la azotea más bonita del mundo.

—¡Guau! Así que literalmente serías nuestra vecina de al lado —dijo Lily.

Zara de verdad quería estar cerca de los Sjöberg. La Torre Ritz está a pocos metros de nosotros en Park Avenue. Incluso puedes ver el parasol gris del Ritz si miras a la izquierda al salir de nuestro edificio. Está justo ahí.

—Lo sé. Y el departamento de Nathan también está cerca —continuó Zara, dando un sorbo a su té—. Estoy enamorada del departamento del Ritz. Pero está en venta. Mi agente inmobiliario se puso en contacto con el propietario y le preguntó si estaría dispuesto a alquilarlo, pero se negó.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? —preguntó Lily—. ¿Vas a alquilar el estudio de Lincoln Square?

«¿Por qué tengo la sensación de que...?».

—Bueno, Will insiste en comprarlo. Dijo que sería una gran oportunidad de inversión y que me dejaría comprárselo más adelante, cuando empiece a trabajar.

Sí, toma eso, Juan Pablo. Podría robarle su trabajo de adivino en un segundo porque ¡lo sabía!

Lily abrió los ojos de par en par mientras bebía vino. Y yo estaba segura de que estábamos pensando lo mismo. William y Zara eran oficialmente algo, ¿verdad? ¿Quién te mete en Juilliard, te paga todo y de paso te compra un departamento?

Ella debía ser genial en la cama. Tenía dudas sobre si era la primera vez que dormían juntos. Tal vez no.

—Ya está todo listo entonces —dijo Lily. Tosí para evitar que una risa nerviosa se escapara de mi boca. La forma como lo dijo, con tanta conmoción, fue cómica y divertida.

Por fortuna Zara no pareció darse cuenta de mi reacción. Sonreía, pareciendo entusiasmada con su nueva vida en Nueva York. Odiaba todas las partes de mí que sentían celos de Zara. Todo le estaba saliendo muy bien. Y eso no me molestaba, me alegraba por ella. Lo que me molestaba era que todo fuera gracias a William. Él era el responsable de su felicidad, y eso me molestaba.

Me preguntaba si ella estaba al tanto de las actividades extracurriculares de William en Sudáfrica. El último titular indicaba que se le había visto con una actriz sudafricana increíblemente guapa en un par de citas. Vi las fotos. Se veían muy cómodos en sus cenas. Pero William tenía que volver del rodaje en algún momento, así que supongo que comprarle un departamento a Zara era su forma de mantenerla calentita para su regreso.

—Buenas tardes, señoritas —dijo Tobias, acercándose a la mesa, sin camiseta y sudoroso. Joel estaba justo detrás de él con el mismo atuendo. Shorts y tenis enarenados—. Qué bueno que pudiste venir, Billie. —Tobias me sonrió—. ¿Dónde está Nate?

—Está trabajando —respondió Joel en mi lugar—, pero vendrá mañana. Me llamó hace rato para avisarme. No te preocupes, Billie. Ya se le advirtió. Vendrá.

Tobias se quitó los tenis y los calcetines y saltó a la piscina.

—¡Qué asco! —le gritó Zara—. Estás mezclando tu sudor en la piscina.

—Solo es sudor, Zara. —Joel se rio y se quitó también los tenis y los calcetines. Retrocedió unos pasos y le guiñó un ojo a Lily, que negaba con la cabeza. Joel se reunió con Tobias en la piscina y le gritó algo a Zara en sueco.

—¡Agarren sus propias cervezas! —respondió Zara con un bufido.

—¿Alguna voluntaria? —gritó Joel.

—Voy por ellas —dije riendo. Entré y tomé un par de cervezas del refrigerador. Cuando salí, Lily me siguió hasta la piscina, me quitó una de las cervezas de la mano y se la dio a Joel. Se sentó en el borde frente a él. Me incliné y le di a Tobias su cerveza.

—Tob, ¿podemos hablar?

—Claro. —Nos alejamos un poco de Joel y Lily. Zara se acercó, se sentó junto a Lily y platicó con ellos—. ¿Qué pasa, Billie?

Me senté con las piernas cruzadas y respiré hondo.

—No sé si sigues enojado conmigo, pero quería disculparme otra vez. Te extraño, Tob.

Tobias dio un sorbo a su cerveza y la dejó con cuidado en el borde de la piscina, a mi lado.

—No, claro que no. No fue tu culpa. Estuve ocupado viajando de ida y vuelta desde Los Ángeles. Yo también te extraño, Billie. —Se pasó una mano por el pelo y me miró de reojo—. Sabes que eres como la hermana que nunca tuve.

—¡Te escuché! —gritó Zara desde lejos—. ¡Me estoy poniendo celosa!

«¿Por qué no me sorprende?».

Zara siempre quería ser el centro de atención de los Sjöberg.

—¡Estamos teniendo un momento emotivo! —le gritó Tobias—. Eres como la otra hermana que nunca tuve, ¿sí?

—¡Muy bien! —Zara le sacó la lengua y reanudó su conversación con Lily y Joel. Pero al parecer no estábamos lo suficientemente lejos como para evitar que nos escuchara a escondidas, así que intenté ser más rápida con mi conversación.

—Entonces ¿estamos bien? —le pregunté a Tobias.

—Por supuesto —susurró con una cálida sonrisa.

—¿Quieres hablar de Cecile, o...?

Frunció el ceño y apartó la mirada.

—No hay mucho de qué hablar.

—De acuerdo. Bueno, no he hablado con ella de nada. Así que en realidad no sé lo que ha pasado desde ese día. Pero...

—Está bien. —Tobias parecía turbado. Como si algo le molestara. Me callé, mi método habitual para hacer hablar a la gente—. Un amigo me dijo que Jordan voló a París la semana pasada para verla —susurró Tobias—. ¡Ah! Lo odio, carajo. No puedo creer que esté haciendo esto. Solíamos ser tan unidos, él y yo.

—Sé que es una mierda, pero le gustas a Cecile, Tob.

—Y también le gusta Jordan, créeme.

Tobias se estaba molestando, y yo no quería arruinar el buen humor con el que había llegado. Acababa de regresar de correr, todavía disfrutando el subidón de endorfinas, y aquí estaba yo, arruinándoselo al mencionar a Cecile.

—¿Has estado entrenando con Grant? —Cambié de tema. Tobias soltó una risa floja. Volvió a agarrar su cerveza y bebió hondo.

—No es necesario que hagas eso —dijo, alzando una ceja. Abrí los ojos como diciendo: «¿Hacer qué?»—. Cambiar de tema.

—Bueno, estabas sonriendo, y después abrí la bocota, y ahora estás todo serio y con el ceño fruncido. Así que sí, tuve que cambiar de tema —le expliqué—. Sinceramente, quería saber si estabas bien. Eso es todo.

—Estoy bien. —Me sonrió y vació su cerveza—. Es complicado, ya sabes. Pero gracias. Sé lo mucho que te importa y te lo agradezco de verdad.

—¿Tienes sed? —Me reí. Se acabó la cerveza en unos minutos.

—No tienes ni idea. —Tobias se rio—. Debería beber agua después de correr, no cerveza, pero a la mierda.

—¿Quieres que te traiga otra? —le ofrecí—. Al fin y al cabo es el solsticio de verano.

—¿Ves? —Tobias gritó en dirección a Zara—. ¡Por eso Billie es mi hermana favorita! —Intentaba molestar a Zara. Y ella mordió el anzuelo porque la oí quejarse mientras iba a la cocina. Joel también me pidió otra.

Volví, les di sus cervezas y me senté junto a Lily.

Estábamos todos platicando y Tobias se terminó su segunda cerveza en menos de cinco minutos.

—Deberías probar mezclarle con agua —bromeé riéndome.

—Ya lo sé. —Soltó un sonoro y largo eructo.

—¡Oye! —dijimos Lily y yo al mismo tiempo. Agité la mano delante de mi cara, intentando alejar cualquier olor sospechoso antes de que llegara a mí.

—Es asqueroso —dijo Zara con una mueca.

—Suficiente —dijo Tobias, saltando fuera de la piscina. Lily y yo retrocedimos, y antes de que yo pestañeara siquiera, Tobias tenía a Zara agarrada por la cintura y la dejaba caer en la piscina. La escena me resultaba demasiado familiar, pero me alegré de estar seca.

—¿ESTÁS LOCO? —gritó Zara, apartándose el pelo mojado de la cara—. ¡El agua está helada!

Tobias saltó de nuevo a la piscina.

—Me dijiste asqueroso dos veces. No podía dejarlo pasar. —Se rio y acortó la distancia entre ellos. Zara lo salpicó y él le devolvió el salpicon.

—¡Para! —Zara gritó. Ella también se reía. Un poco, pero parecía molesta.

—Bueno, tú empezaste —dijo Tobias, acercándose a ella, todavía riendo. Joel le pidió a Lily que trajera toallas, así que ella fue a la casa. Joel y yo no podíamos dejar de mirar la dinámica de Zara y Tobias en la piscina.

Tobias parecía disfrutar haciendo enfadar a Zara. Volvió a salpicarla y siguió avanzando en su dirección, arrinconándola contra la pared más distante de la piscina. Pero todo parecía inofensivo, como si estuviera jugando con ella.

—Aléjate —le advirtió Zara en tono grave. Empujó a Tobias hacia atrás y trató de nadar lejos de él, pero él tenía la misión de hacerla enfurecer, y tal vez pensó que no hablaba en serio porque la agarró del brazo y jaló de ella.

—¡Quítame las malditas manos de encima! —gritó.

—¡Oye! —Tobias se detuvo, levantando las manos—. ¡Estaba jugando!

Zara no respondió mientras se dirigía a las escaleras. Lo miró por encima del hombro como si fuera a decirle algo, pero se dio la vuelta y salió de la piscina.

—Sé que te gusta Billy, ¿sí? No es que te estuviera tirando la onda ni nada de eso. Solo estaba bromeando contigo.

—No sabes nada de mi relación con él —le respondió ella, señalándolo con un dedo mientras permanecía de pie en el borde de la piscina, mirándolo fijamente.

Mierda, esto se estaba poniendo tenso e incómodo.

Lily volvió con las toallas y le ofreció una a Zara, que de inmediato la utilizó para envolverse en ella mientras bajaba la mirada al suelo.

—¿Por qué te pones tan rara con esto? —preguntó Tobias con una mueca.

—Como ya te dije... porque no sabes nada. —Zara entró furiosa a la casa y no volvimos a verla el resto de la noche.

—¿Está durmiendo en el dormitorio de William y quiere que pensemos que no pasa nada entre ellos? —le dijo Tobias a Joel—. No entiendo por qué hace esto más grande de lo que es. Y luego actúa como si yo estuviera insinuándome o algo así. Siempre nos hemos llevado así. ¿Qué cambió?

Sí, iba a necesitar una dosis completa de mis somníferos si pensaba dormir en algún momento. Y eso fue justo lo que hice, porque saber que Zara estaba durmiendo arriba en la cama de William era suficiente para mantenerme despierta toda la noche.

Ver lo obvio que era para todos que ella estaba enamorada de él era material para mis pesadillas, y no necesitaba más horrores invadiendo mis sueños.

CAPÍTULO 31

Sous-chef

19 de junio de 2010

THOMAS ME TIENE *inmovilizada contra la cama otra vez. Tiene todo su peso encima de mí, sus manos me aprietan las muñecas, aplastándomelas. Se inclina y me roza la mandíbula hasta la oreja con la punta de la nariz. Me estremezco, pero intento que mi reacción pase desapercibida. Fracaso miserablemente. Se da cuenta de mi rechazo y me aprieta la muñeca.*

Grito mientras el dolor me paraliza todo el brazo.

Thomas intenta detenerme inútilmente, pero yo sigo gritando. William entra y grita mi nombre. Thomas le pide que pare, y no lo hace. Nunca para.

Thomas saca una pistola y dispara. Dos veces.

A la cabeza. Al corazón.

William cae, y grito de nuevo entre sollozos.

La escena se desvanece. Ahora estoy sola, sentada en mi cama. La habitación está a oscuras y me pesan los párpados. Parece que no puedo mantener los ojos abiertos.

—No pasa nada. Estás bien —me susurra al oído una voz relajante y melódica. Siento dos manos cálidas sobre mis hombros. Me empujan con suavidad hacia la cama y me cubren con el edredón. Vuelvo a llorar, pero es un llanto suave y constante: me doy cuenta de que estoy a salvo. Soñando—. Estás bien, Guille.

—William —susurro. Tengo los ojos cerrados, y por más que intento abrirlos para verlo no puedo.

—Shhh. Solo respira.

Estoy durmiendo de nuevo, y esta vez me absorbe una oscura y acogedora nada.

Un rayo de sol se coló en la habitación de invitados por ambos lados de las persianas y me hizo abrir los ojos. Busqué el teléfono en el buró. 10:04 a.m. Una sensación de pánico se apoderó de mí cuando no encontré la carta de Caleb. Me había dormido aferrada a ella, pero exhalé aliviada cuando la vi en el suelo junto a la cama.

Maldita sea. Me había quedado dormida. Nunca había tomado una dosis completa de mi somnífero, solo la mitad, a veces incluso un cuarto. Me di cuenta de que tomar los somníferos no me quitaba las pesadillas. Había sido una coincidencia que no tuviera pesadillas las últimas veces que había tomado uno. No los tomaba muy a menudo, solo cuando era absolutamente necesario, como anoche.

Nathan dijo que llegaría alrededor del mediodía, así que era mejor levantarme y empezar mi día.

Me bañé, me vestí y salí de la habitación de invitados. Me llegó un olor a hierbas y especias. Afuera, vi un camión grande con cinco tipos que descargaban unos cuantos muebles y una pérgola de madera como la que habían utilizado el año pasado en la fiesta de solsticio de verano de la azotea.

Aaron y Amena estaban cerca de la puerta principal observando la escena.

Seguí los deliciosos aromas que salían de la cocina, y William estaba ahí. Cocinando. Ahora tenía barba. Estaba bien cuidada, como en las fotos de los paparazis en las que salía con la actriz sudafricana. Le quedaba fantástica, por supuesto.

Me quedé helada. «¿William había estado realmente en mi habitación tranquilizándome para que me volviera a dormir la noche anterior?».

No, no, todo había sido un sueño.

—¿Te sientes mejor? —preguntó mientras seguía haciendo lo suyo, picando cosas, por lo que podía ver. Su mirada estaba fija en el cuchillo y la tabla de cortar.

Oh, oh. «¿Había estado en el cuarto, entonces?».

—Hola. Eh... sí. ¿Qué quieres decir? ¿Dónde está todo el mundo? —Mis pies estaban pegados en el lugar donde me encontraba, incapaz de moverme mientras asimilaba el efecto de verlo.

William soltó el cuchillo, se secó la frente con el antebrazo y centró su mirada azul en mí. Me escrutó con el ceño fruncido y se dio la vuelta para sacar algunas cosas del refrigerador. Verduras. Reanudó el picado y por fin empezó a hablar.

—Zara salió a correr con Eric. Lily y Joel salieron a buscar algunas cosas que necesitaba de la tienda. Tobias está arriba atendiendo una llamada en su habitación, y tú estabas gritando dormida, como de costumbre, cuando llegué hace unas horas —me explicó—. ¿Quieres café o te vas a quedar ahí de pie toda la mañana?

«Las dos cosas».

Volvía a ser el William de solsticio de verano: engreído, analítico y guapísimo. Y ni siquiera tengo que mencionar que llevaba una camiseta blanca con cuello en V y unos pantalones grises de algodón.

—Sí. Al café, quiero decir. Gracias. —Convencí a mis pies para que respondieran, caminé hacia la barra de la cocina y me senté en una de las sillas altas frente a William—. Siento lo de anoche. No me di cuenta de que estabas ahí. De que me habías oído.

—Lo sospechaba. Nunca abriste los ojos —respondió—. Aquí tienes. Lo tomas con leche, ¿verdad? —Asentí, pero él ya estaba echando un chorrito de leche en mi café—. Dime, ¿por qué Nathan nunca está cuando lo necesitas? —preguntó William mientras volvía a meter la leche en el refrigerador.

—De hecho, está en camino —dije, frunciendo el ceño; una parte de mí entró en pánico cuando me di cuenta de que William estaba aquí cuando se suponía que no iba a estar. Temía lo que pasaría si Nathan se enteraba de las especulaciones sobre la naturaleza de la relación entre Zara y William.

—Creí que estabas en Sudáfrica —le dije—. No esperaba que estuvieras aquí. —Estaba muy nerviosa por hablar con él. Y su actitud no ayudaba a calmar la tensión.

Déjà vu.

—Estaba en Sudáfrica, pero Lily me dijo hace unos días que habían ordenado comida de Mockingbirds para el fin de semana, y no pude permitirlo —dijo riendo. Tomó un par de contenedores vacíos y puso ahí las verduras—. Además, la familia es lo primero. Me di cuenta de que sería el primer solsticio de verano que me perdería. Tampoco pude permitirlo.

William se enjuagó las manos, se las secó con una toalla que colgaba de su hombro, y la arrojó sobre la barra.

—Siéntete como en casa. Y... ¿podrías echarles un ojo a las papas? —Se marchó y me dejó en la cocina con mi café, mirando las papas hirviendo en una enorme olla.

Eché un vistazo por encima del hombro y lo vi sentado en el banco de madera frente a un piano digital que estaba en la sala del cual no me percaté la última vez que estuve aquí.

William se puso los audífonos y empezó a tocar el piano, así que me di la vuelta y di un sorbo a mi café, preguntándome qué canción estaría tocando. En realidad nunca había oído a William tocar el piano en la misma habitación que yo, aunque sí muchas veces a través de la pared.

Esa maldita pared.

Tras unos minutos de escuchar la canción insonora de William y mirar las papas como me había ordenado (sin saber cuándo estarían listas), Tobias bajó corriendo por las escaleras.

—¡Hola, Billie! —Me alegró ver que era el de siempre conmigo.

—Hola, Tob. ¿Listo para hoy?

—Sí. Acabo de terminar unas llamadas de trabajo, así que estoy oficialmente listo para el solsticio. —Abrió el refrigerador y escudriñaba su contenido cuando oí que William dejaba caer sus audífonos sobre las teclas con un ruido sordo. Me tensé al escuchar sus pasos acercándose detrás de mí.

—Suelta el salmón. Y el queso también —ordenó William a Tobias—. Es para más tarde.

Tobias se dio la vuelta y se encontró con la mirada de William.

—Por favor, no empieces con la actitud de chef malhumorado

—respondió, ignorando a William y sacando un gran túper con queso—. ¿Dónde escondiste el pan?

—Yo no escondo nada. Está en el horno. Puedes tomar un trozo.

Tobias sacó una cerveza del refrigerador y por instinto miré el reloj.

—Es casi mediodía, Billie —me dijo Tobias.

—Yo no dije nada.

—No tuviste que hacerlo. —Se rio—. Ya son las cinco de la tarde en Suecia.

—Bueno, en ese caso —William se le unió, abriendo el refrigerador y tomando una cerveza. Giró la tapa con el trapo de cocina y oí cómo se abría. Yo seguía con mi café y no podía imaginarme bebiendo una cerveza tan temprano.

Tobias tomó un plato y se sirvió unos cubitos de queso.

—Te preparo unos huevos o algo, pero guarda el maldito queso —le dijo William a Tobias, aparentemente estresado por la situación del queso.

No pude evitar reírme, por mucho que intenté no hacerlo. Me parecía simpático que William quisiera que todo fuera perfecto. Tobias abrió la puerta del horno, sacó un trozo de pan y le dio un mordisco. William apartó la mirada y se frotó la nariz. Luego dio un sorbo a su cerveza con cara de fastidio.

Tobias volvió a colocar el contenedor de queso en el refrigerador.

—¡Ah! *Smultron*. —Sacó otro contenedor más grande, lleno de fresas—. ¿Quieres una, Billie? —Me ofreció mientras abría la tapa.

William fulminó a Tobias con la mirada, pero no dijo nada. Su mirada llena de amenazas de muerte debió haber bastado, pero a Tobias no pareció importarle. Se llevó una fresa a la boca y la masticó.

—Gracias, pero no me gustan las fresas —respondí, vaciando el café y dejando la taza sobre la barra.

Tobias dejó de masticar y me miró con una mueca. William tomó una fresa y dijo:

—Eso es imposible. Tienes que probar una de estas. Las traemos de Suecia cada año. Las seleccionan a mano para que estén perfectas.

—Ah... claro. —Extendí la mano. Temía su reacción si me negaba a probar una. William puso la pequeña fresa en mi mano y la inspeccioné—. ¿Es un tipo diferente de fresa? Esta tiene muchas semillas.

—Solo muérdela —me dijo Tobias. Los dos me miraron fijamente, esperando a que la probara, como si fueran los dioses de esa fruta y estuvieran desesperados por saber si aprobaría su creación.

Me llevé la fresa a los labios y le di un mordisco. Era dulce, pero menos jugosa que una fresa normal. La textura de las semillas en la boca me hizo estremecer. Cerré los ojos y estiré la mano mientras me la tragaba. Tobias me puso la cerveza en la mano y bebí un sorbo.

—¡Ah! Las semillas —dije, con la boca torcida de lado. Quizá no recibí suficiente estimulación sensorial de niña—. No puedo. Perdón. En realidad no sé qué sea. —Sacudieron la cabeza con decepción y no pude evitar reírme ante su genuina frustración.

—¿Entonces no probaste el pastel de fresa el año pasado? —preguntó William con el ceño fruncido, como si fuera un delito.

—Sí, pero aparté los trozos de fresa a los lados —expliqué, devolviéndole su cerveza a Tobias—. ¿Me perdonan? —Volví a reír, más que nada por los nervios—. Me gustó todo lo que probé el año pasado. O sea, no soy nada exigente con la comida. Me gusta todo lo nuevo que pruebo. Pero es la textura. Las semillas y el gusto ácido. No sé.

—Llegó papá —dijo Tobias, mirando por la enorme ventana del suelo al techo. Dejó la cerveza y salió a recibirlo. «Gracias a Dios». Así podríamos dejar atrás el asunto de las fresas.

William respiró hondo y dejó la cerveza sobre la barra de la cocina. Parecía raro, nervioso.

Me incliné hacia él y me atreví a preguntarle:

—¿Estás bien?

—Ah, sí —respondió sin mirarme.

—¿También viene tu madre? —Supuse que quizá viniera su madre y que estaba estresado por eso.

—No, no va a venir.

Supuse mal. Bueno, tal vez esa era la parte estresante. Tal vez sería el primer año que no pasaban el solsticio de verano juntos, en familia. Tenía algunas preguntas más, pero me mordí la lengua. No me correspondía entrometerme.

Sivert entró y Tobias lo siguió con su maleta. Me levanté y saludé a Sivert después de que William lo abrazara. Su padre hizo algunos comentarios sobre el vello facial de William mientras se dirigía a la cocina y tomaba un par de fresas del contenedor.

—Ah, maduras y perfectas —dijo Sivert después de llevarse una a la boca.

Zara y Eric entraron a la casa, con la cara roja y sudorosos por haber corrido.

—Los zapatos se quedan afuera —les advirtió William—. Va para ambos. —Eric y Zara se pararon en seco y volvieron a salir para quitarse los tenis enarenados. Tobias frunció el ceño al ver a Zara. Lo de la piscina ayer por la tarde había sido una escena incómoda. Parecía que aún no habían hablado de ello. El ambiente seguía siendo tenso entre ellos.

Eric saludó a su papá con un abrazo, y Zara dijo:

—¡Lo lograste! —Sivert abrió los brazos hacia ella—. ¡Estoy toda sudada!

—No me importa. Ven aquí. —Sivert abrazó a Zara y le dio un beso cariñoso en la coronilla. Maldita sea, en realidad se llevaban bien, ¿verdad? Había olvidado que ella era básicamente un miembro de la familia Sjöberg. Era molesto presenciarlo.

—¿Viene... Nathalie? —Zara le preguntó a Sivert.

—No, querida, no viene —contestó él mientras William tapaba el contenedor lleno de fresas y lo devolvía al refrigerador.

Eric corrió escaleras arriba para bañarse cuando Sivert le dijo a William:

—Hablé con Zane a principios de esta semana. Me dijo que has estado frecuentando a su hija Rachel en Ciudad del Cabo.

Uy.

Rachel King era la bella actriz sudafricana con la que William había estado saliendo de manera casual mientras rodaba allí. Zane King era el padre de Rachel, también actor. Entonces me di cuenta de que era amigo de Sivert.

Perfecto.

—Así es —contestó William con una de sus sonrisas falsas y estudiadas. Tuve que mordirme la mejilla para mantener mi cara de robot descompuesto.

William estaba a punto de decir algo más cuando Zara interrumpió su conversación con tono exigente.

—Will, tengo que hablar contigo.

Sí, únete al club, hermanita, y toma un número. Seguro que ella odiaba tanto como yo que le confirmaran que estaba saliendo con otra chica.

Tobias sacudió la cabeza y miró hacia otro lado. ¿Iría a contarle a William lo que había pasado en la piscina? Tobias parecía pensar que sí.

—Claro —dijo William, tomando su cerveza—. Vamos afuera.

Miré la olla de papas hirviendo y me asusté. Llevaban ahí un rato. No quería arruinarlas.

—¿Qué hago con las papas? —le pregunté a William mientras se alejaba.

Miró el reloj.

—¿Podrías sacarlas del agua? Hay un colador en el segundo cajón debajo de la estufa. Intenta no incendiar mi cocina en el proceso. —Me guiñó un ojo y siguió a Zara afuera—. ¡Oh! Y si quieres cortarlas por la mitad y pasarlas a un tazón, ¡no me molestaría en absoluto!

Me hubiera gustado arrojarle una papa. Él sabía que yo era una inútil en la cocina.

William y Zara llevaron su conversación al jardín, más allá de la piscina, y mientras buscaba el maldito colador me pregunté de qué demonios quería hablar Zara con él.

«Ahí está».

Tobias platicaba con su padre mientras yo analizaba la lujosa estufa de aspecto industrial, buscando la perilla correcta para apagarla, y lo hice. Coloqué el colador en el grifo.

—Yo te ayudo.

Tobias me llevó la olla y la vació en el colador.

—Gracias, Tob. —No pude evitar mirar a Zara y William por la ventana mientras hablaban. Su conversación parecía acalorada. Zara no paraba de gesticular mientras William la miraba con los brazos cruzados, levantando de vez en cuando la cerveza para darle un sorbo.

William se pellizcó el puente de la nariz y asintió un par de veces. Y ahí estaba yo, mirándolos, cuando tenía unos cuantos kilos de papas que empezar a cortar. Lo mejor era ponerse manos a la obra.

William había dejado una tabla de picar y un cuchillo en la barra, y pensaba usarlos. Tenía que echar un vistazo a los gabinetes para encontrar un tazón grande, como finalmente hice.

Llevé las papas a la barra y comencé mi tarea, pasándolas al tazón una vez que la tabla de picar estaba llena de mitades. Tengo que decir que trabajar en la cocina era algo terapéutico.

Nathan por fin llegó, y yo estaba a medio camino de terminar con las papas, pero dejé el cuchillo en la barra y salí a saludarlo.

—¡Hola, tú! —Nathan dejó caer su maleta de lona y me abrazó, levantándose del suelo.

—Dios, te extrañé —dijo, besándome.

—Yo también te extrañé.

Volvió a dejarme en el suelo y de manera instintiva miré hacia Zara y William. Seguían discutiendo.

—¿Qué hace William aquí? —dijo Nathan, señalándolos con la barbilla.

—Al parecer decidió venir en el último minuto —susurré—. Llegó por la mañana temprano.

—¿Y qué están discutiendo?

—No tengo ni idea, pero llevan un rato. Sivert le preguntó a William por esa chica Rachel con la que está saliendo en Sudáfrica, y después Zara le pidió hablar con él, y eso es todo lo que sabemos.

Podría haber terminado la frase con: «No tengo ni idea». Pero supongo que todos podemos ser un poco tóxicos a veces. Sabía que me arrepentiría de haber plantado la semilla de la que fácilmente podría germinar el caos.

Nathan no dijo nada.

—Entremos —le dije. Recogió su maleta y entramos a casa de William, preguntándonos si deberíamos recoger nuestras cosas y pedirles a los chicos que nos llevaran de vuelta a Nueva York.

Alerta de *spoiler*: Eso es lo que debimos haber hecho. Pero no lo hicimos.

Acomodo para dormir

—HOLA, AMIGO —le dijo Tobias a Nathan cuando entramos a la casa—. Me alegro de que hayas venido. —Se estrecharon las manos con un fuerte aplauso y se dieron un abrazo con unas palmadas firmes en la espalda.

—Me alegro de estar aquí, amigo —respondió Nathan—. Sivert, me da gusto volver a verte. Cuánto tiempo.

Volví arrastrando los pies a la cocina y reanudé la tarea de las papas. Nathan tomó una cerveza y les ofreció una a Sivert y Tobias, y se la aceptaron.

—¿Estás cocinando, amor? —preguntó Nathan, poniéndose detrás de mí y dejando su cerveza en la encimera. Me pasó una mano por la cintura y me besó la mejilla.

—Bueno, estoy cortando papas —le dije mientras apoyaba la barbilla en mi hombro—. Pero no me pidas que use el horno. —Le devolví el beso.

Zara y William regresaron a la casa; él la abrazaba por los hombros mientras ella se secaba las lágrimas de los ojos. Él le susurraba cosas mientras ella asentía. Nathan seguía detrás de mí, abrazándome con fuerza.

—¡Nate! Hola. —Zara se abalanzó sobre nosotros. Nathan me besó la mejilla por última vez y me soltó para abrazar a Zara.

—¿Qué pasa? —Le preguntó con tono severo—. ¿Estás llorando?

Levanté la mirada un segundo y vi que William me miraba, así que volví a bajar la vista hacia la tabla de picar. Lo único que tenía que hacer era seguir cortando las papas. Pero pude ver de reojo que William se acercaba a la cocina.

—Nada. Estoy bien —contestó Zara con voz demasiado alegre. Oí que William abría el refrigerador detrás de mí. Luego colocó unas barras de mantequilla y hierbas sobre la encimera.

Nathan bajó la voz y le preguntó a Zara:

—¿Quieres hablar?

—No, no. Estoy bien. Debería subir a bañarme.

—¿Arriba? —Nathan volvió mientras William colocaba otra tabla de picar a mi lado. Ya casi había terminado con las papas. ¿Acaso me iba a pedir que hiciera otra cosa?—. ¿Dónde dormiste anoche?

Mierda. Me sentí nerviosa por Zara. Sabía que iba a ser un problema para Nathan.

—Me da miedo pedirte que uses la estufa. ¿Sabes usar el microondas? —preguntó William; al parecer Zara intentaba encontrar el valor para responderle a Nathan. Respondí a la pregunta de William fulminándolo con la mirada—. Tomaré eso como un sí. —Se rio por lo bajo.

—¿Zara? —insistió Nathan. Sivert y Tobias bebían sus cervezas en la sala, cómodamente lejos del drama.

—Anoche dormí en la habitación de William —dijo ella en voz baja.

—Está bien, pero ahora que William ha llegado, creo que deberíamos hablar de dónde va a dormir cada quien. —Nathan se rozó la frente—. Estoy seguro de que Tobias puede dormir con William, y tú puedes ocupar una de las literas de la habitación de Eric y Tobias.

—O —dijo William— ustedes dos pueden quedarse en mi cuarto, y yo dormiré con Zara en la habitación de invitados, donde hay dos camas.

«¿Está drogado?».

—Gracias, pero no podríamos ocupar tu habitación —respondí de inmediato—. No queremos molestar. Creo que la idea de Nathan funcionaría bien.

«¿Nathan y yo durmiendo en su cama?». Nunca.

Además, ¿no entendía William que Nathan no quería que durmieran en la misma habitación? Yo tampoco, pero mi opinión no iba a ser tomada en cuenta. Y el hecho de que hubiera dos camas en la habitación de invitados no nos aseguraba que no fueran a compartir una de las camas matrimoniales. Así que la mejor opción era que Zara durmiera con Eric en una de las literas. Sí.

—Ay, pero si te encanta mi cama, Guille —añadió William. «¡Hijo de puta!». Sus manos estaban concentradas en picar en el dodo como el profesional que era, sin la menor preocupación del mundo.

Mis huesos se convirtieron en gelatina. Mi estómago se cocinó a fuego lento y se encogió ante el silencio sepulcral que siguió a la última declaración de William. Pero no había terminado. No.

—Dormiste como un bebé la última vez que te quedaste a dormir.

—¿Cómo dices? —intervino Nathan, aclarándose la garganta.

«¡Imbécil!».

William debía tener ganas de morir porque tuvo la audacia de decir eso cuando yo tenía un cuchillo en la mano. No me atreví a levantar la vista, pero sentí que las miradas de Nathan y Zara me abrasaban, esperando mi respuesta.

No estaba segura de si William lo había dicho para meterme en problemas con Nathan o si estaba tan desesperado por dormir en la misma habitación que Zara que prefería cedernos su cama.

Ambas cosas, seguro.

O tal vez pensó que diciéndome eso conseguiría que me fuera para poder volver a tener su habitación y compartirla libremente con «mi hermanita».

«Lo siento, no me voy a ir».

Estaba segura de que William estaba tratando de enfurecerme. Me negaba a creer que de verdad nos estaba ofreciendo su habitación. Él sabía que yo nunca aceptaría dormir ahí con Nathan. Tal vez debería hacer que le saliera el tiro por la culata y aceptar su oferta.

No me importaba que fuera su casa. No iba a permitir que me provocara de esa manera. Si Nathan y yo nos quedábamos, no podría dormir con Zara, mala suerte. Aunque mencionar que había dormido en su cama no iba a ser excitante para Zara. Solo Dios sabía lo que pasaba por su mente.

De lo único que estaba segura era de que tenía que decir algo. Así que pensé en Cecile y traté de canalizarla con mi respuesta.

—Las almohadas son demasiado gruesas para mi gusto, pero el colchón es agradable —dije en el tono más despreocupado que pude, pasando las últimas mitades de papa al tazón como si no pudiera molestarme por lo que William había dicho. No pensaba sucumbir a sus provocaciones.

—Y solo dormí ahí porque insististe. Así que gracias, pero Nathan y yo estaremos bien en la habitación de invitados. —Levanté la vista y me encontré con la mirada de William—. ¿Necesitas que derrita la mantequilla? —Levanté una de las barras de mantequilla.

William levantó una ceja y contestó:

—Yo me encargo. La mantequilla en el microondas es un pecado. —Así que asentí la mantequilla y el cuchillo y me enjuagué las manos en el fregadero.

La cantidad de energía que tuve que reunir para aparentar seguridad mientras hablaba me iba a pasar factura y me iba a ganar un lugar en el programa de arte dramático de Juilliard con Zara. Pero había sido necesario, porque me parecía que empeoraría la situación si me mostraba nerviosa.

Nathan y yo podíamos hablar en privado de lo que había pasado aquella noche en la habitación de William. No tenía nada que ocultar porque no pasó nada más que los besos, y Nathan ya lo sabía. Además, todo había ocurrido antes de conocerlo.

Todavía no me había atrevido a mirar a Zara, pero ella habló después.

—Dormiré con Eric —dijo, marchando hacia las escaleras.

«Gracias».

Joel y Lily entraron con un montón de bolsas del supermercado.

—¡Hola! —dijo ella con una enorme sonrisa, ajena al drama con el que se había topado. Dejó caer las bolsas de papel sobre la barra con un ruido sordo y se acercó a Nathan para darle un abrazo—. Hay más bolsas en el coche. Nos caería bien algo de ayuda.

Nathan saludó a Joel y de inmediato salió a ayudar con las compras. Lo seguí.

—¿Podemos hablar? —susurré mientras cada uno llevaba un par de bolsas.

—Claro. —Asintió, pero no me miró. No lo culpé. Sobre todo, después de que William insinuara que habíamos pasado la noche juntos en esta casa.

Dejamos las bolsas en la encimera de la cocina y nos fuimos a nuestra habitación.

Nathan cerró la puerta, dejó la maleta en el suelo y fue directo al grano.

—¿Te acostaste con William?

La frase por sí sola era mortificante y me estaba poniendo nerviosa.

—No. Nos besamos. Me ofreció su habitación esa noche, y durmió aquí en la habitación de invitados. Está tratando de molestarnos, pero no me va a intimidar para que me vaya. Sé que técnicamente es su casa, pero Joel y Lily nos invitaron, y él no debía estar aquí, pero si quieres que nos vayamos, no tengo problema en hacerlo.

—De acuerdo. —Nathan suspiró—. Nos quedamos. No voy a dejar a Zara sola con él. Es un mujeriego, y no quiero que haga algo estúpido de lo que se arrepienta más tarde —dijo con naturalidad. Si supiera...

Cómo odiaba escuchar a Nathan llamar mujeriego a William.

Nathan acortó la distancia entre nosotros y me apretó contra él.

—Me estoy volviendo loca pensando en que te besó —me acarició la mejilla y se inclinó para besarme—, en esta casa.

Le rodeé el cuello y me derretí en sus brazos. Me recostó en la cama y sus manos se dirigieron a mis pantalones, bajándolos, mientras sus labios volvían a encontrarse con los míos. La idea de acostarme con Nathan en casa de William me resultaba incómoda, sobre todo cuando estaba justo afuera, a escasos metros de nuestra puerta, cocinando.

Pero no me importaba. Extrañaba a Nathan y quería tranquilizarlo. Estaba celoso y no quería que lo estuviera.

Otra parte de mí estaba furiosa con William por haber dicho eso delante de Zara y Nathan. Me costaba quitarme esa sensación de encima; entonces alguien llamó a la puerta.

Nathan maldijo en voz baja y se acostó en la cama a mi lado mientras yo me levantaba de un salto y me subía los pantalones. Me apresuré a abrir la puerta y era Lily. Necesitaba ayuda para preparar unas cosas; le dije que ya salía.

—Deberíamos empezarnos a arreglar —le dije a Nathan, cerrando la puerta—. Lily necesita ayuda.

—Tienes razón. Voy a darme una ducha. —Me dio un último beso en los labios y desapareció en el baño. Abrí el clóset y saqué mi vestido.

Tenía un escote alto y redondo con un intrincado diseño de encaje en la preciosa tela blanca. Las mangas, algo acampanadas, me llegaban hasta los codos. Era entallado en la cintura y la falda recta me llegaba hasta los tobillos. Lily me había ayudado a elegirlo.

También me pidió que llevara zapatos cómodos porque íbamos a bailar la danza de la rana alrededor del palo de mayo y otros juegos y bailes divertidos en el jardín. Así que me puse unas alpargatas lila de tacón bajo.

Llevaba el pelo suelto porque no tenía las herramientas para hacer mucho con él. Y no tenía a Mimi conmigo para que me hiciera una trenza. Ya no lo tenía tan corto. Me caía justo por debajo de los hombros y me sentía más yo misma con el pelo largo.

Me apliqué rubor color melocotón, rímel y un labial color durazno, y Nathan salió del baño con una toalla atada a la cintura.

—Guau, Dios, estás impresionante. —Nathan me miró de pies a cabeza y extendió la mano para tocarme el vestido. Me besó en la mejilla y me susurró al oído:

—Me encanta verte vestida de blanco. Hace volar mi imaginación.

El corazón me rebotó contra la caja torácica. Nunca sabía qué decir a las insinuaciones matrimoniales de Nathan, así que siempre sonreía como respuesta. Y sabía que lo normal habría sido sentirme entusiasmada, pero siempre me daba pánico: una batalla interior entre estar emocionada pero sentirme culpable, porque no lo estaba.

—Bueno, esa toalla te queda genial —dije con una risa nerviosa, provocada más por su afirmación anterior que por el hecho de que su cuerpo estuviera en plena exhibición y se viera increíble. Bueno, tal vez un poco de ambas cosas.

—Será mejor que salgas de esta habitación antes de que decida tirar la toalla y arrancarte ese vestido —respondió Nathan, jalándome contra su pecho desnudo—. No es que no vaya a hacerlo más tarde de todos modos.

—Me gusta cómo piensas.

Me besó la mejilla.

—Anda. Voy a recortarme la barba y a vestirme. Nos vemos afuera.

Le sonreí asintiendo y salí de la habitación para ayudar a Lily. Tenía un montón de flores esparcidas sobre la mesa del comedor. Zara le ayudaba a ordenarlas. Afuera, Tobias, Joel, Eric y Sivert estaban colocando el palo de mayo de madera.

—Lista para ayudar —le dije a Lily, que seguía en pants. Pero Zara no. Llevaba sus largas ondas castañas sueltas y un precioso vestido de encaje azul pálido que hacía que sus ojos resaltaran aún más y que su piel bronceada brillara de forma maravillosa.

Tuve que apartar la mirada.

¿Qué puedo decir? Zara es hermosa. Y no podía mirarla sin recordar inevitablemente lo que había escuchado en mi cumpleaños, imaginando sus manos sobre William y las manos de él sobre ella, haciéndola reaccionar y disfrutar mientras yo escuchaba.

En fin... Había cosas que hacer, y no había vuelta atrás.

Ambas ayudamos a Lily a hacer unos sencillos arreglos florales para colocar como adornos en la larga mesa que ya había sido colocada en el jardín por los chicos de los muebles. Por lo que pude ver, había dos arreglos florales más grandes con varios tipos de flores en la mesa de la terraza que servía de bar.

Alguien bajó de prisa las escaleras detrás de mí, y no tuve que girarme para saber que era William. Su estúpida colonia lo delató al dejar una estela de deliciosas naranjas maduras, agua dulce y ámbar especiado mientras se dirigía directo a la cocina.

Bueno, mierda.

Ya me había olvidado de esa maldita colonia. Y hubiera preferido mantenerlo así.

William le pidió ayuda a Zara, que de inmediato dejó lo que estaba haciendo y fue a ayudarlo. Fue entonces cuando me atreví a mirarlo. Llevaba pantalones de lino rosa pálido con un saco de lino azul claro sobre una camisa blanca. Ni se tiene que mencionar que le sentaba de maravilla aquel conjunto color algodón de azúcar.

Aparté la mirada, a pesar de que quería inspeccionar su conjunto.

—Creo que ya terminamos. Estas las usaremos para las coronas de flores —dijo Lily, dejando unas flores a un lado—. Todo lo que necesitamos para hacer las coronas de flores está dentro de esta caja. Voy a bañarme y a prepararme. Nos vemos en un rato.

Lily se fue y Nathan aún no había salido.

William y Zara hablaban en sueco, lo cual era extremadamente molesto. Sobre todo porque ella no paraba de reírse de todo lo que William decía. Ella le ayudó a servir la comida por lo que pude ver antes de salir furiosa con las flores y la caja. No podía ocultar mi fastidio al verlos interactuar, pero estoy segura de que no se dieron cuenta porque estaban ocupados llevándose tan bien.

Me senté en una de las sillas de la larga mesa del jardín y decidí distraerme haciendo mi corona de flores. Eric, Sivert y Tobias platicaban junto al palo de mayo bebiendo sus cervezas. Por suerte, Nathan llegó en ese momento, pero Zara iba con él.

Ambos llevaban un plato de comida en cada mano y los colocaron sobre la mesa. Zara se apresuró a volver a la casa.

—Te va a quedar preciosa —dijo Nathan, mirando mi corona de flores. Apenas había empezado.

—Te ves muy guapo. —Llevaba pantalones caqui y una camisa blanca. Tenía un aspecto fresco y limpio, elegante como siempre.

—Oh, gracias. —Me besó la mejilla y Tobias gritó su nombre—. Vuelvo enseguida, amor. ¿Estás bien aquí?

—Por supuesto. Voy a terminar la corona de flores.

Zara volvió a salir y William la siguió de cerca. Ambos llevaban dos platos más de comida cada uno. Todo se veía y olía delicioso, como era de esperar.

—¿Puedo traerles algo de beber? —ofreció William.

—Sí. Vino, por favor —respondió Zara, sentándose frente a mí—. Si tienes algo de ese vino Nemorino's que tomamos en el cumpleaños de Billie, sería estupendo.

—Tengo bastante —respondió William, algo molesto. Ese vino había hecho maravillas para Zara en mi cumpleaños. Y yo ahora odiaba ese vino. Me hizo vomitar la última vez que lo bebí. La fórmula necesitaba revisarse—. ¿Y para ti?

—No más Nemorino's para mí, gracias —dije con una sonrisa forzada—. Pero tomaré uno de esos spritzers de aquavit.

—¿El que tiene moras? —preguntó William—. ¿Como el año pasado?

—Ajá —respondí, mirando mis manos trabajando en la corona de flores.

William se fue y Zara sintió curiosidad mientras trabajaba en su corona.

—Entonces, ¿cómo les fue en el solsticio del año pasado?

—Fue divertido —contesté—. Nunca había estado en una fiesta de solsticio.

—El año pasado no pude venir porque me invitaron a una fiesta increíble en Gotemburgo —me dijo—. Pero pensé que había sido cuando te quedaste a dormir. Ya sabes, por lo que dijo William de que habías dormido en su habitación. ¿No fue en el solsticio de verano, entonces?

«Maldita sea, Zara».

—Eh, no. Eso fue más o menos un mes después —respondí, con los ojos fijos en mi corona. Pero no tuve que levantar la vista para saber que me estaba mirando—. La fiesta del año pasado fue en la azotea del edificio, no aquí. —Tal vez Zara ya lo sabía, pero se estaba haciendo la tonta para sacarme la información que deseaba con desesperación.

—Entonces, ¿estaban juntos? —me preguntó. Eso me hizo levantar la vista para encontrarme con su mirada—. Tú y William. —Miró por encima de mis hombros hacia donde estaba Nathan, hablando y riendo con los chicos.

¿Por qué no podía preguntarle a William directamente sobre estas cosas? ¿O tal vez ya lo había hecho y quería corroborar la información? Estaba arruinando el ambiente y haciéndolo incómodo.

—William y yo nunca hemos estado juntos.

—Correcto —dijo William detrás de mí, colocando mi bebida en la mesa. Le pasó a Zara su copa de Nemorino's—. Pero eso ya lo sabías, Zara. Así que deja de acosar a tu «hermanita» con preguntas.

Sabía que ya se lo había preguntado a William. Pero no podía culparla por estar celosa. El comentario de William sobre que me gustaba su cama había estado fuera de lugar por muchas razones. Y yo seguía furiosa por ello.

—Lo siento, Billie. —La boca de Zara se torció en una sonrisa mientras se llevaba la copa de vino a los labios.

—Zara, ¿podrías traer el iPod que te presté para ir a correr?

—preguntó William—. Quiero conectarlo a las bocinas que están junto a la mesa de la terraza. Necesitamos música.

—Ah, sí. Por supuesto. Ahora vuelvo. —Zara dio un último sorbo a su vino antes de ponerse de pie.

—¿Y podrías traerme una cerveza, por favor?

Zara se alejó sin responder, y William añadió algo en sueco, a lo que ella tampoco respondió.

El sueco era uno de esos idiomas en los que no podía captar ni una sola palabra cuando hablaban. Era desesperante.

Le envié un mensaje a David para preguntarle si podía venir.

—Estás furiosa, ¿verdad? —dijo William riendo—. Por lo de la cama.

—Más de lo que te imaginas. Y no tiene gracia. —Le di un sorbo a mi spritzer por primera vez desde que William lo trajo—. Maldita sea, qué bueno está —dije en voz baja.

William volvió a reírse y me dirigió una de sus características sonrisas.

—Señorita Murphy —dijo David, de pie junto a la mesa.

—David, ¿tienes mis mentolados?

William respiró bruscamente por la nariz y apartó la mirada. David sacó la cajetilla de cigarros y un encendedor del bolsillo interior de su saco. Me dio un cigarro y me lo encendió.

—Deja la cajetilla, por favor. El encendedor también —dije, exhalando el humo hacia un lado—. Gracias, doctor. —David sonrió y se marchó.

William solía odiar verme fumar. Pero ahora supongo que ya no era una prioridad para él.

—No te atrevas a arrebatarme el cigarro —le advertí, por si acaso. Levantó las manos como diciendo: «Jamás lo haría». Cuando siempre lo hacía—. Este es mi único acto de rebeldía contra mi padre, así que voy a usar lo que tengo.

—Todos deberíamos tener miedo —dijo, tomando asiento frente a mí. La única razón por la que no me levanté y me fui era que quería terminar la maldita corona de flores. Me gustaba usarla.

—¿Miedo de qué? —le pregunté—. ¿Puedes sostenérmelo?

—Extendí los dedos para que me tomara mi cigarro. Necesitaba las dos manos para sujetar la última flor de la corona y acabar.

Sujetó el cigarro y le dio una calada, dejando escapar una columna de humo hacia un lado.

—Miedo de ti cuando por fin encuentres las agallas para liberarte de tu padre. Serás imparable... ¿Qué diablos es esto? —preguntó, dándose golpecitos en los labios—. Sabe a durazno.

—Bueno, es un labial sabor durazno. —Por fin había terminado mi corona de flores, así que me la puse en la cabeza y giré dos dedos hacia delante y hacia atrás para que me devolviera el cigarro. Lo hizo.

William se lamió el labio inferior.

—Qué rico.

Se me encogió el cuerpo al verlo hacer eso y al ver cómo decía «qué rico». Así que le di una fumada a mi cigarro porque era mi mejor amigo en situaciones así. Fumas en vez de responder y eso llena el silencio.

Zara salió de la casa, y me levanté para reunirme con Nathan. La vi tratando de conectar el iPod al altavoz.

—Espera —dijo William con su voz profunda y ronca.

—No. Zara volverá en cualquier momento y no quiero que se ponga más celosa de lo que ya está. Además, está bebiendo Nemorino's, y ambos sabemos que le hace maravillas.

—No sabría decirte —dijo William con cara inexpresiva.

—Seguro que puede hacer un cambio de última hora con Tobias —dije en voz baja y guiñándole un ojo—. Además, aquí las paredes son más gruesas, así que no tienes que preocuparte de que nadie escuche.

—Siéntate.

Me reí por lo bajo y lo señalé con el cigarro.

—No.

Zara por fin consiguió conectar el iPod, y la música *house* a todo volumen inundó el jardín. Volvió al interior de la casa, probablemente a buscar la cerveza de William.

—No sé de qué estás hablando, y algo me dice que tú tampoco

—dijo William, de pie, con las palmas de las manos arraigadas a la mesa. Se inclinó y dijo—: Estás tan celosa que no te soportas ni a ti misma. —«Cierto»—. Es como si quisieras una excusa para ayudarte a elegir entre él y yo. Pero siento decirte esto, por mucho que te queme y te den ganas de volverte loca: no soy un cabrón. Lidia con ello.

Recogí mi spritzer y dije antes de alejarme:

—Zara llegará en cualquier momento y Nathan me está esperando.

—Guillermina. —La voz de mando de William me hizo detenerme y mirar por encima del hombro. Levanté las cejas como diciendo: «¿Qué puedo hacer por ti?»—. Ni se te ocurra acostarte con él en esta casa.

Me reí para hacerlo enojar, pero no tenía ninguna gracia. Además, por lo que yo sabía, él se estaba acostando con esa chica Rachel en Sudáfrica, y conociendo cómo era, tal vez encontraría la manera de meter a Zara en su dormitorio esta noche. Así que era más que enfurecedor que me pidiera eso.

William rodeó la mesa y acortó la distancia entre nosotros. Se inclinó para decir:

—Quemaré esta casa hasta los cimientos si lo haces.

—Sería una pena —dije con una sonrisa vacía.

—Lo digo muy en serio. Si alguna vez tienes sexo en esta casa no será con él. —Se le desencajó la mandíbula y cerró los puños—. Ahora, usa esa mente tan creativa que tienes para inventar una excusa cuando Nathan intente llevarte a la cama esta noche.

—No haré promesas que no pueda cumplir. —Dejé que se quemara con la idea y la posibilidad, como lo haría yo. Levanté mi copa.

—Pero gracias por la bebida.

La conveniencia del síncope vasovagal

EL RESTO DE LA VELADA fue bastante tranquila, en lo que respecta a William, pero noté un cambio en su actitud descarada después de nuestra pequeña conversación. Había bajado un poco el tono. O mejor dicho me ignoró.

Nos las arreglamos para realizar las diversas actividades que Lily había planeado sin ningún problema.

Todos bebieron como de costumbre, menos Lily y yo. Yo aún no había olvidado el episodio de vómitos de mi cumpleaños, así que intenté ser consciente de mi ingesta de alcohol. Y Lily estaba ocupada como anfitriona, asegurándose de que todo saliera perfecto. Solo la vi tomando una copa de vino mientras comía.

Nathan estaba en un nivel de borrachera funcional. Me alegró verlo relajarse y divertirse, porque siempre estaba muy ocupado y estresado. Pensé que le vendría bien liberar algo de tensión.

Zara estaba achispada, por así decirlo. Pero al menos convivió con todo el mundo y no siguió a William de un lado a otro como solía hacer.

Eran las ocho y el sol empezaba a ponerse. Platicaba con Lily cuando sentí que los brazos de Nathan me rodeaban la cintura. Me besó el pelo.

—Lily, ¿puedo robártela un momento?

—Claro. —Lily sonrió y se alejó.

—¿Qué pasa?

—Quería decirte que tengo que viajar a Londres este lunes —dijo Nathan—. Durante una semana.

«Maldita sea». Teníamos entradas para un musical de Broadway. Nathan tuvo que convencer a mi padre para que me dejara ir, porque le daba aprensión que fuera al teatro.

Cuando le pedí permiso para ir a la Ópera Metropolitana en diciembre accedió porque teníamos palcos, pero esta vez no. La mente de mi padre funcionaba de forma misteriosa. A veces me costaba entender su juicio.

—No te preocupes —le dije, acariciándole la cara—. Veré si puedo cambiar la fecha.

—Lo siento mucho, amor. Me acaban de confirmar. —Me acercó más a él—. ¿Segura que no pasa nada? Odio cancelar nuestros planes por culpa del trabajo.

—No pasa nada. No te preocupes —insistí—. Pero me preguntaba si podríamos encontrar la forma de ir a algún lado en agosto, antes de que empiece el semestre.

—¿Como un viaje? —preguntó Nathan, sorprendido.

—Sí. Aunque solo sea un fin de semana —propuse—. Seguro que podemos engañar a mi padre para que me deje ir. Quizá podría decirle que voy con Nina y CJ. —Nathan me miró con los ojos muy abiertos—. ¿No crees que sea una buena idea?

—Sabes que me encantaría, pero no sé si tu padre se lo va a creer. ¿Y tu equipo de seguridad? Tienen que informarle todo.

—Seguro que puedo hablar con Aaron y explicárselo. Quizá estén dispuestos a hacer una excepción. Si se entera, ya me las verá con él. No me importa culparme de todo.

Nathan respiró hondo y se frotó la mandíbula.

—Mira, te juro que no hay nada que me apetezca más que viajar a cualquier parte, solos tú y yo. Pero tu padre y yo estamos en medio de la planificación para poner en marcha la firma el año que viene, y creo que no es buena idea contrariarlo ahora mismo.

—Nathan, prometiste que asociarte con mi padre no iba a interponerse en nuestra relación —le recordé. No quería que se preocupara más por los sentimientos de mi padre que por los míos. Quería experimentar otras cosas. Sentirme normal, aunque fuera por unos días. Y necesitaba un compañero de fechorías—. Te vendría bien el tiempo libre.

Nathan se relamió los labios.

—Siento que vuelvo a decepcionarte. Odio ver esa expresión en tu cara.

—¿Sabes qué? Tienes razón. Olvídalo, ¿sí? —Me convencí a mí misma de sonreír y le di un beso en los labios. No quería armar un escándalo por nada. Quería disfrutar del fin de semana, sobre todo ahora que se marchaba el lunes por una semana. En un mes y medio pueden pasar muchas cosas, y yo estaba estresando a Nathan con la conversación.

—Todo será más fácil cuando nos casemos —dijo Nathan, inclinándose para besarme la sien—. Estoy seguro de que tu padre relajará la seguridad y podremos viajar solos.

¿Así que era oficial? ¿Mi única salida de las garras de mi padre era el matrimonio? Y aun así, quién sabía cuánto estaría dispuesto a ceder, sobre todo porque a Nathan le convenía mantener contento a mi padre. Además, tenía dudas sobre si me permitirían viajar.

Eso era lo que más quería hacer. Viajar y experimentar cosas nuevas sin mi equipo de seguridad antes de casarme. Tal vez Nathan ya había hecho eso, pero yo no.

Este tema asfixiante me estaba agobiando mental y emocionalmente. Todo parecía una gran trampa, y Nathan ni siquiera se daba cuenta, pero estaba ante la puerta de la siguiente gran y hermosa jaula. Pero una jaula, al fin y al cabo. Y mi padre solo estaba delegando las llaves.

Mi relación con Nathan estaba demasiado apegada a mi padre, y la única manera de romper con eso era pedirle que no se asociara con él. Y no tenía el valor de pedirle que renunciara a sus sueños por mí.

Todo era culpa mía porque no había tenido el valor de decirle cómo me sentía con respecto al matrimonio. Podría haberle dicho en ese mismo momento que no estaría preparada hasta dentro de unos años. Podría haberle contado mis planes y mis sueños, pero no lo hice.

Fue devastador pensar que no podíamos ser felices los dos. Había que elegir entre su felicidad o la mía. Y tenía la esperanza de que si lo posponía tal vez podría encontrar la manera de hacer realidad los objetivos y los sueños de ambos. Por eso evité ser honesta. Por eso y por el hecho de que era una cobarde. Tenía miedo de perderlo.

—Todo va a salir bien, Murph —dijo Nathan intentando tranquilizarme—. Te lo prometo.

Asentí, deseando creerle. Y lo hice, pero no del todo. No sabía por qué, pero me sentía atrapada.

Nos acercamos a la mesa de la terraza, donde todos se reunieron alrededor mientras unos cuantos rellenaban sus bebidas. Zara se reía con Sivert y Tobias. Insistían en que eligiera sus siete flores para colocarlas debajo de la almohada esa noche. Zara y Tobias parecían amigos de nuevo.

—Tú también tienes que elegir tus flores —me dijo Nathan. William se apoyó en una de las columnas de la terraza, observando. Había estado casi todo el tiempo callado, y no tenía ningún problema con eso.

Nathan empezó a explicarme el ritual de las flores y todo lo que yo ya sabía porque lo había hecho el año pasado, pero lo dejé seguir.

—Ella lo sabe todo sobre las flores —interrumpió William a Nathan, aún apoyado en la columna con aquel llamativo atuendo, los brazos cruzados y un pie sobre el otro.

Los últimos rayos de sol desaparecieron en el horizonte. El crepúsculo se instaló y, al parecer, también la cortesía de William y la fachada serena que había llevado durante las últimas horas. La expresión amarga de su rostro era cualquier cosa menos estoica.

—Ah, claro —respondió Nathan—. Me contaste en nuestra primera cita que probaste los *shots* de aquavit en el solsticio del año pasado.

—También eligió sus siete flores y las colocó debajo de la almohada. ¿Verdad, Guille? —añadió William, con la mirada fija en mí. Una burla directa. Se frotó con elegancia la bien cuidada barba y volvió a cruzarse de brazos.

¿Por qué se molestaba? Parecía feliz haciendo lo suyo con la sudafricana Rachel, aunque no fuera demasiado serio. Estaba segura de que habría otras chicas en la lista de citas una vez que regresara a Nueva York después del rodaje. Y en cualquier caso Zara siempre estaba deseosa y disponible para corresponder a sus afectos.

Mi punto es que parecía tener las manos llenas, y no le importaba que todos lo supieran. Entonces ¿por qué seguía jugando conmigo?

Todo el mundo parecía encontrar interesante nuestra conversación porque todos se centraban en nuestro intercambio.

—¿Pusiste las flores debajo de la almohada? —preguntó Nathan con la mirada llena de curiosidad—. ¿Soñaste conmigo? —bromeó, jalándome para abrazarme.

Tenía miedo de lo que William diría a continuación: pensé que revelaría mi sueño a todo el mundo. No le importó hacer ese comentario sobre que me encantaba su cama, así que ¿por qué no iba a mencionar mi sueño?

—No, no funcionan —contesté rápido antes de que William pudiera hablar—. Siento arruinarlo. Sé que es un asunto importante para ustedes.

—Bueno, aún no nos conocíamos. Estoy seguro de que esta vez funcionarán —dijo Nathan, besándome la mejilla con una risita.

William se rio y dijo:

—Estoy de acuerdo con ella. Yo tampoco creo que funcionen. —Se excusó y entró a la casa. Zara lo siguió; qué extraño.

William parecía molesto, pero ¿qué quería que le dijera? ¿Que soñé con él después de poner las flores bajo mi almohada? ¿Delante de todo el mundo? ¿Que aún permanecía en mi subconsciente y se hacía presente cada dos días, incluso en mis pesadillas? Porque estaba segura de que él también era consciente de ello.

Nathan me sorprendió mirando fijamente a William mientras se alejaba, y ni siquiera pude devolverle la sonrisa y fingir lo contrario. Me solté de su abrazo, di un paso adelante y serví agua en un vaso.

Todos reanudaron sus conversaciones. Y Tobias, bendito sea, subió el volumen de la música, llenando los vacíos del silencio de la conversación anterior.

«El espectáculo debe continuar».

Zara y William volvieron diez minutos después, con un plato de aperitivos en cada mano. Eric intentó atacar uno de los platos de queso, pero William se lo quitó de las manos, riendo. Se dirigieron a la larga mesa junto al jardín y colocaron ahí los platos.

Los demás los seguimos y nos quedamos cerca de la mesa para disfrutar de los aperitivos. William no me quitaba la mirada de encima. Incluso cuando me atrevía a mirarlo, no apartaba la vista. Me hacía sentir incómoda, sobre todo porque Nathan estaba sentado a mi lado, pero eso no lo detuvo.

—¿Todo bien, amigo? —le preguntó Nathan a William en tono áspero al darse cuenta de que no dejaba de mirarme. William se giró para mirar a Nathan con cara de fastidio y una ceja un poco levantada, como si Nathan no le interesara—. Te hice una pregunta.

Joel se acercó a Nathan y le tocó el hombro mientras le decía algo en sueco, a lo que Nathan respondió:

—Bueno, la está incomodando.

—¿La estoy incomodando? —preguntó William, mirándome. Me mordí el labio inferior, insegura de qué responder. Separé los labios para hablar, para decirle a Nathan que estaba bien, que no había necesidad de provocar a William, pero supongo que tardé demasiado en responder porque William se levantó, tomó un par de platos y una copa de vino vacía, y se dirigió a la casa.

William subió un par de escalones hasta la terraza, pero debió de resbalar o tropezar porque lo vi caer en la cubierta de madera. Un fuerte estruendo de cristales rotos acompañó la caída.

—¡William! —gritamos Lily y yo al mismo tiempo. Nos levantamos y corrimos a ver si estaba bien. Ya estaba de pie cuando llegamos, pero sus pantalones de lino rosa palo estaban manchados de la sangre que manaba de un profundo tajo de su mano izquierda justo debajo del pulgar. Un largo y afilado fragmento de cristal de la copa de vino sobresalía del corte.

—¡DAVID! —grité. Todos los demás corrieron a ver qué había pasado. Algunos miraban la mano de William con los ojos muy abiertos, observando la sangre que escurría. Otros miraban la cubierta manchada de sangre y los trozos de cristal en el suelo.

—Estoy bien —refunfuñó, mirándome. Solo pude negar con la cabeza. No estaba bien. La sangre le salía de la mano como un grifo abierto.

—David es médico. Deberías dejar que te vea la mano. Probablemente necesites puntos.

—¡Oh, Dios! —exclamó Zara, mirando boquiabierta la mano de William—. Mierda, me voy a... —Se aferró a Nathan, que la condujo al interior. Sivert los siguió. Nathan me dijo más tarde esa noche que Zara solía desmayarse al ver sangre. Así que sería mejor que Zara no actuara en ninguna película de terror sangrienta en el futuro.

David y Amena se dirigieron hacia nosotros y evaluaron la mano de William, que hizo una mueca de dolor. Pero estaba bien. Claro.

—El corte es demasiado profundo. Puedo suturarlo —dijo David—. Contamos con un botiquín de primeros auxilios completo en el auto. Tengo todo lo que necesito para hacerlo. O también podrías ir a un hospital.

—No —respondió William al instante—. Nada de hospitales.

—Hagámoslo, entonces —respondió David. Le pidió a Amena que trajera el botiquín de primeros auxilios, y ella se apresuró a ir por él. David le pidió a Lily algunas cosas que necesitaba, como agua, toallas y demás, y le pidió a William que se sentara quieto en uno de los taburetes de la cocina.

Amena volvió con el botiquín y David se puso manos a la obra. William siseó y apartó la mirada cuando David le quitó el trozo de cristal de la mano. Otro chorro de sangre brotó del corte al sacar el cristal y se escurrió por su muñeca, pero David parecía tenerlo todo bajo control.

David me pidió que aplicara presión sobre la herida mientras él preparaba una inyección de lidocaína para adormecer la zona y hacer más llevadera la sutura para William, o eso me explicó. Joel y Tobias fueron a ver como estaba Zara mientras Lily y Eric observaban con curiosidad cómo David trabajaba en suturar la mano de William.

—¿Estás bien? —le pregunté a William, encontrándome con su mirada llena de dolor. Asintió con el ceño fruncido y gesticuló «gracias».

Zara se había desmayado, así que cuando David terminó con William la atendió a ella. Finalmente se despertó, pero Nathan y Tobias la llevaron arriba a descansar. Lily subió con ellos para ayudarla a cambiarse el vestido mientras Joel, Eric y yo ayudábamos a limpiar la cocina y la terraza después del accidente.

William quería ayudar, pero lo corrí. Se reunió con su padre en el sofá después de darse cuenta de que no dejaría que hiciera nada. Pensé que era mejor que descansara la mano. Temía que se le reventaran los puntos si no lo hacía.

Habíamos terminado con la cocina y la terraza cuando Nathan bajó las escaleras.

—¿Cómo está? —le pregunté.

—Ya está mejor —respondió, con cara de cansancio—. Se colapsó en la cama, la pobre. Dormir le sentará bien.

Miré mi vestido, y estaba manchado en algunas partes, otra vez, con la sangre de William. Me recordó al tiroteo. Había algo primitivo y protector que se encendía dentro de mí cada vez que herían a William. Me traía de vuelta un maremoto de sentimientos que había enterrado en lo más profundo de mi ser.

Todavía podía sentir la adrenalina bombeando por mis venas.

—Deberíamos irnos a la cama —sugerí, aunque no iba a poder dormir. Al menos no hasta que se me pasara el acelere.

—Ven. —Me sacó de la casa y me llevó a la mesa de la terraza—. Elige tus siete flores. —Sonrió.

—Por supuesto. —Me incliné para elegir mis flores y volvimos a entrar cuando terminé. Los hermanos se sentaron con su padre en la sala. Lily debía de haberse quedado arriba después de ayudar a Zara.

—¿Van a dormir? —nos preguntó Joel.

—Sí, estoy hecho polvo —respondió Nathan, pasándome un brazo por los hombros. Vi que William miraba las flores que llevaba en la mano y apartó la mirada.

Nathan y yo nos despedimos de todos y desaparecimos en la habitación de invitados, sintiendo cómo la mitad de mi alma quería quedarse con William.

Ese maldito sentimiento había vuelto. ¿O se había ido alguna vez?

Nunca.

CAPÍTULO 34

Nosotros

NATHAN SE LANZÓ sobre mí en cuanto cerramos la puerta. Me bajó la cremallera del vestido y me lo bajó en un movimiento profesional, pero yo no estaba de humor para tener sexo por varias razones.

En primer lugar, necesitaba bañarme para lavarme la sangre de William que me había salpicado. No me sentía limpia. En segundo lugar, todos seguían sentados justo afuera de nuestro cuarto, en la sala, y no me sentía cómoda con eso. Sivert estaba con ellos, por el amor de Dios. ¿Y si nos escuchaban teniendo sexo? La idea me mortificaba más allá de lo razonable.

Por último, no podía dejar de pensar en William diciéndome que «quemaría la casa» si me acostaba con Nathan.

Esta era su habitación de invitados, y estaba sentado a pocos metros de la puerta. No sabía si me gustaría que se acostara con otra persona en mi casa.

Bueno, sí lo sabía. Lo odiaría, incluso cuando no debiera, porque la última vez que había visto a William dejó claro que yo ya no le importaba una mierda. Que él era William Sjöberg, y tenía acceso inmediato a cualquier chica de su elección con un chasquido de los dedos.

Y no voy a fingir que no me alegré de que Zara tuviera que dar la noche por terminada. De ese modo tendría una cosa menos de la que preocuparme cuando intentara dormir porque no quería tomarme otro somnífero. Tenía miedo de volverme dependiente de ellos, así que intentaba dejar unos días entre toma y toma. Pero confiaba en estar lo suficientemente cansada como para desplomarme en la cama sin ayuda externa.

Nathan me besó, y me costó detenerlo porque no quería que parara, pero tenía que hacerlo. Después de explicarle los puntos uno y dos, comprendió y estuvo de acuerdo con el punto número uno. Pero no estaba tan de acuerdo con el segundo punto.

No le importaba que todo el mundo estuviera sentado ahí fuera ni pensaba que nadie fuera a escuchar nada. Y tal vez tenía razón, pero había dejado el punto tres fuera de la ecuación.

Acordamos que yo me bañaría y él saldría con la excusa de tomar un vaso de agua y comprobar si seguían afuera o no, para darme tranquilidad. Así que me relajé y acepté. Tal vez si todos habían subido, no tendría nada de qué preocuparme, y estresarme por William era una pérdida de tiempo, no iba a permitir que afectara mi relación con Nathan.

Me bañé, y Nathan estaba profundamente dormido y roncando cuando salí. No pude evitar reírme un poco cuando lo vi extendido en la cama como una estrella.

La otra cama, vacía, me pidió que me acercara, así que me metí entre las sábanas y apoyé la cabeza en las deliciosas almohadas donde antes de bañarme había colocado las siete flores.

Eran el mismo tipo de almohadas que William tenía en su cama. Y eran estupendas. Antes quise hacerlo enojar diciéndole que eran demasiado gruesas. No lo eran. Eran perfectas.

Me pesaban los párpados y estaba agotada, pero no podía dormir. Estuve dormitando unos minutos, pero luego volví a dar vueltas en la cama.

Naturalmente, mis pensamientos me atacaron y se entretuvieron a costa mía. Así que los miraba como si fueran una película, intentando dejarlos pasar y evitando engancharme con ellos, como me recomendó mi terapeuta.

Escribir mis pensamientos había sido la otra recomendación, y probaría todo, cualquier cosa que me ayudara a volver a dormir. Así que tomé el Moleskine que llevaba conmigo y anoté algunas cosas, como solía hacer todos los días. Pero cuando dejé el cuaderno en el buró los somníferos me guiñaron un ojo. Los ignoré y tomé el teléfono para ver la hora.

4:08 de la madrugada.

Tiré el teléfono en la cama a mi lado y me di por vencida. Tal vez un vaso de leche me ayudaría.

Sí.

Salí de la habitación de invitados pareciendo un zombi en una misión. Con los párpados entornados me dirigí a la cocina para servirme un vaso de leche. Estaba tan agotada y desesperada por dormir que no entendía por qué no podía dejarme llevar.

—¿A soñar con él? —la voz grave de William habló desde la sala.

—Mierda —murmuré, parándome en seco. Me había dado un susto tremendo. No había visto a William sentado frente al piano cuando salí de mi habitación. No había ni una sola luz encendida —. Bueno, las flores están bajo mi almohada, pero primero tendría que poder dormir un poco para llegar a la parte de soñar. Así que no.

William se quitó los audífonos y se los dejó colgando del cuello. Había estado tocando el piano cuando no debía. Podría haberse abierto los puntos.

—Yo tampoco puedo dormir —admitió—. Ven. Siéntate.

No tenía nada mejor que hacer que mirar al techo si volvía a la cama. Era difícil decirle que no a William cuando se dirigía a mí de esa manera. Así que me acerqué al piano y me senté a su lado. El banco de madera era lo suficientemente largo para que cupiéramos los dos uno al lado del otro.

—No vi este piano la última vez que estuve aquí —le dije mientras conectaba un segundo par de audífonos.

—Pues siempre ha estado aquí. Hay un piano en todas mis casas. Tiene que haberlo, para situaciones como esta.

—¿Cuántas casas tienes?

—Solo tres —respondió, poniéndome los audífonos alrededor del cuello. «Solo tres»—. Sabes, mi abuelo solía decir que «cuantos más botones, más ojales». Así que intento mantener las cosas sencillas.

—Es un buen dicho, pero tener tres casas donde vivir no es tan sencillo como crees —le dije.

—Por eso dije «lo intento». —Se rio por lo bajo.

—¿Dónde está la tercera?

—En Estocolmo. Es un pequeño departamento que sirve de *pied-à-terre* —dijo, poniéndome con cuidado los audífonos sobre las orejas como si temiera que sus dedos rozaran mi piel. De seguro intentaba ser cuidadoso con su mano, pero agradecí la falta de contacto entre nosotros. Ahora mismo no necesitaba que me tocara.

—No deberías estar tocando el piano. Tu mano está...

—Y tú no deberías estar sentada aquí conmigo —me interrumpió antes de que pudiera terminar de regañarlo—. Pero aquí estamos, rompiendo las reglas como nos encanta hacer.

—A ti te encanta romper las reglas —aclaré—. No... Ni siquiera las rompes porque no tienes ninguna. —Esas últimas palabras rezumaban amargura, pues recordaba algunas cosas que deseaba olvidar. Cosas que me provocaban dolor y me retorcían el alma. Pero él se dio cuenta porque ladeó la cabeza como intentando descifrar qué era.

—Yo sí tengo reglas. La única diferencia es que las hago yo mismo —dijo—. Por ejemplo, si no tuviera ninguna, te besaría ahora mismo.

Entré en pánico.

—Pero no voy a hacerlo. No porque me importe que Nathan sea tu novio, sino porque no podré detenerme. Y no tengo ganas de que me abofeteen, aunque tal vez si programamos esa actividad para algún otro día en que no estés tan molesta como ahora, definitivamente podría disfrutarlo.

—Tienes suficientes bocas y labios para elegir. —Levanté una ceja, fingiendo confianza en mí misma—. Que quieras besarme es un poco codicioso, ¿no crees? —Pero mi sangre había bajado hasta mis pies. Tener a William tan cerca y diciendo que quería besarme hizo que mis extremidades se evaporaran. Sin embargo, otra parte de mí seguía furiosa, y me costaba ocultárselo.

—No puedo evitar que me encante cuando te pones celosa. —Se puso los audífonos sobre las orejas y colocó los dedos sobre las teclas para empezar a tocar el piano.

Tocó la Sonata *Claro de Luna* de Beethoven unos minutos y luego cambió a *Clair de Lune* de Debussy. Tocaba de maravilla, pero me preocupaba su mano. Mientras no se le pusiera roja la venda, todo iba bien.

—Toca esa canción —le insistí una vez que terminó de tocar *Clair de Lune*—. La que tocabas todo el tiempo en tu departamento.

—La oías, ¿verdad? —Se rio entre dientes—. ¿Te gusta?

—Sí, me gusta. Es dulce al principio, y luego sube y se intensifica, luego vuelve a bajar, y se torna más lenta —le expliqué—. No sabría decir si es melancólica, pero sin duda desprende vibraciones nostálgicas, y supongo que por eso me encanta.

—Mmm —murmuró con una suave sonrisa torcida—. A mí también me encanta.

La tocó desde el principio, y la oí fuerte y claro por primera vez desde que escuché que se la estaba aprendiendo allá por diciembre.

—¿Cómo se llama esa canción? —le pregunté cuando terminó. Se quitó los audífonos, así que yo también lo hice y se los devolví.

—No lo sé. Dímelo tú —dijo poniéndose de pie y guardando los audífonos. Dio unos pasos hacia el sofá.

Me di la vuelta en el banco para verlo.

—¿Qué quieres decir?

—La compuse yo. —Tomó asiento frente a donde yo estaba sentada—. Para ti.

—William. —Sacudí la cabeza, incapaz de comprender lo que acababa de escuchar. Era la canción más bonita de la historia, y me dio un vuelco el corazón.

—La llamé «Nosotros» en ese entonces, pero la canción es tuya, así que puedes cambiarle el nombre si quieres. —Se echó hacia atrás y estiró los brazos sobre el respaldo del sofá, su lenguaje corporal me gritaba confianza en sí mismo, poder. Poder que tenía sobre mí, y lo sabía.

Fruncí el ceño mientras retorcí los dedos sobre mi regazo, con cuidado de no encontrarme con su mirada.

«Nosotros». Me gustó el nombre. Mierda.

—¿Por qué estás tan enojada? —preguntó—. Llevas todo el día rabiando por algo, pero no sé decir exactamente por qué.

—No es cierto.

—Mentira —me acusó—. Y no voy a dejar que te levantes de ese banco hasta que me digas por qué. —Volvió a acomodarse, inclinándose y apoyando los codos sobre las rodillas.

Desvié la mirada y me mordí el labio inferior con una sonrisa nerviosa.

—No estoy enojada. Estamos... a mano.

—Necesito que te expliques, Guille. Son casi las cinco de la mañana y no estoy de humor para juegos de palabras —advirtió—. ¿Estás celosa de Rachel King?

Ya había tenido suficiente de encerrarme en mi mente. ¿Quería liberarme de las garras de mi padre, pero no podía liberarme de mis pensamientos?

—Sí. También de las demás. Pero no tanto como de Zara. —Ya está. Lo dije. Y me sentí muy bien.

—¿Y por qué estamos a mano?

Bien, liberar mi mente tenía que hacerse de forma escalonada. No estaba lista para decirle que los había escuchado teniendo sexo, pero podía expresar mis celos hacia Zara. Estaba segura de que William era lo suficientemente listo como para sumar dos más dos.

Me rocé la frente y continué:

—Viniste aquí con Zara cuando dijiste que nunca traías chicas a la casa de campo. Y ella durmió en tu habitación antes de que llegaras. La inscribiste en Juilliard. Le estás pagando todo. Nos contó que incluso quieres comprarle un departamento —me seguía extendiendo—. Sé que eres generoso, pero ¿no te parece mucho para alguien que solo es una amiga?

—Lo entendiste todo mal. —Se levantó, dio unos pasos hacia delante y se puso en cuclillas frente al banco donde yo estaba sentada—. Traje a Zara aquí, pero es diferente. Somos amigos.

—Con grandes beneficios —me burlé—. La única razón por la que estás aquí abajo conmigo y no arriba con ella es que se desmayó.

Resopló y sacudió la cabeza con una carcajada airada.

—En verdad no sabes de qué estás hablando.

—Bueno, preguntaste por qué estaba enojada, y esa es la información que tengo.

—Estás enojada y celosa porque insistes en forzar las cosas con Nathan porque crees que sabes qué esperar de él. Y estás acostumbrada a eso. Sin embargo, te da pavor intentar algo conmigo cuando sabes que quieres. —Ahora William estaba enojado—. Te quitaría esos celos en un segundo si me lo permitieras.

—¡Claro que lo estoy! —le grité. Me compuse y modulé la voz—. Siento como si me hubieran cortado por la mitad desde que te dispararon. Y ha sido lo más difícil de afrontar porque sabes que quiero a Nathan, pero yo... —Me detuve porque me di cuenta de que estaba a punto de decir algo que ni siquiera me había dado cuenta de que sentía lo suficientemente fuerte como para decirlo en voz alta.

Me hice la tonta y cambié de tema.

—He estado luchando por poner en orden mis pensamientos y sentimientos. Así que cuando hablamos después de mi fiesta de cumpleaños sentí que para ti fue muy fácil darte la vuelta y... rendirte. Y luego volviste a salir con un modelo diferente cada fin de semana, y esa actriz Rachel, y yo no quería que te rindieras.

—Bueno, ¿qué esperabas, Guille? —Se sentó en la mesa de centro detrás de él, y nuestras rodillas se tocaban—. Me dijiste que habías elegido a Nathan. Y he sido —cerró los ojos y respiró hondo por la nariz, muy molesto— paciente contigo. Y te esperé como nunca lo he hecho porque creía que tenías que sacarte a Nathan de la cabeza. Pero me di cuenta de lo cobarde que eres, así que sí, me rendí. No puedo esperarte para siempre.

—No soy cobarde. —Sí, lo era. No le importaba echarme mis verdades a la cara.

—Entonces ven conmigo a Sudáfrica —dijo con brusquedad—. Porque no puedo dejar de pensar en ti por mucho que quiera fingir que ya no lo hago. Por mucho que intente olvidarte con otras. Es inútil. Así que dejémonos de tonterías y ven a Sudáfrica conmigo.

—William, no puedo. Yo...

—Dijiste que no eras cobarde. Y dejaste claro que sientes lo mismo que yo, que tú tampoco puedes dejar de pensar en mí —dijo, mirándome a los ojos con tanta intensidad que básicamente le permití entrar en mi mente—. Así que, ¿por qué no matas dos pájaros de un tiro y vuelves conmigo a Sudáfrica para que por fin veamos lo bien que podemos estar juntos y de paso haces enojar a tu padre? Sabes que quieres hacer las dos cosas.

Y así quería. Las dos cosas. Muchísimo. ¿Pero cómo?

¡No podía!

¿Entonces terminaría mi relación con Nathan y me subiría a un avión al día siguiente con William? Necesitaba entender cómo podía ser posible en mi mundo.

Era una cobarde, tal como él había dicho. Y nunca había oído un plan más perfecto que el que William me proponía. Pero mi mente levantaba cuatro muros de hierro a mi alrededor, atrapándome, y se reía mientras me recordaba que no era libre para tomar esa decisión, que no podía herir así a Nathan, romperle el corazón. Pero ¿por qué no iba a escuchar al mío y permitirle sentir lo que quería sentir?

—Guille —susurró William, haciéndome respirar hondo y salir de mi trance mental—. Mírame. —Me tomó las manos y me besó el dorso—. Puedo mantenerte a salvo. Sabes que puedo. No los necesitamos. —Suspiró—. ¿Vendrás?

—Tengo miedo —susurré.

—¿Y si te digo que te amo?

CAPÍTULO 35

¿Y si?

NO IMPORTABA que William me amara, porque de todos modos mi corazón había dejado de latir cuando me lo dijo. Mis alborotados pensamientos protestaron por la oxitocina que inundó mi cerebro y sobresaltó mi mente.

La mirada tranquilizadora de William se encontró con la mía. Sus manos se dirigieron a mis hombros y los apretó, reanimándome con su contacto.

—Lo sabía, carajo —dijo alguien a lo lejos. William quitó las manos de mis hombros y ambos miramos hacia las escaleras, donde Zara sacudía la cabeza con una expresión de repugnancia en el rostro.

—Zara. —William se levantó.

—No —dijo ella bruscamente, levantando la mano.

No sabía qué pensar ni qué hacer. Pero era la hermana de mi novio la que estaba enfrente de nosotros, haciéndonos saber que había escuchado nuestra conversación. ¿Desde cuándo? Quién sabe.

Zara subió las escaleras, enfadada.

—Ahora vuelvo, ¿sí? —dijo William, corriendo detrás de ella, y eso me encendió. Verlo perseguirla de esa manera provocó una mezcla de sentimientos horribles dentro de mí. Me hizo dudar de él otra vez.

¿Por qué tenía que seguirla?

«Está enojada. Déjala en paz».

—Los escuché —dije mientras William subía los primeros escalones. Se paró en seco y se volvió para mirarme.

—¿Qué escuchaste? —Ladeó la cabeza y volvió hacia mí mientras yo reunía el valor para decirle lo que estaba a punto de decirle—. Dímelo.

—Te acostaste con Zara el día de mi cumpleaños, y los oí a través de la pared, cuando llevabas todo el día diciéndome que solo era una amiga y que no tenía nada de qué preocuparme.

—Perdona, ¿qué? —Hizo una mueca.

—Los oí, William. —Unas lágrimas corrieron por mis mejillas. Acababa de decirme que me amaba y yo seguía sin confiar en él—. No dejas de decirme que lo entiendo todo mal, que solo es tu amiga. ¿Y ahora corres tras ella? ¿Qué quieres que piense, cuando es obvio que hay algo entre ustedes?

—Nunca vas a confiar en mí —murmuró William. No sabía qué dolía más, si la especulación de que fueran algo más que amigos o la decepción en su rostro—. La única razón por la que no puedo decirte la verdad es porque no me corresponde compartir esa información. Y no sé qué más hacer para que confíes en mí. Te lo he demostrado de muchas maneras, pero nunca es suficiente para ti.

—Bueno, alguien tuvo sexo esa noche en tu habitación, en tu cama, ¿y vas a negar que fuiste tú? Esa noche tuve que dormir en el sofá porque no podía soportarlo.

—¿A qué hora fue? —preguntó William con tono desesperado, haciéndome sentir que le estaba haciendo perder el tiempo con esta conversación.

—A las 3:45 de la madrugada. —Lo recordaba a la perfección.

—Bueno, yo salí a las 3:30 para un llamado de madrugada. Tenía que estar en los estudios de la GMA a las cuatro de la madrugada porque ese día me entrevistaron en el programa. Así que no, yo no tuve sexo esa noche.

¿Qué? Pero escuché...

—Fui yo. —Zara bajó las escaleras, secándose las lágrimas con el dorso de la mano. Se detuvo en el último escalón junto a William y dijo—: Convencí a Nina para que se quedara después de salir de tu departamento. Vino a tomar una copa y los tres estuvimos hablando un rato. William se fue a la entrevista de la GMA, y ya sabes cómo acaba la historia.

Mierda. Fui una idiota. Una idiota insegura, celosa, dudosa.

—Cuando William volvió de la entrevista decidimos venir aquí el resto de la semana porque no tiene habitación de invitados en su departamento. La convirtió en una oficina. Así que íbamos a estar más cómodos aquí —siguió explicando Zara. Y cuanto más hablaba, más mierda me hacía sentir—. Además, William me lo contó todo ese día y que quería mantener su distancia contigo, lo que no me importó puesto que ya habías elegido a Nathan. Y me pareció una gran idea porque no quería que Nate saliera herido. Él te ama.

—Lo siento. Pensé...

—Bueno, pensaste mal —respondió Zara—. Y odio ver cómo juegas con mis hermanos.

«¿Hermanos?».

—Zara —le dijo William—. No tienes que...

—Yo también soy una Sjöberg —reveló ella, dando unos pasos hacia mí. «¿Es una qué?». Estaba muy confundida—. Soy media hermana de Nathan y de Will.

William se frotó la cara y se pasó las manos por el pelo.

—Sivert, mi padre, embarazó a mi madre cuando mi familia llegó a Suecia. Fue un amorío corto, pero causó muchas peleas entre mis padres. Estoy segura de que Nathan ya te habrá contado cómo discutían mis padres cuando éramos niños. Así que ahora sabes que todo fue por mi culpa.

Me rompió el corazón ver el dolor en los ojos de Zara. Sus característicos ojos azules Sjöberg. Ahora el parecido era demasiado evidente.

—Mis padres me lo contaron cuando yo tenía trece años, y William se enteró unos meses después y se puso en contacto conmigo para hacerme saber que lo sabía. Pero les pedí a él y a mis padres que no se lo contaran a nadie más hasta que estuviera preparada para revelarlo al resto de la familia.

»Tenía miedo de que todo el mundo me viera de otra manera, de no ser aceptada. Aún lo tengo —confesó con una sonrisa triste—. Así que he dependido emocionalmente de Will todos estos años. Él ha sido mi sistema de apoyo. Y por fin íbamos a decírselo hoy a todo el mundo. Mis hermanas se enteraron la semana pasada. Hablé con ellas antes de mudarme a Nueva York.

Había metido la pata hasta el fondo. Mis celos me cegaron y me hicieron pensar lo peor de William y de Zara también. La había juzgado sin saber nada. Pero ahora lo entendía todo. Y no podía dejar de pensar en Nathan y en qué pensaría de todo esto cuando se enterara.

—Nathalie se enteró el año pasado, y fue entonces cuando decidieron divorciarse... por mi culpa —continuó Zara.

—No fue culpa tuya —le dijo William—. Ya lo hemos hablado. Tienen problemas desde hace años.

—Lo sé. —Se le quebró la voz. Se llevó las manos a los ojos y empezó a llorar. William la rodeó de inmediato con sus brazos y le besó la parte superior de la cabeza de la manera más dulce y protectora del mundo—. No puedo evitar sentirme como un inconveniente. Como si lo hubiera arruinado todo para todos.

—Basta. Todo va a salir bien —la consoló William. No me miraba. Parecía muy enojado y decepcionado conmigo, con justa razón.

—Me mentiste —le dijo a William—. Me dijiste en abril que habías terminado con ella. Te dije que no quería que Nathan saliera herido.

Una puerta se cerró a lo lejos.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —preguntó Nathan, acercándose a nosotros. Parecía intentar comprender la escena.

—No te preocupes —le dijo William a Zara, soltándola—. Ahora sí que ya terminamos. —Salió disparado hacia la puerta principal y tomó un juego de llaves antes de salir.

—¡William! —Corrí tras él sin pensarlo dos veces. Entró a su coche, pero lo alcancé antes de que pudiera cerrar la puerta—. Lo siento. No lo sabía. ¿Cómo podría haber...?

William tomó el volante y soltó un gruñido exasperado.

—Nunca vamos a funcionar porque nunca vas a confiar en mí —dijo mirándose las manos. Nunca lo había visto así. Ni siquiera cuando me vio besar a Thomas. Esta vez era diferente. Sus palabras estaban cargadas de sentimiento y su rostro era la imagen de la ira y la decepción; la balanza se inclinaba más hacia esta última.

Se volvió para mirarme por encima del hombro, moviendo despacio la cabeza.

—Las cosas que he hecho por ti... desde hace casi un año. —Apartó la cara, y perdí su mirada mientras se pasaba una mano furiosa por su perfecto pelo dorado—. Ya me cansé de demostrarte una mierda. Nada te será suficiente.

No podía dejar que William se me escapara. No ahora que habíamos llegado tan lejos. Me armé de valor porque solo podía pensar en él y en que odiaba la expresión de desánimo en su cara. Pero él tenía razón. No dejaba de sabotearme con mis inseguridades, porque en el fondo no creía merecerlo ni ser lo bastante buena para él.

«¡Dilo! ¡No lo dejes ir!».

—¿Y si te dijera que también te amo? —lo dije de golpe, con los ojos muy abiertos y el alma esperanzada.

William me miró con desconfianza por el rabillo de sus brillantes ojos azules, y sus manos volvieron a aferrarse firmemente al volante. La comisura derecha de su boca se curvó un segundo en una sonrisa. Juraría que era una sonrisa. Pero se mordió el labio y frunció el ceño—. Pero... ¿Qué es el amor sin la confianza?

Me dejó sin habla, y el motor del Porsche rugió cuando lo encendió.

—Adiós, Guillermina. —Cerró la puerta, dio marcha atrás en el camino de la entrada y se alejó a toda velocidad con el rugido de su motor y el chirrido de sus neumáticos.

WILLIAM SE HABÍA ido... otra vez. Pero de alguna manera esta vez parecía real. No estaba jugando. En el fondo sabía que las dos últimas palabras que me dijo iban en serio, porque el cráter que apareció en mi pecho y el vacío que me tragó entera me dejaron inútil, desolada.

Tenía que arrastrarme de algún modo al interior de la casa y hablar con Nathan, sabiendo a la perfección que no había forma de negarle más mis sentimientos por William. Y sabía lo que eso significaba. Tenía que prepararme para el gran salto al abismo final. Apagar esa luz.

Estaba a punto de perderlo todo.

Y me lo merecía.

Me agaché en el suelo y me llevé las manos a la cara, reuniendo los pedazos dispersos de mí misma para enfrentarme a Nathan.

—¿Así que es a él a quien amas? —dijo Nathan con un tono oscuro y grave. Me puse de pie y él me miró fijo con los ojos enrojecidos y la mirada quebrada y desalentada.

Cerré los ojos y me di la vuelta, pellizcándome el puente de la nariz, intentando protegerme del dolor y esconderme de la vergüenza.

Un sollozo escapó de mi garganta.

—Ya no importa —dije entre jadeos bajos y ahogados, apartando la mirada. No me atrevía a mirarlo.

—¿Hace cuánto tiempo has estado con William a mis espaldas?

—La sola pregunta me destrozó.

David, Amena y Aaron tenían entradas de primera fila para el *Reality Show* de Billie, pero yo no tenía energía para preocuparme.

—No es así. No ha pasado nada, Nathan. Te lo juro —dije entre sollozos. Quería contarle todo lo que había sentido y pensado, pero no podía respirar. Primero necesitaba calmarme.

—¿Crees que soy idiota? —Nunca había visto a Nathan tan enojado—. Que me hiciera de la vista gorda porque confiaba en ti no significa que no hubiera sido consciente de todo lo que ocurría a mi alrededor —dijo, señalando la casa como si fuera William—. Cada mirada robada, cada gesto de enojo, cada pesadilla en la que gritabas su nombre, cómo cantaba esas canciones en tu cumpleaños, cada broma ingeniosa entre ustedes. Lo vi todo.

—Lo siento —murmuré, dando un paso adelante, pero él dio un paso atrás—. Nunca quise hacerte daño. Sabes cuánto te amo.

—¿Cuánto me amas? —resopló—. Me amas con la mitad de lo que tienes. Tal vez menos, pero yo te amo con todo mi corazón. Y la única razón por la que nunca tuviste las agallas para dejarme fue que te daba miedo no saber cómo sería estar con él, ¿me equivoco?

Maldita sea, eso dolió. El golpe aterrizó directamente en mis entrañas.

—Y pensar en ustedes juntos... —se interrumpió.

—Te juro que no me ha tocado. Yo nunca...

—No tiene que hacerlo —me interrumpió Nathan—. Veo cómo lo miras. Con eso basta. No quería verlo, aceptarlo. Duele aún más saber que hay algo entre ustedes. No puedes negarlo.

—Todo cambió después del tiroteo —le confesé—. No voy a mirarte a los ojos y mentirte. William y yo siempre hemos tenido una conexión especial. E intenté ignorarlo, dejarlo de lado porque te elegí a ti. Pero la idea de que William muriera, de perderlo para siempre, era tan dolorosa que me trastornó. Casi muere por mi culpa. Así que no puedo negar que he estado luchando contra eso. Y perder a Caleb solo empeoró las cosas. Siento que me falta esa parte de él en mí. Y William... ha estado ahí para mí, como amigo, cuando he necesitado a alguien con quien hablar.

Nathan se pasó una mano por la cara y se la frotó durante unos segundos.

—¿Y por qué no hablaste conmigo de estas cosas?

—Bueno, has estado muy ocupado. Y cuando consigo verte, quiero aprovechar al máximo el tiempo que tenemos. No quiero que todo gire en torno a mí y a mi drama —le dije—. Lo único que quiero es que seas feliz, Nathan. Tanto que me he contenido a la hora de decirte algunas cosas sobre cómo me siento de verdad porque tengo miedo de perderte. Y pensé que podía arreglar esas cosas para nosotros.

—No tienes miedo de perderme —respondió Nathan con el ceño fruncido. Volví a sentir un cambio en su tono. Estaba furioso—. Tienes miedo de quedarte sin nada. Solo querías tenerme a tu lado hasta que descifraras tus sentimientos. Pero te lo pondré más fácil. Ve tras él. Hasta aquí llegué. Esto se acabó.

Nathan me dejó ahí mientras se apresuraba hacia la casa.

—¡Nathan!

Todos se habían levantado. Algunos estaban en la cocina tomándose una taza de café mientras otros estaban sentados en la sala. Todos nos miraban mientras yo corría detrás de Nathan hacia la habitación de invitados. Nathan metió las pocas cosas que había traído en su maleta. Yo hice lo mismo. Si él se iba, yo también.

Cuando salimos, todos estaban sentados en la sala.

—Nathan, ¿quieres reunirte a nosotros, por favor? —le dijo Zara, haciendo que se parara en seco—. Necesito hablar con todos ustedes.

Nathan la miró frunciendo el ceño. Zara estaba a punto de soltar la bomba, y deseé haber podido quedarme para estar ahí con Nathan. Sabía que la información iba a ser impactante y difícil de asimilar, pero él me dijo que habíamos terminado. Y yo no tenía por qué quedarme más tiempo. Así que me fui después de un rápido gracias y adiós a todos.

—¡Billie! —gritó Lily, pero no me detuve.

Salí de la casa y David puso el motor en marcha. Estaban al tanto de la situación.

—Vámonos —dije mientras subía al coche.

Saqué la carta de Caleb de mi bolsa y la apreté con fuerza contra mi pecho mientras me tumbaba de lado. No había dormido nada y mi cuerpo funcionaba de manera mecánica.

Este momento me hizo sufrir y lamentarme por Caleb como nunca. Lo necesitaba ahora mismo, y esa carta era lo único suyo que conservaba que aún tenía pulso. Así que me aferré a ella como solía hacer con mi madre cuando volvía de viaje, dándome cuenta de que ese tenue resplandor expiraría después de leerla. Y yo necesitaba esa última gotita de esperanza.

Los amaba a los dos, y ni siquiera sabía cómo había sucedido, no sabía que pudiera suceder. Pero los sentimientos eran fuertes y reales.

Nathan me hacía sentir segura y amada. Confiaba ciegamente en él. Me encantaba lo ambicioso que era. Aunque me daba mucho miedo que fuera como mi padre, en el fondo sabía que no lo era. Sabía que si hablaba con él y le decía lo que sentía haría todo lo que estuviera en sus manos para hacerme feliz. Pero nunca lo hice porque era una cobarde, como William decía. No quería sentir más dolor. Y perder a Nathan iba a ser doloroso. Ya lo era.

Era perfecto.

Pero no era William.

La conexión que tenía con William era innegable. Era algo poderoso pero inexplicable al mismo tiempo. Desde el momento en que lo conocí algo captó de inmediato mi atención. Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo y me dejaba ver más destellos de su verdadero yo, me enamoraba, me fascinaba por completo.

Me dolía cuando se iba. Lo extrañaba más allá de toda razón, y cuando volvía a verlo los sentimientos no habían hecho más que crecer durante su ausencia. Se manifestaban replicándose.

Me quedaba mucho por descubrir, y deseaba con todas mis fuerzas ser yo quien lo hiciera, llegar a lo más profundo de su corazón y permitirle hacer lo mismo con el mío.

El miedo, el dolor, la cobardía y la comodidad me habían paralizado. Sabía que explorar una relación con alguien como William no sería una experiencia fácil. Que él fuera una figura pública y que mi padre quisiera mantenerme tan protegida era la combinación más perfecta y explosiva para el desastre. Y aun así quería lanzarme a ello.

No me quedaban más que los restos de dos luces apagadas que una vez ardieron y brillaron dentro de mí.

Una para William.

Una para Nathan.

Ambas se habían apagado y tenía que dejarlas ser.

CAPÍTULO 37

Sigo viva

25 de julio de 2010

Lily: ¡Hola, Billie! ¿Terminaste el curso de verano?

Yo: ¡Hola! Sí. Acabo de terminar el viernes pasado. ¿Qué tal?

Lily: Tengo una sesión de fotos mañana a las 6 de la mañana, y me preguntaba si podrías acompañarme. Sé que es muy temprano, y entiendo si no quieres. Le habría pedido a Joel que viniera conmigo, pero está fuera de la ciudad, y no quiero ir sola.

Yo: Por supuesto, no te preocupes. ¿Todo bien? Tengo que preguntar.

Lily: Bueno sí, supongo. El fotógrafo es mi ex, y las cosas no acabaron bien entre nosotros. Estoy nerviosa.

Yo: Entiendo. Va. No te preocupes. Le pediré a Aaron que sea él mismo y estaremos bien.

Lily: ¡Jajaja! ¡Sí! Perfecto. ¿Nos vemos abajo mañana a las 5:45 am?

Yo: Suena bien. Hasta mañana.

—Se te va a enfriar la comida, nena —dijo mi padre—. ¿Es urgente? —Bajé el teléfono con la pantalla contra la mesa y me disculpé.

Estábamos celebrando el cumpleaños de mi padre, ya que el 21 estaba fuera de la ciudad. Lo había estado escuchando divagar una y otra vez sobre lo bien que embonábamos Nathan y yo, sobre cómo deseaba que pudiéramos arreglar las cosas entre nosotros. Y mi paciencia se estaba agotando.

—Te extraña.

«¿Qué? ¿Siguen en contacto?».

No me habría sorprendido en lo absoluto. Mi padre pensaba que nuestra ruptura había sido una tontería, y estaba seguro de que con el tiempo volveríamos a estar juntos. No sabía la verdadera razón por la que habíamos terminado, y no creía que Nathan se lo fuera a decir.

—No sabría decirte —respondí, mirando mi plato y agarrando un trozo de brócoli con el tenedor—. Sabes que no lo he visto ni he hablado con él desde el día que terminamos, ¿verdad? Hace más de un mes. —Me llevé el tenedor a la boca y mastiqué el brócoli—. Por favor, no me digas que han seguido con la «comida líquida» de los viernes.

Mi padre respiró hondo.

—Claro que sí. —Le dio un trago a su vino—. Somos socios.

«Tiene que ser broma, carajo». Pensé que esa firma se iría a pique cuando Nathan y yo terminamos. Me alegré por Nathan de que no fuera así, pero sería la dinámica más extraña e incómoda de la historia si lo llevaran a cabo.

Corté un trozo de carne y lo pasé por la salsa bordelasa. Mi apetito se había ido corriendo entre las mesas y había salido por la puerta principal. Pero la única razón por la que me llevé el tenedor a la boca fue la salsa bordelasa de Spark, una de las mejores que existen.

—Van a superar esto —insistió mi padre. Solo quería hablar de eso. Nathan. Ni una sola pregunta sobre mi programa intensivo o mis planes para el resto del verano. No. Quería hablar de mi ex, su socio y mejor amigo—. No se me ocurre nadie mejor que él para estar contigo.

Lo había estado preparando y preparando durante meses. Por supuesto, pensaba que no había nadie más adecuado para estar conmigo. Nathan era amable pero ambicioso al mismo tiempo, y admiraba a mi padre. Eso era todo lo que necesitaba para convertirlo en un mini-James.

Mi padre hacía parecer que Nathan me rogaba que volviéramos a estar juntos y que yo lo rechazaba.

No era el caso.

Estaba segura de que Nathan estaba considerando la idea de la reconciliación para mantener en marcha su plan de negocios. Y no lo culpaba. Sabía que había arruinado sus planes y quizá no estaba tan dispuesto a abandonar el proyecto como a terminar conmigo.

Y lo extrañaba. Extrañaba ese lenguaje único que habíamos creado entre nosotros. Extrañaba su cara. Sus besos. A él. Pero era una experta en anestesiar el dolor.

Al principio pensé que se pondría en contacto conmigo una semana después de volver de Londres, pero no lo hizo. Le había hecho mucho daño. A mí también me dolía, pero intenté darle espacio.

Otra parte de mí se sintió más ligera. No porque me pareciera bien que hubiéramos terminado, sino porque ya no tenía que preocuparme por las cosas que me quitaban el sueño cuando estábamos juntos. Y eso de alguna manera ayudaba a mi bienestar general.

Solo deseaba que estuviera bien y que fuera feliz todos los días.

Una parte de mí sentía que aún necesitaba un cierre. No me gustó cómo terminaron las cosas entre nosotros. Había sido demasiado repentino e inesperado. Lo extrañaba, pero eso ya lo había dicho varias veces.

Y William. Mierda, ni siquiera podía pensar en él. A veces era más fácil creer que no existía. Que me lo había inventado. Pero después lo buscaba en Google. Y lo buscaba de nuevo. Y su nombre y su cara no dejaban de aparecer en los resultados de búsqueda.

Existía.

Vivía y respiraba, seguía divirtiéndose con Rachel King y rodando en Sudáfrica, según las fotos de los paparazzi. Se había afeitado la barba, pero llevaba el pelo un poco más largo. Me gustaba más afeitado. No es que importara la opinión de una acosadora en línea.

A Rachel también parecía gustarle su cara. No podía quitarle las manos de encima en ninguna de las fotografías. Y yo seguía viendo las imágenes todos los días, intentando entrenarme para no sentir nada, pero fracasaba miserablemente cada vez. Me ardían las entrañas, se me apretaba la mandíbula, me dolía el corazón y mi pobre computadora estaba a un empujón de hacerse añicos.

Nuevos pensamientos me impedían dormir. La mayoría eran preguntas que me hacía una y otra vez, para las que no tenía respuesta. Como: «¿Qué pasará cuando William vuelva del rodaje? ¿Volverá a su departamento? ¿Vendrá Rachel con él? Y si lo hace, ¿tendré que escucharlos? ¿Habrá otras?».

Por eso seguía practicando con las fotos de los paparazzi, ¿ves? Era necesario. Tenía que estar preparada por si alguna vez los veía juntos entrando al departamento de William.

Al menos eso era lo que me gustaba decirme a mí misma. Era mejor que aceptar que aún quería seguir amándolo, esperando que sus sentimientos también siguieran vivos en algún lugar dentro de él.

Así que seguí sumergiéndome en un rincón lejano y oscuro de mi mente, prometiéndome en secreto que algún día tendría el valor suficiente para golpear la pared que dividía nuestros dormitorios unas cuantas veces. Durante un rato. Esperando que se derrumbara y se hiciera pedazos. Solo para hacérselo saber.

Él lo sabría... y yo dejaría que hiciera lo que quisiera con los escombros.

Una oportunidad

26 de julio de 2010

TAL COMO HABÍAMOS acordado, me arrastré hasta el vestíbulo para ver a Lily a las 5:45 a.m. Se veía divina, y por favor, mira qué hora era. Por eso le pagaban mucho dinero por fotografiar su hermosa cara.

No pude sacarle una sonrisa. No se veía feliz. Lily parecía nerviosa, y su lenguaje corporal era increíblemente revelador. Tenía los hombros caídos, la mirada perdida y sus palabras estaban vacías. No hablamos mucho en el camino, y lo agradecí. Necesitaba café para funcionar, y ella dijo que habría mucho en el set, así que me aferré a esa promesa. No es que no hubiera podido mandar a los chicos por café si por alguna razón no hubiera, pero por suerte sí había.

Lo único que Lily mencionó en el camino fue que iba a ser fotografiada para *Haute Magazine*, la revista de moda más grande e influyente del mundo. Sin presiones. Era una edición en traje de baño, así que no tuvo que decir nada más para que yo entendiera que eso formaba parte de las complicaciones de que su ex la fotografiara. Tenía que verse sexy en traje de baño para el tipo ese. Mi humor ya iba en declive.

Entramos al estudio, y parecía mediodía. Gente hiperactiva caminaba por todas partes, colocando la iluminación y preparando el set. Fue muy emocionante verlo.

Vi una mesa de café pegada a la pared del extremo izquierdo, justo al lado de dos puertas.

—Ese es el cuarto de peinado y maquillaje —dijo Lily, señalando una de las puertas—. Vamos. —Miré a mi alrededor, tratando de localizar al tipo, pero nadie me pareció un imbécil todavía, así que supuse que no había llegado.

Me acerqué a la mesa de café y me serví una taza grande porque eran las seis de la mañana, mientras Lily hablaba con algunas personas del set.

Aaron, David y Amena habían venido porque estaba con Lily, y «son órdenes de tu padre» y toda esa mierda. Esta vez no me importaba. Anoche les había mandado un mensaje de texto diciéndoles que hoy fueran muy intimidantes en el set, y mencioné brevemente que el ex de Lily estaría presente y que no podía acercárseles.

Aaron preguntó de inmediato su nombre. Y me reí, porque era algo que Caleb hubiera hecho, y sé que él habría disfrutado esta excursión en particular. Pude ver en mi mente sus ojos color avellana brillando de diversión.

Maldita sea.

En fin... no sabía el nombre del tipo y no quería preguntárselo a Lily. Además, no creía que fuera necesario investigarlo. Yo planeaba ser el apoyo emocional de Lily durante el día, y Aaron, David y Amena serían el músculo.

Amena tenía la misión de quitarle a Aaron el título de guardaespaldas más temible del mundo porque, Dios, se veía amenazante esta mañana. Así es como se ponía en evidencia que su trabajo era tedioso y que mi padre estaba exagerando con mi seguridad; cuando cosas como estas los emocionaban e interesaban.

Lily tomó una taza de café y me llevó al cuarto de peinado y maquillaje.

—¡Hola, nena! —le dijo Caro a Lily—. ¡Billie! Cuánto tiempo.

Caro y Frankie estaban ahí. Nos habían peinado y maquillado para el estreno de Tobias. Eran las mejores.

Lily y yo las saludamos con grandes y cálidos abrazos. Tomé asiento en el sofá y Lily se subió a la silla de director para empezar.

—Chica, qué pasa. Te conozco —dijo Frankie, cerrando la puerta—. Es por ese idiota, ¿verdad? —Lily se puso a llorar en cuanto Frankie dijo eso. Se cubrió la cara mientras lloraba.

—Intenté zafarme de este compromiso, pero no pude —empezó a decir—. Hablé con mi agente y le expliqué la situación, pero me dijo que no podía decirle que no a *Haute*. Que me habían solicitado a mí y solo a mí. Incluso cambiaron la fecha de la sesión de fotos para que coincidiera con mi agenda. ¿Qué podía hacer?

—No lo dejaremos entablar conversación contigo fuera de la sesión —dijo Caro con naturalidad—. Nos quedaremos hasta el final, nena. Nos aseguraremos de ello.

—Juro por Dios que si te mira raro voy a...

—No, por favor —interrumpió Lily a Frankie. Me quedé callada mientras me hacía una idea de la situación—. No quiero causar problemas. Estoy nerviosa por verlo. Y si Joel se entera de lo de las fotografías... no sé...

—¿Qué fotografías? —le pregunté a Lily—. ¿Qué pasa? —No me gustaba cómo sonaba el asunto.

Caro roció agua termal en la cara de Lily. Frankie apartó la mirada y alborotó su pelo.

—Mierda —dijo Lily en un suspiro, dejando caer la barbilla. Cerró los ojos y sacudió la cabeza—. Me tomó unos desnudos muy explícitos cuando estábamos juntos. Y cuando terminamos le pedí que los borrara. Incluso me enseñó cuando lo hizo. Pero obviamente tenía un respaldo y me amenazó con revelarlos cuando empecé a salir con Joel. Fui una idiota.

—El idiota es él —dijo Caro, arqueando una ceja.

Ya odiaba a ese tipo, y ni siquiera sabía su nombre ni le había visto la cara.

—¿Y cuál es su problema? —le pregunté.

—Está enojado porque empecé a salir con Joel unos meses después de que terminamos lo nuestro —explicó—. Pero era infeliz, él era lo peor. Siempre invitaba a chicas a su departamento con la excusa del trabajo. Y todas las chicas que apenas empezaban como modelos hacían lo que él les pedía para que les tomara fotos. No quiero ni imaginarme cómo abusaba de su poder con ellas.

Supongo que entendía por qué Lily era tan celosa e insegura en su relación con Joel. Había quedado traumatizada por el imbécil de su ex.

—Pero ¿qué quiere de ti? ¿Te pide algo a cambio? —insistí.

—Al principio quería que terminara con Joel, y como no lo hice empezó a enviarme las imágenes a cualquier hora durante el día para presionarme. Temía que se las enviara a Joel, así que le rogué que parara. Entonces me pidió dinero a cambio de no revelarlas al público. De vez en cuando me pide que le envíe dinero. A veces mil dólares. A veces dos mil, por su silencio.

«Cabrón».

—Eso es chantaje, Lily. Y es un delito penal. ¿Cómo se llama?

—Billie, no. —Enseguida entendió por qué lo preguntaba.

—Voy a averiguarlo de cualquier manera, y no voy a dejarlo pasar, Lily. —Me puse de pie—. Y dices que Joel no sabe nada de esto, ¿verdad?

—No lo sabe. Leonard dice que si se lo cuento a Joel las fotografías saldrán a la luz.

Tal vez Joel le arrancaría la cabeza antes de que eso ocurriera, pero claro.

—Leonard... ¿qué? —insistí en que me dijera el apellido.

—Roux-Bertrand —suspiró Lily.

—Vas a tener que escribírmelo. —Me reí entre dientes.

Lily tomó su teléfono y me envió el apellido.

—¿Qué vas a hacer con eso?

—Pedirle a Aaron que lo investigue, por supuesto —dije con una sonrisa burlona—. Vamos. Será divertido.

—Mierda, sí, investigalo —dijo Frankie con una carcajada. Lily no pudo evitar reírse también.

—No lo sé. —Lily se estrujó las manos con ansiedad—. ¿Y si se entera o algo?

Sacudí la cabeza dos veces con un parpadeo lento como diciendo no, no lo hará. Lily asintió una vez.

—No sé si habrá algo más que podamos usar contra él, pero te sugiero que denuncies el chantaje a la policía. Podría pedirle ayuda a mi padre. Seguro que uno de sus abogados puede ayudarnos a arreglar esto. También podrías presentar una orden de protección contra él. Hay suficientes pruebas para justificarlo.

—Chica, ¿eres abogada? —preguntó Caro mientras aplicaba parches bajo los ojos de Lily.

Fruncí el ceño.

—Solía salir con uno... —Lily y yo nos miramos, pero no pude sostenerle la mirada. Todavía no era inmune a mis sentimientos con respecto a Nathan.

—Veamos qué dice Aaron sobre esto, y luego hablaremos de los abogados —dijo Lily, respirando hondo—. Mierda, estoy muy nerviosa.

—No lo estés. Todo va a salir bien —le prometí—. Pero no puedes seguir viviendo así. Siempre con miedo. Leonard tiene que hacerse responsable de sus actos.

—Me cae bien esta chica —dijo Frankie—. Y estoy de acuerdo, Lily. Esto ha durado demasiado.

—De acuerdo. Hazlo. —Lily parecía convencida. Salí del salón, y me encontré con él. Tenía que ser él. Leonard era delgado y alto. Llevaba un conjunto negro por completo y lentes un poco tintados. Llevaba una cámara con un gran teleobjetivo en ambas manos mientras otra persona le cargaba una segunda cámara. Tenía el pelo hasta los hombros, ligeramente ondulado y de color castaño claro.

Mi visión se tornó roja.

Aaron, David y Amena estaban parados cerca de la entrada del estudio.

—Hola, chicos. Tengo que hablar con ustedes —dije, mirando a Leonard mientras probaba la luz alrededor del set. Salimos y les expliqué la situación. David se alejó para hacer una llamada y comprobar de inmediato los antecedentes de Leonard.

—Me gustaría echar un vistazo a algunos de esos correos electrónicos —dijo Amena. Tenía experiencia en informática—. La gente suele ser descuidada en sus comunicaciones digitales y a menudo deja otros datos que pueden ser útiles para una investigación. Y los necesitamos como prueba del chantaje. También necesitaríamos los recibos de las transferencias.

—Bueno, necesitaremos su computadora para eso. Déjame preguntarle si puedes recogerla en su casa.

Lily accedió a que fueran a buscar su computadora. Amena y yo estábamos dentro del cuarto de peinado y maquillaje. Caro y Frankie se estaban tomando su tiempo para prepararla. Dándole largas al equipo de producción.

Amena tenía acceso completo al correo electrónico de Lily, con su permiso. Hizo una carpeta en el escritorio donde descargó todas las imágenes que Leonard envió. Incluyendo las de su aplicación iMessage. A continuación ejecutó la ventana de información de cada uno de los archivos. No estaba segura de lo que Amena estaba buscando, pero fue uno por uno.

—¿Estos son todos los archivos que le ha enviado, señorita Young? —preguntó Amena frunciendo el ceño—. Son todas capturas de pantalla de los archivos originales.

—Bueno, sí. Esos son los que ha estado enviando —respondió Lily—. Pero al principio me dio un USB con sus cinco fotografías favoritas. —Frunció el ceño con disgusto.

—¿Y las guardó? —preguntó Amena con rapidez.

—Deben estar en algún sitio —respondió Lily—. Déjame echar un vistazo rápido. —Amena le entregó la computadora a Lily, y ella comenzó su búsqueda—. Toma. Las escondí dentro de esta carpeta al azar porque temía que fueran demasiado fáciles de encontrar. Ni siquiera sé por qué las guardé. Deberías borrarlas.

Amena tomó de nuevo la computadora e inspeccionó los archivos.

—¿Cuál es su fecha de nacimiento, señorita Young? —preguntó Amena.

—1° de enero de 1987.

—¿Y cuántos años tiene él? —siguió Amena.

—El es, eh, ocho años mayor que yo.

—Bueno, no tenías dieciocho años cuando tomó estas —dijo. Lily se cubrió la boca con la mano, ahogando un grito, tal vez dándose cuenta de lo que eso significaba—. Están fechadas el 16 de diciembre de 2004. Era menor de edad, y eso se considera un delito grave. Ahora vuelvo. No toquen la computadora, por favor.

Todas nos miramos en completo silencio. No había palabras para describir la indignación que sentíamos ante el descubrimiento de Amena. No importaba que Lily estuviera a menos de un mes de cumplir los dieciocho. Era menor de edad en ese entonces, y esas fotografías se consideraban pornografía infantil. Y Leonard lo sabía. No era estúpido. Por eso le había enviado las capturas de pantalla en lugar de los archivos originales. Seguro pensó que Lily ya habría borrado los archivos originales, pero no fue así.

Leonard no podía hacer públicas las fotografías por la misma razón, pero las utilizó para acosar a Lily con ellas. O si era tan estúpido como para hacerlo, las repercusiones serían catastróficas para él.

Llamaron a la puerta al cabo de unos minutos. Aaron y Amena me pidieron que saliera. Me explicaron que los antecedentes de Leonard estaban limpios, pero que las pruebas del chantaje y los archivos originales eran suficientes para armar un caso sólido contra él. Aaron mencionó que había hablado de esto con mi padre y que trataría el tema con sus abogados.

—Voy a tener una breve conversación con él —dijo Aaron con una sonrisa malvada—. No podrá molestar a la señorita Young después de esto. Se acabó.

Asentí una vez. Amena me pidió que entrara al cuarto de peinado y maquillaje y me informó que estaría fuera por si necesitábamos algo. Maldición. Quería ver cuando Aaron hablara con Leonard.

Lily me preguntó qué pasaba cuando volví a entrar y se lo conté todo. Empezó a llorar otra vez y se le estropeó el maquillaje.

—¡Mierda, mierda, mierda! —Tomó un pañuelo y se dio palmaditas con él—. Lo siento mucho, Caro.

—Oye, no pasa nada —dijo para consolarla. Caro abrazó a Lily. Fue un abrazo largo, cálido y protector. Frankie caminaba de un lado a otro por la habitación. Parecía enfadada, y con justa razón.

Caro esperó a que Lily se tranquilizara antes de arreglarle el maquillaje.

Unos veinte minutos después alguien entró en la habitación sin llamar.

—Leonard se fue, y también su ayudante —dijo la mujer apresuradamente—. No dijo por qué. Solo se fue. Intentamos localizar a otra persona, pero no hay nadie disponible en un plazo tan corto. Tendremos que reagendar la sesión. Te avisaremos.

«¡Qué!». Quería saltar y abrazar a Lily. Estaba extasiada con la noticia. Que Leonard se fuera significaba que estaba cagado de miedo por lo que le había dicho Aaron. Y me alegraba.

La mujer afroamericana, alta de pelo largo platinado se dio la vuelta para marcharse.

—¡Billie es fotógrafa! —gritó Lily.

La mujer se volvió.

—¿Quién es él?

Me mordí el interior del labio para evitar que se me escapara una carcajada antes de darme cuenta de que Lily me estaba sugiriendo como fotógrafa para la sesión. La sonrisa se me borró de la cara y entré en pánico.

—Ella —aclaró Lily—. Aquí está —me señaló—. Billie es fotógrafa. Y no es por nada, pero es buenísima, Becca. Ya me ha fotografiado antes. Trabajamos muy bien juntas.

Becca me miró de pies a cabeza con un puchero, analizándome.

—Podríamos reagendar la sesión, o podrías pedirle a Billie que haga unas cuantas fotos para ver si te gustan —continuó Lily—. Ya estamos aquí. ¿No sería una pesadilla reagendar?

—Me acuerdo de ti —dijo Becca, entrecerrando los ojos y señalándome con un dedo mientras daba unos pasos hacia mí—. Llevabas ese precioso conjunto de Enzo de Luca en el estreno con William Sjöberg.

—Ah, sí. Era yo —dije, sintiendo que se me apretaba el corazón al oír el nombre de William.

—¿Son pareja? —preguntó con una sonrisa torcida.

Estaba a punto de negarlo cuando Lily dijo:

—Sí.

Mierda.

—Interesante. —Becca ladeó la cabeza. Me echó una última mirada y dijo—: Déjame hablar con Joaquín. Tiene que autorizarlo. —Salió y me dejé caer de nuevo en el sofá.

—Lily, estoy a punto de hiperventilar. Qué demonios.

Ella saltó del sillón y me abrazó.

—¡Gracias, gracias, gracias! —Me besó las mejillas varias veces—. ¡No puedo creer que Leonard se fuera! Tienes que darle las gracias a tu padre de mi parte. No tengo palabras. Gracias.

—Me abrazó de nuevo—. Siento lo de William, pero sé cómo funciona esta gente. El hecho de que piensen que estás saliendo con William despertó interés en Becca. Aceptarán por eso. Y sé lo genial que eres. Al final quedarán impresionados con tu trabajo.

—¿Y si hago el ridículo? Estamos hablando de *Haute Magazine*.

—¡Exacto! ¿Y si lo haces bien? —dijo Lily, sentándose de nuevo. Caro tendría que rehacer sus labios después de que besara mis mejillas—. ¿No quieres ver de lo que eres capaz? Además te debo una. Es lo mínimo que puedo hacer. Estoy segura de que lo harás genial. Y ya me has fotografiado antes. Conoces mis mejores ángulos. —Se rio.

No había ángulos malos en la cara de Lily, pero, claro.

—Billie —dijo un hombre con acento, que entró en la habitación—. Encantado de conocerte. Soy Joaquín Serrano. —Me tendió la mano, se la estreché y le devolví el saludo. Estaba segura de que era español, así que le pregunté. Y lo era.

Cambiamos a español y Becca bajó la comisura de los labios y asintió un par de veces, con cara de impresionada mientras él me hacía unas cuantas preguntas.

—Vamos a intentarlo, ¿vale? —Joaquín dijo que lo intentara, y yo podía hacerlo. Podía intentarlo. Acordamos que iría por mi cámara. El estudio disponía de todo el equipo necesario para la sesión y yo estaba familiarizada con casi todo, ya que en Parsons hacíamos muchas prácticas de estudio.

Mi equipo de seguridad me llevó rápido a casa. Quería elegir qué cámaras llevar. Tenía unas cuantas. Cuando volví, Lily estaba lista y llevaba un traje de baño increíble de una sola pieza color blanco. Una mujer la estaba adornando con diferentes accesorios, y Caro y Frankie se aseguraron de que estuviera bien peinada y maquillada.

Me temblaban las manos. Me coloqué en el set mientras Joaquín y otras dos mujeres hablaban del concepto, la iluminación y sus expectativas generales para la sesión.

«Respira».

Hice algunas pruebas de iluminación y se las enseñé al equipo creativo. Percibí que querían microgestionarme, y no los culpaba. No sabían nada de mí. Me estaban dando una oportunidad, y yo tenía que demostrar que era capaz frente a ellos y ganarme su confianza.

Después de algunos ajustes la iluminación les pareció bien y me permitieron empezar a fotografiar a Lily. Tenía toda la información que necesitaba para conseguir las tomas que querían. Tenía que relajarme.

Joaquín y lo que parecía una pequeña multitud de personas se arremolinaban en torno al monitor donde aparecían, una tras otra, las tomas que yo hacía. Podía oír cómo las elogiaban. Eso me dio confianza para soltarme y empezar a dirigir a Lily según lo que creía que quedaría bien.

—¡Sí! —gritó Joaquín—. Esa es la toma. Justo ahí, Billie. Haz unas cuantas más así, por favor. Lily, ¡estás estupenda! —Así lo hice, y luego cambiaron el atuendo de Lily.

Frankie me guiñó un ojo desde lejos y sentí que se me calentaba la cara. No podía creer que estuviera fotografiando para *Haute Magazine*.

El equipo me permitió fotografiar el resto de los atuendos que tenían en un perchero para Lily, lo que significaba que estaban satisfechos con mi trabajo.

Estuvimos ahí unas horas. Había sido agotador, increíble, surrealista y lo más divertido que había hecho en mucho tiempo.

—Alguien de la oficina se pondrá en contacto contigo hoy más tarde para obtener los datos de tu cuenta bancaria —dijo Becca cuando nos íbamos. Asentí un par de veces con el ceño un poco fruncido como si conociera el negocio, y ella se rio con suavidad—. No pensabas que estabas trabajando gratis, ¿verdad?

Sinceramente, no había pensado en el dinero. Me alegré de que me dieran la oportunidad de colaborar. Sería la primera vez que ganaba dinero por trabajar. Y no sabía cuánto me pagarían, pero la sensación era muy gratificante.

Lily y yo nos fuimos, y me di cuenta de que no había comido nada, así que lo celebramos con sushi.

El agotamiento me golpeó con fuerza cuando volví a mi departamento, pero estaba encantada con la sesión. Me bañé con una sonrisa estúpida en la cara. Me moría de ganas de contárselo a Nolan. Iba a enloquecer.

Me tiré de nuevo en mi cama con una toalla alrededor del cuerpo porque era la mejor sensación para relajarse unos minutos después de bañarse y antes de ponerse la ropa.
Fue entonces cuando pude oír el piano de William y se me borró la sonrisa de la cara.
Había vuelto.

CAPÍTULO 39

Curiosa

31 de julio de 2010

NINA Y YO salimos a correr por la mañana. Después la invité a desayunar a mi departamento. Nos veíamos más desde que volví a estar soltera. Mimi dijo que nos iba a cocinar, y no lo iba a desaprovecharlo.

Salimos del elevador en el noveno piso y vimos a Eric y Zara sacando unas maletas del departamento de William. Eric levantó la barbilla con una sonrisa para saludarnos. Las dos lo saludamos con la mano. Me asusté por un segundo, pero me relajé en cuanto vi que Zara cerraba la puerta. William no estaba con ellos. Había vuelto, pero aún no me había topado con él.

Era mejor que siguiera así.

Nina se sujetó de mi brazo cuando nos acercábamos a mi puerta.

Zara y yo nos habíamos cruzado más de lo que me hubiera gustado durante el verano, ya que ella se estaba quedando en casa de William hasta que su nuevo departamento estuviera listo. Pero siempre fingíamos que éramos fantasmas y nos ignorábamos después de un simple hola.

Ella me odiaba a muerte, y yo aún no podía soportar la vergüenza de mi inmadurez con respecto a todo lo que había sucedido en los últimos meses. Me hubiera gustado disculparme, pero nunca me atreví a acercarme a ella.

—Oh, hola, chicas —dijo, dándose la vuelta. Su mirada se dirigió a Nina. Llevaba dos maletas más aparte de las que Eric tenía en sus manos, además de una mochila y su bolsa. Su tiempo como mi vecina de al lado había terminado.

—Hola —dijimos Nina y yo al mismo tiempo. Intenté sonreír—. ¿Ya está listo tu departamento? —preguntó Nina.

—Sí. Por fin está listo. Estamos llevando mis cosas. —Su departamento estaba a solo media cuadra de distancia. Lily me confirmó que William le había comprado a Zara el departamento que le gustaba en la Torre Ritz.

—¿Necesitas ayuda? —se ofreció Nina. Su voz era temblorosa. Se notaba que estaba nerviosa por verla.

—No. Estamos bien, gracias —respondió Zara, tirando de su largo cabello en una cola de caballo.

—Aaron y David están abajo. Puedo pedirles que te ayuden.

—Imaginé que se negaría, pero quise ser cortés.

—Sería genial, Billie, gracias. —Me sonrió. «Guau, okey».

—Claro, no hay problema. Les avisaré que vas a bajar.

Me hizo una rápida inclinación con la cabeza y reanudó la marcha hacia el elevador.

—Nos vemos, chicas —dijo Eric con una sonrisa.

Zara se detuvo y miró a Nina por encima del hombro.

—Te llamaré.

Nina se mordió el labio y asintió. Zara sonrió y se fue.

Caminé hacia mi departamento y le envié un mensaje a Aaron diciéndole que Zara necesitaba ayuda para trasladar sus cosas. Nina me siguió. Dejé caer el teléfono y las llaves sobre la mesa del recibidor mientras ella cerraba la puerta y se apoyaba en ella con una sonrisa.

—¿De qué me perdí? —le pregunté riendo mientras me lavaba las manos en el baño de invitados—. ¿Han estado en contacto? Creía que me habías dicho que no se hablaban.

—¡No! ¡No hemos hablado! —Nina se rio nerviosa—. No la había visto desde tu cumpleaños. Nos enviamos algunos mensajes durante unos días después, ya sabes, pero como que se desvaneció con el paso de los días.

—Ya veo. —Salí del baño y le tocó a Nina entrar a lavarse las manos—. ¿Entonces? ¿No estás saliendo con Aiden?

—Pues... él es genial. Me gusta, pero no somos exclusivos —dijo, secándose las manos con una toalla—. Tenemos grandes conversaciones, pero a veces es demasiado serio. Si yo fuera mayor, tal vez estaría con él, ¿me entiendes?

Sabía exactamente lo que quería decir.

—Ella te gusta, ¿verdad? —husmeé mientras ambas nos dirigíamos al comedor donde Mimi tenía todo preparado. Las dos estábamos hambrientas.

Mimi salió de la cocina para saludarnos, pasándose el dorso de la mano por la frente. Nos ofreció café y volvió a la cocina, donde tenía algunas cosas en la estufa. Siempre me dejaba comida para los fines de semana.

—¿Y? —insistí, añadiendo una cucharada de queso cottage a mi fruta—. ¿Sientes curiosidad por Zara? —Nina no me había dado ningún detalle sobre su pequeña escapada con Zara aquella noche, aunque quería matarla por no habérmelo contado antes. Me había estado jalando el pelo pensando que había sido William porque ¿por qué iba a pensar que había sido Nina?

Lo único que mencionó Nina fue que se la había pasado muy bien, cosa que no dudo en absoluto por lo que había oído, y que Zara es bisexual.

—No lo sé. ¿Quizá? —Se encogió de hombros, llevándose la taza de café a los labios y dando un sorbo—. Es raro. No me atraen mucho las chicas. Nunca me había pasado por la cabeza, pero no sé qué me pasó esa noche. Y ella... —Nina se interrumpió, tomó otro sorbo de café y lo dejó sobre la mesa.

—¿Qué? —Me reí entre dientes—. Vamos, me estás matando. Me llevé un trozo de melón a la boca y mastiqué mientras esperaba a que Nina soltara la sopa.

—Supongo que no me gustan las chicas, pero ella me gusta —admitió finalmente—. Es divertida e interesante. Y bueno, mírala. Es guapa, ¿verdad?

Sí. Guapísima.

Puse los ojos en blanco porque todos los Sjöberg eran impresionantes, y ella era mitad Sjöberg. Y sus genes Saunders tampoco estaban nada mal.

—Entonces, ¿cuál es el veredicto? —insistí.

—Voy a tomar esa llamada.

Mi teléfono vibró cuando terminamos de desayunar. Era un número desconocido. Me dirigí a la sala para tomar la llamada y le hice un gesto a Nina para que se sentara conmigo.

—Buenos días. Busco a Billie Murphy.

—Es ella.

Nina levantó la barbilla con el ceño fruncido, preguntando con quién estaba hablando, pero yo seguía sin saberlo, así que me encogí de hombros.

—Soy Mel, de la revista *Haute*. Llamo de parte de Joaquín Serrano —me dijo—. Tenemos una vacante en nuestro programa de prácticas y creemos que podrías encajar muy bien en él. Joaquín quedó muy satisfecho con los resultados de la sesión de fotos del lunes pasado, y sin duda quiere a alguien como tú en el equipo.

«¡DiosmíoDiosmíoDiosmíoDiosmío!».

Me llevé la mano a la boca y Nina me sacudió el hombro. La miré con los ojos muy abiertos. «¡Espera!». Quería silenciar la llamada y saltar sobre el sofá, pero antes tenía que calmarme y aceptar la oferta.

—Por supuesto. Me encantaría. ¿Cuánto duran las prácticas? ¿Cuándo empiezo?

Mel se rio. Mi respuesta no fue tan controlada como pensé que sería. Hice el ridículo con mi exceso de entusiasmo.

—Nos encantaría que empezaras el próximo lunes. Y las prácticas duran todo el mes de agosto. Así que vendrías de lunes a viernes a tiempo parcial en horario matutino. De vez en cuando, si hay algo que pueda encajar contigo, te pediremos que te quedes por la tarde. ¿Te parece bien?

—Sí, me parece estupendo.

—A Joaquín le gustó tu trabajo, así que si cumples con sus expectativas en las prácticas existe la posibilidad de mantenerte en la lista para proyectos eventuales una vez que empiece el semestre en Parsons —explicó Mel—. Es un entorno laboral muy competitivo, no te voy a mentir. Pero si mantienes contentos a Joaquín y a su equipo puede que también te pidan que colabores en otros proyectos.

Esta oportunidad no podía llegar en mejor momento. La necesitaba. No solo estaba segura de que sería muy divertido, sino que aprendería mucho y me mantendría ocupada durante el resto del verano, cosa que necesitaba desesperadamente después de todo lo que había pasado.

Le sonreí a Nina y le apreté el brazo, haciéndole saber que eran buenas noticias. Parecía desesperada por saber qué pasaba.

Mel dijo que alguien me llamaría al día siguiente para explicarme todo con más detalle. Su llamada era para ofrecerme el puesto y asegurarse de que lo aceptaba, cosa que hice, por supuesto.

Le di las gracias a Mel por millonésima vez y terminé la llamada.

—Era de *Haute Magazine*. Voy a empezar unas prácticas con ellos este lunes —chillé.

Nina gritó y me abrazó. Me eché a reír.

—¡Felicidades! ¡Les ha de haber encantado tu trabajo, Billie!

—exclamó—. Tenemos que salir a celebrar.

—Tenemos que hacerlo.

Y vaya que lo hicimos.

Un tono de rojo falso

CJ ME HIZO reír a carcajadas mientras hablaba con él por teléfono de vuelta a mi departamento. Nos la pasamos muy bien esa noche. Fuimos a un bar alrededor de las seis de la tarde, solo Nina, él y yo. Él estaba extasiado cuando se enteró de la noticia de mis prácticas, y yo me permití relajarme un poco y celebrarlo.

Me tomó por sorpresa que mi padre aprobara enseguida la salida con mis amigos. Fue alentador sentir que podía empezar a ser menos estricto conmigo a medida que me hacía mayor. La última vez que fui a un bar de verdad había sido en París, la noche que conocí a Thomas, así que supongo que era hora de crear nuevos recuerdos.

No había bebido tanto desde mi cumpleaños, pero esta vez no mezclé. Me limité al tequila, así que estaba «bien».

CJ y yo no parábamos de reír al recordar que obligamos a David a tomarse un *shot* con nosotros. Tuve que decirle a Aaron que no encontraba mi teléfono y le pedí que lo buscara en el coche, y fue entonces cuando obligamos a David a hacerlo. Estaba aterrorizado cuando Aaron volvió a entrar en el bar, sobre todo porque Nina dijo:

—Hola, Aaron —mirando por encima del hombro de David en el momento en que se bebió el *shot*, cuando Aaron no estaba ahí. Casi se atraganta. Fue muy gracioso.

Nina le dio a David un par de chicles de menta después, así que no hubo problema. No creía que Aaron se hubiera dado cuenta. Sé que estuvo mal pedirle a David que lo hiciera, pero le resultó especialmente difícil negárselo a CJ.

Mi buen humor se fue al suelo cuando vi la puerta del departamento de William abierta al llegar a mi casa. Por lo que pude ver, estaba celebrando una minifiesta. Un tipo que no conocía estaba delante de su puerta, apoyado en la pared, haciendo una llamada. Me miró y me hizo un gesto con los dos dedos.

—Voy a tener que llamarte luego —le dije a CJ.

—Espera, Billie, ¿qué...?

Terminé la llamada y volví a meter el teléfono en mi bolsa. Lo mejor era huir del lugar, pero no encontraba las llaves y el alcohol que corría por mis venas no me ayudaba.

—Hola, Rojita.

«¿Qué demonios...?».

Me di la vuelta pensando que oficialmente me estaba volviendo loca, pero vi a Liam Kelly avanzando hacia mí con una copa en la mano. Liam era el actor australiano que había estado en mi fiesta de cumpleaños. ¿Cómo iba a olvidarlo?

—Hola, delator —dije, volviendo a centrar mi atención en encontrar mis llaves. Estaba a un segundo de vaciar mi bolsa en el suelo. Le lancé una mirada asesina y añadí—: No me llames Rojita.

Se rio, divertido, y acortó la distancia que nos separaba.

—¿Por qué no?

Era muy guapo. Liam tenía grandes ojos marrones, pestañas pobladas por las que cualquier chica mataría, pelo castaño claro y la obligada sonrisa blanca estilo Hollywood que combinaba a la perfección con su piel dorada y bronceada. Era como un *surfer* elegante.

—Me delataste. En mi fiesta —le dije, señalándolo con un labial. Lo miró con el ceño fruncido—. Tobias no me habló durante casi dos meses después de que le dijeras que le presenté a Jordan a Cecile. Por eso estás en mi lista permanente de soplones. Justo al lado de Tobias. Él también ha sido un delator en el pasado. Supongo que los semejantes se atraen.

Liam se rio.

—Sí, fue divertido. —Le dio un sorbo a su bebida. Me estaba enojando y lo único que quería era entrar a mi departamento. lo más rápido posible—. Pero lo que quería decir es por qué no puedo llamarte Rojita.

Me froté la cara con desesperación.

—Porque no.

—¿Te quedaste afuera? —preguntó, levantando una ceja y viéndome forcejear con mis cosas.

—No creo. —Saqué mi teléfono—. Debo haber dejado las llaves en el coche—. Aaron tenía un juego de llaves de repuesto, así que no era en realidad un problema. Estaba a punto de desbloquear mi teléfono para enviar un mensaje a los chicos pidiendo ayuda cuando Liam me lo arrebató y se alejó de vuelta al departamento de William.

Iba a matarlo.

—¡Liam!

Entró y yo me detuve en la puerta como si me hubiera estrellado contra una pared invisible cuando vi a William. Mierda. Pero no había chicas. Qué bien. Pero no del todo. Necesitaba mi teléfono. Y necesitaba irme.

—¿Por qué no nos acompañas para tomar una copa, Rojita? —gritó Liam desde el otro lado de la habitación, sirviéndose una—. Puede que te ayude a relajarte y a recordar dónde dejaste las llaves —rio.

El departamento de William estaba configurado de forma diferente al mío. Había quitado la pared de la galería, lo que daba una visión clara del área social de su departamento. Parecía más grande.

—Chicos, ella es Billie. La vecina de al lado de William, y ya saben... la ex de Nathan. Pero estoy seguro de que todos saben quién es, ya que la mayoría de ustedes se colaron a su fiesta de cumpleaños en abril para ver a Dave Matthews Band. —Vaya introducción.

Unos seis chicos más, incluyendo a William, estaban sentados en su sala, y ahora todos me miraban. Me saludaron y yo les devolví el saludo. William no participó en esta interacción. Bueno, solo si un ligero movimiento de la barbilla cuenta como tal.

—Entonces, ¿qué puedo ofrecerle de beber, Rojita?

—Deja de llamarme Rojita, y devuélveme mi teléfono. —Extendí la mano y moví los dedos, pero se me escapó una sonrisa. Juro que fue el tequila porque estaba enojada, pero que Liam me llamara Rojita era agri dulce. Era agradable volver a oírlo, pero no de él.

Los chicos se rieron y se burlaron de Liam después de que lo rechazara, pero él solo se unió a las risas.

William ya me estaba haciendo un agujero en la frente con su mirada azul de rayo láser. Las mujeres tenemos la bendición de una visión periférica excepcional. La maldición, diría yo.

—Anda. Devuélvele el teléfono —dijo uno de los chicos. Mis ojos no aguantaron más. Miré a William por un segundo, y sí. En efecto, me estaba mirando, dando sorbos a una cerveza, como de costumbre. Mi presencia no parecía sentarle bien.

Liam dejó mi teléfono en una mesita.

—Aquí tienes. Todo tuyo.

—Quédalo. —Me alejé, con la intención de encontrar a Aaron abajo y pedirle que me abriera la puerta. No solo me negaba a poner un pie en el departamento de William, sino que me resultaba físicamente imposible atravesar su puerta. No podía. Podría recuperar mi teléfono más tarde.

Las puertas del elevador se abrieron y alguien me agarró del brazo, impidiéndome irme. No tuve que girarme para saber de quién era esa mano porque la manera en la que mi piel reaccionó al contacto fue anormalmente patética. Una broma cruel.

—Te quedaste afuera —afirmó William. No era una pregunta. «Yo también me alegro de verte». Me soltó el brazo cuando las puertas del elevador casi me pellizcaron la nariz. Llevaba la cara bien afeitada, como a mí me gustaba. Y por mucho que intentara no evaluar su aspecto general, lo hice. Y sí, lo prefería así, con su perfecta estructura ósea masculina a la vista.

Intenté inhalar por la boca, pero fue inútil. Su colonia me tenía acorralada.

—Tu teléfono. —William me lo entregó y se alejó, sacando un juego de llaves del bolsillo de su pantalón planchado a la perfección. Iba vestido un poco más elegante que de costumbre y se dirigió directo a mi departamento.

«Tiene llaves de tu departamento, ¿recuerdas?». Pensarías que me había olvidado de ese pequeño hecho, pero no. Era un pensamiento que era mejor no sacar de mi mente.

A William no se le escapó ni un solo gesto mientras le quitaba el candado a la puerta y la empujaba un poco para abrirla. Androides podrían ser diseñados usándolo a él como modelo.

—Gracias. —Fruñí el ceño y retiré las llaves de la última cerradura.

Dos chicos salieron apresurados del departamento de William hacia el elevador, y las puertas se abrieron cuando aún estaban a medio camino. Cinco chicas salieron de él. Una de ellas era Rachel King. Llevaba un precioso vestido de seda color terracota con tirantes finos y un cuello vuelto. Una alta pero elegante abertura mostraba sus tonificadas piernas. Llevaba el pelo castaño oscuro con suaves rizos que ondulaban contra su dorada piel morena.

William la miró y Rachel le sonrió. Él le devolvió la sonrisa.

—Buenas noches —dije, entrando en mi departamento y arrastrando el corazón por el suelo detrás de mí—. Gracias de nuevo.

Empujé la puerta, pero William la detuvo con el pie, y aún puedo saborear la frustración que sentí cuando dijo: «Mis llaves, por favor», porque una parte de mí pensaba que diría algo más parecido a una burla, un reclamo, una declaración de desacuerdo. Cualquier otra cosa. Algo que me demostrara que, en el fondo, aguardaba una emoción que ansiaba resurgir.

Pero le contesté: «Claro», y se las entregué.

—Espera —dijo un segundo antes de que le cerrara la puerta en la nariz, sintiendo que la sangre me bombeaba agresivamente por las venas del cuello.

—¿Sí? —Me asomé por la pequeña abertura.

—Joel y Lily se comprometieron. Va a haber una fiesta de compromiso improvisada en la azotea ahora mismo. Estás invitada. Revisa tus mensajes. —Y solo así, se fue, y casi me derrumbé en el suelo porque no solo tendría que ver a William y Rachel ahí, sino que Nathan seguro también iba a estar ahí.

Mi teléfono estaba lleno de mensajes de Lily en los que compartía la maravillosa noticia. Tobias también me había mandado un mensaje para avisarme de la fiesta de compromiso.

Necesitaba refuerzos.

Yo: Joel y Lily se comprometieron. Hay una fiesta en la azotea de mi edificio. Nathan va a estar aquí seguro. William está con Rachel King. Voy a enviar a alguien a recogerte ahora mismo, así que será mejor que pongas algo bonito porque no puedes dejar morir.

Le envié ese mensaje a Nina mientras me dirigía a la cocina y tomaba un vaso de agua. La cabeza me daba vueltas melódicamente, gracias a Don Julio 1800, y necesitaba encontrar algo que ponerme que eclipsara a Rachel.

Nina: Mierda. ¡Esto va a estar bueeeno!

Yo: ¡Nina! Ya estoy bastante nerviosa.

Nina: ¿Qué? Jajaja. Me estás retrasando. Nos vemos en un rato.

Experimentando

NINA Y YO entramos en la fiesta de compromiso en la azotea escoltadas por Aaron y Amena. El turno de David había terminado, así que iba a reunirse con CJ, tal vez para beber más tequila.

Ah, y mis llaves estaban en el coche. Debieron caerse en algún momento.

La azotea estaba llena. Y la fiesta no me pareció para nada improvisada. Todo estaba bellamente decorado en blanco y plata, y había flores por todas partes. Saludamos primero a Tobias y Eric, que eran los que estaban más cerca de la entrada. Ambos se veían muy bien, como era de esperar.

Yo llevaba uno de los vestidos de Enzo de Luca que me enviaron por mi cumpleaños. Era el corto, de color sandía brillante, con un diseño asimétrico de un solo hombro y un hombro futurista algo acampanado. Debería haberme vestido de negro e intentar camuflajearme con la noche, pero una parte de mí también quería destacar.

El lado patético de esta necesidad innecesaria era que ni siquiera sabía por qué quería que me vieran o quién exactamente, porque William tenía las manos ocupadas con Rachel. Y ni siquiera sabía qué pensar de Nathan. Se me ponía rígido el cuello solo de pensar en verlo esta noche.

Nina se veía sexy. Apuesto a que pensó que Zara iba a estar aquí, así que le echó todas las ganas. Ella también llevaba un vestido, beige y ajustado alrededor de sus curvas. Pero no era demasiado corto, lo que le daba un toque elegante.

La primera persona que vi a lo lejos fue Lily. Estaba radiante de alegría. Me acerqué rápido a ella y a Joel.

—¡Felicidades! —La abracé. Lily chilló mientras nos abrazábamos y de inmediato me enseñó su mano izquierda. El anillo era precioso, un perfecto solitario redondo (y enorme) con una fina banda de microengaste—. ¡Dios mío, Lily! ¡Es precioso! Tienes que contármelo todo.

—Prometo que lo haré —dijo, pero alguien la apartó de mí. Después felicité a Joel. Nunca lo había visto sonreír tanto. Parecía eufórico. Me emocioné por ellos.

—Billie, quería agradecerte lo que hiciste por Lily el otro día en la sesión de fotos —me dijo en voz baja—. Significa mucho para mí que la protegieras así. No debió habérmelo ocultado ni haber pasado por ello sola y durante tanto tiempo. Pero me alegro de que las cosas se hayan arreglado.

Joel se pasó una mano por la cara y se rascó la nuca. Parecía estresado por la situación.

—Tenía muchas ganas de encontrar al tipo y asesinarlo, pero Nathan... —Se interrumpió antes de terminar la frase.

—Joel, no es necesario —le recordé—. Sé que es tu mejor amigo, y puedes mencionar su nombre delante de mí.

—Sí, lo siento. Es que es raro que ya no estén juntos.

Lo sé. Extrañaba que saliéramos juntos, los cuatro solos.

—¿Y? ¿Qué ibas a decir?

Nathan no había llegado. De seguro estaba en la oficina. Pero Lana, Poppy y el resto de las amigas modelos de Lily estaban aquí.

Hurra.

—Nathan ha estado siguiendo el caso junto con uno de los abogados de tu padre, así que eso me da cierta tranquilidad. Pero no puedo prometer que no golpearé al tipo si lo veo caminando por la calle. Con gusto pasaría unas horas en la cárcel por tener el placer de hacerlo.

—Joel, tienes que dejar de pensar en eso —le dije. Fue entonces cuando vi a William en el extremo más alejado de la azotea, con Rachel y algunos de los chicos que estaban con él en su departamento. Sacudí la cabeza dos veces y le dije—: Deberías volver a sonreír como un niño con juguete nuevo.

Se rio.

—Tienes razón.

—Hola, Murph.

Abrí mucho los ojos frente a Joel y sentí los labios de Nathan en mi mejilla cuando me saludó. Joel me ofreció una sonrisa torcida cuando saludé a Nathan con un simple:

—Hola, Nathan.

—*Grattis, bror!* —*Felicidades, hermano.* Nathan y Joel se abrazaron dándose fuertes palmadas en la espalda. Ambos lucían grandes sonrisas. No pude evitar sonreír y asentir un par de veces, pero era mejor alejarse.

No sabía qué hacer ni cómo comportarme con Nathan. No lo había visto ni había hablado con él desde que terminamos. El hecho de que me besara la mejilla me desconcertó. No estaba segura de lo que sentía por mí después de todo lo que había pasado.

Zara había interceptado rápidamente a Nina, o tal vez fue al revés. Estaba indecisa de si acercarme a ellas, pero no tenía a nadie más con quien pasar el rato.

«Hora de pensar qué hacer el resto de la noche».

—Hola, Rojita —me susurró Liam al oído, sobresaltándome.

—Eres igual a mis pesadillas.

—¿En qué sentido? —Se rio y se puso justo delante de mí, parándome en seco.

—Porque sigues regresando. —Intenté rodearlo, pero volvió a pararse delante de mí.

—Tienes los labios agrietados. Necesitas un trago. —Llevaba brillo de labios, así que era imposible que estuvieran agrietados. Levantó la mano e indicó a uno de los camareros que se acercara—. ¿Cuál es tu veneno?

—Pastillas para dormir —dije con una sonrisa forzada. No es que estuviera bromeando.

—¿Puedo ofrecerle algo de beber? —preguntó una camarera rubia y bajita con voz dulce.

—Eres graciosa —dijo Liam, señalándome con el dedo. Luego dirigió su atención hacia donde estaba la camarera, esperando—. Yo tomaré otro whisky, y ella tomará un tequila con soda y un chorrito de limón, ya que supongo que no están ofreciendo narcóticos, ¿correcto?

Nuestra camarera abrió más los ojos, pero soltó una risa nerviosa en voz baja.

—Está bromeando —aclaré—. Pero si por casualidad le sobra algún somnífero, puede echarle un par en su bebida.

Nuestra camarera se alejó por nuestras bebidas con una sonrisa y una expresión de desconcierto.

—¿Cómo sabes que me gusta el tequila? —le pregunté a Liam.

—Bueno, pude olerlo cuando llegaste, por supuesto. En mi opinión, el tequila es bastante traicionero. Un delator, si quieres, ya que te encanta usar esa palabra. Así que sí, me di cuenta de que estabas bebiendo tequila.

Miré a mi alrededor y vi a Nathan hablando con Lana. Ella estaba encima de él y tal vez estaba emocionada por su nueva disponibilidad sentimental. Me hirvió la sangre y ni siquiera quise mirar en dirección a William. Supongo que mi gesto tenía poderes mágicos porque hizo que Nathan me mirara, pero de inmediato volví a centrar mi atención en Liam.

—¿Quieres jugar un jueguito? —preguntó Liam, alzando las cejas un par de veces y apartándose un mechón de pelo de la frente.

—¿Sinceramente? No. No estoy de humor para juegos.

La camarera nos sirvió las bebidas y se marchó a toda prisa. Tomé un sorbo y luego otro porque lo necesitaba con desesperación. La cabeza empezaba a punzarme. Necesitaba retrasar los síntomas de la resaca bebiendo más alcohol.

—Todo lo que quiero es que esta noche sea lo más tranquila posible.

—Pshhh. Vamos, Rojita. Tengo la sensación de que vas a disfrutar de este juego en particular que tengo reservado para ti.

Lo peor de todo era que Liam era mi mejor y única opción para pasar el rato porque no quería interrumpir a Nina y Zara; ella ya me odiaba lo suficiente. Y no me iba a sentar sola a ver cómo se divertían los demás. Prefería irme a hacer el ridículo, pero sabía que a Lily no le habría gustado que lo hiciera.

«Liam será».

—Jugaré a tu estúpido juego si dejas de llamarme Rojita —propuse.

—¿Y por qué me sigue dando la impresión de que te encanta el apodo? —Dio un sorbo a su bebida y chasqueó la lengua—. Le estoy agarrando mucho cariño. Pero mira, te haré una contraoferta. Juguemos al juego y reduciré el número de veces que te llamo Rojita.

—Bien. —Tenía que aprovechar su oferta. Y estaba segura de que la próxima vez que viera a Liam sería en la boda de Lily y Joel, así que daba igual. A Caleb le habría encantado que le diera un puñetazo en la cara por robarle el apodo.

—Me alegro de que estés de acuerdo, aunque el jugo ya empezó —dijo, vaciando su vaso y colocándolo en la mesa más cercana—. Solo vamos a intensificar las cosas. Y ahí es donde empieza la verdadera diversión. Llamémoslo experimento. Así que bébete ese delator porque voy a necesitar que tengas las manos libres.

«Delator». Me reí. Este tipo me estaba cayendo bien.

Me llevé el vaso a la boca para darle un último y profundo trago antes de dejarlo sobre la mesa, pero Liam colocó un dedo debajo y lo levantó:

—Bebe. Me lo agradecerás más tarde.

Me obligó a bebérmelo todo y me quitó el vaso de las manos.

—Perfecto —dijo, dejando el vaso vacío sobre la mesa. Me agarró de las manos y me jaló hacia él.

—Liam, ¿qué demonios estás haciendo? —le pregunté mientras él colocaba mi mano sobre su hombro y me agarraba por la cintura. Empezó a balancearme al ritmo de Bossa Nova. «Bailando».

—Hecho número uno. —Se inclinó hacia mí y me susurró al oído—: No te estoy tirando la onda, te lo prometo. —Levanté una ceja como diciendo: «Explicáte entonces»—. No tengo nada en contra de las pelirrojas, créeme. Pero me gustan más las morenas. «Una» morena, si te soy sincero. Pero ella está de viaje en este momento, y no estoy seguro todavía de si somos pareja o no. Sé que le gusto, pero siempre está entrenando, y tiene un gran problema de actitud si me lo preguntas.

—¿Por qué?

—Bueno, es algo mercurial y un poco temperamental. Pero estoy dispuesto a hacer lo que hay que hacer, si sabes a lo que me refiero. —Me guiñó un ojo.

—¿Mercurial? —Alcé una ceja y me burlé de él con una carcajada.

—¿Qué? —Me devolvió la risa—. No lo sé. Un periodista del Abierto de Australia dijo eso de ella y supe que tenía que buscarlo en Google. Desde entonces la he estado molestando. Digamos que es... voluble.

Liam me estaba entreteniéndome, seguro.

—Entonces, ¿quién es la afortunada?

—Se supone que no debo decírtelo porque podría ser un problema si se diera a conocer la información. Pero como yo soy un delator y tú no lo pareces, compartiré el secretito contigo.

Resoplé porque, por favor, ni siquiera podía guardarse sus propios secretos. Era un chismoso hecho y derecho.

—Y algo me dice que todos tus conocidos ya lo saben, ¿verdad?

—Oh, sí, definitivamente. —Se rio—. Se llama Belén Freeman.

—Levantó las cejas como esperando una reacción de mi parte.

—Me encanta ese nombre. ¿De dónde es? ¿De España? ¿Debería conocerla?

—Estás bromeando, ¿verdad? —preguntó, molesto—. Es Belén Freeman.

—Le estás ladrando al árbol equivocado, amigo —dije con un terrible acento inglés. Liam puso los ojos en blanco—. Sabes que no sabía quién era William cuando lo conocí, ¿verdad? Soy la peor para esas cosas.

—¡Ah, sí! He oído la historia, pero, por desgracia, sigo sin creerlo. —Liam me dio una vuelta mientras lo miraba riendo.

—¡Es verdad! ¿Por qué iba a mentir al respecto? —respondí indignada mientras me jalaba hacia él.

—Porque... con un chico como William, estarías picándole el ego. Te haría parecer de alguna manera más atractiva —dijo, mirando hacia William—. Eres una chica lista, ¿eh? Pero tu secreto está a salvo conmigo, Rojita. No te preocupes. —Guiñó un ojo.

Era exasperante, y no iba a rogarle que me creyera. Así que lo dejé pensar lo que quisiera.

—Dime quién es Belén. ¿Es actriz?

—¡Es la maldita Belén Freeman! La profesional del tenis. Jesucristo. —Sacudió la cabeza con decepción—. Prometo invitarte al Abierto de Estados Unidos dentro de un par de meses. Te hará bien salir y eso. Tengo unas cuantas entradas, por supuesto. Y sé que va a ganar, así que te llevaré a la final femenina para que saborees la gloria. Esa Kruschenko tiene la rodilla lastimada, y ahora mismo es la única oponente real de Belén.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando —dije riendo—. ¿Supongo que Kruschenko es una tenista rusa?

—Lo es. Zoya —dijo con una mueca exagerada—. Y no nos cae bien. La odiamos. Es la mala, la villana. Ya me entiendes.

—Okey —dije—. Me aseguraré de recordarlo. —Ahora Liam me caía oficialmente bien—. Bueno, mencionaste el hecho número uno. Y algo me dice que vas a empezar a darme más datos, así que continúa.

—Bien. Hecho número dos: soy un delator, un entrometido y toda esa basura —dijo, agitando una mano en un movimiento despreocupado. Volvió a colocarla en mi cintura y continuó—. Pero no por elección. Sucede que Tobias es todo lo anterior, como muy bien mencionaste antes. Y me lo cuenta todo porque nos queremos mucho y a veces no tenemos nada mejor que hacer cuando estamos entre proyectos. Ya sabes que es una industria muy competitiva, así que nos encontramos con bastante tiempo libre en manos. —Liam levantó la vista y se rio de su propia broma. No pude evitar reírme un poco también—. No todos podemos ser como William Sjöberg, ocupados todo el tiempo. Aclamados.

Me tensé cuando mencionó a William.

—¡Ah! —exclamó—. Ya está. Vamos con el tercer dato. Mi favorito de todos. —Miró por encima de mi hombro y volvió a encontrarse con mi mirada con una carcajada.

—Por favor, dime qué estás haciendo.

—Comprobación de datos.

—Liam.

—Juro que eso era lo que estaba haciendo —dijo, todavía riendo—. El hecho número tres consiste en que sé todo sobre ti y William. Y mi comprobador de datos se volvió loco ahora mismo. Esa expresión de furia en su cara solo confirma que tiene las tripas revueltas por... esto. —Hizo un gesto entre nosotros con la mano.

—No, no es así. Esa es la típica cara de William en reposo. —«Ya no le importa con quién hablo o bailo»—. Y voy a matar a Tobias por esto.

—Shhh, shhh. —Liam volvió a girarme y me apretó contra él—. Lo descubrí yo solo, muchas gracias. Un movimiento de delator en toda regla. ¿Estás orgullosa? —Sonrió y movió las cejas.

Negué con la cabeza, pero él se rio y dijo:

—Lo tomaré como un sí.

—No sabes de qué estás hablando. Si de alguna manera piensas que haciendo esto vas a molestar a William... te equivocas.

—Sí, bueno, está muy bien atendido si me lo preguntas —dijo torciendo la boca hacia un lado—. Pero yo no soy de los que huyen de un desafío.

Cerré la mano en un puño y le di un golpecito en el hombro.

—¡Ay! —gritó con una sonrisa—. Tienes huesos pesados para ser una chica delgada.

Estuve a punto de pegarle otra vez por lo de los huesos pesados, pero me molestó más su acento y las expresiones que utilizó.

—¿No eres australiano? ¿Por qué suenas igual que Nathan?

—Mi madre es inglesa, así que soy una fabulosa mezcla de ambos.

—Apuesto a que eres un hijo de en medio.

—¿Cómo te diste cuenta? —preguntó con cara de bobo—. Lo soy, por supuesto. —Se rio—. En fin. Ahora que mencionaste a Nathan, ahí es donde empieza la verdadera experimentación. El juego que te propongo.

Ahora podía ver a dónde se dirigía esto.

—Vamos a seguir presionando los botones de estos chicos durante un rato, y tú y yo vamos a apostar quién va a ser el primero en partirme la cara —propuso con una sonrisa, doblándose hacia atrás y levantándose de nuevo de un jalón.

—¡Liam! —me quejé, bajándome el vestido—. Mi ropa no está hecha para ese tipo de movimientos.

—Tonterías. Está todo fríamente calculado. —Volvió a guiñarme un ojo.

Una parte de mí tenía curiosidad por seguir adelante con esto. Era un juego tonto que no demostraba nada, pero ambos estaban muy entretenidos con otra persona, así que por qué no me iba a permitir hacer lo mismo.

—Entonces, ¿cuál es tu gallo?

—Ninguno.

—¡Oh, por favor! No seas aburrida. Elige uno.

—No intento ser aburrida. De verdad creo que a ninguno de ellos le va a importar que esté contigo. Esa es mi apuesta, y la mantengo.

—Levanté la barbilla, sintiéndome convencida de mi elección—. ¿Y tú?

—Bueno... estoy indeciso. Iba a apostar todo por William porque nunca había visto que cocinara una paella para más de cien personas ni organizara un miniconcierto para el cumpleaños de una chica. Pero... Nathan me mira como si pudiera arrancarme la cabeza de un mordisco en cualquier momento. —Se rio—. Pero ahora que lo pienso, no me gustaría que el universo pensara que quiero que Nathan se me lance encima. Seguro me mandaría volando al lado más peligroso de la ciudad de un solo golpe. He oído que ese tipo es mortal.

Me reí. «Lo es».

—Dicho esto, William definitivamente es mi gallo. Además, ¿no terminaste con Nathan por él? Estoy seguro de que podemos recuperártelo en un segundo —dijo, mirando de nuevo a William. Agarré la cara de Liam y aparté su mirada de William.

—Liam, por favor, deja de mirarlo. No tienes ni idea... —Cerré los ojos y suspiré—. Fue una mala idea. —Solté su cara.

—Puedo asegurarte que no —Liam dejó de bailar, me tomó de la mano y me jaló hacia la zona que habían habilitado como bar—. Tomemos un *shot*, y me aseguraré de que la agonía termine en menos de treinta segundos para todos los implicados. ¿Qué me dices? —Siguió abriéndonos paso entre los pequeños grupos de gente, saludando—. Dos shots de tequila, por favor.

Ahora estábamos más cerca de Nathan y no pude evitar mirarlo mientras esperábamos que nos sirvieran los *shots*. Seguía hablando con Lana, que era lo más molesto del mundo. De hecho, me dolía. No estaba preparada para ver a Nathan con otra persona, pero no significaba nada porque él era libre de hacer lo que le diera la gana. Lo había estropeado todo, y ahora tenía que lidiar con las consecuencias.

—Pobrecita. Estás indecisa, ¿verdad? —Liam se rio.

—¿Qué? No. —No creía que lo estuviera. Sabía que mi relación con Nathan había terminado. Solo necesitaba tiempo para asimilarlo. Para superarlo. Era difícil saber que mientras fuera amiga de Lily, Nathan siempre estaría presente. Y sabía que con el tiempo quizá dejaría de sentir náuseas cada vez que lo viera con otra persona. Pero aún era demasiado pronto, y los sentimientos estaban a flor de piel.

Y William... ni siquiera podía ordenar mis pensamientos cuando se trataba de él. Siempre me confundía. Empujé la idea de él de nuevo a mi carpeta de cosas que resolveré con el tiempo.

—Aquí tienes. —Liam colocó mi tequila delante de mí, levantó el suyo y dijo—: Por aprender a tomar buenas decisiones.

—Me parece bien —dije, apretando los labios.

—Salud.

Nos tomamos los *shots* y me impresionó ver que mi garganta se acostumbraba al ardor. Lo agradecí.

—Juguemos ese maldito juego entonces. —Dejé el vaso sobre la barra y me froté las palmas de las manos varias veces—. ¿Qué tenías pensado? Y para que quede claro, no habrá besos.

—Psh. No hará falta que vayamos tan lejos, créeme —dijo Liam tapándose la boca como si estuviera contando un secreto—. Conozco a estos tipos. Son de lo más territoriales. Deben de tener las entrañas envenenadas por la bilis que les supura el hígado. Seguro que les molesta que no estés sentada en una silla, abatida y sorbiendo té con cara de pena. Pero así es la vida. —Me pasó el brazo por encima de los hombros y caminó perezosamente hacia la barandilla de la azotea, a mi lado, lejos de William y Nathan.

—Apóyate de espaldas en la barandilla y mírame —me ordenó—. No te atrevas a mirar a ninguno de ellos, ¿sí? Esto es de suma importancia.

Asentí.

Liam se agarró de la barandilla, acorralándome entre sus brazos.

—Ahora sonríe. —Lo hice—. Sigue sonriendo mientras hablo, ¿de acuerdo? Ahora voy a pellizcarte la cintura, y tú vas a empujarme el hombro, y entonces los dos nos reiremos, y yo me inclinaré para susurrarte un «secretito sucio» al oído. Tú me lanzarás la sonrisa más descarada que puedas y diría que para entonces se habrá acabado el juego. ¿Te parece bien? Improvisaré si por alguna razón eso no consigue encender a ninguno de los dos.

Respiré hondo.

—Bien. Estoy lista. —No sé por qué acepté, pero siempre podía decir que el tequila me obligó a hacerlo.

—3, 2, 1, y ...

Liam hizo lo que dijo que haría, y yo también. Estaba a punto de entrar en la parte del «secretito sucio» de la coreografía, cuando oí:

—Liam, voy a pedirte de manera amable que le quites tus malditas manos de encima.

—¡Oh! Hola, Nate —dijo Liam, mirándolo con pereza. Esperando—. Claro, amigo. No hay problema. Solo estábamos hablando.

—De acuerdo. Lárgate —dijo Nathan, moviendo la barbilla hacia la barra.

Liam alzó las manos a la altura de su cara y rodeó a Nathan para marcharse. Me guiñó un ojo y dijo:

—Te escribo al rato, Rojita.

—No, no lo harás —le gruñó Nathan—. Y no la llares así. —Pero Liam se metió las manos en los bolsillos del pantalón y se alejó con una estúpida sonrisa en la cara.

Fue entonces cuando sentí una especie de decepción. Me sentí aliviada de que al menos uno de ellos se preocupara lo suficiente como para acercarse a mí, pero me di cuenta de que me fastidió que no fuera William, porque lo miré y ni siquiera era consciente de lo que estaba pasando aquí. Y no estaba acostumbrada a la falta de atención de su parte.

En fin, menos mal que Nathan se acercó a mí porque ya era hora de que tuviéramos la temida conversación pendiente de una vez por todas.

CAPÍTULO 42

Atún aleta azul

—HOLA, MURPH —dijo Nathan con una sonrisa, tan impresionantemente guapo como siempre—. ¿Qué estaba haciendo Liam? ¿Intentaba...?

—No. Somos amigos —lo interrumpí.

—¿Desde cuándo? —Hizo una mueca—. Ni siquiera sabías quién era en tu fiesta de cumpleaños.

—Desde hoy, en realidad. Me cae bien. Es divertido.

Nathan se estaba poniendo territorial conmigo, pero estaba hablando con Lana, sabiendo que yo no era fan de ella. Así que, ¿por qué preocuparse de con quién hablo o no?

—Tiene veinte años, ¿sabes? —dijo, mirándolo. Liam se había reunido con Tobias para pedir bebidas en el bar—. Es solo un niño.

—¿Veinte? —Me quedé en shock. Parecía mayor. ¡Ja!—. Bueno, está cerca de mi edad, en realidad. Y no sé qué tiene que ver eso.

—Solo digo.

«Claro».

—¿Cómo está Lana, por cierto? —le pregunté. Se estaba agitando por lo de Liam, y yo odiaba verlo con Lana, así que supuse que no le importaría que se lo señalara—. ¿Desbloqueada y de vuelta a ser amigos?

—No exactamente. —Nathan resopló y cruzó los brazos—. ¿Te dan celos?

«No lo sé».

—Objeción. —Era mejor no responder a eso.

—Denegada —dijo Nathan, dando un paso adelante—. Sí o no.

—Sí. —¿Qué iba a decir? Denegó mi moción. Y no era una mentirosa.

—¿Podríamos ir a un lugar un poco más privado? ¿Para hablar?

—Claro. ¿Quieres bajar a mi departamento?

—Me parece bien —dijo secamente. Parecía un poco nervioso, y yo también—. Vamos.

Me tomó de la mano y fuimos hacia la puerta. Me arriesgué a echar un último vistazo a William, y nos sorprendimos mirándonos, pero no pude aguantar el peso de su mirada. No ardía como lo hubiera hecho en el pasado en una situación como esta. Estaba... vacía. Como si no tuviera nada más que ofrecerme que aquel intercambio plano, vacío pero pesado.

Me dolía el corazón.

William me vio salir con Nathan. De la mano. Y aunque Rachel estaba a su lado, todavía lo quería demasiado. Aún tenía esperanzas de que las cosas se arreglaran por arte de magia. Que él confiaría en mí y me volvería a abrir la puerta.

Abrí mi departamento y recordé que aún tenía el retrato de Nathan en una de las paredes del vestíbulo. No sé por qué no lo había quitado. No es que esperara volver con él, pero no lo odiaba. Al contrario, lo quería mucho y me encantaba su retrato. Quitarlo habría sido doloroso, e intentaba evitar más dolor. Sin embargo, debía de ser incómodo para él entrar y verlo. No sabía qué pensaría.

A la mierda.

Le ofrecí algo de beber, pero lo rechazó. Dijo que solo quería hablar, así que fuimos directamente a la sala.

—Bueno —dijo una vez que tomamos asiento. Después se frotó las piernas y apoyó los codos en ellas—. Siento muchísimo cómo pasaron las cosas en el solsticio. Me avergüenzo de mi inmadurez. Siento que podríamos haber hablado más de todo, que debería haberte escuchado y reconocido tus sentimientos. Pero estaba tan celoso que me cegué.

Mis manos no dejaban de temblar, así que las puse debajo de mis muslos para ocultar mi nerviosismo.

—Sé que me viste hablando con Lana, pero ni ella ni nadie me importa. Te juro que no recuerdo ni una sola palabra que saliera de su boca. No podía dejar de mirarte y pensar en que soy yo quien debería estar a tu lado. No Liam, por el amor de Dios. —Suspiró—. Has pasado por muchas cosas estos últimos meses. El tiroteo, perder a Caleb, enterarte de todas esas cosas sobre Thomas. —Cerró los ojos un segundo y respiró hondo—. Y he estado demasiado ocupado para estar contigo. Estar de verdad. Pero sé que te amo más que a nada en este mundo, y pensé que trabajando como lo he hecho tendría la oportunidad de asegurarnos un futuro para poder darte todo lo que te mereces y más. Pero ahora veo lo equivocado que estaba.

»Nada es más importante para mí que tú. Ni mi trabajo, ni mis clientes, ni ninguna otra empresa futura. Solo tú. Y es natural que quieras esa cercanía, esa conexión. Sé que fui estúpido al permitirme ser negligente, incluso cuando me hablaste de ello... varias veces. Y William —resopló con una sonrisa torturada— estuvo ahí para ti. Te comprendía mejor que yo porque pasó por el mismo horror que tú, y tu puerta estaba abierta porque necesitabas que alguien estuviera a tu lado. Pero ahora veo que yo tuve la culpa de todo eso. Y si me das otra oportunidad que me permita enmendar los errores, créeme, es lo único que haré de ahora en adelante. Lo convertiré en mi prioridad.

Me acarició la mejilla y me acurruqué en la comodidad y la familiaridad de su mano.

—Te extraño, Murph.

—Nathan... —No pude evitar llorar. Sus palabras estaban llenas de amor, y la forma como las decía, con tanto significado y ternura, me hinchaba el corazón. Pero...

—¿Me dejarías ser esa persona para ti? ¿Para siempre? —preguntó Nathan, poniéndose de pie—. Perderte ha sido lo más horrible que me ha pasado. Me demostró cuánto te amo de verdad. Lo mucho que estoy dispuesto a hacer por ti. A cambiar, a mejorar, solo por tener la oportunidad y el privilegio de llamarte mía. No puedo perderte otra vez, Murph.

Me quedé sin palabras. Solo podía mirarlo a los ojos y escucharlo.

—No quiero robarle el protagonismo a nadie —dijo con una risa débil—, pero hace meses que tengo esto. Lo he estado llevando conmigo, intentando encontrar el momento perfecto para hacerlo. Y te prometo que haré que todo vuelva a estar bien.

Nathan se arrodilló y metió la mano en el bolsillo del saco. Sacó una cajita negra y, antes de que pudiera ofrecérmela, le puse la mano en el pecho y lo detuve. Iba a proponerme matrimonio... y yo iba a decirle que no.

Sus ojos pasaron de los míos a la caja que sostenía entre los dedos. Podía oír su respiración agitada y su corazón latía con fuerza contra mi mano. Los dos temblábamos.

Lo que dijo era perfecto en todos los sentidos.

Él era perfecto y yo probablemente la mayor idiota del planeta. Pero no quería ni mirar el anillo. Tenía miedo de entregarme a la situación y decir que sí de improviso, ¡porque lo amaba! Muchísimo.

Pero no sería justo para él si hubiera dicho que sí, sabiendo que no estaba del todo convencida de él, aunque hubiera aceptado que nos casáramos dentro de cinco años. No estaba preparada para dar ese paso. Era demasiado para mí, y no quería arruinar su proposición. No quería tener que decir que no. Aunque al impedírselo ya lo estaba haciendo, no era lo mismo.

Una vez que me hubiera ofrecido el anillo y yo lo hubiera rechazado, la situación se habría vuelto aún más dolorosa para los dos.

No quería ver el anillo. No podía.

—Nathan, lo siento mucho —dije entre jadeos cortos y constantes. Me llevé las manos a los ojos y sollocé con el alma. Mi corazón no era del todo suyo, y había estado intentando ser sincera conmigo misma al respecto estas últimas semanas. Incluso aunque sabía que William me estaba alejando. Incluso aunque él estaba tratando de encontrar la felicidad con otra persona, me negaba a perder la esperanza.

Admitir y aceptar mis sentimientos por él era la sensación más aterradora del mundo, porque el camino por delante no prometía nada. No garantizaba nada. Pero si había una mínima esperanza, me aferraría a ella. Y Nathan no se merecía eso.

Se lo merecía todo. Y yo no podía dárselo.

Ya no.

No tenía nada.

Nathan volvió a guardar la caja en el bolsillo de su saco y se arrodilló por completo. Me rodeó con los brazos y me estrechó contra su pecho, donde oí el latido firme pero rápido de su corazón, sabiendo a la perfección que lo había roto en mil pedazos. Y, sin embargo, ahí estaba, consolándome después de haberlo hecho.

No me merecía a Nathan.

—Nathan —susurré, apartándome para verle la cara—. Lo siento mucho. Sé que te estoy haciendo daño, y eso es lo último que quiero hacer. Pero no puedo... no estoy preparada, y te amo. Te amé más que a nada durante el tiempo que estuvimos juntos. Pero...

—¿William? —preguntó Nathan, poniéndose de pie. Se sentó a mi lado, con los ojos verde grisáceos cargados de dolor. Le devolví la mirada. Era William, pero la realidad era que no tenía más que un sentimiento unilateral. Y no era solo él.

—Siento que hay muchas cosas que necesito hacer por mí misma —comencé a decir. Necesitaba revelar algunas de las cosas que sentía mientras estábamos juntos y que nunca le dije—. Quiero viajar. Quiero encontrar la manera de tener y conocer más libertad. Ser yo misma y algún día liberarme de mi equipo de seguridad y de la aprensión de mi padre.

»Y sé que puede ser difícil de entender, pero es algo que necesito experimentar. Me lo debo a mí misma. ¿Y cómo podríamos hacer que funcionáramos si tú tienes que estar aquí, y yo ansío ser... libre? Me obligaría involuntariamente a quedarme aquí para estar contigo porque ¿por qué querría irme si estamos juntos? Y tú tampoco podrías venir conmigo.

Nathan asintió mientras hablaba, pero no estaba haciendo desaparecer el dolor. Lo sabía. Sus ojos me lo hacían saber. Y todavía no había respondido a su pregunta.

—Sí —dije después de un momento de silencio—. Sí pienso en William, y no sé por qué porque no pasa nada entre nosotros. Y no pasaba nada cuando tú y yo estábamos juntos. No me relaciono con él desde que volvió de Sudáfrica, y está saliendo con otra persona. Pero no es justo que no pueda darte todo de mí porque es verdad... siento algo por él, y estoy deseando y esperando que se desvanezca. Y no es justo que lo descifre mientras estoy en una relación contigo.

—Mierda. —Nathan dejó caer la cabeza entre las manos—. Ojalá hubiera sido yo quien te hiciera feliz. Pero supongo que no me queda nada que decir después de eso. —Me miró y esbozó la sonrisa más triste del mundo. Exhaló un fuerte suspiro por la boca y se levantó. Yo también me levanté.

—Creo que es mejor que me vaya. —Me acomodó el pelo detrás de la oreja y dijo:

—Adiós, Murph. —Dio unos pasos hacia atrás, asintió una vez y se fue.

Me acerqué a la pared de la galería y descolgué el retrato de Nathan.

Nina tocó a mi puerta un par de horas más tarde. No había regresado a la fiesta de compromiso. Le envié un mensaje a Lily para disculparme por haberme ido y le prometí compensarla. No contestó, pero supuse que ni siquiera tenía el teléfono encima. Esperaba que lo entendiera.

—Hola. ¿Qué pasa? —preguntó Nina con voz dulce. Me abrazó en cuanto entró. Ya estaba en pijama y acostada en la cama de mi habitación de invitados antes de abrir la puerta. Tenía miedo de dormir en mi habitación. Miedo de escuchar algo del otro lado de la pared. Ya había tenido bastante esa noche. No sería capaz de soportar si Rachel pasaba la noche con William, así que era mejor no averiguar si lo hacía.

Cuanto más lejos del dormitorio de William, mejor.

Le pedí a Nina que pasara la noche en mi casa porque no quería estar sola. Aceptó y le conté todo lo que había pasado con Nathan. Lo único que necesitaba era alguien con quien hablar.

—¿Nathan sigue ahí arriba? —le pregunté una vez que terminé de contarle cada detalle de lo que había pasado con él.

—No está. No volvió cuando se fueron —respondió—. Pensé que estaría aquí cuando yo llegara.

Dejé escapar un suspiro muy cargado por la boca.

—¿Y qué pasó con Zara? —pregunté, esperando que pudiéramos cambiar de tema. Ya había terminado de hablar de mi drama.

La expresión de Nina cambió. Se mordió el labio inferior, parecía incómoda.

—No lo estoy sintiendo. Es decir, sí, es guapísima, pero siento que me fuerzo porque sé que le gusto y me siento halagada y todas esas sensaciones raras que nunca había experimentado antes, ya sabes, de gustarle a otra chica. Y la pasamos muy bien la noche de tu cumpleaños, pero yo estaba borracha... y sobre todo curiosa.

Nina se pasó una mano por el pelo y jugó con él.

—Y ella me cae bien de verdad, ¿sabes? Es divertida y me encanta hablar con ella. Me gustaría que pudiéramos salir juntas, como amigas. Pero no sé si eso es posible después de lo que pasó entre nosotras.

Nina se enderezó en su asiento.

—De todos modos, no es que ella espere nada de mí. Supongo que tengo que relajarme —Se rio—. Todo es demasiado nuevo para mí, pero supongo que por ahora me quedo con los chicos.

Las dos nos reímos.

—Gran elección —dije entre risas—. ¿Pero qué tal si nos quedamos solteras un tiempo y disfrutamos?

—Bueno... sí —dijo Nina con una sonrisa, mirándose las manos.

—¿Qué? —fruncí el ceño, curiosa.

—Nada, es que Liam se me acercó cuando te fuiste mientras estaba esperando a que Zara volviera de tomarse unas fotos familiares con los Sjöberg.

—¿Y? —le pregunté, abrazando una almohada.

—Bueno, quería avisarme que te habías ido, cosa que yo ya sabía desde que te vi salir con Nathan. Hablamos un rato y me cayó bien. —Nina me lanzó una sonrisa tonta—. Le pedí su número y me lo dio. —Se tapó la boca y se rio.

—¡Dios mío! —exclamé—. Te juro que Liam es mi persona favorita ahora mismo. Me divertí mucho con él esta noche. Realmente me animó.

—¿Verdad? Yo tampoco podía parar de reír. —Ella estuvo de acuerdo—. Y, ¡explícame esas pestañas! Incluso le pregunté si eran de verdad. Tiene los ojos más bonitos que he visto en mi vida.

Nina parecía entusiasmada con Liam. Y con razón. Era guapo, divertido e interesante.

—Sabes que tiene veinte años, ¿verdad? —Sé que la edad es solo un número, pero sentí que ella no tenía ni idea, al igual que yo, porque Liam parecía mayor.

—¡Qué! —Nina se levantó de la cama y me pidió que le bajara el cierre del vestido—. O sea, no es que me importe, pero no parece que tenga veinte años.

No estaba segura de que Nina supiera lo que Liam me había contado de que le gustaba Belén Freeman y de que había algo entre ellos. Algo complicado, seguro. No quería que Nina se viera envuelta en ese drama, pero no podía entrometerme. Tenía que dejarlo ser. Dejar que resolvieran las cosas por su cuenta.

Nina tomó una pijama de mi armario y volvió al dormitorio de invitados.

—¿Te importa si me doy un baño?

—No, en lo absoluto. Adelante —respondí con un bostezo. Ella también bostezó—. Pero esta noche dormirás en mi cama. Y yo dormiré aquí.

—Obviamente. —Sonrió. Ya le había hablado de mi preocupación por escuchar a William y Rachel a través de la pared. Le hice jurar que no me diría nada a la mañana siguiente. Si había oído algo o no, no quería saberlo.

Nina desapareció en el baño y yo tomé mi teléfono para consultar mis mensajes antes de irme a la cama.

Hablar con Nina me ayudaba y me distraía. Pero la verdad es que estaba destrozada por dentro. Tuve que concentrarme para no caer en esa horrible situación en la que lo único que hacía era llorar sin consuelo.

Había un mensaje de un número desconocido que había llegado una hora antes.

Desconocido: ¿Por qué tuviste que traer a Nina a la fiesta esta noche? ¿No te dije que tengo debilidad por las morenas?

Yo: Será mejor que arregles tus asuntos con la Srita. Problema de Actitud antes de acercarte a Nina. Parece emocionada y no quiero que le hagas daño, Liam. Te las verás conmigo si lo haces.

Desconocido: Tomo nota, supongo. ¿Cómo sabías que era yo? ;)

Yo: Casi podía oír tu voz a través de ese mensaje.

Liam: ¡Ah! Qué tiernos somos. Ahora somos como mejores amigos que se amenazan mutuamente.

Yo: Sí, sí. Estás avisado.

Liam: Supongo que los dos perdimos la apuesta. Juro por Dios que pensé que William iba a ser el primero en caerme encima.

Yo: Supongo que sí. Entonces los dos somos perdedores.

Liam: ¿Por qué siento un poco de decepción por los resultados de nuestro experimento? ¿Es a William a quien quieres?

Yo: No.

Yo: No lo sé.

Liam: Bueno, bueno. Hay muchos peces en el agua, pero William es un atún aleta azul muy guapo, en mi opinión.

Yo: Nadie te preguntó.

Liam: ¡Ja, ja! Me lo merecía. En cualquier caso, nos apuntamos al Abierto, ¿no? Te mandaré un mensaje. Así tendrás unas semanas para extrañarme. ;)

Yo: Suena bien. Me la he pasado muy bien esta noche, Liam. Gracias por animarme y todo eso.

Liam: No te pongas sensible conmigo, eh. Llevaremos ese caballo a la meta, ya verás.

Yo: Buenas noches, Liam.

Liam: Buenas noches, Rojita.

La verdad es que te puede gustar mucha gente, como dijo Liam. Hay muchos peces en el agua, pero incluso después de todo lo que había pasado con Nathan esa noche, lo único que podía pensar giraba en torno a un atún aleta azul en concreto.

11 de septiembre de 2010

MIS PRÁCTICAS en *Haute Magazine* fueron increíbles. Me la pasé muy bien, conocí a mucha gente interesante y pude colaborar en un montón de proyectos divertidos. La rutina fue terapéutica y útil para mi estado mental general. El ritmo de trabajo era tan veloz que ni siquiera me daba tiempo de pensar en las otras tonterías que por lo común me pasaban por la cabeza.

Seguía teniendo que lidiar con la incomodidad de llevar a mi equipo de seguridad al trabajo, pero mantenían la distancia y a veces hasta me olvidaba de que estaban ahí. Tampoco parecía importarle a nadie.

Las primeras noches tras mi ruptura definitiva con Nathan fueron duras. Me replanteé mi decisión de rechazarlo más de una vez. Pero sabía que tenía que observar esas emociones y ver cómo se deslizaban fuera de mi mente.

Tenía que ser fuerte y recordar las razones por las que tomé esa decisión. Pero era difícil recordar, cuando mi corazón estaba tan destrozado como el suyo. Recogía con cuidado los pedazos esparcidos del mío, esperando no perder ni uno en el proceso.

Había estado durmiendo oficialmente en la habitación de invitados desde la fiesta de compromiso de Lily y Joel. Todavía intentaba evitar escuchar cualquier actividad nocturna, por si acaso. Pero de eso se trataba. La ignorancia es una bendición. Era más feliz así, estaba en paz. Ojos que no ven, corazón que no siente. Pero en mi caso sería más bien oídos que no oyen.

Habían empezado las clases, y en general me sentía mejor. Disfrutaba del dulce ritmo de la escuela y de los llamados ocasionales de *Haute*. Rara vez me topaba con William, y si lo hacía nos saludábamos y ya. Pero siempre sentía que se me bajaba el nivel de azúcar en la sangre después de interactuar con él, y me odiaba por ser demasiado receptiva con él.

Liam me hizo faltar a clase ese día. Me iba a llevar al partido de la final femenina del Abierto de Estados Unidos, como me había prometido, y el evento empezaba a las once de la mañana. Belén Freeman había llegado a la final, como muy bien predijo Liam, y competía contra su némesis, la tenista rusa Zoya Kruschenko.

Liam: Voy de camino a tu casa y nos vamos juntos, ¿te parece bien?

Yo: ¡Hola! Claro. Estoy en casa de Lily. Nos vemos aquí.

Liam: Genial. Y me dijo un pajarito (Tobias) que William y Rachel terminaron. Así que supongo que tendremos que empezar a tramar algo. Tenemos que atrapararlo mientras está recién salido del horno.

Mierda. No podía decir que no se me había calentado el estómago de la impresión. ¿Fueron los nervios? ¿La emoción? No podía dejar de mirar el mensaje de Liam mientras asimilaba la noticia. No es que fuera a cambiar en modo alguno mi nula relación con William.

—¿Estás ahí? —preguntó Lily, agitando una mano delante de mi cara—. ¿Todo bien?

—Eh, sí. —Sonreí—. Liam está en camino. Estaba pensando en una tarea que tenía que entregar hoy, pero le enviaré un correo a mi profesor. —«Claro».

Dejé el teléfono en la mesita y Lily y yo reanudamos nuestra conversación sobre sus planes de boda. Querían casarse la próxima primavera, pero no sabían dónde ni cuánta gente asistiría.

Joel quería algo pequeño e íntimo, y Lily quería volverse loca con la boda. Yo era del equipo de Joel por dentro, pero tenía que apoyar a Lily, sobre todo porque me había pedido que fuera su dama de honor. Y no tenía ni idea de lo que eso significaba ni de las responsabilidades que conllevaba, pero mi sentido común me decía que tenía que estar de acuerdo con Lily en todo y hacerla lo más feliz posible. Podía buscar en Google las «tareas de dama de honor» cualquier otro día.

Liam llegó quince minutos más tarde.

—¡Me pongo tan ansioso cuando ella juega que no puedo dejar de orinar cada cinco malditos minutos! —Se quejó, corriendo hacia el baño de invitados de Lily—. ¡No me dejes tomar ni una cerveza en el estadio! Además ¡están carísimas! —gritó mientras cerraba la puerta tras de sí. Lily y yo nos echamos a reír.

Joel salió de su dormitorio con una mueca.

—¿Quién grita? Estaba intentando tomar una siesta.

—Joel, es media mañana —le recordé. Era un dormilón—. ¿Las siestas no suelen hacerse por la tarde?

—No cuando eres un recién nacido —bromeó Lily, sacándole la lengua.

—Ja, ja —Joel estiró los brazos por encima de la cabeza mientras caminaba hacia nosotras. Se echó al lado de Lily con un gruñido y le besó la cabeza.

Se oyó un golpe suave en la puerta.

—Liam, ¿puedes abrir? —gritó Lily. Liam salió corriendo del baño y fue a la puerta.

—¿Adónde van? —preguntó Joel.

—Al Abierto de tenis —respondí—. La chica Freeman que le gusta a Liam llegó a la final.

—¿Que no tiene dieciséis años? —Joel frunció el ceño.

—Diecisiete —corrigió Liam, caminando hacia la sala. William iba siguiéndolo y yo casi me hundo en el sofá.

Se bajó los Ray-Ban por el puente de la nariz y nos saludó. Luego se dirigió a Joel en sueco. No podía dejar de mirarlo. Le había vuelto a crecer la barba. Llevaba unos pantalones de algodón grises, una camiseta blanca, una gorra azul marino de los Yankees de Nueva York y unos gruesos audífonos en el cuello.

Me encantaba ese atuendo.

Y el hecho de que estuviera soltero casi me hizo empezar a babear, pero Liam me puso las manos en los hombros.

—Deberíamos irnos.

William dirigió su atención hacia nosotros durante una fracción de segundo cuando Liam habló, pero reanudó rápidamente su conversación con Joel.

—Vamos —dijo Liam, levantándose del sofá como si supiera que estaba embelesada con William—. Vámonos. —Me miró con los ojos muy abiertos.

—Nos vemos más tarde —les dije, agitando una mano para despedirme.

Liam me rodeó con el brazo y gritó mientras me guiaba fuera:

—¡Prometo traerla antes de medianoche! —Se rio y cerró la puerta detrás de nosotros.

Miré a Liam de reojo.

—Sé lo que hago —susurró.

Había una maleta grande, un equipaje de mano y una mochila justo fuera del departamento.

William se iba otra vez y era la peor sensación del mundo. Era como si cada célula de mi cuerpo me doliera.

Odiaba esa sensación.

De camino al estadio, yo iba demasiado callada. Liam dominó la plática, e inevitablemente me reí un par de veces, pero no pude evitar preguntarme a dónde viajaría William y por cuánto tiempo. Necesitaba enviarle un mensaje a Lily. Necesitaba saber si se iría por un día o por un mes. Estaba segura de que Joel le habría comentado algo al respecto.

Lily: Va a volver a Sudáfrica. Tienen que volver a rodar algunas escenas.

Yo: ¿Sabes por cuánto tiempo se irá?

Lily: 2 semanas. ¿Por qué?

Yo: Tú sabes por qué.

Lily: Joel me acaba de decir que Billy terminó con Rachel.

Yo: Lo sé. Liam me lo dijo.

Lily: Estoy segura de que Tobias se lo dijo. Son peores que nosotras.

Me reí a carcajadas. Era gracioso porque era verdad.

—¿Quieres compartir el chiste? —dijo Liam, tratando de curiosear en la pantalla de mi teléfono. Lo ahuyenté.

Yo: Lo extraño. No me habla ni reconoce mi presencia.

Lily: Volverá en sí. Ya lo verás.

Salí de la conversación y guardé el teléfono. No había mucho que pudiera responder. No estaba de acuerdo con Lily y sabía que solo lo había dicho para ser amable. Además, habíamos llegado a Flushing Meadows.

—Aquí tienes tu pase —dijo Liam, colocándolo alrededor de mi cuello—. Y necesito orinar. Otra vez. No te muevas. —Liam corrió hacia los baños y no pude evitar reírme. Su amistad había sido una sorpresa maravillosa que no sabía que necesitaba hasta que llegó.

—¡Dios mío! —Me agarré del brazo de Liam y no pude evitar encogerme. Belén había perdido contra Zoya tras un partido agotador que terminó con un tiro bajo de Zoya, y no se lo estaba tomando nada bien. Golpeó su raqueta contra la superficie de la cancha varias veces.

—Qué mierda —murmuró Liam, pasándose una mano por el pelo. Belén señalaba al juez de silla mientras le gritaba algunas cosas en español. Cosas horribles que podía entender a la perfección, esperando que el juez no le entendiera. Un hombre la llamó por su nombre mientras se acercaba a ella, y ella dejó de gritar, pero dio unos cuantos golpes más con su raqueta contra la dura superficie de la cancha. No parecía poder dañarla.

Liam me contó más sobre Belén durante el descanso de medio tiempo. La madre de Belén era la exsuperestrella del tenis Addison Freeman, y su padre era el exjugador mexicano de béisbol de las grandes ligas José «Joey» Batista. Y ya había presenciado su problema de actitud.

Como último, Belén tiró su raqueta al suelo y cayó de rodillas, dejando caer la cabeza en sus manos. Todos pudimos oír los sollozos inconsolables que inundaban el silencioso estadio.

Liam maldijo en voz baja.

—Esto va a requerir un serio control de daños. Y no quiero ni saber la multa que le van a poner. —Se levantó—. Voy a intentar hablar con ella. ¿Te importa?

—No, para nada. Ve a lo tuyo.

—Eres un sol. —Liam me besó la mejilla y se marchó a toda prisa. Pude ver lo mucho que le importaba. Parecía de verdad preocupado.

Algunos de los espectadores empezaron a desalojar el estadio, pero la mayoría permaneció sentada, viendo el drama y esperando la ceremonia de entrega de premios que tendría lugar a continuación, por supuesto.

Yo me fui. Era doloroso ver cómo Belén se deshacía delante de todo el mundo. Cuando salí, alguien de su equipo ya había llegado a donde ella estaba. Y estaba segura de que Liam también intentaría consolarla. No conocía a Belén, pero la compadecía. Supongo que todos pudimos saborear la crujiente amargura de su frustración al ver su reacción.

No se puede ganar siempre. Eso lo sabía. Y por más berrinches que me hiciera el corazón, lo convertí en mi nuevo lema.

CAPÍTULO 44

C. xx

17 de septiembre de 2010

CADA SEGUNDO de la ausencia de William sonaba como un goteo constante de agua que se filtra por una grieta del techo, reverberando en el fondo de mi mente. Si uno se concentraba en ello, podía oírlo, pero si no, se convertía en ruido blanco.

Lo extrañaba.

Pero estaba bien. Había encontrado una cierta paz en mi vida que no había sentido en mucho tiempo. Antes estaba estresada, preocupada y ansiosa de manera constante. Y ahora solo se agitaba en mi interior un sentimiento cálido. Era una sensación reconfortante que aún no había identificado, pero inevitablemente me permitía regodearme en él.

Haute no me había llamado para este fin de semana, así que estaba libre. Tenía la intención de tomar mi cámara analógica y tomar unas cuantas fotos en Central Park al atardecer. Sola.

Bueno, ya sabes a lo que me refiero con sola en mi mundo. Amena y David me acompañarían hoy.

Mientras recogía mis cosas para salir, me di cuenta de que me había quedado sin rollo. Guardaba rollos de sobra en el cajón del buró, y cuando saqué uno de los rollos la carta de Caleb salió volando y cayó al suelo.

Habermene negado a leerla durante tanto tiempo me hizo olvidar su existencia. Y cuando la recogí supe que había llegado el momento de hacerlo. Nunca habría un momento perfecto, pero ese momento era lo más cercano que iba a haber. Así que dejé la bolsa de la cámara en la cama y me acosté boca abajo para leer.

La abrí y me preparé para el impacto.

10 de septiembre de 2009

Hola, Rojita.

Te escribo esta carta con la esperanza de que nunca tengas que leerla y de que algún día la rompa en pedazos y le prenda fuego. Tal vez el día que te cases, porque no seré capaz de soportarlo, así que para entonces ya estaré lejos de ti porque estaré de un humor espantoso que seguramente durará unas cuantas vidas, y tú tampoco podrás soportarme.

Acabo de alejarme de tu puerta. Acabamos de darnos un beso de despedida. Todavía puedo sentir tus labios suaves rozando los míos. Requerí toda la fuerza que llevo dentro para alejarme y rechazar tu invitación a entrar y seguir besándote hasta que me suplicas que parara.

Pero soy un cobarde. Y no podré decírtelo, pero te amo. Te he amado durante años. Es todo lo que he conocido y todo por lo que he vivido. Así que, mierda, sí, soy un cobarde porque me alejé de ti sin decírtelo. Pero eres una chica lista, ¿no? No puedo creer que no lo supieras, y no es que haya hecho un gran trabajo ocultándotelo últimamente. Llevo mi puto corazón en la mano.

Y voy a escribir lo siguiente porque necesito desahogarme. La forma como miras a William es como yo te miraría si me lo permitieran. Tu mirada está llena de fascinación y me hace querer morirme dos veces. Desde el momento en que lo conociste vi las estrellas en tus ojos, y solo se han hecho más brillantes con el tiempo. Por eso soy un cobarde a la hora de decirte lo que siento por ti, porque no puedo competir con eso.

Sabes que mi trabajo consiste en observarte, observar a todos los que te rodean, observarte a ti observar a todos los que te rodean, y claro que sí, soy el mejor en eso. Y por mucho que me duela admitirlo (pero no tanto porque no vas a leer esto), puedo ver que William siente lo mismo por ti. La fascinación es mutua, pero supongo que ninguno de los dos sabe qué hacer con tanto. Debe ser abrumador. Sé que es doloroso presenciarlo.

No sé qué va a pasar. No sé si alguna vez tendrán la oportunidad de estar juntos, pero te quiero tanto que deseo eso para ustedes si es lo que realmente quieren. Aunque me den ganas de romper cosas o de darle un puñetazo en la cara a alguien, sigo queriendo verte feliz porque:

TÚ ME SALVASTE.

Pero prometí que nunca me iría, así que no te preocupes. Y ahora no sé cómo voy a poder cumplir mi promesa, sabiendo que tendré que soportar ver cómo miras a William todos los días. También te he prometido varias veces que nunca te mentaría ni te ocultaría cosas, pero odio decirte que te he estado ocultando algo durante años.

Se trata de tu madre.

Sé por qué murió, y te repito que escribo esto porque sé que no tendrás que leerlo nunca, y espero que tu padre un día te mire a los ojos y te cuente exactamente lo que pasó ese día, porque siempre lo hemos sabido. Y tú mereces saberlo.

*Mierda, es difícil de escribir, incluso sabiendo que no lo vas a leer, pero ahí va: a tu madre la confundieron con la esposa de un narcotraficante que tenía a sus tres hijas en el mismo colegio que tú en la Ciudad de México. A menudo la llevaban en la misma marca y tipo de coche que tu madre. **FUE UN ERROR.** Nadie te persigue ni a ti ni a tu padre. Nunca han estado realmente en peligro. Lo que le pasó a tu madre podría pasarle a cualquiera, no importa. El sicario la cagó. Solo tenía que ver las placas, y claramente no lo hizo. Me dan ganas de ir a buscar al tipo y tomarme mi tiempo para matarlo, pero seguro que ya está muerto. Los sicarios no suelen tener una vida muy larga.*

Tu padre sabe todo esto, por supuesto, pero te quiere, Rojita, y ha estado intentando lidiar con la culpa, la paranoia y el dolor de perder a tu madre. Y en un pobre intento de mejorar las cosas te ha mantenido en la oscuridad, porque si supieras que no estabas en peligro, que era un error, no habrías aceptado tu equipo de seguridad durante tanto tiempo. Y lo justifica diciendo que, si ocurrió una vez, ¿quién dice que no puede volver a ocurrir? Pero yo creo firmemente que un rayo no cae dos veces en el mismo sitio.

*Tu padre hizo un trato con el gobierno cuando falleció tu madre, que consiste en tener tu seguridad cubierta y pagada **DE POR VIDA.***

Eso es lo que tu padre tiene planeado para ti, y es lo más ridículo que he oído en toda mi vida. Sé que es protocolario y justificable cuando eres la hija de un embajador. Te convierte en un objetivo, pero estás de vuelta en Nueva York, y deberías estar viviendo una vida normal. Te lo mereces.

Si alguna vez lees esto, que no lo harás, probablemente te enfurecerás conmigo porque nunca te lo conté, pero ya sabes la respuesta, ¿no? Tu padre nos hizo firmar un montón de estrictos acuerdos de confidencialidad y créeme... me sale más barato morir que incumplir esos contratos.

Me mata verte cada día, sabiendo lo desesperadamente que deseas esa libertad, y no se te permite saborearla. Espero que algún día lo reconsidere. Y si ese día llega, tendré que romper mi promesa de quedarme porque tendré que irme. Así que, en cierto modo, me alegro de haber firmado ese acuerdo de confidencialidad porque me impide contarte la verdad y puedo retenerte un tiempo más. Sí, soy egoísta. ¿Y qué? Es agridulce, ¿sabes? Pero si pudiera decírtelo, lo haría. Créeme, aunque significara que tuviera que irme.

Rojita, cuando te conocí estaba destrozado. Pero cuando vi lo frágil que eras me diste el valor para ser fuerte por ti. Para sacarte de la oscuridad. Pero la verdad es que eres la persona más fuerte que conozco, y TÚ ME SALVASTE. En serio quiero soltar esta puta pluma y llamar a tu puerta y gritarte eso en tu hermosa cara porque en realidad no tienes ni idea de lo profundo que llega esta mierda. TÚ ME SALVASTE. Un millón de veces más de lo que yo te he salvado a ti, y nunca lo sabrás.

Guíate por el corazón. Deja que el sentimiento se apodere de ti y se estrelle contra ti. Desearía tener las agallas para hacerlo.

Te amo por siempre,

C. xx

Deja que se estrelle

LA CARTA DE CALEB seguía entre mis manos, pero mi mente había dejado de funcionar. Era como si hubiera estado aquí conmigo cuando la leí. Podía escuchar su voz e imaginar cada línea perfecta de su rostro.

Esperaba que él también supiera cuánto lo amaba.

Estaba hecha un desastre, pero también sonreí.

La conmoción invadió mi sistema cuando me di cuenta: estaba a salvo. Siempre había estado a salvo. Durante años lo único que se me ocurría era que había alguien que quería dañarme, y a medida que crecía las teorías se volvían más oscuras y elaboradas.

Una de mis teorías más siniestras era que mi padre estaba involucrado en algo ilegal. Que de algún modo se había asociado con la gente equivocada y las cosas se habían complicado. Que ahora iban tras su familia, tras de mí, pero no era así. Y me alegré mucho de que no lo fuera.

Pero todo esto significaba una cosa. Era libre, y Caleb tenía razón, como siempre. No había forma de que aceptara vivir así después de saber la verdad. No podía creer cómo se las arreglaba Caleb para seguir cuidándome, incluso después de su muerte.

Cientos de veces soñé con salir de mi departamento y dar un paseo sola para ver qué se sentía hacer las cosas por mi cuenta. Pero siempre me acobardaba porque la verdad es que tenía miedo. ¿Y si había alguien ahí fuera esperando encontrarme sola?

Ya no había nada de qué preocuparse. Ni siquiera estaba enojada con mi padre. Debió de ser duro para él perder a mi madre y temer que me pasara algo todos los días. Se le presentó la oportunidad de cuidarme para siempre, y la tomó. Pero fue demasiado lejos. Y Thomas solo alimentó aún más su aprensión; la alimentó y la justificó.

Y no, no quiero imaginar qué habría pasado aquel día si Aaron y Caleb no hubieran aparecido. Habíamos tenido suerte. Tal vez William habría muerto ese día.

William.

Caleb me conocía mejor que nadie. Su opinión era algo que valoraba profundamente, y que dijera las cosas que dijo sobre William y sobre mí me hizo querer arriesgarme.

«Guíate por el corazón. Deja que el sentimiento se apodere de ti y se estrelle contra ti».

Con esas palabras Caleb me hizo querer tomar un avión y volar a Sudáfrica para decirle a William lo que sentía y hacer lo que siempre me había dado miedo hacer. Demostrarle lo mucho que me importa. Lo mucho que lo amo.

Estaba cansada de tener miedo y de ser una cobarde, de ir a lo seguro. Tenía que tomar las riendas de mi vida. Era ahora o nunca.

Y eso es lo que pensaba hacer. «Deja que se estrelle».

Pero no podía hacerlo sola. Necesitaba un plan. Un plan sólido. Y sabía a quién llamar.

A Alice.

Algo me decía que ella podría ser del #equipobillie, y pensaba poner toda la carne en el asador.

Llamé a Alice mientras sacaba una pequeña maleta de mano del clóset del recibidor para empacar algunas cosas para mi viaje improvisado. Ni siquiera tuve tiempo de sentir miedo por lo que estaba a punto de hacer. Estaba funcionando con pura adrenalina, y me sentía estupendamente bien.

—Alice. Hola, soy Billie.

—¡Hola, Billie! —dijo entusiasmada—. ¿Qué pasa?

—Necesito tu ayuda.

CAPÍTULO 46

Luna

ALICE GRITÓ de emoción cuando le dije lo que quería hacer. Le expliqué todo lo que había pasado con Nathan, que sabía que William había terminado con Rachel y que solo podía pensar en él.

Ella estaba extasiada.

Alice me envió un mensaje con toda la información sobre dónde se alojaba William en Sudáfrica y su agenda. Abrí mi computadora y encontré un vuelo sin escalas de United Airlines a Johannesburg que saldría de Newark a las 20:00. Luego tendría que conectar a Ciudad del Cabo en un vuelo adicional de dos horas en una aerolínea local. Una odisea.

Compré los boletos con mi tarjeta de crédito, sabiendo que dejaría un rastro de migas de pan para que mi padre y mi equipo de seguridad lo siguieran. No quería que se preocuparan y pensarán que alguien me había secuestrado o algo así, pero sabía que tampoco podía pedirles permiso. Quería que supieran dónde estaba, pero quería ir sola. Como era un vuelo largo, sabía que me daría tiempo suficiente para hacer lo que tuviera que hacer y hablar con William antes de que me encontraran.

Mi padre de seguro se volvería loco en cuanto le informaran que había desaparecido, y no me importaba, tenía que hacerlo a mi manera. Necesitaba demostrarle a William que no era una cobarde y que estaba dispuesta a hacer esto por él. Él ya había hecho y demostrado tanto en el pasado. Y ahora era mi turno de reconquistarlo.

Pasaban unos minutos de las cinco de la tarde y yo ya había hecho la maleta y estaba lista para irme. Tenía que salir cuanto antes. Pero no podía salir por la puerta con el equipaje sin levantar sospechas. ¿Y si alguno de mis guardaespaldas seguía en el vestíbulo?

Yo: Hola, chicos. Ya no voy a Central Park. Me quedaré en casa, así que si quieren dar el día por terminado, por mí no hay problema.

David: Entendido. Buenas tardes, señorita Murphy.

Amena: Gracias, y disfrute el resto del día, señorita Murphy.

Aaron: Estaré en el departamento de abajo si necesita algo, señorita Murphy.

Yo: ¡Gracias! Buenas tardes.

Por lo general se dispersaban cuando les informaba que no saldría durante el resto del día, pero necesitaba ayuda para comprobar que no estaban en el vestíbulo. La Semana de la Moda de Nueva York acababa de terminar, así que Lily estaba en la ciudad.

Yo: Lily, ¿estás en casa?

Lily: ¡Hola! Sí, estoy. Preparándome para ir a una fiesta. Estoy agotada. Preferiría no ir, pero tengo que hacerlo. ¿Qué tal?

Yo: Gracias a Dios. Necesito que bajes al vestíbulo y me digas si no hay moros en la costa.

Lily: Jajaja, ¿qué quieres decir? ¿De tus guardaespaldas?

Yo: Sí. Por favor. Tengo prisa. También necesito que le pidas a Bruce o a Senad que llamen a un taxi por mí.

Lily: ¿Adónde demonios vas y por qué no estoy invitada?

Yo: Tengo un vuelo a Sudáfrica a las ocho de la noche. Voy a ver a William. Por favor, ¡date prisa!

Lily: ¡QUÉ! Voy abajo. Billie, ¡qué demonios! ¡Ah! Estoy gritando. TIENES que contármelo todo.

Yo: Te llamaré cuando esté en el aeropuerto y haya pasado el control de seguridad. Estoy a punto de desmayarme de los nervios.

Pasaron un par de minutos y me sudaban las palmas de las manos. Me quedé mirando la pantalla, esperando la respuesta de Lily.

Lily: No hay moros en la costa. Senad está llamando a un taxi mientras hablamos. Tienes que venir porque es muy bueno en conseguir taxis.

Lily: Te lo dije. Ya tiene un taxi esperando. Corre. Ahora mismo.

Yo: Voy para allá. Cuídame ese taxi.

Lily: Sí, señora ;)

Me quedé inmóvil antes de cerrar la puerta, esperando a que desapareciera esa terrible sensación de haber olvidado algo. Revisé rápido el contenido de mi bolsa. Pasaporte: listo. Dinero en efectivo y tarjetas de crédito: listos. Somníferos: listos, porque me esperaba un vuelo de dieciséis horas sin escalas, y volaba en clase turista por primera vez en mi vida. El avión iba casi lleno. Tuve suerte de encontrar asiento.

Con la puerta cerrada y la maleta en la mano, miré a la cámara de vigilancia, le guiñé un ojo y me apresuré a ir al elevador.

Lily me esperaba en la puerta del edificio. Senad tenía la puerta del taxi abierta para mí. Lily me abrazó y me besó la mejilla.

—¡Anda!

Sin pensarlo dos veces, salté al taxi y dije:

—Aeropuerto de Newark, por favor.

Mierda, qué bien me sentí. Fue tan liberador.

No sabía si llegaría al aeropuerto sin que me cacharan. Tal vez la cámara de vigilancia se activaría. Esperaba que no, pero no podía dejar de sonreír. Nunca en mi vida me habían permitido siquiera dar una vuelta a la manzana yo sola. La sensación era inexplicable.

Solo podía pensar en que vería a William antes de que transcurrieran las próximas veinticuatro horas. No tenía ni idea de lo que le iba a decir una vez ahí. Era mejor no planearlo con antelación.

«Guíate desde el corazón. Deja que el sentimiento se apodere de ti y se estrelle contra ti».

Me pareció que iba por buen camino.

18 de septiembre de 2010

Tomé una dosis completa de mi somnífero a las tres horas de vuelo y me dejó inconsciente durante diez horas. Quedaban tres horas más, así que comí algo y vi una película.

Por fin me di cuenta de que me había escapado y de que eran las nueve de la mañana en Nueva York, lo que significaba que tenía unas horas antes de que Aaron empezara a preguntarse por qué no me había presentado para correr como todas las mañanas. Mi ansiedad aumentaba con cada segundo que transcurría.

Lily me llamó cuando estaba en el aeropuerto. Se me había olvidado llamarle. Le conté lo de la carta de Caleb, que obviamente había traído conmigo. La leí varias veces durante el vuelo, lo que me ayudó a dejar de lado la inquietud.

Lily entendió mis razones para querer ir tras William cuando se lo conté todo. Sintió pena por Nathan, pero siempre supo lo mucho que quería a William. Y me juraba que William sentía lo mismo, pero no quería hacerme ilusiones. Lo único que quería era mostrarle mis sentimientos. Y por mucho que deseara que esos sentimientos fueran recíprocos, tenía que hacerme a la idea de que no esperaba nada de él.

Pero sí lo esperaba. Deseaba con todas mis fuerzas que él sintiera lo mismo.

Aterrizamos en Johannesburgo a tiempo, así que tenía un par de horas antes de mi siguiente vuelo. Había tenido cuidado de mantener mi teléfono en modo avión. Sabía que podrían rastrearlo con facilidad. Y aunque descubrirían que había volado a Sudáfrica a los cinco minutos de empezar su investigación, no quería ver los miles de mensajes y llamadas perdidas que sin duda llegarían a mi teléfono en cuanto lo encendiera.

Necesitaba concentrarme.

Aterrizamos en Ciudad del Cabo sobre las once de la noche. Había sido la hazaña más agotadora de mi vida. El viaje me destrozó. No podía creer que por fin había llegado.

Salir sola del aeropuerto me hizo sentir vacía. No dejaba de ver por encima de mi hombro, todavía acostumbrada a que alguien me siguiera todo el tiempo. Pero no puedo decir que no me gustara la sensación de hacer esto sola.

—Ellerman House, por favor —le dije al taxista de aspecto amable cuando tomé asiento dentro del coche, intentando parecer casual. Ya me sentía como una profesional viviendo la vida por mi cuenta. Y todo había ido tan bien que no podía evitar pensar que Caleb y mi madre tenían algo que ver. Sabía que me estaban cuidando. Lo sentía en los huesos.

Los nervios y la ansiedad se habían esfumado. Estaba demasiado cansada para sentir. O eso creía, hasta que el taxi se estacionó en el vestíbulo del hotel donde William se había alojado los últimos días. Alice mencionó que era el mismo hotel en el que se había alojado durante el verano cuando me pidió que fuera con él, y yo me negué.

Pasé mi tarjeta y pagué el taxi, manteniendo vivo el camino de migas de pan. La noche era fría, así que me apresuré a entrar en el vestíbulo después de que un botones se ofreciera a ayudarme con el equipaje.

El hotel era precioso. Parecía más una casa que un hotel: una casa enorme. Sin embargo, era íntimo para ser un hotel. Era el lugar perfecto para William. El personal del hotel era amable y me invitaron a pasar de inmediato. Se sentía como si entrara en una casa espectacular.

Les di las gracias y tomé asiento en el vestíbulo. Tuve que encender el teléfono porque necesitaba hacerle unas preguntas a Alice, así que no había forma de evitarlo.

Mi teléfono vibró mientras le enviaba un mensaje a Alice, pero lo mandé al buzón de voz. Era un número desconocido de Estados Unidos. Sabía que me estaban buscando, así que apagué los datos del teléfono y pedí la contraseña del Wi-Fi a uno de los empleados del hotel mientras esperaba.

Por fin me contestó Alice.

Alice: William está en su habitación. Pero no sé si está solo, Billie. No quería ser indiscreta preguntándole.

Yo: Ok. No te preocupes. Gracias.

Alice: Llamaré al hotel y les diré que llegaste y que estás autorizada a subir a la habitación de William. Les pediré que no le avisen de tu llegada. NECESITO que me cuentes la cara que pone cuando te vea en su puerta.

Yo: Mierda. Me estoy volviendo loca. Ya es tarde. ¿Crees que debería reservar una habitación y buscarlo mañana por la mañana?

Alice: ¡NO! Ve ahora mismo. Tienes que mantener el impulso. Estoy en el teléfono con el personal del hotel mientras hablamos. Espera.

Suspiré y me reí en voz baja mientras imaginaba a Alice disfrutando hacer todo esto, sujetando su teléfono con el hombro, tal vez tecleando en su computadora como una maniaca, haciendo lo que ser la asistente de William requiriera que hiciera.

Alice: Hecho. Pregunta por Arno en la recepción. La contraseña para que te dejen subir es LUNA. Jaja.

Luna. Sabía que había elegido esa contraseña por su novia Luna, pero de igual forma se me encogió el corazón: un buen augurio.

El sonido de las olas se oía por casi todo el lugar mientras Arno me guiaba a la habitación de William; ayudó a calmar mi nerviosismo. Me explicó que solo había trece habitaciones individuales en el hotel, pero estaban ocupadas. Estaba seguro de que Alice podría ayudarme a encontrar otro hotel cercano en caso de que todo se fuera a la mierda.

Caminamos por un pasillo que era básicamente una galería de arte colorida y moderna con suelos de parqué de nogal. Increíble. También olía delicioso. Cada detalle había sido cuidado a conciencia. Era una mezcla de hogareño y lujoso con mucha inspiración local.

Llegamos a la habitación de William, y Arno asintió una vez y se disculpó.

Llamé a la puerta de William y me persigné. Juro que fue mi madre quien me obligó a hacerlo.

CAPÍTULO 47

Dentista

WILLIAM ABRIÓ la puerta, sosteniendo lo que parecía un guion en la mano, con sus lentes negros de acetato. Era la primera vez que se los veía puestos. ¿Tengo que decir siquiera lo genial y sorprendentemente guapo que estaba?

—¿Guille? —William me dirigió una mirada de pánico. Había dejado la puerta abierta de par en par y podía ver su habitación, pero no había señales de que hubiera nadie más. Había una silla en el balcón. Un montón de papeles y una botella de vino sobre una pequeña mesa redonda. Una brisa suave y fresca entraba a su habitación. Podía oír las olas rompiendo contra las rocas más allá del acantilado.

No me invitó a pasar.

—¿Qué haces aquí? —Enrolló los papeles que tenía en las manos y cruzó los brazos.

—Vine a decirte que te amo. —Dejé caer mi bolsa sobre la maleta y lo miré directo a los ojos—. Vine a decirte que te extraño. Que no puedo dejar de pensar en ti por más que lo he intentado durante más de un año, y que por fin soy capaz de aceptarlo.

William me miró en silencio. Me estrujé las manos y bajé la mirada un segundo, intentando ordenar mis pensamientos. Para permitir que los nervios se asentaran.

—Lo eres todo para mí, William. Así que eso es lo que estoy haciendo aquí. Estoy aquí, sola, para preguntarte si todavía hay una oportunidad de que yo también lo sea para ti.

William se pasó una mano por el pelo.

—¿Dónde está tu equipo de seguridad? —Sacó la cabeza y miró a ambos lados del pasillo—. ¿Están abajo?

No era eso lo que quería oír. Podía sentir que el valor que había logrado reunir se me iba de las manos. Sabía que no iba a ser fácil. William no iba a empezar a dar saltos de emoción cuando le contara lo que sentía. Ya lo había hecho en el pasado unas cuantas veces, y yo había sido demasiado estúpida para dudar de mis sentimientos.

Suspiré.

—No. —Levanté la vista para encontrarme de nuevo con sus ojos oceánicos—. Vine sola. Y estoy segura de que ya deben haberse dado cuenta de que vine aquí, así que estoy segura de que alguien está en camino para recogerme.

—Estás bromeando. —William suspiró y se quitó los lentes, con sus facciones inundadas de sorpresa. Sacudí la cabeza dos veces. Despacio. «No estoy bromeando». Tomó mi bolsa y metió mi maleta con el ceño fruncido—. Pasa.

Entré, observando el lugar. Su suite era enorme e impresionante. La vista le quitaba el aliento a cualquiera. Pero me detuve en seco justo después de cerrar la puerta detrás de mí.

—¿No estás saliendo con Liam? —preguntó con un tono escéptico, casi cauteloso—. Creí que...

—Nunca —murmuré—, porque solo pienso en ti.

William se pellizcó el puente de la nariz y dejó caer el guion sobre una mesa que había junto a nosotros, pero no respondió ni una palabra, así que continué con mi discurso.

—Liam es solo un amigo. Me cae bien. —Torcí la boca en una pequeña sonrisa llena de esperanza, pero el rostro de William seguía siendo duro.

—¿Y qué hay de Nathan? —preguntó con el ceño obstinadamente fruncido entre sus cejas mientras se pasaba una mano por el cabello dorado—. Te vi en la fiesta de compromiso. Un segundo estabas coqueteando con Liam, y al siguiente te fuiste de la mano de Nathan. Ni siquiera sé qué es lo que está pasando.

—Liam estaba aburrido y tratando de meterse con ustedes. Ya sabes cómo es. Y Nathan y yo teníamos una conversación pendiente. Así que fuimos a mi departamento a hablar.

—Te propuso matrimonio, ¿verdad? —preguntó William, barriéndome de pies a cabeza como si me escaneara en busca de mentiras—. Joel me lo dijo.

—Iba a hacerlo, pero no podía permitírselo. Habría sido demasiado doloroso para los dos —le expliqué—. Sabía que no podía decirle que sí porque, como he dicho, todo este tiempo no he hecho otra cosa que pensar en ti. —Di un cuidadoso paso adelante—. Te extraño, William.

Algo que solo pude reconocer como dolor se apoderó de las facciones de William.

—Odiaba verte con Nathan —dijo en tono sombrío—. Sobre todo después de todo lo que pasó con Thomas. Después de la muerte de Caleb. Sabía que en el fondo sentías algo por mí. Algo fuerte. Y cada vez que lo besabas, lo abrazabas, le sonreías delante de mí... lo odiaba. Y después los dos fueron a mi casa en el solsticio e hicieron esas mismas cosas y me lo restregaron en la cara... —Soltó una risa suave y furiosa—. Y después lo de Zara... no dejabas de dudar de mí, pensando lo peor de mí.

»Pensé que había sido sincero contigo... varias veces —continuó—. Y lo entiendo. No es fácil estar con alguien como yo. Hace falta una mujer fuerte que pueda ignorar las habladurías, los medios y los paparazis y confiar plenamente en mí, sobre todo cuando estoy fuera por trabajo. Y yo pensaba que esa persona eras tú, que tú y yo éramos lo bastante fuertes para afrontarlo. Juntos. —William suspiró y sacudió la cabeza varias veces—. Supongo que me equivoqué.

Podía sentir que se me derrumbaba la cara, pero tenía que seguir adelante. Romper el nuevo muro que nos separaba. Tenía que hacerlo.

—Sé que ya no confías en mí, y me lo merezco. No has hecho más que demostrarme una y otra vez que has sido sincero conmigo desde el principio. Y yo... —Cerré los ojos y reuní todo el valor, la confianza y la humildad que pude—. Lo siento —dije, mirándolo a los ojos y escuchando su respiración—. Lo siento mucho, por todo.

El pecho de William se agitó, pero no dijo nada. No podía leerlo.

—Tenías razón. Soy una cobarde y me ha costado mucho no querer aceptarlo, no ser sincera conmigo misma. Y sé que probablemente ya superaste los sentimientos que me expresaste en el solsticio, pero quería venir aquí, sola, sin expectativas, para hacerte saber lo estúpida e inmadura que fui y lo mucho que me sigues importando. Lo mucho que te amo.

El codicioso nudo en mi garganta me tenía acorralada contra su afilado y puntiagudo cuchillo. Respiré hondo unas cuantas veces para serenarme y di un paso atrás para darle espacio a William.

Decirle a William que lo amaba una y otra vez sin recibir ninguna respuesta fue lo más difícil y doloroso que he tenido que hacer nunca. Pero también fue liberador. Por fin pude decirle cómo me había sentido todo este tiempo. Y no haber tenido las agallas de hacerlo antes me estaba destrozando. Era un sentimiento que ya no podía guardarme para mí.

No podía evitar desahogarme. Él tenía que saberlo.

—Revisaba el clima todos los días cuando te ibas solo para ver qué clase de día estabas teniendo —confesé, apartando una lágrima que se me había escapado y rodaba por mi mejilla—. Y soñaba despierta con cómo habría sido si hubiera dicho que sí, si hubiera aceptado venir aquí contigo en el verano.

William se pasó una mano por la frente. Su lenguaje corporal no era alentador, pero yo ya no iba a retroceder.

—Tampoco puedo dejar de desear que no me devuelvas las llaves de repuesto de mi departamento. Y que cada vez que tengo una pesadilla lo único que espero es que seas tú quien me consuele para volverme a dormir.

William se lamió los labios y bajó la mirada.

«Por favor, di algo».

Volvió a suspirar, y no supe decir si era un suspiro de alivio o un suspiro del tipo «piensa en cómo vas a rechazar a esta chica». Así que saqué el as de debajo de la manga.

—Eres dentista.

William me miró con cara de perplejidad.

—Lo siento. No entiendo.

—Eres dentista —dije con naturalidad—. Esa es mi tercera suposición de nuestra apuesta. Nunca la usé. —Di un paso adelante—. Perdí. —Y otro más—. Ganaste. Ahora invítame a una cita, ¿o no eres un hombre de palabra?

William sacudió la cabeza y resopló con una débil sonrisa. Por fin había derribado sus gruesos y pesados muros.

—Me invitarás a una cita —dije, haciéndole un gesto Jedi con la mano con una sonrisa. Se me quedó mirando sin decir una palabra, así que sostuve la mano delante de mí y la miré con el ceño fruncido—. No funciona.

—Siempre funciona. —Me jaló hacia él pasándome los dedos por el pelo. Y antes de que tuviera tiempo de darme cuenta de lo que estaba pasando, sus labios se encontraron con los míos. Me iba a desmayar en cualquier momento por la proximidad entre nosotros, por no hablar de la sensación de sus suaves labios contra los míos. Llevaba mucho tiempo esperando ese momento.

Lo único que había deseado durante tanto tiempo era que me besara así, y había sido demasiado ciega y necia para aceptar que era a él a quien amaba desde el principio.

—Yo tampoco dejo de pensar en ti —dijo, haciendo una breve pausa en el beso—. Nunca lo he hecho. Nunca lo haré. Me niego. —Su boca se quedó a un suspiro de la mía, y sus reconfortantes brazos permanecieron cerrados con fuerza a mi alrededor mientras frotaba mi nariz contra la suya—. Te amo, Guillermina.

Le acaricié la mejilla y mi pulgar se paseó por su labio inferior, rozándolo.

—Te veo. —Le di varios besos en la comisura de los labios—. Siempre te he visto.

Me quitó el saco, me agarró las piernas y me levantó del suelo. Las cerré alrededor de su cintura y lo besé. Esta vez se dejó llevar por completo, haciéndome saber que me deseaba tanto como yo a él. En todos los sentidos posibles.

Se acercó a la cama y me dejó caer con suavidad sobre ella, dejando un rastro de besos por mi cuello.

—Me estaba volviendo loco pensando que ibas a volver con Nathan —me susurró al oído—. Y cuando me alejé de la casa de campo ese día lo único que podía ver era tu mirada... —se detuvo y se acostó a mi lado, apartándome unos mechones de la cara—. Me destrozó.

—Estuve a punto de hacer el ridículo y correr detrás de ti —dije con una risa triste—. Te juro que me duele físicamente cuando estás lejos. —Me acerqué más a él—. Estar aquí contigo... es perfecto. Siento que tengo todo lo que necesito.

—Yo siento exactamente lo mismo. —Me besó las mejillas, tomándose su tiempo.

—Cuando Thomas te disparó... —Fruncí la cara y cerré los ojos, tratando de alejar el recuerdo—. Fue cuando me di cuenta de que no podía seguir fingiendo. No podía imaginar mi vida sin ti. —Pasé los dedos por su sedoso y hermoso pelo dorado y lo besé—. Te amo, William Sjöberg, y sé que el mundo entero también te ama, pero yo te amo más. —Ambos soltamos una risita, nuestras respiraciones se encontraron—. Y sé que puede parecer precipitado que me sienta así, pero...

—¿Precipitado? ¿En serio? —Se rio, acercándose más a él. Apoyé la cara sobre su pecho y me pasó los dedos por el pelo—. Hace casi un año y medio que nos conocimos, y cuando nos besamos por primera vez en la casa de campo te juro que sabía que lo único que quería eras tú. —Me besó el pelo y me tomó la barbilla para mirarme—. Yo también te amo, Guillermina. Y sí... Sigues siendo, fuiste y siempre serás todo para mí. Siempre.

Acerqué mis labios a los suyos y lo besé con todo lo que tenía, con todo mi ser. Y nunca supe que podía sentirse así, tan perfecto, tan completo. Todo mi corazón era suyo. Cada parte de él.

—¿William? —Miré sus hermosos ojos azules que tanto amaba, incapaz de creer que ahora podía mirarlos con libertad—. ¿Quieres ser mi novio?

William se rio con fuerza, su vientre subía y bajaba con cada jadeo.

—Eres increíble. —Me picó la nariz con el dedo—. Nadie me había preguntado eso.

—¿Es la primera vez? —dije con una sonrisa.

—Sí. —Me dio un beso rápido en los labios—. Y tampoco recuerdo cuándo fue la última vez que le pedí a alguien que fuera mi novia. ¿Quizá en la preparatoria? Lo único que hace mi agente es enviar contratos a las chicas con las que salgo.

—¿Contratos? Qué romántico —bromeé. Debía de haber un montón de expedientes en algún lugar de la oficina de su agente—. No te atrevas a enviarme uno.

—No me arriesgaría. —Arqueó una ceja—. Tal vez me lo devolverías hecho cenizas.

—Algo así. —Me senté y le puse las manos sobre el abdomen—. Odio los contratos. —Mis dedos rozaron de arriba abajo sus abdominales perfectamente cincelados por encima de la camiseta—. Y eso... no es justo.

—¿Qué? ¿Esto? —Se levantó la camiseta, y tuve que apartar la mirada cuando su *six-pack* me calentó la sangre—. ¿Te estás sonrojando?

—¡No!

—Claro que sí. Guille, mírame. —Levanté las cejas y lo miré, fingiendo fastidio, como diciendo: «¿Ves?, no me estoy sonrojando».

—Ven aquí. —Me tomó la mano y la puso sobre su vientre desnudo—. Todo esto es tuyo, así que acostúmbrate. Y todo esto —me agarró de la cintura y me jaló encima de él—es mío. —Asentí con una sonrisa. «Todo tuyo».

—¿Eso es un sí? —No había respondido a mi pregunta.

—Mierda, tienes razón —dijo riendo—. Acepto.

—Cállate. —Le empujé el hombro—. Lo digo en serio.

—Soy todo tuyo —dijo con su voz grave y ronca—. Y tú eres mía.

—Soy tuya. —Lo besé y no sabía cómo dejar de hacerlo. Todo lo que quería era besarlo y mirarlo. Nunca supe que pudiera conocer tanta felicidad, y estaba más que segura de que él sentía lo mismo.

Cada roce de nuestra piel era eléctrico e intenso. Mi cuerpo y mi alma reconocían el suyo y disfrutaban de su familiaridad. Sin embargo, una parte de mí tenía miedo de sentir tanto. Solo esperaba no dejar de sentirme así nunca. Era casi adictivo.

—Entonces, ¿por qué no sellamos el trato de novio y novia yendo a esa primera cita que me obligaste a aceptar con tus trucos Jedi?

—William se levantó de la cama y me ofreció sus manos para ayudarme. Le respondí asintiendo.

—Y... ya terminaste con Rachel, ¿verdad? —Me sentía tan celosa cuando se trataba de William. Pero se dio cuenta y me tranquilizó.

—Me encanta cuando te pones territorial —dijo riendo. Puso sus manos alrededor de mis hombros y me abrazó—. Pero no hay razón para que te sientas así. Y me aseguraré de que nunca lo hagas.

—¿Ella también firmó un contrato?

Lo del contrato me parecía ridículo. Entendía por qué lo hacía. No todo el mundo tenía tan buenas intenciones como uno podría pensar. Y no todas las chicas querían salir con William por las razones correctas.

—Todas lo han firmado —respondió, dejando caer un beso en mi cabeza.

—¿Y estás seguro de que te parece bien que no firme uno? Si necesitas que firme uno, puedo...

—Nunca —dijo levantándose la barbilla—. Vamos. Se está haciendo tarde. Puedes hacerme preguntas durante la cena. Sé lo curiosa que eres.

—¿No habrán cerrado ya los restaurantes del hotel? —pregunté, caminando hacia mi equipaje.

—No para mí. —Me guiñó un ojo.

—Eres un consentido. —Puse los ojos en blanco—. Te veré en un rato entonces. Llevaré mis cosas a mi habitación, me bañaré ahí y volveré.

—Estás loca si piensas que vas a salir por esa puerta ahora mismo —dijo. Yo me reí—. No te rías. Hablo en serio. —Le creí—. Te vas a quedar. Aquí. Conmigo.

—Bueno, gracias a Dios, porque no reservé una habitación —dije, rodando mi maleta hacia su baño—. Estaba bromeando. Estás atrapado conmigo.

—Estabas tan segura de que cedería, ¿eh? —Me siguió—. Es lo que yo llamo confianza en uno mismo.

—Es lo que yo llamo estupidez —respondí, dejando la maleta en el suelo y bajando el cierre—. Pero Alice me convenció de no reservar una habitación.

—¿Por qué no me sorprende que Alice estuviera involucrada en esto? —William se apoyó en el marco de la puerta del baño, cruzando los brazos y un pie delante del otro—. No puedo creer que de verdad estés aquí. —Me sonrió, pero frunció el ceño rápidamente después—. ¿Pero por qué tu maleta es tan pequeña? ¿Cuándo piensas irte?

—Bueno, no estoy segura de poder quedarme mucho tiempo

—dije, poniéndome de pie, tomando algunas cosas que necesitaba de mi maleta para bañarme y prepararme. Coloqué mis artículos de tocador y mi perfume junto a uno de los lavabos del precioso tocador doble revestido de mármol blanco—. Seguro que alguien ya viene a buscarme.

Bajé la mirada mientras la realidad me golpeaba.

Estar aquí con William era un oasis temporal del que me sacarían en cuanto alguien viniera por mí. Y mi instinto me decía que ese alguien iba a ser Aaron. Sabía que iba a ser muy incómodo entre nosotros. Había puesto a mi equipo de seguridad en una situación complicada al escaparme, pero tenía pendiente una conversación, sin duda dura, con mi padre.

—Prácticamente te estás mudando —dijo mirando mis cosas en la barra del baño—. Me gustan tus cosas aquí.

Vi la colonia de William en la barra.

—Me fascina. —Quitó la tapa y respiré profundamente por la nariz para olerla.

William se rio. Me quitó el frasco y se roció con él.

—No tienes ni idea de lo obsesionada que estoy con ella —admití, poniéndome de puntitas para olerle el cuello.

—Tengo una idea. Por eso rocié mi sudadera en ella. —Volvió a reírse.

—¿Cómo podrías saber que me gusta tanto? —Era molesto saber que había sido capaz de ver a través de mí todo este tiempo. Incluso cuando pensaba que estaba haciendo un gran trabajo ocultando mis afectos.

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. Parecías más molesta conmigo cuando la llevaba puesta, así que... sí. Me recordó un poco al día que nos conocimos. Me molestó que llevaras tu ropa de ejercicio y aún olieras delicioso cuando no debías. Y no quería que me gustaras, pero me lo ponías muy difícil cuando te veía alejarte con los pantalones de yoga tan ajustados que me daban ganas de morirme.

Sonreí y aparté la mirada, recordando que William no podía dejar de fruncir el ceño ese día. Era divertido descubrir parte de la razón detrás de su actitud. Besé su delicioso cuello y me acerqué a donde había dejado mi bolsa en la barra. Mi teléfono estaba muerto. Aunque no tuviera intención de usarlo, era mejor tenerlo cargado al cien, por si acaso.

Mientras sacaba el teléfono de mi bolsa, vi la carta de Caleb.

—Hay muchas cosas de las que tenemos que hablar. —Suspiré, recordando las cosas de las que me había enterado al leerla. Quería contarle a William lo que había averiguado sobre mi madre para que me diera su consejo sobre cómo manejar las cosas con mi padre.

—Bueno, apúrate, entonces. Y hazte un favor y cierra la puerta. No podré soportar la idea de que estés desnuda a pocos centímetros con el agua corriendo por todo tu cuerpo.

Me mordí el labio inferior, imaginándome... cosas.

—Entonces, ¿igual que en casa? —Me reí, tratando de distraerme de los pensamientos que implicaban el baño y William ahí conmigo—. Siempre a unos centímetros el uno del otro.

—Voy a derribar esa puta pared cuando vuelva. No bromeo.

—Por favor, hazlo. —Puse mis manos en el pecho de William y lo aparté—. Te veo en un rato. Ya había cerrado la puerta, pero la volví a abrir, solo un poco.

—La dejo sin seguro por si quieres poner a prueba tu fuerza de voluntad.

—No tengo. Por eso tienes que ponerle llave. —Me guiñó un ojo—.

A menos que quieras saltarte la cita e ir directamente a...

Le cerré la puerta del baño en la cara y puse el seguro. Lo oí reír mientras se alejaba. Llevaba mucho tiempo esperando esta cita. Era importante y simbólica. Podía ponerme a soñar despierta con él mientras me bañaba. No es que no fuera una profesional.

Un año para pensar

EL BAÑO TARDÓ más de lo debido, pero la presión del agua era perfecta. Era tan relajante. Las últimas veinticuatro horas habían sido una locura. Había sido demasiado que procesar, pero ya me sentía más ligera. Descubrir los detalles de la muerte de mi madre abrió un torbellino de sentimientos y percepciones.

Ahora temía que no iba a luchar contra una amenaza real, sino contra las ideas de mi padre. Y sabía lo resuelto y estrecho de mente que podía ser cuando se trataba de lo que creía que era mejor para mí.

No solo se iba a desmayar cuando se enterara de que había llegado a África yo sola, sino que no le iba a gustar nada que William y yo estuviéramos juntos. Tenía la sensación de que no le iba a caer en gracia.

La diferencia era que esta vez tenía suficiente información para objetar y defender mi caso. Sabía que mi padre estaba aterrorizado después de la muerte de mi madre, y que su mente se había vuelto en su contra y lo alimentaba de manera constante con dudas sobre mi seguridad y cómo necesitaba que me siguieran las veinticuatro horas del día para evitar que me ocurriera algo trágico.

Tenía que dejar el pasado atrás. Sé que era lo único que había intentado hacer durante años. Aun así, algunos días eran más fáciles que otros, pero al menos intentaba reconocer mis sentimientos y evitar que me comieran viva.

No iba a ser fácil.

Tenía unas horas antes de tener que lidiar con eso, empezando por la inminente ira que sin duda se estaba gestando en lo más profundo de las entrañas de James Murphy. Pero incluso si la represalia fuera severa, lo haría mil veces más porque, irónicamente, nunca me había sentido más feliz y llena de esperanza en toda mi vida.

Me sentía tan optimista que había preparado un buen atuendo para esta cita, incluso cuando no sabía si se iba a celebrar. Pero estaba sucediendo, y no podía ocultar mi emoción mientras terminaba de arreglarme, aunque fuera más de medianoche y estuviera colapsando de cansancio. Me parecía que aún funcionaba a base de adrenalina pura.

Al fin salí del baño con el vestidito negro perfecto con escote en forma de corazón.

—¡William! —Ahogué un grito y me tapé la boca ante la escena que tenía enfrente. Su suite estaba bellamente preparada para nuestra cita. Velas llenaban el espacio, y una pequeña mesa para dos había sido colocada justo al lado de la terraza. La decoraba un pequeño jarrón con diferentes tipos de flores.

William me sonrió al verme maravillada por el improvisado pero impresionante e íntimo escenario para nuestra cita.

—Te ves preciosa.

—Gracias —dije, corriendo a abrazarlo—. Me encanta. —Seguí mirando a mi alrededor.

—Es lo mejor que pudimos hacer en tan poco tiempo —dijo, besándome el pelo—. Por eso no me quejo de cuánto te tardaste.

—Perdón, pero esa regadera es increíble.

—Sí, ¿verdad? —William se rio—. Ven. —Me ofreció su brazo y lo enlacé con el mío mientras me conducía hacia la mesa—. El personal del restaurante nos dejó este vino, y pedí algo de comida. Nos la traerán en cuanto esté lista.

—Perfecto. —Sonreí—. Seguro que aquí todo está delicioso. —Jaló la silla y me ayudó a sentarme.

—Es increíble. No tienes idea. Yo me colé en la cocina varias veces y cociné con los chefs durante el verano. —Se sentó a mi lado—. Aprendí a hacer unos cuantos platillos, así que prepárate para comer un montón de comida sudafricana cuando volvamos. —Se rio mientras tomaba la botella de vino para descorcharla.

No podía dejar de mirar a William y de maravillarme con él. No solo era la cosa más hermosa que había visto en toda mi vida, sino que además tenía el corazón más grande y bondadoso. Y me hacía sentir muy especial que lo compartiera conmigo.

Se cambió la camiseta blanca por una camisa de flores de estilo vintage y manga corta que le quedaba genial. ¡Uf! Todo le quedaba bien.

—Últimamente te gustan los colores pastel, ¿verdad? —bromeé mientras servía vino tinto en mi copa.

Ilaria insiste en que los tonos pastel están de moda esta temporada. Cuando volvamos a Nueva York veremos lo que tiene preparado para el otoño. —Y ya la conoces. Hago lo que ella me dice que haga. Mmm, tienes que probar este vino.

A mí me pareció que William la tenía a ella comiendo de su mano, y no al revés, como él decía. La recordaba tratando de complacer a William cuando expresó su opinión sobre mi atuendo para el estreno de Tobias. Pero sí, tal vez yo también haría lo que Ilaria me dijera. Daba miedo, pero tenía muy buen gusto cuando se trataba de moda.

Le di un sorbo al vino, y estaba divino.

—¿Puedo decir que tu traje que usaste en el solsticio es lo más perfecto que te he visto usar? —Me gustaba llamarlo el traje de algodón de azúcar—. Por favor, dime que lo mandaste de inmediato a la tintorería para quitarle las manchas de sangre.

—En realidad —dijo con una sonrisa tonta— se está pudriendo en mi clóset de Sagaponack. —Se rio—. Me fui corriendo, como recordarás. Y he estado muy ocupado estos últimos meses. No he podido ir. Así que digamos que es culpa tuya.

—¿Qué? —Me quedé boquiabierta—. Tenemos que salvarlo cuando volvamos. Tengo muchas ganas de verte con él puesto en otra ocasión. —Me reí.

—Te encantó, ¿verdad? —Se rio conmigo.

—Obviamente.

—Pues a mí me encantó el vestidito de Enzo de Luca que llevabas en tu cumpleaños. —Dio un sorbo a su vino y me miró de arriba abajo con esa mirada ardiente que siempre me ponía nerviosa—. ¿Qué te parece si llevamos mi traje del solsticio a la tintorería para que pueda ponérmelo de nuevo y tú te pones ese vestido para que yo pueda arrancártelo después? Y te dejaré hacer lo que quieras con mi traje.

Se me calentó la cara y William sonrió ante mi respuesta. Tenía ese poder sobre mí, de hacerme sentir las cosas de un modo tan exacerbado que me resultaba imposible ocultarle mis reacciones.

William me provocaba todo el tiempo, pero saber que las cosas que decía iban a ocurrir de verdad me ponía nerviosa, una clase de nervios increíble. Ahora las cosas eran reales. Se acabaron las bromas y los juegos. Todavía no me lo podía creer.

—Lo único que quería hacer en el solsticio era mirarte, pero no podía —confesé—. Supongo que por eso estaba de tan mal humor. Bueno... por eso y por Zara. Pero ahora me siento como una idiota.

—Dejé la copa de vino sobre la mesa y le tendí la mano a William. Mi dedo rozó la fina cicatriz de cuando se cortó aquel día. David había hecho un gran trabajo con los puntos.

William frunció el ceño.

—Lamento lo que pasó con Zara —dije, mirando nuestras manos entrelazadas—. Estoy muy avergonzada por cómo actué, por mis estúpidos celos y... no sé. Fui tan inmadura, y sé que dudé de ti, pero era tan difícil no sentir algo cuando los veía juntos.

—Oye, todo está bien —susurró, levantándose la barbilla para mirarme a los ojos—. Admito que fui un poco duro contigo ese día.

—Me acarició el dorso de la mano con los dedos—. Ojalá hubiera podido decirte desde el principio que es mi hermana, pero no pude. Zara quería hacer las cosas a su manera y a su tiempo, y yo tenía que respetarlo. Así que no podía revelártelo porque era conveniente para mí. Y tampoco podía decirle lo que sentía por ti porque sabía que sería un problema para ella, porque estabas con Nathan. Por eso se enojó tanto conmigo cuando escuchó nuestra conversación en la casa de campo. Había estado negando mis sentimientos por ti desde tu cumpleaños, así que tuve que lidiar con eso también.

—Lo siento. Estoy segura de que debe haber sido horrible para ti —dije—. Y Zara me odia, ¿verdad? Creo que yo también lo haría si estuviera en su lugar.

—No te odia. Zara ha pasado por mucho. Hablé con ella y está contenta de que por fin se sepa la verdad. —Me besó el dorso de la mano.

—A ver qué dice de que rechacé a Nathan y vine aquí por ti —dije frunciendo el ceño—, porque me importa su opinión. Es tu hermana.

—Si le importo, y sé que así es, se alegrará de saber que somos felices.

Tenía razón. Si ambos éramos felices, Zara no debería tener problema con eso. No quería que las cosas fueran incómodas, pero no podía controlarlo todo. Necesitaba relajarme y dejar de ser tan dura conmigo misma.

—¿Ha sido raro para tus hermanos? No he hablado con ninguno de ellos sobre esto.

—Supongo que aún están asimilando la impresión, pero la quieren. Siempre lo han hecho, y ella ha estado mejor ahora, sabiendo que todo salió bien después de hacérselo saber a todo el mundo.

Llamaron a la puerta y entró un camarero con un carrito con nuestra comida. El delicioso olor de las especias exóticas invadió la habitación.

—Buenas noches, señor Sjöberg —dijo el hombre alto con una inclinación de cabeza.

—Gracias, Johnny. —William sonrió—. Ella es Billie Murphy.

—Encantado de conocerte, Johnny —dije, ofreciéndole la mano.

—El placer es mío, señorita Murphy. Bienvenida a Ellerman House—respondió, con un firme apretón de manos.

Johnny nos explicó qué era cada cosa mientras colocaba los platos en nuestra mesa y se marchó enseguida, prometiendo subir el postre dentro de un rato.

—Te encantarán las fresas sudafricanas que pedí de postre —dijo William, sirviéndome una cucharada de pollo al curry malayo. Puse los ojos en blanco y él se rio—. Solo estoy bromeando. Les dije que nada de fresas en el postre.

—Estás obsesionado con las fresas —dije, probando el curry. «Mmm». Estaba espectacular.

—No. Estoy obsesionado con el hecho de que no te gusten. Pero tengo la sensación de que algún día conseguiré que te gusten las fresas. Solo dame la oportunidad de averiguar algo para darte a probar.

—Estoy abierta a ello —dije, dejando el tenedor y dando un sorbo a mi vino. William soltó una risita—. ¿Qué?

—Nada. Solo recordaba lo difícil que era no reírme cada vez que Zara te llamaba hermanita. —William soltó una carcajada mientras servía más comida en mi plato—. Porque las probabilidades de que acabara siendo tu cuñada de un modo u otro eran altas. Y me hacía mucha gracia que ninguna de las dos tuviera idea de ese pequeño hecho.

Negué con la cabeza mientras masticaba mi comida.

—En el fondo, siempre he deseado que acabáramos juntos —soltó, inclinándose para besarme la mejilla—. Me alegro de que estés aquí ahora.

—Yo también me alegro de estar aquí.

—Así que... dijiste que teníamos muchas cosas de qué hablar, y estoy listo para oírlo todo —dijo, probando el plato que Johnny explicó que se llamaba «bobotie». Sus ojos se pusieron en blanco de placer, y un «mmm» se escapó de su garganta mientras comía.

Me encantaba lo apasionado que era William con la comida y la cocina, y tenía algunas preguntas al respecto. Tenía preguntas sobre muchas cosas y quería comerme el mundo en un día, pero había otros temas más importantes que tratar.

—En realidad hay dos cosas de las que quiero hablarte —dije, acomodándome en mi asiento—. Así que empezaré por la más fácil.

William asintió, dejó el tenedor y levantó su copa de vino.

—Estás cenando con la fotógrafa de la revista *Haute* de la edición de trajes de baño de agosto de 2010 —dije orgullosa, sacándole la lengua después.

—Estoy al tanto. Joel mencionó algo al respecto —dijo con una sonrisa, bajando su copa de vino—. ¡Felicidades!

William quería saber los detalles de cómo había sucedido, así que le expliqué que Lily me pidió que fuera con ella y le conté todo lo que pasó ese día. Incluyendo los detalles sobre el exnovio psicópata de Lily.

—Joel quería ir tras el tipo. Literalmente, encontrarlo y darle una paliza —dijo con expresión preocupada. Parecía molesto por todo lo que Lily había tenido que pasar con su ex—. Sé que yo habría querido hacer lo mismo si fuera él.

—Lo sé. Pero los abogados se encargaron de eso. Estoy segura de que Leonard dejará de acosar a Lily.

William apartó la mirada y se lamió los labios. Levantó de nuevo su copa de vino, bebió un sorbo y cambió rápido de tema. Me hizo un montón de preguntas sobre la sesión de fotos, cómo me sentía mientras la hacía y sobre mis prácticas en *Haute*. Respondí a todas sus preguntas sin omitir nada. También le enseñé las fotos publicadas. Parecía muy orgulloso, pero confesó que ya las había visto.

Entonces me reí por lo bajo al recordar que habíamos tenido que mencionar a William en la sesión para despertar el interés de Becca.

—Lily le dijo a una de las empleadas de *Haute* que tú y yo habíamos salido juntos. Y no lo negué. —Levanté la mirada para encontrarme con la suya y le ofrecí una pequeña sonrisa torcida—. Me reconocieron del estreno de Tobias, y estoy convencida de que por eso me dieron una oportunidad. Así que gracias, supongo. —Me reí.

—De nada. —William se metió un trozo de pan a la boca y sacudió la cabeza con una sonrisa—. Pero no creo que lo hicieran por eso. Y seguro que se alegraron de haberte dado la oportunidad después de ver lo buena que eras. Las fotografías son increíbles.

—Gracias. —Volví a dar un sorbo a mi vino y dije—: Por favor, no lo tomes a mal, pero creo que este vino es un nuevo ganador. Es mejor que el que reetiquetaste como Nemorino's, que era mi favorito hasta ahora.

—Me alegra oírlo, porque el Nemorino's necesita reformularse cuanto antes. —William se rio—. No funcionó para nada en tu cumpleaños. Solo hizo que vomitaras y me abandonaras esa noche.

—Siempre funciona —le dije—. Solo que me equivoqué de dosis. —Yo también me reí—. Pero me divertí mucho contigo esa noche. Y no sabes cuánto me ayudó nuestra conversación. —Dejé la copa y volví a tomarlo de la mano—. Siempre estás ahí para mí. Y fue muy difícil cuando la banda empezó a tocar porque quería estar a tu lado y verlos actuar y cantar juntos. Y cuando subiste al escenario y cantaste esa canción, te juro que casi me desmayo.

—Casi te desmayas porque tomaste demasiado Nemorino's —bromeó.

—No lo creo. —Le apreté la mano. Se llevó el dorso de mi mano a los labios y la besó.

—Hagamos un brindis —dijo de repente, levantando su copa. Me miró fijamente, su mirada me atravesó. Y yo la dejé entrar. Levanté también mi copa y esperé a que hablara—. Que nuestras peores noches sean como esta.

Le ofrecí una sonrisa melancólica, recordando nuestro brindis de aquel día. Y no podía ser más adecuado ahora mismo. Lo deseaba de verdad.

—*Skål* —dijimos al unísono mientras chocamos las copas. Dimos un sorbo a nuestro vino y sonreímos. William dejó su copa sobre la mesa y se inclinó para besarme. Fue el beso más dulce y suave de todos. Su lengua, que sabía a vino, rozó con suavidad la mía mientras me quitaba la copa de la mano para volver a dejarla sobre la mesa.

Alargué la mano y se la pasé por el pelo mientras acercaba mi silla a la suya. Me pasó una mano por el hombro y me acarició la espalda.

—No puedo creer que te esté besando ahora mismo —me susurró en los labios—. Te juro que es lo único que voy a hacer toda la noche.

Yo tampoco lo podía creer. Era todo tan surrealista, y una parte de mí temía que me lo estuviera inventando todo, pero no era así.

William me agarró de la cintura y me jaló.

—Ven aquí.

Me levanté y me senté en sus piernas, pasándole un brazo por el cuello. Me besó de nuevo, y su cálida mano me acarició la mejilla y bajó despacio por mi nuca.

Separó sus labios de los míos y me besó las clavículas, moviéndose hacia abajo, haciendo que mi cuello se arqueara un poco. Se me escapó un suave gemido y William gruñó contra la piel sensible de mi pecho. Dejó un rastro de besos a lo largo del escote de mi vestido.

—William... —dije con un leve jadeo cuando volvió a hacerlo, esta vez más lento. Puso la mano en mi pierna y me subió el vestido mientras sus dedos se deslizaban hacia arriba.

—He soñado con hacer esto —me dijo al oído, sintiendo que me derretía con su contacto— más veces de las que puedo recordar... Dios, qué bien te sientes.

Sus movimientos eran suaves, perezosos, casi exploratorios, lo que me hizo desearlo aún más. Quería que se soltara del todo, pero él sabía lo que hacía. Y estaba funcionando. Mi deseo por él crecía de manera incontrolable. Me estaba haciendo ansiarlo con una intensidad desmesurada.

Separé los labios para hablar, para decirle que quería más, que necesitaba más. Y entonces llamaron a la puerta.

Lo ignoramos. Siguió besándome.

Unos segundos después un segundo golpe más fuerte me hizo tensarme y estremecerme porque, ¿y si alguien había venido a buscarme?

«¿Y si están aquí?».

William despegó sus labios de los míos.

—Oye, no pasa nada. Tal vez sea Johnny con el postre.

—A la mierda el postre —murmuré, besándolo de nuevo. William rio entre dientes y continuó, intensificando el ritmo de sus dedos alrededor de ese punto dulce que localizó con tanta facilidad, haciéndome gemir contra sus labios.

—¿Señor Sjöberg? —retumbó una voz de hombre al otro lado de la puerta—. ¡Es Johnny!

William dejó de hacer lo que estaba haciendo y pronunció algo en sueco en voz baja, seguramente maldiciendo. Sonaba frustrado, y yo también.

—No pasa nada. Ve —dije, besando su mejilla cálida y sonrojada—. Quizá sea chocolate.

—Más vale que lo sea. —Me dio un beso rápido en los labios, me levantó y me volvió a sentar en la silla. Se levantó de su asiento con un fuerte resoplido y se dirigió hacia la puerta. William la abrió un poco y se aclaró la garganta.

—Hola, Johnny.

Johnny preguntó si podía recoger la mesa, pero William se negó de inmediato. Tomó los dos platos de postre y le dijo que podrían limpiar al día siguiente. Johnny se fue y William volvió con los platos.

—No podía dejarlo entrar —dijo mirándose los pantalones, riendo—. Mira cómo me pones.

Una risita nerviosa se escapó de mi garganta cuando miré como me lo pidió, no es que no hubiera sentido ya su erección cuando me senté en sus piernas.

William dejó los platos sobre la mesa y quitó las tapas metálicas.

—Chocolate. —Sonrió, pasando un dedo por el glaseado de uno de los postres—. Pruébalo. —Llevó su dedo a mi boca y yo lo lamí con la lengua. Me cargó en sus brazos y deslicé un dedo sobre el glaseado mientras me llevaba a la cama. Le ofrecí el dedo, se lo llevó a la boca y lo chupó. Sentí un hormigueo cálido entre los muslos.

—He tenido más de un año para pensar en lo que voy a hacerte, älskling —me susurró al oído mientras me ponía de pie junto a la cama. Me acarició los brazos y me rodeó la espalda. Sus dedos encontraron rápidamente el cierre invisible de mi vestido y tiraron de él hacia abajo—. Así que espero que hayas dormido de camino aquí porque nos vamos a desvelar.

CAPÍTULO 49

Encender

—ME HICISTE esperar más que nadie —dijo William, mi cierre estaba abierto por completo y le mostraba la espalda desnuda—. Y odio esperar. —Sus manos recorrieron mi espina dorsal, acariciando mi piel expuesta. Me quitó con suavidad los tirantes del vestido de los hombros y los bajó por los brazos. Se me secó la boca; solo oía el sonido de nuestras respiraciones agitadas.

Cerré los ojos y disfruté la sensación de sus manos sobre mí, de su aliento acariciando mi piel. Su tacto era cautivador, como nada que hubiera sentido antes. Intoxicante.

—Estoy temblando —murmuró, poniendo su mano en mi mejilla. Dejó caer un suave beso sobre mis labios y jaló de mi vestido hacia abajo hasta que cayó al suelo—. No es propio de mí sentirme así.

—Yo también estoy temblando. —Igual que en su piscina hace más de un año.

—Dios, eres perfecta. —William gimió contra mi cuello. Se desabrochó la camisa—. Acuéstate boca arriba.

Lo hice y lo miré desnudarse.

—Creía que yo era la mandona —dije riendo mientras contemplaba la longitud de su hermoso y perfecto cuerpo.

—Tú eres la mandona. —William posó sus labios en mi rodilla y subió besándome. Se detuvo en el hueso de mi cadera y me miró—. Pero no en la cama.

Me quitó la tanga y dejó caer la cabeza sobre las almohadas. Sus dedos volvieron a tocarme, moviéndose en círculos deliciosamente tortuosos. Se me escapó otro gemido, y eso solo lo animó más—. Necesito probarte.

—Por favor.

Acercó su boca entre mis piernas mientras introducía dos dedos. Su lengua me estaba volviendo loca. Mis dedos jugaban con su pelo y lo jalaban.

Ya me estaba llevando al límite del placer.

—Córrete para mí, älskling —murmuró contra mi punto más sensible, haciéndome estremecer. Volvió a lamerme mientras sus ojos azules se clavaban en los míos. Ya no podía pensar. Una ráfaga de felicidad recorrió mi columna vertebral y sentí la liberación.

Mientras recuperaba el aliento, William sonrió triunfante, limpiándose las comisuras de los labios con el dorso de la mano.

Buscó mis labios con desesperación, y yo me encontré con él con la misma impaciencia, como si no pudiéramos estar lo suficientemente cerca. Queríamos más. Yo necesitaba más. La forma en la que la fuerte línea de su cuerpo se ajustaba al mío era perfecta. Estaba hecho para mí en todos los sentidos.

—Te necesito, Guille. —La boca de William se movió para depositar un beso rápido en la tierna piel de mi cuello, y después lo oí pelearse con la mesita de noche. Finalmente empujó el cajón y lo vi abriendo un condón.

—No lo necesitamos —le dije mientras se ponía a horcajadas sobre mi cadera. Estaba perfecto y listo para mí—. Confío en ti.

William me miró con sus ojos brillantes. Me incorporé un poco con los codos y le pregunté qué le pasaba cuando me di cuenta de que se había quedado callado.

—Nunca he tenido sexo sin condón —admitió.

—¿Nunca, nunca? —No iba a quejarme. Solo no lo podía creer.

—Nunca. —William sostuvo el paquete negro y cuadrado entre los dedos mientras seguía observándome, con el pecho agitado.

—Otra primera vez, ¿no? —Sonreí, tratando de aligerar de nuevo el ambiente. Pero él frunció el ceño—. William, por favor. Dime qué te pasa.

—Nada. Ya te he contado lo cuidadoso que soy con este tipo de cosas. No soy tan confiado, y es algo que...

—No pasa nada. No me molesta usar condón. —Intenté tranquilizarlo, pero ya había mencionado antes que las chicas tenían que firmar contratos para salir con él. Así que era natural que un tipo como él quisiera ser muy cuidadoso, en especial durante el sexo. No quería que ninguna chica luego viniera a decir que estaba embarazada de él o algo así. Sería una pesadilla sensacionalista.

No tuvo que decirlo para que yo supiera que era algo por el estilo. Yo no había firmado nada y estaba sugiriendo tener sexo sin condón. Estaba más allá de su zona de confort. Tenía que arreglarlo.

—De verdad. Podemos usar uno si te hace sentir más a gusto, ¿sí? —No me molestaba mientras yo pudiera ser suya y él pudiera ser mío. Pero podía verlo luchando con sus pensamientos. Lo leía en su cara.

Alargué la mano y la puse en la parte baja de su abdomen, en ese punto perfecto donde sus músculos formaban una pronunciada V. Mi mano se deslizó más abajo y lo agarré, acariciando su longitud despacio, suplicándole con los ojos que dijera algo.

Cerró los ojos y se humedeció los labios.

—Me haces difícil pensar con claridad —dijo, con una ligera risita desde su garganta.

—Nunca haría nada que pudiera hacerte daño, Billy. —No sé por qué lo llamé Billy. Se me escapó. Nunca lo había hecho.

Sus ojos se abrieron de golpe.

—Me llamaste Billy.

—Sí —dije en un suspiro, mirándolo fijamente mientras intensificaba el ritmo de mi mano, dándole placer.

—Tu mano se siente muy bien en mi polla, Billie. —Sus labios esbozaron una sonrisa. A mí también me gustaba que me llamara Billie. Me parecía tan íntimo y especial que pudiéramos llamarnos por el mismo nombre. Se dejó caer a mi lado con una risa baja y ronca y tiró el condón —. Te necesito.

William tomó su decisión y se liberó por completo. Su cuerpo se curvó en torno al mío, su mirada fija en mí mientras al fin me penetraba, salía y volvía a entrar despacio, permitiéndome ajustarme a él.

Me permití mirarlo con profundidad a los ojos mientras nuestros cuerpos, exquisitamente compatibles, se deleitaban en el éxtasis de la cercanía perfecta, reconociéndonos y preguntándome por qué demonios había tardado tanto en elegirlo.

Nunca había ardido así, anhelado a alguien de esta manera, pero el darme cuenta de ello me llenaba de un placer aterrador. Así que ambos nos entregamos al fuego y dejamos que encendiera nuestras almas hasta el olvido.

CAPÍTULO 50

Libertad

ME DESPERTARON los cálidos labios de William sobre los míos.

—Hola —susurró, apartándome un mechón de pelo de la cara—. Estabas sonriendo mientras dormías.

—¿Sonreía? —Le acaricié la mejilla y sonreí. Llevaba de nuevo sus lentes de pasta negra y el pelo húmedo. Olía a jabón y colonia. Yo también necesitaba un baño—. Me encanta tu versión de *geek*.

—Levanté los brazos y me estiré.

—Me aseguraré de no quitármelos la próxima vez —dijo con una risa suave, empujándolos un poco hacia arriba—. Te habría despertado como te mereces, pero tengo que irme pronto. Son los últimos días de rodaje y quiero acabar con esto y volver a Nueva York.

—Bueno, puedes despertarme como quieras, cuando quieras —dije, sentándome con una sonrisa casi estúpida en la cara y mirando por la ventana, sintiéndome un poco atontada. Me había despertado un par de veces para tener sexo, y ni siquiera vi a qué hora acabamos durmiéndonos finalmente—. ¿Qué hora es?

—Poco más de las cinco de la tarde. —William se rio.

—Oh, Dios. Creo que sigo con el huso horario de Nueva York.

—Sacudí la cabeza con una sonrisa.

—Esperaba que quisieras quedarte —dijo William—. Podemos volar juntos de regreso. Solo estamos a cinco días de volver.

—Sí. Me quedaré. —Faltaría a la escuela, y sabía que mi equipo de seguridad vendría a buscarme, pero ya no me importaba. Encontraría una manera. Tenía que quedarme.

William esbozó la sonrisa más dulce que jamás había visto en su cara cuando me fijé en un montón de papeles que había esparcidos por su lado de la cama.

—¿Pudiste dormir?

—La verdad es que no —dijo con una risa suave y aspirada—. He estado repasando el guion. Pero estoy acostumbrado. Y supongo que hemos encontrado la fórmula mágica para ahuyentar tus pesadillas.

—Levantó una ceja—. Dormiste como un bebé.

Le di un suave beso en los labios y le sonreí.

—Sí. —No podía estar más agotada después de las últimas veinticuatro horas locas, así que era obvio que mi mente se había apagado durante el sueño.

—¿Y qué era lo segundo? —preguntó William—. No podía dejar de pensar en lo que dijiste anoche. Sobre que querías contarme dos cosas, pero solo mencionaste la historia de *Haute Magazine*.

—Tienes razón —dije, poniéndome de pie y tirando de una sábana conmigo. Miré a mi alrededor, intentando localizar mi bolsa, sintiéndome cohibida por estar desnuda a la luz del día.

—Por favor, no hagas eso. —William se levantó, tomó una bata que había dejado sobre la cama y caminó hacia mí con una de sus sonrisas.

—¿Qué? —Le sonreí nerviosa.

—Cubrirte así cuando estás conmigo. —William me arrebató la sábana de las manos y la volvió a tirar sobre la cama—. No tienes por qué hacerlo. Estás guapísima. —Me besó las mejillas y me puso la bata sobre los hombros, ayudándome a meter los brazos en las mangas—. Pero supongo que taparte es lo más inteligente, ya que tengo que irme pronto. —Se rio mientras me abrochaba el cinturón de la bata alrededor de la cintura con una sonrisa.

—Ven. —Lo tomé de la mano y lo conduje a la sala, donde vi mi bolsa. William debía de haberla puesto ahí en algún momento mientras yo dormía.

Nos sentamos uno al lado del otro y saqué la carta de Caleb.

—Aaron me dio esto cuando murió Caleb. Y lo segundo de lo que quería hablarte es sobre el contenido de esta carta.

—De acuerdo. —William bajó las cejas y me pasó un brazo por los hombros de forma protectora, su mano se movía arriba y abajo contra mi bata.

—Intentaré ser breve, ya que tienes que irte, pero...

—Tómate tu tiempo —me interrumpió William con un tono suave—. Si llego tarde, llego tarde.

Respiré hondo y empecé a decir:

—Caleb escribió muchas cosas en esta carta. Cosas que me abrieron los ojos y me hicieron pensar y confirmar ciertos pensamientos y sentimientos. Pero sobre todo fue muy revelador y lo que quería compartir contigo es con relación a la muerte de mi madre.

William se acomodó en su asiento y me tomó de las manos como preparándose para el impacto.

—Ya sé por qué murió mi madre. —Me concentré en respirar, intentando sofocar el vendaval de emociones. La mano de William se dirigió a mi muslo y me acarició la pierna de forma tranquilizadora—. Todo fue un error —dije por fin, con las palabras quebrándose al pronunciarlas. Las lágrimas me asaltaron sin previo aviso al darme cuenta de que William era la primera persona con la que había hablado de este asunto. Hacía más de un año, él estuvo a mi lado cuando sentí que necesitaba hablar con alguien a quien no le pagaran por escucharme. William se preocupó desde el principio. Incluso cuando pensé que no—. Ella no estaba destinada a morir. La confundieron con otra persona, la esposa de un narcotraficante. Ella no era el objetivo. Nunca lo fuimos... —Me interrumpí, incapaz de seguir hablando.

—Mierda, Guille. Lo siento mucho. —Me estrechó entre sus brazos y encontré paz en ellos, como si de algún modo tuviera el poder de eliminar toda la agitación que fluía por mi cuerpo.

Una vez que me sentí más tranquila, le expliqué con detalle lo que Caleb había escrito en la carta sobre mi madre, incluidos los planes de mi padre y el trato que había hecho con el gobierno para que ellos pagaran mi seguridad. De por vida.

—Por mucho que ansiara que las cosas cambiaran, una parte de mí estaba aterrorizada porque no sabía... tenía dudas. Pero ahora, sabiendo esto... soy libre —dije contra su pecho, sintiéndolo subir con cada respiración—. Como siempre dijiste que lo sería.

Levanté la vista para encontrarme con sus ojos, sus brazos aún me rodeaban, proporcionándome toda la sensación de seguridad que necesitaba para seguir adelante.

—Ya me cansé de vivir así. Atrapada. Retenida. —Suspiré—. Se acabó.

—Yo me encargo a partir de ahora —dijo, tomándome de la barbilla. Sus labios se encontraron con los míos y me acostó en el sofá. No pude contener un gemido suave pero desesperado, lleno de deseo, cuando su rodilla separó un poco mis piernas—. Esos ruiditos hacen que quiera quedarme —susurró contra mis labios.

—¿No es eso lo que estás haciendo? —murmuré con una risa baja y suplicante—. ¿Quedándote?

—Haré lo que tú quieras —dijo tirando del cinturón de mi bata—. Lo decía en serio cuando dije que soy tuyo.

¿Cómo podía hacerme sentir así? La emoción era tan dolorosamente profunda que me hizo querer detener el tiempo y saborearla para siempre.

—¿Billy? —dije en un suspiro, mi cuello se arqueó hacia atrás mientras él lo besaba.

—¿Qué intentas hacerme, Billie? —Su voz era casi melódica contra mi piel.

—Quédate. —¿Cuántas veces había deseado poder decirle eso? Y ahora por fin podía.

—Sí, señora. —William me abrió la bata, sus manos se movieron hacia mis pechos, apretándolos mientras me besaba el cuello. Pero un fuerte golpe en la puerta me hizo levantarme del sofá. William me miró y algo me dijo que esta vez no era Johnny.

Corrí al baño para ponerme algo de ropa mientras otro golpe más fuerte y furioso, con el nombre de Aaron escrito por todas partes, amenazaba con derribar la puerta.

—¡Voy! —gritó William, la ira rezumaba de esa sola palabra.

—¡Abra la puerta, señor Sjöberg! —Definitivamente era Aaron. Tal vez habían rastreado mi ubicación cuando encendí el teléfono para hablar con Alice al llegar al hotel. Y yo esperaba que vinieran a buscarme, pero de algún modo me pareció demasiado rápido, como si no estuvieran planeando permitirme disfrutar de mi libertad robada ni un segundo más que lo que uno tarda en llegar de Nueva York a Ciudad del Cabo.

William se tomó su tiempo para abrir la puerta, y yo salí corriendo del baño en cuanto estuve vestida, deteniéndome a mitad de camino cuando Aaron me dirigió una mirada llena de decepción. David se paró a su lado, y juro que capté una leve sonrisa dibujándose en su rostro antes de que volviera a cambiar sus facciones al modo equipo de seguridad.

—Se acabó la excursión, señorita Murphy —dijo Aaron con su firme postura de guardaespaldas. Vi a una mujer y dos hombres del personal del hotel detrás de ellos. Sus rostros estaban preocupados. Acorté la distancia entre William y yo y busqué su mano, entrelazando nuestros dedos. Resistíéndome.

Aaron ladeó la cabeza, asimilando la situación.

—Señorita Murphy, tenemos órdenes directas de su padre de llevarla de vuelta de inmediato.

Resoplé y miré a William con media sonrisa, maravillada por él, por cómo su sola presencia me daba la fuerza y el valor que necesitaba para sentir que podía cambiar las cosas por mí misma.

Que merecía mi libertad.

Me devolvió la sonrisa como lo haría un cómplice orgulloso. No tuvimos que decir ni una palabra. Me apoyaba y yo lo sabía. Lucharía conmigo hasta la muerte hasta que por fin fuera libre.

Mi mano apretó la suya por última vez mientras le decía:

—Aaron, por favor, informa a mi padre que si quiere que vuelva a Nueva York tendrá que venir a buscarme.

—Suená bien. —William se rio, y así fue como supe que era el hombre que en el fondo siempre supe, esperé y deseé que fuera: perfecto para mí en todos los sentidos. Él no le tenía miedo a mi padre, ni ansiaba su aprobación. Siempre me había dado prioridad.

William volvió a la sala, tomó mi bolsa y desapareció un momento en el baño. Volvió, me entregó la bolsa y se cambió los lentes por los de sol, que se colocó en el cuello de la camisa. Definitivamente, nos íbamos. Tomé mi saco del perchero que había junto a la puerta.

—Vamos —susurró, me tomó de la mano y salió de la habitación, apartando con elegancia a Aaron y David. Cerró la puerta y me jaló hacia el pasillo.

—¡Señorita Murphy! —gritó Aaron mientras nos seguían de cerca. No miré atrás. Me dolía poner a Aaron en esta posición, pero no era personal. Tenía que dejar en claro mi postura.

—Hay una regadera decente con todo lo que necesitarás en mi remolque —dijo William con despreocupación como si no quisieran impedir que nos fuéramos juntos—. Metí un par de bragas limpias en tu bolsa, y me aseguraré de que te den de comer en cuanto lleguemos. También tengo un montón de libros. No me vas a extrañar—. Se rio.

Llegamos al vestíbulo.

—¡Arno! —dijo William con una sonrisa—. ¿Pudiste hacer tu magia?

Arno le devolvió la sonrisa a William.

—Siempre, señor Sjöberg. —William levantó una mano hacia Arno y tomó un juego de llaves que Arno le lanzó.

—¡Gracias! —respondió William mientras todo el personal del hotel se quedaba mirando su interacción, incluidos algunos huéspedes que permanecían en el vestíbulo.

—¡Prometo traerlo de vuelta sin ningún rasguño!

William me abrió las puertas de madera y vi un Ford Mustang rojo descapotable del 65 estacionado en el vestíbulo.

—Dijiste que tenía que ser rojo, ¿verdad? —preguntó William con una sonrisa, dándose cuenta de mi reacción.

—¡Dios mío! ¿Este es...?

—¿Nuestro coche? Sí. —Me abrió la puerta y me senté en el delicioso asiento de cuero cremoso, mirando alrededor de la cabina.

La promesa del crepúsculo persistía en el cielo mientras los últimos rayos de sol pintaban las nubes en maravillosos tonos azules, naranjas y rosas. Me maravillé al verlo.

—Señorita Murphy, no puede...

—Ahora, si nos disculpa, caballero —William interrumpió a Aaron a mitad de la frase, caminó alrededor del coche, se puso sus Ray-Ban y deslizó su teléfono en el bolsillo de sus pantalones—. Ya voy tarde, y es el día de llevar a tu novia al trabajo, así que ella vendrá conmigo.

William se sentó al volante, me tomó de la mano y arrancó con un chirrido de neumáticos que me hizo soltar un grito, seguido de la risa más deliciosa en la que me había permitido sumergirme en mucho tiempo.

Aaron y David echaron a correr hacia la camioneta negra estacionada a lo lejos, pero yo no estaba segura de que nos siguieran, porque William y yo no nos molestamos en mirar hacia atrás. Nunca se había sentido tan bien el poder saborear esta extraordinaria e inesperada libertad sin límites.

NOTA DEL AUTOR

“Fascinación al Anochecer” fue el libro más emotivo de los primeros tres para mí. Lidiar con el duelo de Billie a lo largo de la historia y tratar de hacer que se conectara consigo misma, con sus verdaderos deseos y con su capacidad de ser honesta acerca de sus sentimientos fue una experiencia muy desafiante para mí. También fue duro no poder tener a Caleb en ninguna de las escenas. ¡De verdad lo extrañé! Al menos pudimos escucharlo a través de la carta que le dejó a Billie.

Sé que el final de “Desconsuelo al Amanecer” fue difícil para todos nosotros. Pero espero que el final de este libro resulte satisfactorio para la mayoría de ustedes. No puedo esperar para compartirles lo que viene para Billie y William ahora que finalmente pudieron estar juntos y expresar abiertamente su amor. Los dos primeros personajes que anoté en un pedazo de papel reciclado fueron Guillermina y William. La Serie Moonstruck siempre ha sido sobre su historia de amor. Y dicho esto, en el quinto y último libro de la serie, podremos experimentar más sobre su relación a través de las páginas y ver si pueden superar los obstáculos que se interponen en su camino. Pero antes, habrá que leer el libro de Caleb, el cuarto libro de la serie. Se lee en orden, y es el puente para poder leer la conclusión de la saga.

Con mucho cariño,
Alejandra

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, quiero agradecer a mis lectores. Ha sido una experiencia increíble poder conectar con ustedes a través de las redes sociales y disfrutar de esta historia juntos. Muchas gracias por el apoyo incondicional. Sé que sueño como un disco rayado, pero no puedo dejar de decirlo cada vez: ¡Gracias, gracias, gracias! Ha sido un honor poder compartir la historia de Billie con todos ustedes y recibir una respuesta tan asombrosa. ¡No doy nada de esto por sentado!

A mi familia: Mis papás, mi hermana, mi esposo, mi hijo. Gracias a todos por su apoyo incondicional. Sin ustedes, imposible.

A mis amigos, antiguos y nuevos, su apoyo significa el mundo para mí. Gracias a cada uno de ustedes que ha tomado mis libros y ha invertido su tiempo en el mundo de Billie.

Sulamit Elizondo: definitivamente esta fue mi portada favorita. El significado detrás de cada pequeño detalle es simplemente increíble, y estoy enamorada de tu trabajo. Siento que todos están de acuerdo en esto. ¡Arte puro!

Malin Ottosson, gracias por tomarte el tiempo para ayudar con algunas de las traducciones al sueco, haciéndolas sonar naturales y perfectas.

Marianna Andrade, una vez más, no habría podido hacerlo sin ti. ¡Muchas gracias por tu honestidad, tu valioso tiempo invertido en esta serie y tu amistad incondicional! Siempre estaré agradecida.

¡A mi familia de Bookstagram! Nuevamente, muchas gracias por el apoyo y el aliento inagotables. Les prometo que este viaje no habría sido el mismo sin ustedes. Algunos muestran su apoyo compartiendo, dando “me gusta”, promocionando mis publicaciones o presionándome para que ya publique los libros. Algunos incluso ayudaron con algunas ediciones o frases complicadas que tuve problemas de último minuto durante la última revisión. Todo es enormemente apreciado. A veces encontramos amor y apoyo en los lugares menos esperados, ¡y ustedes han sido uno de los mayores regalos y sorpresas que este viaje como autora me ha traído!

¡Gracias por leer!

Si disfrutaste Awestruck at Dusk, por favor considera dejar una reseña en Goodreads y Amazon. Las reseñas son de suma importancia para los autores, ya que ayudan a otros lectores a decidir si leer el libro o no. ¡Gracias!

Enlace para Goodreads: https://cutt.ly/Goodreads_AAD



Link for Amazon: <https://cutt.ly/AwestruckatDusk>



SOBRE LA AUTORA



Alejandra vive en Mérida, Yucatán, México con su esposo y su hijo. Es amante de la música, geek de corazón, y fan de todo lo relacionado con el romance, Christopher Nolan, Star Wars, El Señor de los Anillos, Game of Thrones, etcétera. Puedes encontrarla en redes sociales en Facebook e Instagram, siempre y cuando no haya agotado su límite de 30 minutos en las apps de redes sociales.

Síguela en Instagram:
@alejandra__author

1 ¿Has fumado?

2 Si.

3 No me gusta.

4 Feliz cumpleaños.

5 Muchas gracias.